S. F. Saávedra del. Armanino Sculp.

EX MUSEO AUCTORIS

CARTAS

MEJICANAS

ESCRITAS

POR

D. BENITO MARIA DE MOXÓ

EN 1805

Dadas á luz á impulsos del Rev.mo

P. FR. ANDRES HERRERO

MENOR OBSERVANTE,

PREFECTO APOSTOLICO DE LAS MISIONES DE LA AMERICA MERIDIONAL, Y COMISARIO COLECTADOR POR LA SAGRADA CONGREGACION DE PROPAGANDA FIDE EC. EC.

GENOVA

TIPOGRAFIA PELLAS,

Plasa de Banchi.

CANTAS

MELICAMAS

POESÍAS

DE

D. BENITO MARÍA DE MOXÓ

Y SALCEDO

Precio 4 rs. á beneficio del Asilo

DE

D. FR. ANDRÉS HERRERO

MADRID
IMPRENTA DE LOS SEÑORES DE D. TOMÁS
JORDANA, Y COMPAÑÍA (SUCESOR DE D. TOMÁS
JORDANA), CALLE DE LA CONCEPCION DE LA PENA.
1844

Prologo del Editor

Ocioso me parece seria recomendar el merito de las cartas del Il.mo Sr. D.n Benito Maria Moxò, cuando ellas por si mismas se estan haciendo el mayor elogio. Bastaba solo el saber que son parto legitimo de aquel ingenio para recibirlas con el mayor aprecio.

Si la fisonomía en una persona por lo comun nos da indicio del original que le diò el ser, esta obrita nos lo indica como con la mano. La ingenuidad, la sana critica, la claridad, la eruidicion, la piedad, la despreocupacion, el buen gusto, y rasgos poeticos que rebosan en este escrito describen indudablemente el caracter identico de su autor, que con estas mismas prendas fue conocido en el orbe literario. La corte de Roma y otras capitales de Europa y América le oyeron con aplauso y estimacion en su tiempo. Lástima que una muerte imprevista nos lo arrebató antes de tiempo en la espatriacion que padeciò en los primeros años de la revolucion de América.

Aqui se frustraron las esperanzas que de su zelo, prudencia y sabiduria se prometia la capital de Chuquisaca cuya Silla Arzobispal ocupaba por entonces. No se duda que hubiera ilustrado nuestro Emisferio con muchos frutos de su estudiosidad infatigable. Algunas producciones suyas se dieron à la luz publica en su tiempo, que aunque de corto volumen, pero daban à conocer como por la uña al Leon. El estado de atraso y decadencia en que hasta ahora, pero mucho mas entonces, se hallabàn las imprentas en América fue un impedimento poderoso que con violencia podemos decir, detuvo la corriente impetuosa de su eloquente amenidad que siempre propendía à ilustrar y adelantar la ciencias.

Aun estas cartas hubieran tenido que sucumbir al peso de tan graves causas si una feliz casualidad no me las hubiera traido à las manos. Un Amigo mio literato en Bolivia no se porque acontecimiento las habia logrado de entre los despojos de aquel Prelado, y en el segundo viage que yo hice a Europa en el año de 1836 *me las entregó para que las hiciese imprimir en España. Las circuntancias politicas en que se hallaba la Peninsula por entonces me retardaron el cumplimiento de mi encargo, y no menos me lo impedia la escaséz de medios en que yo me hallaba, pero un otro Amigo Genovés, no menos amante de las letras que afecto à nuestra nacion, cuyo nombre no me permite la gratitud ocultar, D.ª Juan Bautista Jordàn, tuvo à bien proporcionarme generosamente todo lo necesario para la impresion. El amor nacional a mi madre la España*

que me diò la cuna, y el reconocimiento que debo à la América por la particular distincion con que me admitió en su seno mas ha de 26 años, me estimulan poderosamente à procurar sus glorias en quanto està à mis alcanzes. Yo me complazco y me lleno de satisfaccion quando encuentro tan buenas ocasiones de dar honesto desahogo à esta mi inclinacion natural, ofreciendo gustoso al amor nacional cuantas diligencias y dificultades tenga que vencer. Al paso que me exalto y me incomodo sobre manera quando oigo lenguas mordaces de ingratos estrangeros, que en recambio de los beneficios recibidos de nuestra generosidad nos pagan con las invectivas y dicterios que lanzan contra nuestros primeros descubridores de América, à quienes pintan con los colores mas feos y abominables descubriendo y exagerando los defectos que como hombres pudieron cometer y ocultando ò rebajando las glorias à que se hicieron acreedores por su valor, constancia, y magnanimidad. Bastante motivo tienen ya para callarse la boca y no volvernos a tocar mas este punto. Bien compensado queda con lo que se ha experimentado en estos años pasados de la guerra de independencia. No lo han hecho muy mal los Americanos con los vencidos. Diganlo los de la Punta de S. Luis, los de Caracas y otras partes, y es de advertir que no eran Indios salvages con quienes se cometieron aquellos atentados tan horrorosos, sino personas bien respetables, y allegadas por carne y sangre; pero¿ a que recordar tragédias tristes que ya se pasaron y no podemos remediar? Mucho mas que todo esto nada otra cosa

manifiesta, sino que los hombres son los mismos en todas partes, y que la victoria jamas se consigue con moderacion.

Hasta en lo poco que dicen de bueno aquellos Señores nos hacen mas daño que provecho, y asi nada tenemos que agradecerles. Suponiendo ellos que con eso poco se llaman la atencion y confianza de los lectores vendiendoles algun tanto de ingenuidad y despreocupacion, ya se creen con un salvo conducto para encajarnos, cuanto se les antoja, mas que sea necesario atropellar sobre inconexiones, falsedades, anacronismos y absurdos los mas crasos. Prueba evidente de la envidia y maledicencia que los devora y consume, si tal vez no es el odio que ocultan contra la religion cristiana, que con este asombroso acontecimiento debido à los Españoles, recibiò tanto incremento y esplendor. Y para apoyar sus observaciones nunca les falta un D. Bartolo de Las Casas y otros semejantes autores notoriamente incapaces de dar voto en la materia, por que si bien serian unos buenos Teologos ò moralistas suficientes para resolver una dificultad relativa à estas ciencias, mas por otra parte se conoce que eran unos hombres muy escasos en otros conocimientos de política y ciencias humanas, como se deja ver por los errores é inverisimilitudes en que incurrieron, si tal vez no tuvieron otra intencioncilla de captarse la estimacion y aplauso para lograr con esto alguna colocacion, cosa muy facil en aquellos tiempos. Lo cierto es que fue incalculable el daño que semejantes hombres hicieron à la justicia y à su propria patria que les dio el ser. No hicieron

mas que prestar armas à nuestros enemigos para herirnos con mas satisfaccion. Y lo mas gracioso es que los que han manejado estas armas contra nosotros se han querido revestir del caracter y nombre de filosofos sin considerar el gran perjuicio que han ocasionado à su profesion y aun à si mismos. Tanto han querido apurar la materia que enteramente se han descreditado y han hecho cambiar las ideas de los nombres en sentido bien contrario. Antes por filosofo se entendia un hombre sabio, amante de la humanidad, de la razon, y de las ciencias, pero ahora asi que oimos el nombre de filosofo, luego nos mete en sospecha y nos hace recelar que sea un maldiciente, falaz, satirico, impio, seductor, hipocrita, con todos los vicios encíma.

Yo me horrorizo al considerar un cambio tan desigual en un nombre digno del respeto y gratitud humana, pero¿ que haremos? vease quien tiene la culpa. Yo estoy pronto à desdecirme y me diera por muy contento si me convencen de lo contrario, pero en el interin yo seré de parecer que semejantes hombres siempre son abominables, tanto en lo bueno como en lo malo que dicen y de consiguiente que el mejor modo de confutarlos es mirarlos con el mayor desprecio.

CARTA I.

Es muy poco lo que en Europa se sabe de los antiguos mejicanos. No poséemos historia alguna de este imperio en que no haya mucho que desear.

Muy Senor mio y amigo: me acuerdo que al tiempo de despedirnos uno de otro, le dije à V. que si Dios me hacia la gracia de llevarme con felicidad á mi destino, le escribiría á V de cuando en cuando, comunicándole algunas noticias sobre estas remotísimas y amenísimas regiones. Empiezo pues ahora á cumplir aquella promeza, por que ántes no me ha sido dable; y aún al presente me ceñiré, por falta de tiempo, á hacerle ver á V que es muy poco lo que se sabe en España de la historia, usos y costumbres de este reino; ó para hablar con mas propiedad, de esta multitud de grandes provincias reunidas bajo el solo Vireynato de Méjico, que ocupan una superficie de ochenta y un mil ciento cuarenta y cuatro leguas cuadradas, extension cinco veces mayor que la de nuestra península, la cual solo llega á quince mil setecientas de dichas leguas.

En efecto despues de tres siglos que se han pasado desde la conquista, no tenemos aun ninguna historia de Méjico que pueda llamarse completa; pues la de Don Antonio Solís; aúnque traducida en todas las lenguas cultas de Europa; aúnque celebrada á competencia por nacionales y extrangeros, y aúnque tan recomendable por los rasgos de elocuencia y por las profundas reflexiones de política, de que está como entretegída, es por otra parte un bosquejo sumamente imperfecto, poco exácto á veces, y siempre muy diminuto para lo infinito que había que decir. Si hemos de dar asenso á algunos críticos imparciales, dicha obra no tanto debe considerarse como una historia de Nueva

España, cuanto como un panegírico de su immortal conquistador Don Hernando Cortés.

Los cuatro tomos de Clavijero publicados en la ciudad de Cesena de Italia por los años de 1780 y 81 contienen á la verdad mayor número de ideas, y presentan un retrato mas fiel de los mejicanos, que el que formó la delicada pluma de nuestro famoso cronista; pero no por eso estan libres de equivocaciones, ni expresan todo lo que una curiosidad erudíta puede apetecer.

Como Solís y Clavijero escribiéron su istoria de Méjico, no en Méjico mismo sino el uno en España y el otro en Italia, hubieron ámbos de fiarse de las relaciones que se les enviaron de acá: las que, como suele suceder, unas veces fueron exáctas y otras no. Clavijero, que era natural de Veracruz y que había vivido muchos años en Puebla de los Angeles, en Méjio, en Guadalajara y en otras ciudades principales de este reino, logró en el particular una ventaja que no pudo disfrutar Solís, esto es, la de examinar con sus propios ojos y observar por sí mismo una gran parte de las cosas que despues le sirvieron de materiales para su obra. Pero tambien por otro lado Solís, que no era criollo, pudo juzgar y hablar de ciertos puntos con mas imparcialidad. Al contrario el amor natural dela patria y de una patria en cuyo seno se habia criado, que amaba tiernamente y que no esperaba ver mas, hizo incurrir á su ribal en varios tropiezos, perdonables ciertamente en un escritor como él; pero no por eso ménos perjudiciales á la verdad de la historia.

Yo me acuerdo que habiendo llegado á Roma, casi al propio tiempo en que acababa de publicarse el último tomo de Clavijero, un español que pasaba justamente por muy docto y erudito, y que así mismo habia vivido no pocos años en América, me dijo, que él habia enviado á mestro Ministerio dos ó tres discursos críticos, en los que demostraba varias equivocaciones que habia padecido aquel historiador; de las cuales aseguraba él, que no dejaba de haber algunas de mucho bulto y dignas de reparo. No leí

los referidos discursos, por que ni su autor me los ofreció, ni yo me atreví á pedírselos; pero entreoí que la corte los habia recibido con agrado, y que para premiarle de algun modo su zelo habia mandado al Caballero Azara, que era nuestro Ministro Plenipotenciario en Roma, le regalase diez mil reales por via de gratificacion. Supe ademas que se sospechaba que aquel escrito habia sido causa para que se suspendiese la impresion de la expresada obra de Clavijero traducida al español, que debía salir en breve de la oficina de Don Antonio Sancha, y de la que en efecto este ilustre impresor y librero habia avisado anticipadamente al público en el prólogo de su magnifica edicion del Solís hecha en 1783. El Abate Maneiro no dice nada de esta anécdota en la vida de aquel célebre literato Veracruzano y paísano; pero yo tuve conocimiento de élla por un conducto nada sospechoso. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que ni Solís ni Clavijero pudieron llenar enteramente el objeto que se habian propuesto y que la lectura de sus excelentes obras no basta, ni con mucho, para dar una idea cabal de este país y de sus antiguos y nuevos moradores.

Quizá tendríamos en el particular una historia completa sí el Caballero Lorenzo Boturini Benaducci hubiese podido dar la última mano á la que estaba meditando mucho tiempo habia, y de la que publicó un ensayo ó idea en Madrid año de 1746. Este doctísimo é infatigable italiano estuvo aqui mucho tiempo, recogiendo con increíble diligencia cuantos documentos se hallaban en los archivos de esta capital y de otras ciudades. No contento de esto se internó por todas la provincias y lugares del reino, en donde pensaba encontrar algun monumento de la antiguedad: recurrió así mismo las costas de uno y otro mar, y llegó á tanto su zelo, que para observar mejor las costumbres y carácter de estos indios, no tuvo reparo de pasar varias veces muchos dias y noches en su compañia, viviendo con ellos con la mas estrecha familiaridad, y comiendo y durmiendo en sus chozas, sin arredrarle la asquerosidad y mal olor que reina en ellas, y la falta de toda especie de comodidades á que se exponía.

Varios sugetos me han asegurado que con tan constante aplicacion recogió Boturini una infinidad de noticias muy exquisítas, las cuales hubieran sin dada alguna esparcido una clara luz sobre los puntos de histosia mejicana, que ahora permanecen envueltos en las mas oscuras tinieblas. Pero los mismos me confesaron con harto rubór, que una política demasiado zelosa habia desvanecido las lizongeras esperanzas, que los amantes de la historia americana fundaban ya con singular complacencia en el infatigable zelo y extrordinaria erudicion de aquel noble milanés. En efecto su riquísima coleccion de manoscritos, de pinturas y otras antiguedades mejicanas, que tantos sudores y desvelos costaba á su dueño, se malogrò enteramente. La mayor y mejor parte quedó como confiscada en un rincon de este real Palacio, hasta que al cabo de muchos años el Virey Don Antonio Maria Bucareli la hizo con muy prudente acuerdo trasladar á la biblioteca de la Universidad, de la cual sin embargo se volvió despues á sacar no sé con que motivo. Y otra pequeña porcion que Boturini habia logrado salvar, digamoslo así, de entre las llamas de una persecucion tan imprevista, ó pereció luego en su viage á España, ó paró en breve en manos de su albacea Don Mariano Veytia, quien pareçe que no tuvo médios ni oportunidad para comunicar al público los apreciables restos de un tesoro tan abundante.

De este modo el museo mejicano de Boturini corriò casi en nuestros dias una suerte, aunque muy distinta, no menos fatal y desgraciada, que la que sufrió en el siglo décimo sexto la abundantísima coleccion de primorosos diseños y pinturas al natural de mas de mil y doscientas plantas indígenas de este nuevo mundo, ejecutada por nuestro insígne Francisco Hernandez: coleccion en la que, segun Acosta, habia expendido Felípe segundo como unos setenta mil ducados: coleccion finalmente que por si sola bastaría para desvanecer la pretendida barbárie que Linneo atribuye á nuestra nacion en punto á Botánica. Unas sospechas muy inciertas é incoherentes, pero adoptadas incautamente por

el magistrado, acabaron en poco tiempo con aquel museo; y la coleccion de Hernandez pereciò acaso consumida lentamente por el polvo y la polilla en una de nuestras mas insígnes bibliotecas; pues tengo motivo para pensar que no es verdad lo que se ha dicho tantas veces, que fue víctima del famoso incendio que hubo en la librería del Escorial en el siglo décimo séptimo.

El Senor Don Francisco Antonio de Lorenzana siendo Arzobispo de esta ciudad quiso remediar en lo posible tantas pérdidas, publicando de nuevo en un tomo de á folio las cartas de Cortés á Carlos V, ilustradas con muchas notas y enriquecidas con un gran número de estampas. Sin embargo la historia mejicana no pudo recoger los frutos que se prometía del grande zelo de este Prelado. Las estampas se grabaron mal y con poca exâctitud, y las notas dejan intactos ó tocan muy por encíma puntos de la mayor consecuencia. Ademas el Senor Lorenzana dedicado enteramente á las ciencias eclesiásticas, no parece que poseía el talento de escribir en las de historia civil y natural, con aquel fino gusto y delicadeza que caracteriza á varios autores del siglo próxîmo pasado.

Por último el prusiano Baron de Humbold, dió muestras poco ha de tomar á pechos la ilustracion de tan apreciable ramo de literatura en todo lo concerniente á estas vastisimas provincias. Despues de haber recorrido con singular esmero la América meridional, vino el año de 1803 á esta septentrional. Y aunque no emprendió en ella largos viages como Boturini, antes bien casi siempre se estuvo quieto en esta corte; no obstante logró recoger muchas y muy apreciables noticias á su intento. Por que halló un gran recurso en el archivo de este vireynato, que se le franqueó con suma generosidad, no reparando en que no fuese español sino extrangero. Y ademas tuvo la fortuna de encontrar en los catedráticos del real estudio de Minería y en el profesor real de Botánica, no solo unos sábios que pudiesen darle muchas luces, sino tambien unos verdaderos filósofos que quisiesen comunicárselas sin hacerse

de rogar y sin el menor misterio. Con todo eso no me atrevo aun á esperar todas las ventajas posibles de las memorias americanas, que segun se cree publicará luego Humbold: y por mas que he procurado tranquilizarme en el particular, no he podido hasta aqui desvanecer enteramente el temor que tengo, de que este ilustre viagero aleman corresponderà por fin á los muchos y señalados favores con que le distinguieron en Méjico y en el Perù, con la misma moneda con que el célebre navegante francés La=Peyrousse nos ha pagado la extraordinaria confianza y liberalidad con que le auxíliamos y honramos en Chile, en Californias y en Manila.

Pero me es preciso concluir esta carta. Ya vé V amigo, que no me he olvidado de lo que le prometí. Correspóndame V con igual exâctitud en órden á la palabra que me dió de escriberme las noticias de Europa que V juzgáse podían interesarme. Conozco que por ahora no he hecho mas que picar la curiosidad de V. Pero si V. cumple por su parte aquella especie de contrato que hicimos los dos en el momento de nuestra separacion, le diré en otras ocasiones cosas que le servirán de particular gusto y deleite. Méjico 1.° de Agosto de 1805.

CARTA II.

Lo que los primeros cronistas europeos escribieron de la historia natural de este pais es muy diminuto é imperfecto. No estaba en su mano ni en la de los misioneros de aquel siglo darnos sobre el particular noticias mas circunstanciadas.

Muy Senor mio y amigo: habrá quizá V estrañado que proponiéndome en mi anterior demostrar que no poseémos todavía una historia completa y perfecta de esta Nueva España, solo haya nombrado á los modernos Solís, Lorenzana y Clavijero, sin hacer mencion de Gomara, de Herrera y de algunos otros escritores del siglo décimo sexto, los cuales adquirieron tiempo ha mucha celebridad y fama

entre nacionales y extrangeros, habiendo sido traducidas sus obras no menos que las de Solís en casi todas las lenguas cultas de Europa. Conozco en efecto que este silencio podrá á primera vista haber parecido afectado; pues no debo negar que, segun las reglas vulgares de crítica, los expresados Gomara y Herrera deben ser consultados en el particular con mucho mas respeto que Clavijero ó Solís; por que éstos escribieron por la mayor parte de unos hechos cuya autenticidad habia ya excitado muchas y muy reñidas disputas entre los erudítos: de unos hechos que tanto el ódio y envidia de las naciones rivales de España, como el zelo tal vez demasiado ardiente de algunos españoles, habia procurado desfigurar y deslucir: de unos hechos por último, que la extrema credulidad de algunos y el excesivo pirronismo de otros habian como á competencia envuelto en las mas espesas tinieblas, de modo que el célebre autor de los establecimientos ultramarinos, se atrevió á decir con su acostumbrada satisfaccion, que la historia antigua de la Nueva España solo presentaba á los buenos críticos una verdad cierta: esto es, que Motesuma gobernaba el imperio mejicano cuando los espapañoles desembarcaron en las costas de Méjico.

Al contrario, ni á Gomara ni á Herrera puede aplicársele ninguno de los reparos que acabamos de insinuar. Herrera, á mas de haber sido un escritor diligente, síncero y de mucho juicio, como es notorio, vivió en tiempos no muy remotos de la conquista de estas provincias, pues publicò sus cuatro decadas á últimos del siglo décimo sexto. Las varias pasiones de los hombres no habian aun tenido proporcion para tender, digamoslo así, sobre la verdad de aquellos acontecinientos el obscuro velo que con el tiempo se hizo casi impenetrable á los ojos de los demas historiadores. Mucho menos la habian tenido aun en tiempo de Gomara. Este docto español conoció y trató á muchos de los Conquistadores de Méjico, y logró la apreciabilisima ventaja de oir de su boca la relacion de aquellas memorables acciones que pueden competir con las mayores que

han visto los siglos. Siguió tambien por espacio de algunos años correspondencia epistolar con varios de los primeros misioneros, que sin mas impulsos que los de la caridad, vinieron á enarbolar en estas regiones la vandera de Cristo y á emplearse en la conversion de los Mejicanos. Por estas dos canales no solo llegaron á Gomara noticias muy importantes y curiosas, sino que su historia adquirió un grado de probabilidad ó certesa moral á la que, segun toda apariencia, ni Clavijero, ni Solís, ni ningun otro moderno han tenido derecho de aspirar.

Sin embargo de esto, y de que nadie duda que aquellos dos autores profesaban un grande amor á la verdad y se mantenian por lo mismo igualmente lejos de la malignidad y presuncion que de la adulacion y lizonja; dos opuestos escollos en que hemos visto naufragar no pocos escritores modernos; sin embargo de esto, vuelvo á repetir, mi dictamen es y ha sido siempre que cuando Gomara y Herrera nos hablan de la extraordinaria feracidad de estos remotísimos paises, de la naturaleza y calidad de su suelo, de la diversidad de los animales y plantas que lo cubren y hermoséan, de sus preciosísimos frutos y de las grandes ventajas que la medicina y las artes pueden sacar fácilmente de una vegetacion tan robusta, tan copiosa y tan variada; y sobre todo cuando se ponen á contarnos muy por menor las costumbres, los usos, la religion y tradiciones de estos indios, debemos escucharlos con alguna precaucion y cautela, haciendo la debída justicia á su notorio zelo y sinceridad; pero suspendiendo á cada paso el asenso, no dejándonos arrastrar nunca por la novedad y belleza de las pinturas, conteniendo al contrario dentro de sus debidos límites la viveza y fogosidad de la imaginacion que tanto se complace en formar novelas agradables, á despecho y pesar de la austéra verdad; y finalmente no perdiendo ni por un solo momento de vista, que en semejantes materias mas que en ningunas otras, tiene lugar la célebre sentencia del poeta griego que la fuerza y nérvio de la sabiduría consiste en no creer con demaciada facilidad.

Digo mas: yo me persuado que sobre los dos insinuados puntos pueden los sabios modernos escribir con una exáctitud y puntualidad á que era imposible que llgásen los antiguos, aun haciendo los mayores esfuerzos. No me detendré aquí mucho en lo que respecta al primero de dichos dos puntos: por que creo que en el particular no habrá hombre medianamente instruído que no piense como yo. En efecto aunque el siglo en que fue conquistada etsa América abundó de sugetos grandes en todas lineas, aunque fue un siglo de oro, no solamente para Italia sino tambien para España; aunque las brillantes luces que esparció a quel siglo por toda Europa disiparon poco á poco la barbárie é ignorancia en que estaba tanto tiempo habia sumergida: no obstante las ciencias naturales no lograron por entonces ningun progreso considerable. Era en aquel tiempo muy fácil de hallar oradores elocuentes, anticuarios eruditos y humanistas que hablásen con elegancia el idioma de Ciceron y de Demóstenes. Las riberas del Tajo y Guadalquivir, no menos que las márgenes del Tiber y del Pó, rezonaban continuamente con los dulces y sublímes cantos de los poetas italianos y españoles. Pero nada habia al mismo tiempo tan dificil como descubrir en toda la extension de Europa un razonable fisico ó un mediano botanista.

Aristóteles, Teofrasto y Plinio habian compuesto á la verdad algunos tratados muy á propósito para internarse en el conocimiento del reino vegetal y animal, y habian descrito con bastante precision la mayor parte de las plantas útiles que en el dia conocemos; y un número prodigioso de cuadrúpedos, aves é inséctos. Ademas los alquimistas, buscando su imaginaria piedra filosofal, habian dado no pocas ideas de la composicion y descomposicion artificial de los cuerpos, que son juntamente las dos principales operaciones de la Química y las dos llaves maestras de la verdadera física. Pero tanta era en esta parte la estupidéz ó el descuido de aquellos tiempos, que unos descubrimientos tan provechosos, ó se habian olvidado del todo, ó no se habia sacado de ellos la mas mínima ventaja.

Cuando pues esta débil aurora de las ciencias naturales empezaba á difundir por Europa sus primeros rayos, una feliz combinacion de circunstancias hizo que se descubriese derepente este continente inmenso de cuya existencia no habian cesado de disputar en el mundo antiguo por espacio de mas de dos mil años. Epoca verdaderemente memorable, y que así como mudó en poco tiempo el aspecto político de todas las naciones cultas; así como dió un nuevo giro al comercio, un impulso mas fuerte y una mayor extension á las fábricas y á la industria, así tambien hubiera desde luego proporcionado á las ciencias naturales los mayores adelantamientos, si éstas, como acabamos de insinuar, no se hubiesen hallado entónces en el mas grande desaliento. La naturaleza desplegó sucesivamente á los ojos de Colon, de Cortéz y de los demàs españoles que los acompañaban, un cuadro riquísimo, magnífico y del todo nuevo. Las islas Lucayas, la Española, la de Cuba y las costas y provincias del imperio mejicano iban desenvolviendo, digamoslo así, con mucha prisa delante de sus conquistadores infinitos y hasta entonces desconocidos tesoros, no ménos del reino animal y vegetal que del mineral. Pero al paso que estos últimos cebaron al instante, como era regular, la inquieta codicia de unos hombres en quienes el deseo de enriquecerse no habia sido la menor parte para que atravezasen mares dilatadísimos y nunca registrados, y expusiesen su vida á grandes y manifiestos peligros; los demas objetos fueron mirados por lo general con una fria indiferencia. Por que para observar con interés la mayor parte de las plantas y de los animales, no basta tenér ojos: es menester tenerlos acostumbrados á mirar las cosas con una cierta perspicacia, con una delicadeza y finura que no se hallaba ni podía hallarse entonces en nuestros españoles. Un pedazo de piedra arenisca, en cuya superficie brillasen á trechos algunos granos de oro ó de plata, y el menudo polvo de estos metales que las aguas de los rios y de los barrancos habian arrastrado hácia sus riberas, fijaba infinitamente mas la atencion de aquellos primeros descubri-

dores, que las inmensas bandadas de exquisitos pájaros que venian de contínuo á atraversar por el ayre ó derramarse por los bosques, formando al mismo tiempo con su melodioso gorgeo y con sus pintadas y delicadas plumas un dulce embeleso para la vista y el oído.

Así mismo las venas informes y grotezca organizacion de las minas, que atraviesan por el seno de profundas cavernas llenas de unos vapores pestilenciales, y en las que la pura y benéfica luz del sól no ha podido jamas penetrar, eran para ellos, debemos confesarlo, un objeto muy delicioso y digno de ocupar todas sus potencias; miéntras daban solo algunos instantes por mera curiosidad á la contemplacion del soberbio espectáculo de las grandes y magestuosas masas que la vegetacion ofrece entre los trópicos, dónde infinitas y tupidas plantas cubren por todas partes el suelo, y las palmas y cocoteros esparcidos tanto por las faldas de los montes, como por las cimas de las mas altas colinas, élevan sus desnudos y lisos troncos, sobre otros innumerables árboles entretejidos y á veces casi cubiertos con mil distintas enredaderas ó yedras indígenas de estas regiones; yedras adornadas de preciosas flores ya rojas ya pajisas, ya azules, ya de una mezcla de colores no desemejantes á los del tigre y confundidos entre sí con el mas bello desórden.

Conozco, amigo, que me he extendido en esta especie de digresion algo mas de lo que era preciso. Tendrà V quizá que perdonar algunas veces este exceso á los inocentes transportes no menos de mi corazon que de mi imaginacion. Le confieso á V ingénuamente, que me es imposible mirar, aunque sea de paso, ninguna de las muchas y brillantes esenas que la naturaleza ofrece en estos paises, sin sentirme luegó animado de no se que fuego y entusiasmo que no soy dueño de reprimir. Yo creo sin embargo, que la misma sensacion han experimentado otros sugetos hallándose en circunstancias semejantes. La pintura, por ejemplo, verdaderamente original, que hace Forster de la isla de O-taiti en el segundo viage de Cook, dá á conocer la especie de éxtasis y encanto en que se hallaba en aquellos

momentos como abismada el alma de aquél sábio naturalista: y el sublíme pincel de Hodges, cuando traza los antiguos bosques que cubren las amenas orillas del Ganges, me parece animado por el mismo calor, que respiran aun los poemas de Píndaro y de Homero. Con todo eso procuraré reprimirme en adelante, y seré tan breve como lo permitan la calidad y naturaleza de los asuntos.

Me dirá V ahora, sin duda: que es muy cierto que los conquistadores de América contribuyeron poco al adelantamiento de las ciencias naturales; pero que los misioneros internándose en el pais y estableciendo su domicilio óra en el centro de los páramos y selvas, óra entre los riscos de las montañas, óra finalmente á las orillas de los grandes rios y lagunas hicieron al intento observaciones muy útiles, y que no debe privárseles de la debida alabanza.

Este reparo es ciertamente muy justo. Los misioneros han hecho en todos tiempos inmortales servicios, no solo á la Religion, sino tambien á la República y á las letras. Cuantos descubrimientos físicos se hallan esparcidos en los libros de los antiguos historiadores de América, todos ó casi todos se deben al desvelo y curiosa aplicacion de aquellos respetabilísimos minisrros. Pero no siempre pudieron ejecutar cuanto deseaban, ni siempre tuvieron tiempo ó proporcion para ser ígualmente útiles á las ciencias.

Los mas de los primeros que vinieron á este reino eran à lo que parece, unos hombres sencillos deseosos sobre manera de la conversion de los indios, bien instruídos y doctos en los dógmas de la Religion; pero en cuanto á las ciencias naturales, dotados solo de aquel corto caudal de conocimientos que habian menester para tratar y vivir familiarmente con unas gentes tan poco civilizadas. Hubiera sido cosa ridícula é injusta pedir á semejantes operarios que se dedicásen de propósito á hacer observaciones sobre los varios ramos que encierra la historia natural, pues esta empresa era muy superior á su capacidad y por consiguiente muy contraria á su vocacion. Un misionero solo puede destinar á estos estudios algunos breves momen-

tos por via de desahogo ó de recreacion; así como despues de habernos ocupado en negocios muy graves, salimos á distraérnos un rato en el paseo, ó vamos al jardin á cultivar las plantas y flores que hemos sembrado con nuestras manos. Un Sicard, un Verbiest, un Le-compte, un Pelisson escribieron de este modo en el Egipto y en la China tratados y disertaciones, que aun hoy se citan con respeto en la Academia de Londres y en el istituto de París. Sus observaciones sobre la historia natural, política y civil en nada perjudicaron à las ocupaciones sagradas de su ministério. Pudieron antes bien poner con toda propiedad por epígrafe de aquellos escritos el verso de Horacio: *Omne super vacuum pleno de péctore manat.*

Pero á esta Nueva España no siempre le cupieron en suerte, á lo menos á los principios de la Conquista unos misioneros de un temple semejante. Y ¿ cómo era posible si entónces, segun hemos referido, las ciencias naturales se hallaban aun en su cuna, no solo en la España antigua sino en toda la Europa? El mismo Padre Josef de Acosta que escribió á lo último del reinado de Felipe II., y que si hubiese nacido cinquenta años mas tarde, hubiera ciertamente dejado muy atras á los Sichard y á los Lecompte, no pudo por la razon insinuada evitar algunos leves tropiezos, ni pudo dar la última lima á su historia natural de las Indias; la que sin embargo de estos inevitables defectos, debe mirarse como un libro clásico y que hace sumo honor á la nacion.

Estaba reservado para nuestros tiempos y para el glosioso reinado de Carlos IV. elevar derepente la historia natural de América á un grado de perfeccion y exâctitud que podrá excitar la emulacion de las naciones mas cultas. Lo digo sin la menor lisonja. Las dos expediciones científicas destinadas una al Perú y otra á Méjico con el solo objeto de formar descripciones completas y sacar puntuales diseños de las plantas y animales de toda especie que se hallan esparcidos con tan rica profusion en estos dos inmensos continentes, serán un monumento eterno de la distinguida proteccion con que nuestro benéfico Monarca

fomenta todas la ciencias útiles: y bastarán por sí solas para llenar de rubor al que quisiére en algun tiempo preguntar otra vez como el autor de la Enciclopedia. ¿Qué es lo que España ha hecho en beneficio de las letras? Las colecciones de la Flora Peruana, de las que ya tenemos cinco tomos han llenado de admiracion á los sabios y artistas extrangeros; y esta admiracion se aumentará todavía cuando se publique la Flora mejicana que comprende, entre otras cosas, la descripcion de mas de cinco mil plantas. Es ciertamente una lástima que esta preciosa coleccion tarde tanto en darse á la prensa; pues si el infatigable Baron de Humbold, que sostenido por la beneficencia de nuestro gobierno ha viajado poco há por estas provincias, imprime con anticipacion sus séries de plantas y animales de los trópicos, podrá quizá quitar en parte á los sábios naturalistas de la referida expedicion mejicana, la gloria de la novedad que por tan justos títulos les pertenece.

Me lizonjeo, amigo, que con lo dicho hasta aquí, queda V bastantemente persuadido de estas dos verdades: primera, que lo que los antiguos historiadores de Méjico escribieron en órden á la historia natural de este amenísimo país, es muy diminuto é imperfecto: segunda, que no estaba en su mano, ni en la de los primeros misioneros dárnos en el particular noticias mas circunstanciadas. Falta ahora hacer ver, que lo mismo con corta diferencia debe entenderse de lo que aquellos insígnes hombres nos refieren tan por menor de la religion, usos y costumbres de los primitivos mejicanos. Pero este será el argumento de otra carta. Méjico 12 de Agosto de 1805.

CARTA III.

Los antiguos cronistas no pudieron dejarnos un retrato puntual de la religion, usos y costumbres de los indios mejicanos. Elogio de los primeros misioneros españoles que vinieron á estas provincias.

Mi amigo y Senor: habiendo de ser todo el objeto de esta carta insinuar, como por lo general hemos de juzgar

á tiento y con poca seguridad en órden á ciertas particularidades que nuestros cronistas de Indias nos refieren de la religion, usos y costumbres de los antiguos mejicanos, debo confesar desde luego que en este punto los servicios que los primeros misioneros hicieron á las ciencias fueron mayores y mas importantes que los que les proporcionaron en los diferentes ramos de que se ha tratado en la carta antecedente. Por mas que la ambiciosa crítica de algunos escritores modernos se haya esforzado á desacreditar la historia de Don Francisco Lopez Gomara, no podrá jamas negarse á este autor la gloria de haber descrito con mas puntualidad que nadie las fiestas, los ritos, las leyes de los mejicanos y los medios de que éstos se servian para sus cómputos cronológicos y astronómicos. Este es á lo ménos el singular elogio que dá á Gomara Don Fernando de Alba Yxtlilxochitl, el cual sin embargo de ser decendiente por linea recta de los reyes de Tezcuco, se hizo aun mas ilustre por su rara erudicion que por su tan ascendrada nobleza, segun lo acreditan los varios manuscritos que dejò en la librería del colegio de Sen Pedro y San Pablo de esta ciudad. Siento, pues, que Solís hable de Gomara con tan poco aprecio, diciendo que escribe lo que oyó y que se fia tanto de sus oidos como pudiera de sus ojos. Trabajando Gomara su historia en España es claro que precisamente se habia de fiar de sus oidos y no de sus ojos, pues su vista no podía alcanzar á ver lo que pasaba en estas remotísimas regiones. Pocos historiadores han disfrutado la rara ventaja de exáminar por autopsia todos los hechos que refieren. La sana crítica no prohibe seguramente hacer en el particular uso de testigos, solo quire que sean abonados. Gomara consultó una y muchas veces por cartas á los misioneros que vivian aquí ¿ y quién duda que estos eran los fiadores mas seguros que podía presentar en apoyo de lo que iba refiriendo sobre la religion y costumbres de los índios? Me parece esto tan evidente que no tengo reparo en decir que cuando Gomara llevado del deseo de instruirse á fondo en aquellos puntos hubiese ve-

nido en persona á este reyno, hubiera tenido que recurrir á las mismas fuentes, esto es, á los misioneros; y no solo hubiera pedido sino que hubiera debido fiarse por lo que toca á estas materias mas pronto de sus oidos que de sus ojos. Lo mismo poco mas ó menos puede asegurarse de la monarquía Indiana del Padre Torquemada, la cual aunque se vea manchada á trechos con varios anacronismos y otras faltas de crítica y buen gusto con todo no deja de merecer mucha fé cuando se arrima á las verídicas relaciones de los Padres Sahagun, Olmos, Benavente y otros misioneros semejantes. Volveré á tratar de este propósito en otra ocasion.

Entre tanto permítame V que habiendo hecho la debída justicia á aquellos varones apostólicos, cuyos nombres deben leerse con respeto no solo en los anales de la Religion, sinó tambien en los de la República y de las ciencias; permítame, digo, que repita de nuevo, que sin embargo de lo que por su médio se adelantó en esta parte la historia, no fue en manera alguna posible que ésta nos presentáse por entónces una idea exácta del verdadero carácter y costumbres de los indios mejicanos.

Nadie duda que la ciencia de conocer al hombre es una de las mas dificiles, de las mas complicadas y de las que han hecho hasta ahora menos progresos. El hombre mírese por donde se quiera, será siempre un verdadero enigma para sí y para sus semejantes. Dejando aparte, por no ser propia de este lugar la consideracion de su estado físico, su sola constitucion moral ¿ cuántas y cuán grandes dificultades no presenta? Las pasiones de varias especies que como de una raìz ponzoñosa brotan en él, si puedo esplicarme así, desde su niñez; el orgullo, la ambicion, la pereza, la ira, el amor desordenado de los deleytes y el brutal deseo de la venganza, que se modifican entre sí de mil distintos modos y combinadas con la hipocrecía y la supersticion, aparecen óra en una forma, óra en otra enteramente opuesta: estas pasiones, digo otra vez, ponen delante de nuestros ojos una como nube que nos oculta las

verdaderas ideas y sentimientos de los demas hombres con quienes tratamos, y aun á veces nos impide el sondear con el debido esmero nuestra propia alma y nuestro corazon. Las luces de la mas sublime metáfisica son por lo comun inútiles en llegando al pormenor de este delicado exámen; y un Locke, un Lami, un Malebranche y un Condillac se hallan muy á menudo sujetos á los mismos tropiezos y errores que cualquiera de los ingenios mas vulgares.

Esta grande y casi insuperable dificultad es sin duda la principal causa de los innumerables embarazos que encontramos cuando queremos formar un juicio seguro del carácter general de toda una nacion: por que este carácter depende esencialmente, como es claro, del de cada uno de sus indivíduos. El carácter nacional de que se habla tanto en nuestros dias no es en realidad otra cosa que el conjunto, ó mas bien el resultado de la extraña reunion y combinacion de todas las pasiones, de todos los vicios y de todas las virtudes de los particulares. Es pues evidente que para calcular con precision este resultado se necesita conocer uno por uno los infinitos resortes que contribuyen á dar movimiento á aquella gran máquina, y constituyen su verdadera perfeccion ó imperfeccion, si se me permite, explicarme de esta manera. Vemos á la verdad un gran número de políticos, que como queriendo hacer alarde de su profundísima ciencia, nos dicen mil primores sobre este asunto. Sin embargo nada hay tan incierto como las ideas que nos ofrecen. Unas veces atribuyen á una determinada nacion defectos y vicios que no tiene, ó que le son comunes con todos los demas pueblos. Otras le tributan elogios que no le corresponden, al paso que le niegan los que de justicia se merece. Otras finalmente, queriendo elevarse al origen de ciertas preocupaciones y opiniones vulgares, que la civilizacion no ha podido ni podrá nunca desterrar del todo, en lugar de buscar este orígen en alguno de los primitivos manantiales, que por decirlo así, extienden su curso por toda la

superficie de la tierra habitada, van á buscar un pequeño arroyuelo que solo atraviesa un particular reyno ó provincia. Y para comprenderlo todo en una palabra, suelen estos señores equivocar y trastornar casi cuanto tocan, y en lugar de aclarar mas y mas una materia de suyo tan difícil é incierta, le añaden frecuentemente con sus especulaciones metafísicas y cálculos matemáticos nueva y mayor obscuridad.

Si esto pues ha sucedido en el siglo décimo octavo, ¿qué podía suceder, pregunto, en el décimo quinto ó décimo sexto? Si despues de mas de cien años que disputamos con tanto calor de moral y de política; si despues de tanto tiempo que se ha hecho de moda dicho estudio; por último, sí despues que se han publicado sobre el particular tantos ensayos, tantas observaciones, tantos ingeniosos tratados y sistémas que de solo estos volúmenes podrían llenarse los estantes de toda una gran biblioteca; si despues, digo, de tan extraordinarios esfuerzos para dar la última perfeccion a las referidas ciencias, todavía vemos que sus principios ó axîomas son tan poco seguros y sus consecuencias tan inciertas y falaces¿ qué sería, vuelvo á preguntar, en tiempo de nuestros abuelos, cuando las mencionadas ciencias, si hemos de creer á los críticos del dia, no habian aun salido de su infancia?

Es ahora poco ménos que imposible formarse una idea exâcta del verdadero carácter con que se distingue en particular cada nacion de Europa; sin embargo de que hace ya muchos años que el lujo, las ciencias, las artes y el comercio han obligado á casi todos los gabinetes de aquel continente á levantar de comun acuerdo las barreras que tenian como separados unos pueblos de otros, y les han puesto igualmente en la precision de mirarse, de tratarse y observarse mutúamente con incesante curiosidad y contínua vigilancia. ¿Como, pues, podrémos figurarnos que nuestros antepasados, que descubrieron tan sin pensar este nuevo mundo, de cuyos habitantes no se habia tenido

hasta entonces en el antiguo la menor noticia; como, digo, podrémos imaginar que cuando apenas habian puesto el pie en esta tierra desconocida; cuando apenas habian sojuzgado las provincias mas cercanas à las costas del occéano; cuando apenas habian entablado un comercio tranquílo y pacífico con las muchas y diversas naciones de índios que componian este vasto imperio y el vecino reyno de Michoacan; cuando apénas podian mantener una comunicacion seguida con aquellos naturales sinó era valiéndose de un intérprete, tal como lo hallaban a mano; y cuando por último, apenas habian tenido tiempo para volver en sí de la grande y natural ilusion que una tan extraordinaria sorpresa y novedad les habia causado: ya se hallasen no obstante en estado de darnos una relacion circunstanciada y segura de la religion de los mejicanos, otomites ó tarascos, de sus costumbres domésticas y políticas, de sus leyes, usos y estílos? En cuanto á mí, soy de opinion, que exîgir de ellos una cosa semejante fuera caer en la mas impertinente y rídicula extravagancia. Este penoso y dificil exâmem de que vamos hablando es uno ciertamente de los que piden mas paciencia, mas experiencia y mas tiempo.

Harto hicieron en el particular los primeros misioneros. Era menester sin duda un zelo como el que abrazaba sus almas para reducirse á vivir en compañia de unos salvages que les miraban, no menos que á los otros españoles, como á sus mayores enemigos, y que estaban dia y noche tentados por impulsos casi irresistibles á darles una muerte cruel y alevosa. Sin este extraordinario zelo y fervor, aquellos salvages se hubieran quedado quizá para siempre en el fondo de los solitarios páramos y bosques de que tanto abunda esta América, ó entre la escabrosidad de los mas apartados montes, hácia dónde se iban retirando á gran priesa por el terror de nuestras armas. Separados enteramente de nosotros por medio de inmensos arenales y de pantános absolutamente impracticables, hubieran desaparecido del todo de nuestra vista, á no ser que recobrados tal vez de su

primer asombro y espanto, conociendo al fin que los europeos no eran inmortales ni hijos de los dioses, como lo habian puerilmente creido al principio, y resueltos á despreciar con ánimo esforzado y varoníl las primeras descargas de nuestra artillería y arcabuces, hubieran salido nuevamente de sus selvas para echarse de tropel sobre nosotros y obligarnos á dejar libre su patria ó contentarnos con la porcion de terreno que ellos hubiesen querido espontáneamente cedernos. Así lo hicieron en la América meridional los Araucanos, y asi tambien y aun con mayor proporcion lo hubieran hecho probablemente en esta América los mejicanos.

Pero aun cuando esto nunca hubiese sucedido, no puede dudarse que sin el auxîlio de nuestros misioneros poco ó nada hubieramos sabido de la religion, usos y costumbres de estos índios. Aquellos zelosos ministros, dignos ciertamente de toda nuestra veneracion y aprecio, fueron los primeros que nos dieron á conocer el carácter de las naciones salvages. La pura y santa Religion, la culta Europa, todas las almas sensibles, deben confesar á una esta verdad. Declamen cuanto quieran los filósofos del dia; no por esto será menos cierto, que nuestros primeros misioneros dieron al mundo el raro y tierno espectaculo de unos ministros que sin el mas leve interés, de ambicion, de avaricia ó curiosidad, y animados con el mismo espíritu con que el Evangelio nos pinta, que el buen Pastor busca la oveja perdida, se metían por las mas horrorosas soledades para ir á encontrar á un pobre índio dentro de su miserable choza y ofrecerle cordialmente su asistencia, sus consejos y servicios. ¿Cuando, pregunto, hubieran hecho esto los modernos viageros filósofos Olandeces, Ingleses y Franceses?

El corazon aunque duro de aquellos salvages, no podía menos de conmoverse á vista de mà accion tan generosa y de una beneficencia tan síncera y tan poco esperada. La dulzura y suavidad con que les hablaban nuestros misioneros; las señales nada equívocas de un amor puro y paternal que les daban incesantemente; y el vivo interés que mani

festaban tomar por el bien y felicidad de ellos, de sus mugeres é hijos, iban lentamente ablandando el ánimo de los índios y disminuyendo al mismo paso las fuertes impresiones de su antiguo ódio, y desconfianza. Ningun objeto habia al principio que fuese tan capaz de encender la cólera y venganza de uno de aquellos índios montaraces, como la sola vista de un europeo. Pero poco á poco el zelo, caridad y paciencia de los misioneros triunfó de estos sentimientos que parecian indomables. Poco á poco borró del corazon de los índios la memoria de los desástres acaecidos, de las batallas perdidas, de la sangre derramada y de las demas desgracias que les habia ocasionado su porfiada resistencia á nuestras armas; haciéndoles ver como la victoria por mas que se haga, no puede nunca separarse del todo de las rapiñas, extorsiones y violencias. Poco á poco finalmente, embelesados los índios con las máximas y consejos de una Religion, que solo respira amor, perdon y olvido de las injurias, consintieron en dejarse civilizar por sus cariñosos padres, salieron de los bosques, fundaron pueblos y vinieron á vivir con nosotros y admitieron en su compañía a los mismos españoles que antes tanto aborrecian. Todo esto y mucho mas debió la Religion y la Patria al zelo de aquellos hombres apostólicos. No es esta una pintura formada á capricho, sino una relacion fundada en unos hechos los mas notorios y constantes. Si en la larga lista que comprende los nombres respectables de los antiguos misioneros de esta nueva España se hallare el de uno ó dos que no correspondieron exâctamente al espíritu de su vocacion, sus descúidos ó sus faltas que no negamos no deben en manera alguna obscurecer la gloria que los demas se tienen tan justamente merecida.

Pero volviendo ahora á lo que dije al principio ¿quién podrá dudar que á los misioneros debe la Europa las primeras notícias que tuvo del carácter, religion y costumbres de estos índios? Es verdad que esta notícia fue imperfecta y diminuta; pero bastó para abrir la puerta á los nuevos conocimientos que despues hemos ido adquiriendo sobre el

particular. Los primeros misioneros, que todavía no sabían bien el idioma de los índios ni habian tenido bastante oportunidad para penetrar hasta lo mas recóndito de sus antiguas y extravagantes supersticiones, ni habian podido por lo mismo asír siempre el hilo de sus rídiculas tradiciones y el sentido genuino de sus muchas escrituras ó pinturas simbólicas; hubieron de engañarse algunas veces en el por menor de sus prácticas, opiniones ó estílos; pero pocas ó ningunas se equivocaron en el por mayor ó en la sustancia. Sería fácil apoyar esta proposicion con infinitos ejemplos; mas no es menester cuando andan ya en manos de todos los escritos de donde debería sacarlos.

Finalmente para reducir en pocas palábras cuanto llevamos dicho en esta carta mi dictámen es, que los antiguos misioneros fueron los que tiraron con harta félicidad las primeras lineas del retrato fiel que debe representar el carácter, religion y costumbres de los célebres índios mejicanos; retrato que vemos bosquejado en la historia de Gomara, en las decadas de Herrera, en la monarquía indiana de Torquemada y en otros autores semejantes; retrato al que la elegante pluma de Solís dió mucha mayor expresion y viveza, y un colorído súmamente hermoso, aunque no siempre conforme al natural; retrato que el sábio Clavijero perfeccionó un siglo despues con no pocas nuevas pinceladas y que quizá hubiera aun pulido mas y mas á haber emprendido dicho trabajo cuando vivia én este reino y no cuando se hallaba á dos mil leguas de el en Bolónia; retrato finalmente al cual falta aun dar la última mano: cosa que se hubiera podido hacer algunos años ha con infinito menos tiempo y trabajo, pero que ahora no deja todavía de ser posible.

Ya vé V. amigo que tenemos materia para continuar á entretener con gusto en algunas otras cartas. Méjico 14 de Agosto de 1805.

CARTA IV.

Parcialidad con que algunos autores extrangeros hablan de nuestras cosas de América. Reparos sobre las investigaciones filosóficas de Mr. Paw.

Muy Señor mio y amigo: el asunto de mis dos últimas cartas me obliga á hablar en esta y otras siguientes de la extraña, pueril y maliciosa política que he observado en varios autores extrangeros, los cuales ó de propósito, ó solo por insidencia han tocado ya uno ya otro punto de los muchos que comprende la historia de esta nueva España. Puedo asegurarle á V. que me sucedía al principio con los famosos escritos de estos Señores lo mismo que Ciceron cuenta haberle acontecido, no pocas veces, con los libros de algunos griegos de mucha fama = Como leía, dice, á la frente de estos volúmenes el título tan respetable de filósofo, me persuadia que iba á encontrar en ellos aquel noble candor y aquella amable sinceridad y modestia, que parece tan propia de quien pretende honrarse á sí mismo con el augusto nombre de amante de la sabiduría. Pero ¿cual era mi sorpresa, cuando recorriendo con mucho cuidado todo el contesto de dichos volúmenes, hallaba en ellos á menudo señales muy ciertas y huellas muy claras y distintas de la ambicion, de la vanidad y mala fé de sus autores? Algunas experiencias de esta especie me hicieron creer al fin, que no era menester buscar otro origen que este del grande desprecio con que hombres muy graves y juiciosos miran en el dia la profesion de filósofo, que ellos quisieran ver desterrada para siempre de nuestra república. El funesto abuso de muchos que se llamaron sábios sin serlo, ha cubierto sin duda de infamia una ciencia, que cultivada con la debida moderacion y esmero sería un manantial inagotable de felicidad para todos los estados = Hasta aquí Ciceron. Ya vé V. amigo, que estas sábias observaciones del orador y

filósofo romano, podrían con la mayor propiedad aplicarse al estado actual de nuestra literatura, pero no es este lugar propio para entregarme á unas reflexîones que poco á poco me llevarían muy lejos de mi asunto.

Ciñéndome, pues, a lo que toca á esta nueva España, digo: que no he podido dejar de admirarme una y mil veces de las mordaces sátiras y de las censuras indecentes que algunos autores extrangeros hacen de nuestras antiguas historias de Méjico y de las relaciones de nuestros primeros misioneros. No les perdonan el menor descuido: exâgeran ántes bien sus faltas de exâctitud, aunque sean sumamente leves: disimulan y ocultan su verdadero mérito; dan á sus acciones las mas heroicas la apariencia de un detestable fanatismo; y por último, los pintan como unos hombres del todo ignorantes é incapaces de exâminar ú observar ninguno de los objetos que pretendieron describirnos. Los que así hablan de las inocentes é inevitables equivaciones de nuestros misioneros, debe parecer á primera vista que tienen razon. El aire de confianza que manifiestan y su tono magistral y decisivo, dá naturalmente la idea de una crítica sin duda un poco severa; pero que animada de una ardiente pasion por la verdad, se gloría de hacerse conocer con la sublime divisa del tros rutulusve de Virgilio, no teniendo de ofender á nadie, sea quien se fuere.

Esta idea es la mas natural, la mas obvia y la que ha alucinado y no cesa de alucinar á muchos otros extrangeros por otra parte bien intencionados. Sin embargo, podemos asegurar que nada hay tan falaz como semejante idea. ¿Sería, pregunto, creible, si no lo estuviésemos viendo y tocando, que aquellos críticos, al parecer tan puntuales y exâctos, inventan de propósito mil cuentos rídiculos para desacreditar á nuestra nacion? ¿Que unas veces niegan osadamente los hechos mas bien fundados, y otras dan asenso á unas consejas tan extravagantes que ningun hombre de mediano juicio podrá ciertamente sufrir? ¿que por último, á trueque de hablar mal de nuestras cosas de América, no reparan

en verter varias proposiciones, que no solo son contrarias á la verdad, sino que repugnan tambien á los principios mas sentados de la historia natural y de la buena física, en cuyas ciencias quieren ellos pasar por maestros y oráculos? Pues por mas increible que esto parezca, no a V. que está tan universalmente instruido, sino á muchos otros de los que leerán quizá esta carta, no temeré de ser desmentido, si digo, que nada hay tan constante ni que tan facilmente pueda demostrarse. Yo voy pues a ejecutarlo ahora mismo. Será V Juez, y quiero que lo sea imparcial, sin conceder nada á la amistad con que me honra y dando solo oídos á la justicia y á la razon.

Un número casi infinito de escritores franceses, olandeses, alemanes é ingleses, se ofrecen en este instante á mi memoria. No me detendré á citarlos. La república de las letras tiene tanto vulgo, y tal vez mas que las otras republicas, y es muy cierto que el vulgo no debe ser consultado nunca, cuando se trata de materias como estas en que se exîge discrecion y exâctitud. Solo pues nombraré aquellos escritores que ó por sus grandes talentos, ó por su exquisita erudicion y elocuencia, ó por otras no menos apreciables circunstancias han adquirido tiempo ha grande fama y reputacion. Sus obras andan en las manos de todos, y me consta que ninguna de ellas falta en la copiosa biblioteca de V; y así podrá sin ningun trabajo cotejar mis citas y enterarse de sí son ó no puntuales.

Sírvase V pues abrir el célebre libro de las investigaciones filosóficas sobre los americanos escrito por Mr. Paw. No es menester cansarse en recorrer el índice de las materias. Abra V á ojos cerrados por donde mas le acomode. Estoy muy cierto, que no dará V. en ninguna seccion ó párrafo que no esté señalado con alguna injuria contra este país ó sus habitantes. Yo entre tanto iré apuntando aquí algunas de que me acuerdo, y que me parecen suficientes para probar la ligereza por no decir la mala fé con que se hicieron dichas investigaciones.

Afirma pues en primer lugar Mr. Paw, que los índios

americanos aunque ágiles y veloces en la carrera por haberse ejercitado en ella desde la niñes, carecen de fuerzas de modo que el menor peso los agovia. Bien que no es este uno de los principales errores que pueden echarse en cara á aquel escritor: merece sin embargo que nos detengamos un instante para refutarlo. Si Mr. Paw. hubiese hecho un viage de Berlin á esta ciudad, hubiera visto que los índios suelen aqui llevar pesos enormes á distancias muy grandes, sin dar señas de extraordinaria fatiga ó cansancio. Mientras ertoy escribiendo estas lineas pása por debajo de mi balcon un índio que trae sobre sus hombros una gran carga de leña para vender. Un poco mas léjos viene otro con una alacena alta una mesa y que se yo cuantas sillas. Mas lejos todavía distingo en una plazuela que está enfrente una larga cuerda de índios cargados con sendas talegas de pesos fuertes que algun comerciante envía quizá á su almacen. Las calles de esta metrópoli presentan en todas las horas del dia varias esenas de esta especie. Mr. Paw. no ha podido ciertamente disfrutarlas; pero podía a lo menos haberse enterado por autores fidedignos, como ya en tiempo de los Motezumas habia igualmente índios destinados á este oficio, á quienes se les daba por lo mismo el nombre de índios de carga los cuales de tanto provecho fueron á Cortés y su ejército. Podía tambien haber leído en la historia de Garcilaso, que dicho empleo era tan del gusto de estos naturáles, que cuando se pretendió abolirlo por los famosos reglamentos del año de 1542 se quejaron amargamente de aquella providencia. Podía finalmente haber visto en las antiguas pinturas mejicanas, como á los hijos de los nobles que se destinaban para la carrera de las armas, se les obligaba en su tierna edad á conducir al ejército ya víveres, ya armas, ya cualquier otra cosa que se ofreciese, y á conducirlo sobre sus propios hombros, sin poderse valer para esto del ministerio de sus criados.

Continua Mr. Paw, asegurando que cuando se descubrió la América, estaban estas inmensas llanuras y estos montes altísimos cubiertos por todas partes de espesos bosques: que

al presente se han desmontado algunos cortos recintos para cultivarlos; pero que éste débil esfuerzo de la agricultura se ha sostenido y sostiene únicamente sobre los brazos de los africanos y europeos, siendo muy raro que un índio llegue á poner la mano en el arado ó en la hoz.

No dudo que algunos de los que lean el libro del filósofo prusiano creerán que todo esto es verdad; pero los que hayan estado aquí se escandalizarán sin duda ál oir una proposicion tan falsa, y que como es fácil demostrar, no tiene el mas leve fundamento. Esta suntuosa Metrópoli se vé en gran parte rodeada de hermosas huertas de las cuales unas son muy pequeñas, pero que estando colocadas sobre la superficie misma del agua; estando por todos lados ceñidas de innumerables acequias que bajan de la laguna de Chalco y van á perderse en la de Tezcuco; y estando por último como coronadas de una infinidád de frondosísimos sauces de figura piramidal y mucho mas bellos que los de Europa, forman una perspectiva sumamente pintorezca, á la que añaden aun nuevas gracias los incesantes cantos de varios pajarillos y las flores de todas especies y colores que los índios siembran entre las coles, las lechugas, los guisantes y legumbres, así para recrearse con su vista, como para venderlas en el mercado de esta capital. En el libro primero de la *rusticatio mejicana* del poeta Landivar, hallará V una puntual descripcion de estos amenísimos jardines, conocidos aquí con el nombre de Chinampas y únicos por su género en todo lo descubierto del mundo.

Hay ademas otras huertas no pequeñas sino sumamente capaces y cultivadas con igual esmero. Las mas de ellas solo distan de este pueblo cosa de una milla, de manera que muchos de sus habitantes salen á ellas por las tardes á desahogar el ánimo con la vista de unos lugares tan deliciosos y amenos, mientras restablecen al propio tiempo las fuerzas del cuerpo con un moderado ejercicio y con respirar el ayre puro del campo cargodo, ó mas bien embalsamado, con el saludáble oxígeno de tantos y tan diversos vegetales.

Hay tambien muchas haciendas repartidas á trechos por

las faldas de los montes, que terminan esta espaciosa llanura. Algunas de ellas estan tan cerca, que se alcanza á ver clara y distintamente desde los paseos públicos. Otras se presentan en los puntos mas lejanos del horizonte; y con sus espesas alamedas y con algunas colinas cubiertas de olivos, forman como la sombra de tan hermoso cuadro. Y tanto éstas como aquellas abundan en prados dilatadísimos y muy llanos, por en medio de los cuales se vé pacer á todas horas tan prodigioso número de bueyes, de mulas y de caballos, que de cuantos países he visitado en mi vida, no he hallado hasta ahora ninguno á quien se pueda aplicar con mas propiedad aquel antiguo refran: *pauperis est numerare pecus.* Sin embargo las haciendas que estan á la otra parte de los montes son, á lo que óigo decir, mucho mas opulentas; pero no quiero hablar de ellas por haber resuelto no asegurar á V nada que yo mismo no haya visto. Vuelvo ahora á la proposicion de Mr. Paw.

Deseo, pues, que este célebre filósofo, ya que ha sido tan curioso, como dice, en recoger hechos y observaciones sobre el carácter fisico y moral de estos índios, me diga con sinceridad si ha podido averiguar, ¿qué casta de hombres es la que cultiva las hermosísimas huertas y haciendas, que segun acabo de insinuar se hallan esparcidas al rededor de esta famosa metrópoli del nuevo mundo y forman uno de sus principales ornamentos? Si no lo ha averiguado ¿por qué no confiesa su ignorancia sobre este punto? por qué decide luego con tanta ligereza? por qué no se ciñe á proponer sus dudas con el candor é ingenuidad propia de ún sabio que tiene desconfianza de sus propias conjeturas y suspende el juicio hasta hallarse mejor instruido? Usando constantemente de esta moderacion é imparcialidad se adquirieron tanta fama y aplauso en el orbe literario Cesar, Tácito, y Xenofonte; y sus curiosas investigaciones sobre los antiguos galos, germanos y persas han sido siempre consultadas por los eruditos con el mayor aprecio y respeto.

Si por mas diligencias que ha hecho Mr. Paw no ha podido conseguir noticias individuales en órden al asunto de

que vamos tratando ¿ cómo afirma que la naciente é imperfecta agricultura, que se vá estableciendo con tanta pena en algunos pequeños ángulos de este inmenso continente, no tiene otro apoyo que el de la actividad de los africanos y europeos, pues los estólidos é indolentes americanos no le proporcionan jamas el menor ausilio? como, digo, se atreve Mr. Paw á abanzar tan temerariamente un hecho de esta especie en que se injuria sin motivo alguno á los pobres índios? en que no pueda citar fiadores, y en que con tanta facilidad se le puede desmentir?

Por qué quiénes, pregunto, sino los índios que el filósofo prusiano trata de *decrépitos y caducos* proporcionan á esta vastísima capital la prodigiosa abundancia de víveres de todas especies que en ella se disfruta? quiénes sino los índios mantienen todo el año estas amenas llanuras cubiertas agradablemente con la hermosa variedad de tantas plantas útiles á hombres y á animales? quiènes sino ellos cultivan las legumbres, las verduras y raíces que con tanta profusion crecen en estas huertas y chinampas entre innumerables flores de bellísimos matíces? quiénes sino los índios son los que preparan la tierra pàra que reciba el trigo, los que lo siembran con sus manos, y los que cuando ya empieza á cubrir el suelo con sus verdes tallos entresacan y arrancan una por una las yerbas que podrían sofocarlo? los que así que ha llegado á la debida madurez lo ciegan, lo amontonan en la hera, lo trillan y finalmente lo recogen en las trojes? quiénes sino ellos reducen su grano á una finísima y blanquísima harina, la traen á esta ciudad, la amasan, la cuecen en el horno y forman de ella el excelente pan que es la delicia de nuestras mesas, y que por lo saludable, por lo barato y demas buenas cualidades puede competir con el mejor que se come en las principales capitales del mundo antiguo?

Y sin embargo de unos hechos tan multiplicados, tan notorios y constantes ¿ se podrá sufrir que se asegure con tanta confianza que la agricultura de este país nada debe absolutamente á los índios, cuando es muy cierto, que sin

su incesante ausilio estos campos quedarían del todo inútiles y desiertos? Los europeos se desdeñan aquí generalmente de aplicarse á unos trabajos que ellos miran como demasiado serviles. Son comerciantes, factores, mayordomos, escribientes ó mineros; pero apenas se hallará uno que quiera manejar el arado ó la hoz. Mil veces habiéndome apeado del coche para contemplar de cerca las labores rústicas de algunas haciendas, he sido testigo de esta verdad. He visto siempre en semejantes ocasiones extendída por los campos una larga hilera de índios que los cultivaban, al mismo tiempo que un español, gachopin ó criollo montado en un fogoso caballo recorría con singular ligereza dicha linea, dando incesantemente voces á los gañanes para animarlos al trabajo. En este único sentido y no er el que pretende Paw. son aquí agricultores los europeos.

Los negros contribuyen tambien muy poco al cultivo de los campos. Su número es muy corto en este reyno. Los pocos que se ven en la capital, sirven solo como en Europa al lujo de algunos de sus moradores. Los demas viven muy apartados en los trapiches de azucar, y en algunos otros lugares donde se coge la famosa planta del tabaco, la que en mi concépto si se cuidase con mas proligidad, se daría tambien aquí como en la misma Habana.

No sé, amigo, si le habré sido á V. algo molesto entreteniéndome tanto en una sola observacion. Conozco que el error que pretende establecer nuestro filósofo podía destruirse con menos palabras. Sin embargo me lizonjeo, que V confesará de buena fé, que todo lo que acabo de decir apénas aun será suficiente para desengañar á algunos europeos demasiado preocupados y seducidos por el arrogante y decisivo tono de la nueva filosofia.

Por otra parte, quién ha observado como yo la aplicacion de estos pobres índios: quién les ha visto como yo afanarse casi todo el dia para alhagar el paladar delicado de los europeos y criollos: quién ha sido testigo como yo de que despues de haber regado mil veces con su sudor el abundante trigo que se destina para nuestras panaderias,

y despues de haber criado con mil cuidados, ó buscado entre los pantános, los bosques y lagunas, delicadas aves y sabrosísimas frutas de que se alimenta nuestra gula, ellos para sí se contentan con el grosero jugo que se saca de la planta del magueí ó pita, y con algunas tortillas hechas con la masa del maiz revuelta en nn poco de chile ò pimiento: quien, digo, ha observado y visto todo esto no podrá contenerse al oir á un filósofo que hace los mayores esfuerzos para deprimir una nacion, cuya industria, paciencia y esmero ha sido y es tan útil á Europa.

Aunque pues esta carta ya vá muy larga, me dará V licencia para que no la concluya sin decir algo de otros errores y calumnias que he entresacado igualmente del mismo libro de Paw, esto es de sus célebres investigaciones filosóficas. Estos desvaríos son tan estraños y de tanto bulto que para excitar la indignacion de V y de todo lector juicioso, bastará no mas insinuarlos, ó señalarlos, de léjos con el dedo.

Y en efecto quién tendrá paciencia para aguantar, que este filósofo que tan ásperamente reprende á los viageros y á los naturalistas que han afirmado algunos hechos aventurados, se atréva á decir una y dos veces: que el trigo nace únicamente en algunos ángulos del norte de la América? Esto sin duda ya no debe llamarse asegurar con sobrada ligereza y precipitacion un hecho de que todavía puede dudarse, sino querer persuadir sobre su sola palabra un hecho directamente opuesto á las cosas mas conocidas y auténticas. Lo primero es un defecto tan natural, atendido nuestro comun modo de discurrir y pensar, que nádie se admira de que hayan caído en él alguna vez los viageros de primera nota, tales como Tevilles, Ulloa, y Cook. Lo segundo al contrario es una vanidad en extremo ridicula, y cuanto rídicula otro tanto indigna del carácter de un filósofo, que retirado en la soledad y quietud de su gabinete, toma sobre sí el honroso cargo de escribir para la instruccion de todo el género humano.

El trigo que dice Paw no hallarse sino en algunos ángulos del norte de América, se dá con tanta abundancia

en Chile, esto es en la provincia mas meridional de este continente, que se suele vender allí la carga á cuatro, ó á cinco reales. Cochabamba, que es tambien otra provincia muy meridional, se llama vulgarmente, el granero del Perú por la misma razon que Sicilia se llamaba en otro tiempo el granero de Roma, quiero decir, por las riquísimas cosechas de sus trigos; pero no hablemos ahora mas que de Méjico.

No es tanta ciertamente la fertilidad de esta provincia como la de Chile o Cochabamba; pero no por eso deja de ser muy grande y comparable con la de nuestras provincias de Europa. Crece aquí el trigo con singular lozanía. Desde una de las ventanas del gabinete donde estoy ahora escribiendo esta carta, alcanzo á ver una porcion considerable de campo cubierto enteramente con aquella preciosa planta, cuyas espigas van ya tomando el hermoso dorado que es la señal de aproxímarse á su perfecta madurez. Sin embargo como la mencionada decision de Paw huvo de hacerme alguna fuerza quise algunos dias ha informarme mas circunstanciadamente sobre este punto, casi como desconfiado del testimonio de mis propios ojos. Supe, pues, por una nota auténtica que tuvieron la bondad de remitirme los señores Jueces Hacedores de esta Catedral, que el diezmo de trigo que percibe dicha Yglesia podrá computarse como de unas catorce mil quinieñtas cargas unos años con otros: que el del año de 1802 acendió á quince mil quinientas setenta y tres cargas, y que el del siguiente no bajó de catorce mil setenta y tres: suma verdaderamente considerable, y á la que debe quizá añadirse aun otro quinto, atendidos los frecuentes fraudes y efugios de que varios cosecheros acostumbran echar mano, y que los diezmeros suelen disimular por generosidad y por deseo de la paz; pero suma que no llega ni con mucho á ponerse al nivél de la del diezmo que se cobra en el vecino reyno de Michoacan, uno de los mas risueños y fértiles del nuevo mundo.

Siendo pues estos hechos no solo ciertos sino públicos y notorios ¿ qué crédito y estimacion le parece á V que po-

drán merecerse las investigaciones filosóficas de nuestro autor, si alguna vez llega á exâminarse su libro en un Tribunal compuesto unicamente de críticos sábios, juiciosos y del todo imparciales? Pues siga V aun; que todavía he de contarle cosas que por su enorme extravagancia le borren de la memoria todas las que hasta aquí he referido.

Dice Paw, que el ser calvos los americanos consiste en su temperamento frio. Sin embargo no puede negarse que estos naturales conservan por lo comun el pelo hasta su mas abanzada edad como de ochenta ó noventa años, y es tan raro ver un índio enteramente calvo y ni aún cano, que se dice aquí á manera de proverbio, *que quando el índio encanece, ya el español no parece.* Pero en este hecho la fuerza iresistible de la verdad venció á nuestro filósofo sin que lo echase de ver, pues en otro lugar (a) asegura con palabras formales: *que los índios no encanecen casi nunca, ni pierden el pelo en ninguna edad.*

Añáde tambien Pavv, que en muchos paises de América, los hombres adultos tienen leche en los pechos como las mugeres. Por extraña que le parezca á V esta proposicion, no debo ocultarle que es bastante moderada si se compara con lo que han dicho sobre esta materia otros filósofos (b); pues Jonston afirma en su taumaturgía, *que en el nuevo mundo casi todos los hombres abundan de leche en los pechos*; y el autor de las investigaciones históricas asegura como un hecho positivo, que en el Brasíl solo los hombres dan de mamar á los niños por que apenas se halla una muger que tenga leche. Con todo eso la proposicion del Señor Pavv no podrà menos de excitar la risa de los lectores, especialmente de los que se acuerden que el libro donde se vierte dicha proposicion, lleva á la frente el pomposo título de *investigaciones filosóficas sobre los americanos.*

¿Y cuánto no reirán estos mismos al oir, que no hay conchas ni otros vestigios del mar en la montañas eleva-

(a) Tomo 1 pag. 60.
(b) Véase Clavijero en la disertacion quinta.

das de América ni tampoco en las de mediana altura? cuánto no reirán al oir que la carne de Yguana hace contraer el mal venéreo en América á los que la comen? Por último, cuánto no reirán, qué carcajadas no soltarán al oir que tenemos aqui ciertas ranas que braman como terneras? (c)

Pero yo me canso de referir tantos disparates y los hubiera tal vez suprimido enteramente, si el Señor Pavv no se hubiera adquirido tanta reputacion entre cierta clase de filósofos. Lo que mas me ha determinado á ello, ha sido ver que Forster, siendo tan gran naturalista, cite á menudo las *investigaciones filosóficas* como un libro muy puntual y exâcto. Por lo que á mi toca, me contentaré con suscribir en el fin de esta carta á la moderada crítica que Buffon hace de aquel filósofo prusiano diciendo con él *que siento que un hombre de mérito y que ademas parece de bastante instruccion, se haya abandonado á este exceso de parcialidad en sus juicios, y que cite para su apoyo hechos falsos ó sospechosos asegurándolos con una confianza que debe disgustar á todo lector amante de la verdad.*

En otra carta apuntaré á V algunos desvaríos de otros autores muy célebres, pareciéndome que su breve y sencilla exposicion le dará á V abundante materia, no sé si diga para reirse de la pueril ligereza de ciertos filósofos ó para indignarse de su depravada intencion. Méjico 17 de Agosto 1805.

CARTA V.

Prosigue el mismo asunto. Célebre Bula de Paulo III.

Muy Señor mio y amigo: no dudo que los errores de Mr. Pavv, de que hice un muy sucinto extracto en mi antecedente, le habrán causado á V la mayor admiracion. En efecto es dificil concebir como un hombre de talento y luces: un hombre que ha encanecido en los estudios de

(c) Véase á Buffon tomo 5.°

las ciencias y en la contemplacion de la naturaleza, pretenda al fin alucinarnos en lugar de ilustrarnos; se esfuerze á obscurecer con vanos sofismas y con cuentos ridículos las ideas mas ciertas y mas claras que antes teníamos, y con el tono y autoridad de un sábio que se ha hecho muy superior á las preocupaciones y opiniones vulgares procure hacernos adoptar los errores mas groseros.

Despues de haber hecho una lectura muy vasta y despues de haber recogido un gran cúmolo de observaciones buenas ó malas, formó el especioso y ridículo sistéma de la degeneracion de los americanos del qual nacieron como de una sola raiz todos los errores de que hablé á V en la antecedente carta, y otros muchos no menos graves de que todavía no he dicho nada; siendo muy cierto que tanto estos como aquellos solo tiran á probar que los referidos americanos son hombres degenerados. Qué motivos tuviese realmente nuestro filósofo para hacerse autor de una opinion tan falsa: qué oculto interés le incitase á calumniar una nacion indefensa, una nacion que en nada le habia ofendido, que el no habia visto nunca y de la que vivía separado por un espacio tan inmenso, podrá V fácilmente sospecharlo. Tenemos V y yo demasiada experiencia de la moderna literatura, para no descubrir á primera vista los profundos resortes de estas obras, que se presentan de cuando en cuando al público á fin de seducirle con el actractivo de una nueva y brillante perspectiva. Esta misma mañana, por ejemplo, queriendo divertirme un rato con alguna lectura erudita, he tomado en la mano el libro anónimo *de la antigua póblacion de América* del que ya tiene V noticia y que un amigo acababa de enviarme; y apenas había leido su índice y recorrido muy por encima su contesto cuando he conocido, sin quedarme de ello la menor duda, que todas las bellas cosas que su autor nos cuenta en órden á la cronología, leyes, costumbres y transmigraciones de los egipcios, chinos, celtas, etiopes y asirios, todas se dirigen como á un centro comun á este solo punto, que es derribar y echar

por el suelo la autoridad del Pentateuco, una de las principales y mas antiguas basas en que descansa la verdera Religion.

Pero sea de esto lo que fuere, son tantos y tan clásicos los desatinos que dice Mr. Puvv; tantos los hechos sospechosos, falsos y aun absurdos que amontona á veces y á veces entreteje con mucho arte en su discurso para probar que estos naturales son unas gentes estólidas, degeneradas de la especie humana asi en el cuerpo como en el talento, que me parece trabajo vano, y sobre vano muy fastidioso, como yá insinué á V en mi antecedente, el detenerme mas tiempo en refutarlo.

Pero lo que ha acabado de quitarme del todo las ganas de seguirle, es el haber visto poco há el modo truhan y desvergonzado con que habla de la famosa Bula de Paulo III. Oigale V un rato, si es que le basta la paciencia. Al principio, dice, se creyò que los americanos no eran hombres, sino mas bien una especie de sátiros ó grandes monos á quienes se podía matar sin el menor remordimiento. Al fin para añadir lo ridículo á las calamidades de aquellos tiempos, un Papa hizo una Bula original en la que declaró, que deseando fundar obispados en las regiones mas ricas de una y otra América, le habia parecido á él y al Espiritu Santo reconocer á los americanos por verdaderos hombres. Por manera que, continua Mr Pavv, sin esta decision de un italiano, los habitadores del nuevo mundo serían aun hoy dia una casta de hombres equívocos, á lo menos á los ojos de los fieles. No hay ejemplo, concluye, de decision semejante desde que este globo ha sido habitado de hombres y monos. Hasta aqui el filósofo prusiano.

Hic nigræ succus loliginis hæc est aerugo mera.

Permítame pues este filósofo que le diga, que su desenfrenada maledicencia le cubre á el mismo de infamia. Permitame que le diga, que cuando se escriben *investigaciones filosóficas*, es menester no ser de ningun pais y

despojarse de todo espíritu de partido: que es preciso hacer aprecio de muchos Papas, aunque se haya nacido en Londres ó en Berlin; y sobre todo que los estrechos y primitivos vínculos que unen entre sí á todos los hombres no sufren que á nadie se atribuyan defectos que no tiene. Que por otra la verdadera filosofia jamas ha consentido que por favorecer un escritor á su opinion particular, trueque y trastorne los escritos agénos; y que finalmente el interés general de todos los gobiernos cultos, parece exîgir ya, que el Magistrado ponga un freno á la extremada osadía de esos atrevidos literatos que no reparan en alterar esencialmente y en materias sumamente graves, los diplomas mas públicos y auténticos; por que si esto se sufre mas tiempo, la república civil no menos pue la literaria, caerá sin duda en una gran confusion y en un desórden semejante al del antiguo caos de los poetas.

Digo todo esto, no ciertamente como ministro de la Iglesia Romana, sino impelido por el movimiento natural de indignacion que excita en el alma de un hombre honrado el ver que una pasion víl, un ódio detestable y ciego, huella y oprime sin pudor alguno la verdad. La Bula de Paulo III está patente á todo el mundo. Su idioma no se envuelve y oculta en la obscuridad como el de los antíguos Pontífices de Egipto, ó como el del gran Sacerdote de los misterios elusinos; antes bien es muy claro é inteligible. Cualquiera podrá enterarse facilmente de su contenido, leyéndola con solo mediana atencion. Cualquiera podrá desengañarse por sí mismo, de que no habla ni una palabra sola del pretendido deseo de fundar obispados, y mucho menos de establecerlos en los distritos mas ricos de América. Cualquiera podrà ver con evidencia que no fue la ambicion ó la avaricia la que dictó aquella Bula, sino el tierno amor que el Pontífice Romano, como padre universal de todos los fieles como Gefe de una Religion que difunde y extiende su beneficencia sobre todos los hombres por viles y despreciables que parezcan á los ojos de la orgullosa filosofia, profesaba y debía profesar á unos de-

svalídos salvages, á quienes ademas de pretenderlos sujetar á una dura esclavitud, se queria tambien privar de los dulces consuelos y gracias de la Universal Redencion." Jesu- „ cristo, dice Paulo III nos mandó que predicásemos su „ Evangelio á todas las Naciones, á todas sin excepcion „ alguna : que de todas sin escepcion alguna formásemos „ un mismo redíl, y que hiciésemos todos los esfuerzos „ posibles para introducir en él á las que estuviesen fuera „ sentadas en las tinieblas de la supersticion é idolatría. „ Nos pues que somos en la tierra vicarios de aquél ama- „ bilísimo Señor y Salvador: declaramos que los índios „ deben ser admitidos con sumo gusto al gremio de nue- „ stra Iglesia : que son tan dueños de su libertad como „ los demas hombres: que nuestra Religion no permite „ reducirlos á la esclavitud, antes bien nos ordena que „ los tratemos como hermanos, procurando atraerlos á „ la verdadera fé con la predicacion de la Divina palabra „ y con el buen ejemplo de nuestras costumbres „ Esta „ es la Bula famosa de Paulo III.

¿Quién no reconocerá en esta Bula que Mr Pavv llama ridícula y extravagante el verdadero espíritu del cristianísmo? ó para hablar con mas exâctitud el espirito mismo de aquel Redentor que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad? Quién no reconocerá que el Pontífice Romano quiso con dícha Bula cubrir, como con un escudo, las pobres y numerosas Tribus de Indios, y defenderlas de los envenenados tiros con que la ignorancia y las pasiones de algunos europeos no cesaban de perseguirlos? Pero baste ya de este punto que hallará V tratado con mucha erudicion y doctrina en la disertacion quinta de Clavijero, y en las reflexîones imparciales de mi célebre paysano Don Juan Nuix. Méjico 21 de Agosto de 1805.

CARTA VI.

Repáros sobre la historia publicada por el Dr. Robertson. Que los índios mejicanos tienen suficiente capacidad para formar ideas abstractas y generales. Sus conocimientos geométricos y astronómicos.

Mi dueño y amigo: hablaré á V en esta carta de otro extrangero que escribió igualmente que Mr Pavv sobre el carácter fisico y moral de nuestros mejicanos. Este es el Dr. Robertson docto y erudito escosez y bien conocido en el mundo literario por su historia de las dos Americas. Aunque este célebre escritor asegura algunas cosas con demasiada ligereza y en ciertos puntos carga sobradamente la mano contra estos índios; no obstante no debe en manera alguna confundirse ni con el mencionado Pavv, ni con otros varios escritores ó historiadores que de intento y propósito siguieron las huellas del filósofo prusiano.

En el contesto de la obra de Robertson se distinguen á cada paso muchas y muy ciertas señales de su natural candor é ingenuidad, y muy pocas ó casi ningunas de aquel espíritu de partido que tanto se complace en esparcir nubes y obscuridad sobre la historia antigua y moderna de todas las naciones, y especialmente sobre la de las Américas. D. Juan de Nuix dice con singular juicio en el prólogo de las *reflexíones imparciales* que el doctor escosez no debe ser puesto en la lista de los filósofos del dia, como ni tampoco en la de los escritores enemigos declarados de España; y que al contrario por ciertos respetos debe ser contado entre los historiadores mas excelentes del último siglo.

Lo único que le echa en rostro y yo no debo disimular, se reduce á que no siempre tuvo bastante esfuerzo y ánimo para recistir á la tentacion verdaderamente alhagueña de inventar y decir algo de nuevo, y de grangearse el concepto de profundo metáfisico y moralista por un medio

tan fácil como es sembrar á trechos en el discurso ó narracion ciertas reflexîones rápidas, atrevídas y brillantes, aunque poco sólidas, y fundadas solo en un ingenioso sofisma. En estas ocasiones, dice Nuix, es cuando Robertson se olvida de sí mismo, y cuando por querer seguir la nueva y peligrosa senda abierta por los filósofos modernos, abandona el ancho y seguro camino que lleva al descrubrimiento de la verdad, y casi deja de ser historiador. Yo no me atrevo á adoptar del todo esta crítica. No puedo negar, que en el elocuente y doctsimo libro de las mencionadas reflexîones imparciales se hallan a veces, como V no ignora estas pequeñas tachas nacidas de un zelo demasiado ardiente, y que su autor no siempre podía reprimir* pero unos defectos tan ligeros, no disminuyen ciertamente el verdadero mérito de dicho libro, al qué en mi concépto no se ha hecho todavia ni en España ni fuera de ella la justicia que merece.*

En cuanto á Robertson solo hablaré aquí de la pretendida incapacidad de los índios por lo que respecta á formar ideas generales y abstractas; incapacidad contradecida por una infinidad de hechos constantes, cuyo uniforme testimonio ó no consultó nuestro filósofo con madura reflexîon, ó le pareció que podía disimularlo. He creido que este error merecía un particular exâmen, por que si se dejaba pasar incautamente, bastaría el solo para dar fundamento á muchas consecuencias en extremo perniciosas, cual sería, por ejemplo, la de que los índios son incapaces de distinguir por sí mismos el bien del mal y la virtud del vicio, y que carecen de los sentimientos naturales de verguenza, de rubor, de honor, de remordimiento y de justicia. Y entonces se habría de confesar, que apenas tienen la mas leve apariencia de derecho para ser contados entre los indivíduos de la especie humana; y que por lo que toca á sus facultades intelectuales en poco ó en nada se aventajan á algunos animales muy perspicaces, como el elefante, el castor, el hucangutan y otros. Error mostruoso, que Robertson pretende sin motivo atribuir a los primeros con-

quistadores y misioneros de esta América: error que nuestros mayores desaprobaron en el modo mas auténtico, como lo manifiestan aun hoy sus escritos; pero error que aquel sábio escosez se expone sin repararlo á introducir, pues no echa de ver que se desprende naturalmente de los mismos principios que sienta: error por último, que haría lícito en cierta manera no solo el decantado suplicio de Atahuallpa y la prision de Motezuma, sino tambien la servidumbre y esclavitud absoluta de todos estos naturales.

Las otras equivocaciones de Robertson son en mi concepto muy ligeras si se comparan con esta. Y ademas, como su história de América es una obra muy util y llena de investigaciones en extremo apreciables, deben perdonársele aquellos descuidos.

Tanquam si egregio inspersos reprendas corpore naevos.

Exâminemos, pues, únicamente si los índios son en realidad incapaces de formar ideas generales y abstractas, como parece darlo á entender el historiador ingles. No hablaré aquí sino de los índios mejicanos; por que son los únicos que he observado hasta ahora, y en cuyos anales y monumentos me hallo medianamente instruido.

Y en primer lugar, acordaré á Robertson como estos naturales conocieron de tiempos muy antiguos la geometría y astronomía. Mal digo que solo las conocieran, pues hicieron en el particular progresos mucho mayores de lo que debía esperarse de unos hombres que astan todavía tenidos por salvages. Le diré en segundo lugar, que bien sabe él cuán dificil y aun imposible es dar un solo paso ácia aquellas ciencias, sin el ausilio de las ideas generales y abstractas.

No pretendo por eso persuadir, que los mejicanos fuesen geómetras ó astrónomos capaces de entender las sublimes lecciones de un Newton, ó de un Lalande. Estoy muy lejos de aprobar semejante delirio. Lo que sostengo es, que el grado aunque imperfecto de civilizacion á que habian llegado

aquellos índios al tiempo de la conquista, habia ya disipado en gran parte su primera ignorancia y les habia proporcionado algunas luces y nociones en orden á aquellas dos ciencias.

Que esto sea así no es menester probarlo con noticias dudosas ó con escritos de autores poco conocidos; por que lo está publicando con voz harto clara é inteligible, él célebre monumento de antiguedad mejicana que se encontrò en una excavacion hecha en el año de 1790, siendo Virey de esta nueva España el Señor Conde de Revilla Gigedo. Este apreciabílisimo monumento que es, como todos saben, una gran piedra que tiene en la superficie varias figuras muy bien labradas; se conserva todavía en uno de los ángulos de esta plaza mayor no lejos del lugar donde se encontró. El populacho que en todas la partes del mundo es ingnorante y bárbaro, viendo esta estraña piedra sin custodia alguna, se ha divertido muchas veces en mutilar las mencíonadas figuras y diseños, cuya significacion y objeto no podía alcanzar; pero los sábios no cesan ni han cesado nunca de mirar esta piedra con el mayor asombro y respeto; considerandola como un documento original de los aventajados conocimientos astronómicos y geométricos que poseían en otro tiempo los mejicanos.

Y en efecto, para hablar primero de lo que respecta á la geometría es muy cierto que sin tener aquellos índios á lo menos una mediana nocion de los princípios mas sencillos de esta ciencia, era absolutamente imposible que hubiesen ideado nunca ni aun el prímer diseño ó bosquejo de dicha piedra, en la que vemos señalados tantos círculos concéntricos, tantos rádios que atravesando por en medio de dichos círculos y saliendo de distintos puntos de su periferie, van á parar por linea recta al centro comun; y tantos triángulos de varias especies que se corresponden unos á otros con bellísima proporcion. Lo que mas admira es, que en todas estas figuras científicas no solo se nota á primera vista una escrupulosa exâctitud, sino que exâminandolas una á una con todo el rigor de las reglas no se echa de ver en ellas la menor falta ó descuido.

Esta misma piedra es tambien un testimonio muy auténtico de que los mejicanos sus autores se habian adelantado mucho en la ciencia del movimiento y revoluciones de los astros. Ella es una espresion fiel de su Kalendario tan arreglado y perfecto en todas sus partes, que algunas naciones de las que se llaman hoy civilizadas no hubieran podido en aquel tiempo producir otro Kalendario que se le igualase. Ella presenta un medio tan luminoso y senciilo en órden á la distribucion del tiempo en los grandes periodos que formaban de cincuenta y dos años cada uno, y en el año civil que componian de diez y ocho meses de á veinte dias, que no puede dejar de reconocerse que estas ideas eran el resultado de innumerables y muy repetidas observaciones hechas en las estrellas y en los planetas, especialmente en el Sol y la Luna.

Estas observaciones les condujeron como de la mano á imaginar una especie de relox solar, del que se hallaron tiempo ha muchos vestigios en el famoso cerro de Chapultepec donde los Montezumas tenian un vistoso y ameno parque para la caza, un gran jardin de plantas para el uso de la medicina, y un suntuoso palacio ó quinta para su recreo.

En una pues de las voluminosas peñas, que componian dicho cerro, se descubrió en el año del 1775 un plano orizontal en que estaban señalados de relieve y con toda precision los puntos solsticiales, el equinoccial y los dos polos del norte y sur. Había tambien grabada con particular inteligencia una como cinta que tenia lugar de meridiana: de manera que era evidente que los mejicanos por medio de aquel ingenioso aunque tosco relox habian logrado saber donde empiezan y acaban las cuatro estaciones del año, y donde debe fijarse el momento verdadero del medio dia. Pero estas piedras que debían haberse guardado con el mayor esmero; fueron pocos dias despues hechas pedazos, para servir en la fábrica de ciertos hornos que se estaban á la sazon costruyendo al pie de aquel mismo cerro: inutilizándose de este modo un hallazgo tan inespe-

rado é importante, y del que los sábios de este país hubieran sacado sin duda muchas luces para aclarar una parte considerable de las antiguedades mejicanas.

Añudemos ahora el pasado razonamiento. Sería fácil demostrar con la mayor evidencia como estos índios supieron de geometría y astronomía tanto como era posible que supiese entonces una nacion del nuevo continente; y tanto y quizá mas de lo que supieron en los siglos bárbaros la mayor parte de los pueblos del continente antiguo. Pero Don Antonio de Leon y Gama ha tratado este punto despues de Clavijero y Boturini con tal acierto y prudencia y con tanta y tan exquisita erudicion y claridad, que me parece que los filósofos mas decididos y resueltos en deprimir á estos índios, no podrán en adelante quitarles y ni aun disputarles dicha gloria. LeaV, le ruego la disertacion que publicó aquel sábio criollo mejicano en 1792; y verá si tengo ó no razon para hacer esta especie de pronóstico. Solo pues me falta concluir, como de esta misma singular inteligencia de los mejicanos en lo tocante á la astronomía y geometría se deduce con cuan poco motivo les negó Robertson que tuviesen ideas generales ó abstractas. Por que? cómo es posible, pregunto, que hubiesen acertado á formar con tan fina proporcion los círculos y triángulos que se ven repartidos por la superficie de la mencionada piedra, sin tener anticipadamente conocimiento, ó idea de lo que es un triángulo y un círculo? Un hombre por ignorante que sea: un niño que apenas sabe articular una palabra, formarà tal vez sobre la arena con la punta del dedo un círculo, un triángulo, ú otra figura semejante, sin saber lo que hace y por efecto de una mera casualidad: un artífice vulgar copiará materialmente dicha figuras aunque ignore su valor y sus partes esenciales; pero nadie podrá jamas formar ó explicar á otro un plan tan bien combinado de varios círculos y triángulos como es el que se repara en nuestra piedra, sino tiene primiero en su espiritu la idea clara y distinta de cada una de aquellas figuras geométricas. Y dicha imágen, dicha idea que solo repre-

senta un círculo ó un triángulo presindiendo de este ó del otro¿ no es acaso con toda propiedad lo que los filósofos llaman idea abstracta? no es tambien una idea general puesto que su analisis solo dará aquellas calidades precisas que todos los círculos ó todos los triángulos deben tener y por las que entrè sí no se distinguen en manera alguna? Es esto tan cierto que no permitirá seguramente Robertson que yo me detenga en probárselo.

Tampoco necesita de pruebas lo que he asegurado de la necesidad de ideas generales y abstractas para saber algo de astronomía por poco que sea. Los teoremas mas triviales de esta ciencia son en sí tan complicados y dependen de tantas y tan delicadas observaciones, que no es dable en manera alguna, no digo formarlos, pero ni aún entenderlos, si primero no se ha adquirido algun conocimiento de lo que es armonía, distancia y proporcion: conocimiento que segun creo nadie me negará sea abstracto y general. Y así tambien deberá con toda razon concedérseme, que teniendo como tenian los mejícanos inteligencia no vulgar, sino mas qúe mediana de varias verdades de la astronomía, poseían igualmente un caudal muy crecido de ideas generales y abstractas, diga lo que quiera nuestro filósofo escosez.

Mas como este punto es de tanta consecuencia, segun ya he insinuando, reservo para la siguiente carta apoyar mi proposicion con otras razones todavía mas fuertes, y que no sé que nadie hasta ahora haya tocando sino muy por encíma. Méjico 23 de Agosto de 1805.

CARTA VII.

Reflexíones sobre la aritmética de los antiguos mejicanos.

Muy Señor mio: cupliendo con lo que he prometido á V al concluir mi carta de antes de ayer, procuraré en esta dar toda la evidencia posible á mi opinion sobre la capacidad de los índios para formar ideas generales y ab-

stractas: y á este fin me valdré de otras dos razones que son en mi dictamen del todo concluyentes; esto es, del estado brillante á que condujeron los mejicanos su aritmética, y del uso atinado que hicieron de la escritura geroglífica y simbólica. Confieso que este pensamiento no es nuevo, y sé han servido de él Gama, Clavijero, y uno ó dos de nuestros antiguos historiadores. Sin embargo espero añadirle mayor fuerza, desenvolviéndolo mas de lo que se ha hecho hasta aquí, y dando á conocer algunas ilaciones claras y naturales que pueden fácilmente sacarse por este medio para destruir la mencionada paradoja del Dr Robertson. Empecemos por la aritmética.

Sin duda que tiene V muy presentes los singulares elogios que ella se ha merecido en todos tiempos, y el justo aprecio y grande estimacion con que han hablado siempre de la misma los hombres mas sábios. En efecto es muy dificil nombrar otra invencion del ingénio humano que haya proporcionado tantas y tan universales ventajas como la aritmética. Algunos filósofos mas ociosos que eruditos han disputado entre sí con calor, si debía ser elevada á la alta dignidad de verdadera ciencia, ó mantenida al contrario en un grado un poco mas majo, esto es, en el de las artes liberales. Dejémos á dichos Señores el cuidado de resolver esta duda ya que á ellos les parece ser de tanta importancia: y entre tanto confesemos todos de buena fé, que la aritmética ha contribuido infinito á sacar la naciones bárbaras del estado salvage, y á conducirlas y encaminarlas poco á poco ácia la civilisacion. Confesémos tambien que si los hombres no tuviesen absolutamente ningun conocimiento de los números, sería esto una señal bien clara de que se hallaban todavía envueltos en una suma ignorancia y estupidez, y que eran tandébiles las luces de su entendimiento que apenas bastaban para que echasen de ver las inmensas utilidades que se siguen á todos de buscarse uno á otros y vivir reunidos en sociedad. La miserable situacion de los hombres sería entonces puntualmente la misma que era en tiempos remotisimos la de los primeros habitadores de la

Grecia, los cuales, á lo que dice Platon y Diodoro Siculo, vivían como aislados en profundas cavernas, de donde no salian sino para disputar á los animales un alimento grosero y á veces nocivo.

Los descubrimientos modernos confirman esta misma congetura. En las varias visitas que se han hecho á los isleños del mar pacifico se ha notado siempre que las tribus mas cultas como la de Taiti, la de Olieta, Midleburg, y en general todas las que ocupan los dos vastos archipielagos de los amigos y de la sociedad, saben contar y combinar los números con mucha mayor perfeccion que los salvages de la nueva Holanda y Zelanda y los naturales de otras islas que estan en la parte opuesta y muy al norte; los cuales por lo comun viven con la mayor barbárie, separados en pequeños grupos ó pelotones, conservando prácticas y costumbres por todo extremo extravagantes, embistíendose y degollándose mutúamente por cualquiera vagatela y comiendo sin horror y sin el menor escrúpulo la carne de otros hombres.

Es pues una verdad de que ya no puede dudarse, que las naciones salvages al paso que se van civilizado, van tambien aumentando sus luces en lo que respecta á la aritmética, por que va creciendo al mismo paso la necesidad que tienen de estos ausílios para mil distintos objetos de su economia pública y privada. Y así me parece que en vista de esto podrá establecerse sin dificultad casi como un axíoma: que el estado en que se halle la aritmética de una determinada nacion que se supone va saliendo ya de su primitiva barbárie será una medida muy segura con que se pueda conocer la extension de sus luces y sus verdaderos adelantamientos en la civilisacion.

Segun esto, aquel salvage que para pedir al Capitan Cook de parte del casique de la isla en que estaba fondeado, que desembarcarse veinte y dos soldados de marina, no supo como expresar este número sino presentandole otrotantos fracmentos de hojas que para el efecto habia cuidadosamente escondido en el seno debia considerarse como un individuo de la especie humana, cuyas facultades intelectuales estaban todavía en su

infancia, aunque no en aquella extrema estolidez que se repara en las tribus absolutamente bárbaras. El mismo juicio deberá formarse tambien de los primeros araucanos ó de las naciones que vivian á mediados del siglo último en los espesos bosques ó en las orillas de las inmensas lagunas del Canadá; si es verdad, como se refiere que sus gefes á fin de pasar la voz de guerra de un extremo á otro de aquellas soledades, y declarar el dia que habian fijado para echarse improvisamente sobre los europeos sus molestos huéspedes enviaban á todos los ranchos unos hacecitos de flechas, ó de varas muy delgades, previniendo á sus moradores, que cada día quitásen del monton una de dichas varas ó flechas, y que el dia en que correspondiese arrojar la última acudiesen todos a realisar la proyectada irrupcion y ataque. Este extraño expediente no deja de probar en sus inventores una cierta combinacion de ideas, que supone precisamente luces y reflexîon; pero al mismo tiempo el tosco método de contar el numero de dias que habian de mediar hasta el repentino combate, hace ver sin duda, que dicha reflexîon y dichas luces apenas habian llegado á aquella débil aurora que abre la puerta por donde un entendimiento humano empieza á cultivarse.

De esta puerta, al contrario, de esta primera entrada por la que el hombre se encamina aunque al principio muy lentamente ácia la cívilisacion, debemos persuadirnos que estabian todavía sumamente lejos aquellas otras tribus de índios, que apartadas de todo comercio y comunicacion, no sabián contar ni los pocos muebles de sus chozas, ni aun los dedos de sus pies y manos, pues lejos de llegar su guarismo al número veinte; no pasaba del cuarto ó del quinto, sin alcanzar la mas mínima idea de su multiplicacion ó division. Al lado de dichas tribus debe colocarse el pueblo de que habla Mr de la Condamine en la pagina 67 de su relacion. Cree este autor, que toda la aritmética de dicho pueblo solo se reducía á los numeros 1, 2 y 3, y yo me inclino á lo mismo, supuesto queno tenian otra voz ó signo para expresar el mayor de los referidos números,

que el término verdaderamente bárbaro y en extremo embarazoso de *poellarrarorincourac*. Otro viagero llamado Juan de Lery dá mucho peso á la mencionada congetura del astrónomo francés, pues asegura que habiendo vísitado á los *tubinambes* nacion muy conocida por su extrema ferocidad y barbárie se cercioró por sì mismo de como no podian en manera alguna contar mas arriba de cinco. Finalmente Mr. Locke escribe en el libro segundo capítulo 16 de su ensayo filosófico, que habia hablado con ciertos americanos que eran absolutamente incapáces de contar como nosotros hasta mil, de cuyo número no tenian ninguna idea distinta, aunque podian contar muy bien hasta veinte. Sobre lo que observa Condillac que no era mucho que los mencionados americanos no tuviesen idea de un número tan alto, pues hubierán así mismo esperimentado una extrema dificultad para entender lo que es el número veinte y uno, y mucho mas para darle nombre; por que careciendo de las proporciones que el cálculo facilita á la invencion, hubiera sido para ellos una empresa muy árdua el proponerse enriquecer su aritmética con un nuevo signo.

Debe pues confesarse que la aritmética de todas las naciones que acabamos de nombrar, era en sumo grado diminuta é imperfecta, y que como los conocimientos del espíritu del hombre se dan mutúamente la mano, y guardan entre si una cierta correspondencia, la civilisacion y cultura de dichas naciones no podía menos de hallarse igualmente en el mayor atrazo.

En efecto era así; por que no obstante que aquellos pueblos americanos estaban sumamente distantes unos de otros; no obstante que vivian en clímas no solo diferentes sino opuestos; no obstante que unos se acercaban mas al norte, otros al sur, y otros estaban debajo de la linea: en fin no obstante que unos se habian establecido en las costas ya orientales ya occidentales de este inmenso continente; otros ocupaban sus pampas y desiertos, y otros se hallaban esparcidos y como perdidos en las vastísimas llanuras del grande occeano ó mar pacífico: sin embargo todos estos

pueblos podian equivocarse y confundirse entre sí y considerarse como uno solo por lo que respecta á su civilisacion. Todos han ofrecido sucesivamente al viagero europeo el triste expectáculo de una nacion grosera, bárbara, salvage, y en la que solo se veía una inteligencia y capacidad sumamente limitada.

De suerte que si el filósofo escoces para probar la pretendida degeneracion del talento de los americanos hubiese citado únicamente las mencionadas tribus y pueblos pudiera en algun modo sufrirse; pero que envuelva en esta misma acusacion á los mejicanos, cuya civilisacion, y cuya cultura se hallaba en general no poco adelantada, y en algunos puntos habia hecho progresos considerables, es cosa que no se debe disimular, y que á lo que yo entiendo choca con los principios mas sencillos de la buena metafisica.

Pero no por esto se imagine alguno que quiero concederle que á lo menos aquellas naciones tan bárbaras de que hablamos poco ha, eran incapaces de formar ideas generales y abstractas. Esto me parece al contrario un grande error. Yo creo que el mas débil destello de la razon humana basta para este efecto. Las negras y espesas nubes que la ignorancia difunde sobre el entendimiento de un salvage, no le quitan del todo esta capacidad, y ni aun le impiden absolutamente su uso ó ejercicio. Si todos los esfuerzos de un salvage no fuesen suficientes para formar una idea general ó abstracta, no podría este conservar como conserva la menor apariencia del gobierno doméstico. Su choza antes bien sería la imagen del caos. Todos mandarían: todos querrian ser obedecidos, y sin embargo nadie obedecería, nadie seguiria otra voz que la de sus pasiones ciegas y brutales.

Estoy firmemente persuadido, que el principal fundamento de la sociedad humana, es el discurso y la reflexion, y tengo para mí, que si los hombres no lográsen de esta distinguida ventaja, vivirían apartados unos de otros en los bosques, y estarían muy lejos de reunirse en tribus ó naciones. Admitida una vez aquella suposicion, por ridícula y

extravagante que sea, no tendría duda, que el verdadero estado natural de la especie humana, sería entonces tal como nos le pintan Hobbes y Rousseau, con la sola diferencia, que este estado duraría siempre, y que el hombre no llegaría nunca á civilisarse.

Vemos en efecto, que este es el único motivo por que los animales que estan esparcidos por toda la superficie del globo, no forman jamas entre sí especie alguna de sociedad. Van donde les lleva su instinto que siempre es uno mismo en cada especie, sin aumentarse ni disminuirse: les gobierna el interés puramente individual, y no hacen la menor atencion al de sus semejantes. El hijo, por ejemplo, se separa de sus padres luego que ha adquirido la fuerza y tino suficiente para procurarse el alimento necesario; y desde aquel instante pierde todos los sentimientos del respeto y amor filial. Sus padres hacen por su parte lo mismo, y pasado el corto tiempo de la procreacion y educacion el macho se vá de un lado, la hembra de otro, dividiéndose quizá para no volvesse á ver en toda la vida, y no acordándose mas de los estrechos lazos que los habian unido. Esto es lo que sucede generalmente en todos los animales. Si un instinto mas perfecto, unas costumbres mas suaves, un plan de operaciones mejor combinado y una constante actividad y energía que se nota en varias especies singularmente de insectos parecen oponer algunas excepciones á dicha regla, esta ilusion se disipa muy pronto con solo arrimar á aquellos animales privilegiados la brillante antorcha de la filosofia; pues entonces exâminándolos con mayor cuidado se vé, que su modo de conducírse no depende de otro resorte que del de un muy fino instinto, y se conoce que cuantas apariencias ofrecen de sociedad son falaces y engañosas.

Si no queremos pues dar en la extrema extravagancia de decir que los salvages son mas pronto una especie de monos que verdaderos hombres, debemos concederles a todos indistintamente la reflexion y el discurso, y por consigniente la capacidad de formar ideas generales y abstractas, sin las cuales es claro, que no puede haber nunca discurso pro-

piamente tál, ni reflexîon que merezca este nombre. Locke que niega á los brutos la facultad de abstraer, les niega así mismo la de discurrir sobre ideas generales, aúque añadiendo que alguna vez discurren sobre ideas particulares, pero Condillac ha demostrado, que esta última asercion debía mirarse como un paralogismo, y que las acciones de los brutos que parecian producidas por la reflexîon, eran solo el resultado de una imaginacion de que ellos no pódian en manera alguna disponer.

Si el Dr. Robertson hubiera tenido presentes estas reflexîones, que son por otra parte tan óvias, es muy probable que hubiera dejado de suscribir al ridículo sistéma de la degeneracion de los americanos, pues no le arrastraba ácia aquella opinion el interés que se dercubre en Mr. Paw. A lo menos Robertson hubiera caído en la extravagancia de resolver que una nacion tál como la de los mejicanos carecía de capacidad bastante para formar ninguna idea abstracta ó general.

Una ligera atencion sobre el floreciente éstado en que se hallaba al tiempo de Cortés el idioma de aquellos índios, hubiera sido suficiente, segun pienso, para desengañar del todo al filósofo escocés. Le hubiéran hecho sin duda entonces mucha fuerza los elogios con que hablan de la lengua mejicana los primeros misioneros y demas escritores de aquel siglo, los cuales en este punto deben tenerse por testigos muy abonados. Y aun cuando Robertson hubiese hecho poco caso del testimonio uniforme de tantos historiadores, no obstante con solo hacerse recitar y esplicar, como lo he hecho yo algunas poesias compuestas en mejicano, hubiera yo mudado de concepto; y en lugar de escribir conforme ha escrito, que el idioma de estos índios era áspero y muy escaso, hubiera al contrário manifestado su complacencia de hallarle abundante, dulce, armonioso y mucho mas limado de lo que se imaginan comunmente los sábios de Europa.

Sí despues de esto hubiese así mismo pasado como yo á exâminar la aritmetica mejicana ¿ que sorpresa le hubiera

causado hallar en ella un sistéma muy sencillo y muy bien ideado, por el cual era sumamente facil á estos naturales elevarse desde los números mas simples ó los mas compuestos, y sacar con toda claridad y precision muchos de los resultados que ofrecen sus varias combinaciones? qué sorpresa no le hubiera causado ver que los mejicanos se servían en sus giros y comercio del número ocho mil con la misma soltura y facilidad con que los índios de Locke usaban del número veinte, y los de la Condamine y de Lery de los números tres ó cinco? Pero lo que mas le hubiera admirado á Robertson, hubiera sido hallar en el cálculo de estos pueblos pruebas incontestables de que habian adoptado no solo la progresion decupla que es tan natural; no solo los números concretos síno tambien los que se llaman propiamente abstractos.

Por último, hubiese acabado de subir de punto su asombro y suspension al descubrir que habian imaginado señales muy distintas de las principales progresiones del referido cálculo, el cual no necesitaba mas que de los números digitos y de tres ó cuatro palabras ó figuras simbólicas, para extenderse á todas las cantidades posibles; en lugar de que los índios de Loke cuando se les precisaba á hablar de algun número que pasáse de veinte se veían en un extraño embarazo y no tenian otro recurso que el de enseñar los cabellos de su cabeza, para dar á entender en general una gran muchedumbre que ellos no podian contar.

Todo esto hubiera podido averiguar el Dr. Robertson, si no tan facilmente como yo; por que él no estuvo jamas en este reino, á lo menos sin mucho trabajo y dificultad. Pero menos dificultad y trabajo halló en desentenderse de semejantes vagatelas, y en aumentar su historia con dos ó tres capítulos, en que siguiendo la corriente de los nuevos filósofos, aseguró a la faz de toda Europa, que las tribus de estos índios, aún comprendiendo los mejicanos, solo presentaban una clase de hombres degenerados, especialmente en el talento: *por que ademas*, dice, *de ser muy estéril su idioma, se repara en ellos una tan*

corta capacidad intelectual, que puede muy bien asegurarse no ser suficiente para que formasen ninguna idea verdaderamente abstracta ó general.

Pongo ya fin á esta carta, advirtiendo á V que no me he detenido en explicar mas circunstanciadamente lo mucho que podía añadir en órden al sistéma aritmético (no temo darle este nombre) al sistéma; digo, aritmético de los mejicanos, por que este punto lo hallará V tratado con singular dicernimiento y con muy fina crítica en un escrito compuesto por Don Antonio de Leon y Gama de quien ya arriba hemos hecho mencion. En este mismo escrito verá V notadas algunas equivocaciones del Abate Clavijero, y señalados como con el dedo varios errores clásicos, que se cometieron en la historia de nueva España impresa en Méjico el año de 1770. Guardo pues para asunto de otra carta el proponer algunas reflexiones sobre la escritura geroglífica y simbólica, de que usaban estos índios antes de ser conquistados por los españoles. Méjico 25 de Agosto de 1815.

TABLA ARITMÉTICA COMPARADA

DE LOS

MEJICANOS	TARASCOS.
1. Ce	1. Ma
2. Ome	2. Tziman
3. Yei	3. Tamimu
4. Nahui	4. Thamu
5. Maulli	5. Yumu
6. Chiquace	6. Cuimu
7. Chicome	7, Yumtziman
8. Chicuei	8. Yuntanimu
9. Chicunahui	9. Yunthamu
10. Matlactli	10. Temben
11. Matlactiocé	11. Tembenma
12. Matlactliomome	12. Tembentziman
13. Matlactliomei	13. Temben catanimu
14. Matlactlionnaui	14. Temben cathamu
15. Caxtolli	15. Temben yumu
16. Catollixe	16. Temben cuimo
17. Caxtolli omome	17. Temben yuntziman
18. Caxtolliomeí	18. Temben yuntanimu
19. Caxtolli on nahui	19. Temben yuntamu
20. Cempohualli	20. Ma eguatze
21. Cempohualli ó ce	21. Ma eguatze cama
30. Cempohualli on Matlactli	30. Ma eguatze catemben
31. Cempohuailli on matlactli o he	31. Ma eguatze temben ca ma
40. Ompohuailli	40. Tzimaneguatze
50. Ompohuailli on matlactli	50. Tzíman eguatze ca temben
60. Ye pohuailli	60. Tanima quatze
70. Ye pohuailli on matlactli	70. Tanima quatze temben
80. Nahupohuailli	80. Yumequatze
90. Nahupohuailli on matlactli	90. Temben eguatze
100. Maciul pohuailli	100. Temben yumequatze
200. Matlacpohualli	200. Temben eguatze
300. Caxtolpohualli	300. Temben yumequatze
400. Centzuntli	400. Ma irepeta
500. Centzuntli ipan maciul pohuailli	500. Ma irepeta ca yu mequatze
800. Ontzontli	600. Ma irepeta tembemequatze
8000. Cenxiguipilli.	800. Tziman irepeta
	8000. Ma zutupu.

Del cotejo de las dos listas resulta que tienen una perfecta analogía en su construccion. En una y otra se explican con palabras simples los números desde uno hasta seis: el diez, el veinte y el cuatrocientos. Los demas son compuestos de los simples, ligándolos en mejicano con la

partícula *on* y en tarasco con la conjuncion *ca*. En la progresion de los numeros menores se pospone el menor al mayor, y al contrario en la de los mayores, v g *Matlactliomei*: *Tembencatinimu*, donde el tres *Yeitanimu* está colocado despues del diez, lo cual se observa hasta 30. *Maeguatze catemben* como si dijéramos en castellano veinte y diez. En 40 y 80 &c precede el menor. *Ompohualli Nauhpoualli*: ó en tarasco *Tzimaneguatse; Thameqüatze*, que equivalen al nuestro dos veces veinte, cuatro veces veinte: 300 es quince veces veinte, *Caxtolpohualli*: *Tembenyumequatze*.

Los números mayores son en las dos lenguas mejicana y tarasca 20 = 400 y 8000; pero los nombres de estos dos son palabras figuradas en mejicano compuestas de la unidad *ce*, que por evitar cacofonía se pronuncia *cen* y de las voces *Tzontli* madeja de pelo, y *xiquipilli* bolsa, ó talega. Por eso se usan tambien como números indeterminados. En tarasco el *Temben*, que usan para decir diez, significa madeja, ó guedeja de pelo; y el *zutupu* del ocho mil, bolsa ó talega. Es digno de admiracion, que estos idiomas teniendo tanta semejanza en su aritmética, sean como son en extremo diferentes en la estructura, y combinacion de todas las demas voces, que se componen.

CARTA VIII.

Los antiguos mejicanos usaron no solo de la escritura geroglífica, sino tambieb de la simbólica, y de caractéres arbitrarios ó de pura convencion.

Muy Señor mio y amigo: me propongo probar en esta carta, que los antiguos mejicanos usaron no solo de la escritura geroglífica, sino tambien de la simbólica, y de caractéres arbitrarios ó de pura convencion. Le parcerá á V quizá que esta proposicion tiene un cierto aire de paradoja; y en efecto debo confesarle, que es muy contraria á la

opinion, no digo, de Mr. Paw de quien haria V sin duda poco caso, sino de otros autores muy graves, tales como Walton y Kirker: el primero en los prolegómenos de la *Biblia poliglota*, y el segundo en su eruditísima obra del *Oedipus Ægiptiacus*.

En cuanto al Doctor Robertson, habla él con tanta ambiguedad sobre este punto yá inclinándose á la afirmacion, yá á la negativa, que no es fácil adivinar cuál sea realmente su dictámen. Lo que á mi me parece es, que por una parte los testimonios auténticos que se citaban á favor de los mejicanos, no le permitian negar que hubiesen conocido los tres mencionados géneros de escritura, que por otra parte no se atrevía á confesarlo por no haber de admitir las ilusiones que era fácil colegir contra su propio sistéma en orden á la capacidad intelectual de los índios; y que así, deseoso de salir como pudiese de tan extraño embarazo, acudió al expediente tan usado por varios filósofos antiguos y modernos de echar mano de palabras y expresiones obscuras, que le defendiesen igualmente de los tiros y ataques de uno y otro partido.

Aunque este extratagema no deja de ser reprensible, todavía no me disgusta tanto como la confianza y en cierto modo la ligereza de los otros dos autores, esto es, de Kirker y de Walton (permítaseme esta indispensable crítica) los cuales sin exâminar á fondo, ni curarse de saber de raiz esta materia; y apoyados únicamente en un testimonio tan dudoso como el de Purchás y Tevenot, establecieron por cosa muy cierta y averiguada, que en las pinturas de nuestros mejicanos no se reconocía el menor rastro de símbolos ó geroglíficos. El mismo amor propio que nos precipita á juzgar y afirmar temerariamente en algunos asuntos, nos obliga en otros á disimular nuestro interior convencimiento. En este último caso contribuímos tal vez á retardar los progresos de los conocimientos humanos; pero en el primero nos exponemos evidentemente á derribar y destruir las verdades mas bien fundadas y mas importantes.

Por grande pues que sea el concepto que se merecen, hablando de antiguedades, Kirker y Walton, su testimonio no debe en manera alguna arredrarnos. Muy al contrario, debemos oponerles con entera seguridad de quedar victoriosos, otros testimonios de mucho mayor peso por lo que respecta á la presente materia: quiero decir, el de Acosta, de Valades, de Torquemada, del infatigable y eruditísimo Sahagun, de Siguenza, de Eguiara, y de Boturini. Todos estos autores afirman de comun acuerdo, que aunque los mejicanos no habian llegado á aquel grado de curiosidad y delicadeza que vemos en los chinos y japones, no les faltaban por eso geroglíficos y caractéres significativos non que figuraban cuanto querian. ¿ Y quien osará negar, que autoridad por autoridad y testimonio por testimonio, mucho mas asenso se merece el de tantos escritores que vivieron no pocos años en medio de estos índios y que pudieron cerciorarse por sí mismos de sus artes, ritos y costumbres, que no el de aquellos dos, bien que grandes hombres, los cuales escribíeron en Italia y en Inglaterra, no lo que ellos vieron, sino lo que otros les contaron?

Pero no me quiero prevalecer de tan gran ventaja. Como se trata aquí de un hecho público, me parece que para su decision debemos consultar únicamente la historia y la experiencia. Atendamos pues no tanto á lo que dicen los promovedores de uno y otro partido, cuanto á los fundamentos que dan á su opinion.

Y empezando por Walton y Kirker, es muy cierto, que no tienen otro apoyo que el de las pinturas mejicanas enviadas por el primer Virey de Méjico al Emperador Carlos V, y de las cuales Samuel Purchás docto inglés, publicó una copia en el tomo tercero de su coleccion: copia que debe ser mirada, segun buena crítica, no como primera, sino como única, en atencion a que es la sola que se cotejó con el original; pues las que se hallan en el tomo segundo de los viages curiosos de Tevenot, y en el *Oedipus ægiptíacus* de Kirker, no son mas que una repeticion fiel de aquella: aunque no debía decir

repeticion fiel, habiendo notado los eruditos, que el editor francés se tomó en el particular las mismas libertades que suelen abrogarse á menudo varios traductores de su nacion.

Y así no hablando ahora sino de la copia de Purchás, confieso que pueden sacarse de dicha coleccion algunas noticias bastante apreciables, y que por lo mismo los amantes de la historia mejicana, debemos estar muy reconocidos al zelo del erudito inglés Henrique Spelman, que fue quien promovió mas que nadie la publicacion de las mencionadas pinturas; pero no por eso debemos disimular en primer lugar, que ninguno de los sábios ingleses que tuvieron parte en este negocio entendía con perfeccion, y aun quizá ni medianamente el idioma mejicano, ni habia podido observar de cerca las práticas y estílos de estos índios; y que por lo mismo debían hallar embarazos y difultades insuperables siempre que pretendian penetrar el verdadero sentido de las sobredichas pinturas.

Debemos decir en segundo lugar, que esta propia ignorancia, ó mas bien esta falta de esperiencia, fue la causa de que trocasen ú omitiésen inocentemente y acaso sin echarlo de ver algunas circunstancias que á ellos les parecerían pequeñas ó indiferentes; pero que eran en realidad muy útiles, por no decir necesarias, para la cabal inteligencia de lo que en aquellos lienzos se representaba. Es necesario ademas advertir, que la expresada copia de Purchàs se sacò no en bronce sino en madera y al parecer por grabador muy poco hàbil; pues las láminas son en extremo toscas y groseras ¿ Y quien duda que esta circunstancia debió de contribuir no poco á hacer dicha copia menos conforme al original? Lo cierto es, que Boturini, que tanto estudio y cuidado puso en enterarse á fondo de las antiguedades mejicanas, despues de haber examinando prolijamente por sí mismo un gran número de pinturas originales y despues de haberlas cotejado una y muchas veces con las copias de Purchás y Tevenot, se lamenta mucho de los grandes defectos de que se ven manchadas dichas dos ediciones,

ejecutadas la una en Londres y la otra en París. Cuando no lo dijese Boturini, bastaría para el efecto compararlas con las quel el Señor Lorenzana dió á luz el año de 1770, sin embargo de que ni aún estas últimas pueden pasar por copias del todo perfectas.

Se colige pues fácilmente de todo lo que acabamos de decir, cuan poco firme sea el único apoyo en que estriba la opinion de Walton y de Kirker. Una sola copia de las antiguas pinturas mejicanas y esta tan imperfecta, como hemos visto que lo era la de Purchás, no puede dar fundamento á ningun sólido y estable raciocinio.

Pero concedase, si se quiere, que la referida copia es en todas sus partes muy conforme al orígnal, y repítase otra vez, que aquellos dos célebres autores, con estar tan versados en los arcanos y misterios de la historia antigua, no hallaron en las mencionadas pinturas ningun rastro y señal de geroglífico ó símbolo ¿ que se sigue de ahí? que no los hay en realidad? no; sino que ni Kirker ni Walton tuvieron la dicha de descubrirlos. Diráse que eran ambos unos criticos y unos antiquarios famosísimos. Lo eran sin duda; mas ignorando ò no estando completamente instruidos del idioma, de los usos y de las costumbres de los mejicanos, carecian de la principal llave para llegar á decifrar completamente la significacion recóndita de algunas de dichas pinturas.

Sí á mí que estoy escribiendo esto me presentasen ahora una hoja de los antiguos manuscritos chinos, diría con verdad, que no echo de ver en toda ella cosa que pueda asegurar que es una especie de símbolo ó geroglífico; al mismo tiempo que otro medianamente instruido en la dificilísima leugua de Confucio, no solo la vería, sino que penetraría sin gran trabajo su verdadero sentido.= Tiendo muchas veces los ojos, dice Mr. Paw, por las pinturas mejicanas de Purchás y Tevenot; leo y vuelvo á leer la interpretacion que está al lado, y por mas que me canse no logro nunca convencerme de que dicha interpretacion no sea puramente arbitraria. Una de las estampas me ofrece,

por ejemplo, ocho figuras. Si he de dar asenso á la interpretacion, dichas figuras representan otros tantos reyes ó emperadores que gobernaron sucesivamente en Méjico; pero si he de decidirme por lo que veo, me parece que igualmente pueden significar ocho concubinas de Motezuma, que los ocho pretendídos reyes.= A esto responde con mucha gracia Clavigero:= Mr. Paw está poco ó nada versado en las antiguedades mejicanas; aguarde pues á que yo que soy mejicano vaya á Berlin á explicarle las pinturas de mi patria, y hacerle ver su exâcta correspondencia con la mencionada interpretacion; y entre tanto tranquilize su ánimo guiándose en el particular por el juicio de los inteligentes.=

Es tiempo ya de que terminemos definitivamente tan reñida disputa. Convengo pues, en que ni Paw, ni Walton, ni Kirker, dieron jamas con algun símbolo ó geroglífico mejicano que pudiese llamarse propiamente tal, y que tuviese á lo menos una remota y débil semejanza con los famosos geroglíficos y símbolos de los egipcios. No debemos estrañarlo; por que ninguno de dichos tres sábios puso el pie nunca en esta América; pero que responderémos á Acosta, cuando afirma no solo que los mejicanos eran prácticos en aquellas dos especies de escritura, sino que por este medio conservaban aún gran noticia y memoria de sus antiguallas? pues este doctísimo misionero, que es el padre de la historia natural y moral del nuevo mundo, tuvo mucho trato con los índios, y habla en el particular como testigo de vista; Qué responderémos á Siguenza á quien el célebre índio Don Juan Yxtlilxochitl legó en su testamento las muchas y preciosas pinturas de esta especie que él habia heredado de sus progenitores los Reyes de Tezcuco? Qué responderémos sobre todo al eruditísimo Sahagun, quien por órden de Carlos V se dedicó á averiguar con extraordinario esmero este importante punto de la historia antigua; vivió mas de sesenta años entre estos índios; exâminó una infinidad de monumentos de su historia; aprendió su lengua con suma perfeccion, y compuso un diccionario completo; en el que ademas de desenvolver todos los funda-

mentos y raices de la lengua mejicana, comprende su geografia, su historia natural, y politica, y los ritos y dógmas de su absurda religion? Qué le responderémos, digo, cuando se esfuerza tanto á explicar un gran número de los símbolos y geroglíficos mejicanos, que se habian conservado hasta su tiempo, parte en ruinas de templos y palacios, parte en los archivos públicos, y parte en las casas de los índios principales ó casiques? Qué le responderémos, cuando repite ó inculca esta misma explicacion en otra grande obra que trabajó con el titulo de *Historia general de la nueva España*?

Y ya que he nombrado aquí este insigne misionero y literato no quiero pasar en silencio, que dichas dos obras no se han perdido como algunos imaginan; pues por lo que mira á la historia advierte Clavijero, que el Virey Marquez de Villa.= Manrique la envío al Cronista mayor de las Indias residente á la sazon en Madrid: y yo sé de cierto que el referido escrito exíste todavia en aquella corte, aunque no ya en poder del cronista mayor sino de S. M. Se tambien que pocos años ha se permitió á un conocido mio, que vive actualmente en este reino sacar copia entera de la expresada obra. No pongo aquí su nombre, por que se me ha comunicado con alguna reserva esta noticia. En quanto á la otra obra, así mismo inédita, esto es, al diccionario, asegura el autor de la biblioteca franciscana, que poscen un ejemplar de ella los Padres franciscanos de Tolosa en Navarsa, y yo me inclino á creer, que tambien habrá algun otro en Madrid ó quizá en Simancas.

Me paréce que puedo ya concluir esta carta. Las reflexiones que insinué al principio y los testigos que acabo de citar son sin duda suficientes para probar, que los antiguos mejicanos usaban con frecuencia de geroglíficos y símbolos. Me persuado tambien, que hubieran bastado para que Walton y Kirker, como hombres tan sínceros é ingénuos, se diesen por del todo convencidos. Sin embargo me guardaré bien de asegurar otro tanto de Mr. Paw; pues conozco que no habrá nunca razon ni evidencia que le sa-

que de su dictámen y veo que llega á tal grado su confianza, que no tiene reparo en decir, que las pinturas mejicanas de Purchás son las únicas á lo menos en materia de historia, que pudieron escapar de las llamas encendidas, los antiguos misioneros, y el primer Arzobispo de Méjico Don Juan Zumarraga, á quien con ayre de desprecio y mofa dá el nombre de Sumarica y bárbaro.

En la carta siguiente, sin hacer ya mas uso de la autoridad de tantos y tan abonados testigos, procuraré acabar de poner en claro dicho asunto, valiéndome de algunas otras reflexiones y razones, que tienen para mí y creo tendrán igualmente para V muchísimo peso. Méjico 29 de Agosto de 1805.

CARTA IX.

Reflexiones sobre la escritura geroglífica y simbólica en general, y sobre el modo con que usaron de ella los antiguos mejicanos.

Muy Señor mio y amigo: supesto que en esta carta he de probar con razones de todo punto evidentes, que los mejicanos usaron de figuras geroglíficas y simbólicas, será bueno hacer desde luego dos ó tres observaciones, que aunque un poco generales, esparcirán una gran luz sobre esta materia, quitando varias equivocaciones en que podríamos fácilmente caer, si ántes no explicábamos con precision, que es lo que los sábios entienden comunmente por símbolo ó geroglífico.

Sea pues la primera de dichas observaciones, que ninguna nacion de índios llegó por si sola á conocer el uso de las letras, ó verdadera escritura. Es fácil probar esta proposicion. Acosta cita para su apoyo todos los pueblos de índios que en su tiempo se habian descubierto en uno y en otro mar, quiero decir, en el atlántico y el pacífico. Y nosotros podemos confirmarlo con el ejemplo de tantas

otras tribus, que se han ido reconociendo sucesivamente en los dos siglos y medio, que se han pasado desde aquel célebre historiador hasta nuestros dias. Ningun pueblo, ninguna tribu, ninguna nacion de índios tiene derecho para pretender que se le exceptue de aquella regla ó axíoma generál. Ni los cultos mejicanos y peruanos en lo antiguo, ni los amables é industriosos otaiteños en lo moderno, presentaron jamas documento alguno, que contradijése ó pusiése en duda la verdad de nuestra asercion: ántes bien por mas diligencias que hicieron en el particular sus descubridores, no acertaron á ver el menor indicio de que aquellos pueblos usasen ó hubiesen usado nunca de figuras ó caractéres que pudiesen llamarse letras, y mereciésen el nombre de verdadera escritura.

En efecto' la invencion de la escritura y letras pide un grado de civilizacion y cultura, á que las mencionadas naciones no habian podido aun elevarse, cuando recibieron la primera vista de los europeos. Los progresos de un pueblo al empezar á salir de su barbárie son extremo lentos. Necesita á veces del largo espacio de dos ó tres siglos para poder dar un solo paso ácia la civilizacion: por que es muy cierto que las preocupaciones mas fuertes síguen ó acompañan siempre á la mas profunda ignorancia, y que por lo mismo hay en el espíritu de todas las naciones bárbaras una cierta fuerza de inércia; que se opone á cualquiera suerte de mudanza por provechosa que sea.

Pero contraigámonos mas á nuestro asunto y digamos, que una nacion absolutamente salvage, y cuyo género de vida se acerque mas al de las bestias feroces que al de los hombres civíles y racionales, mientras permanezca en este estado, no pondrá ninguna atencion en buscar médios para fijar los sonidos fugaces de la voz. Digamos igualmente, que otra nacion que fatigada de su propia barbárie se esfuerze á disipar poco á poco las tinieblas en que estaba envuelta, tendrá en el particular una conducta muy diferente. Apénas descubrirá los primeros albores

de civilisacion y cultura, cuando echará de ver el grande y contínuo embarazo en que la tiene el no saber como perpetuar sus pensamientos y como comunicarlos á las personas ausentes. Conocerá pues, que le es del todo indispensable idear algunos signos propios para el efecto. Sin embargo, no podrá menos de tardar muchísimo tiempo en llevar al cabo una empresa tan superior á su corta experiencia, y á las débiles luces de su entendimiento. Finalmente su imaginacion le sugerirá el proyecto de dibujar groseramente aquellos objetos que le convenga dar á conocer; y un carbon, un pedazo de piedra calcaria ó de pizarra, podrán muy bien servirle de lapiz y de pincél, para realisar semejante ensayo.

Con efecto, yo creo que la cosa pasó así realmente en las naciones bárbaras que lograron en algun modo civilisarse. Me persuado tambien, que de ahi proviene el verdadero origen de la pintura, sino en todos los pueblos del mundo como parece que lo piensa Condillac, á lo ménos en la mayor parte de ellos. El extraordinario trabajo que hubo de costarles la referida invencion, se disminuyó mucho por los felices esfuerzos que anteriormente habian hecho, á fin de de proporcionar alguna perfeccion á su lenguage. Este, como todos saben, era en extremo figurado; por que impelidos los salvages de un vivísimo deseo de comunicarse mutúamente sus ideas, habian echado mano sin repararlo de las metáforas mas atreviadas, conduciéndoles y en cierta manera obligándoles el propio instinto á acompañar las referidas metáforas con gestos sumamente expresivos. La pomposa retórica de que usan aun en el dia casi todas las naciones de índios; su violenta declamacion; la sencillez de su música, sí así puede llamarse; y el estílo y plan de sus danzas pantomimas, manifiestan bien claro que lo que acabo de decir no es una mera congetura.

Es así mismo muy cierto, que del mencionado lenguage en que dominaba tanto la imaginacion, y en que no menos se hablaba á los ojos que al oido; de este lenguage, repito, á una pintura tosca y grosera formada con la mano, habia tan poca diferencia, que el paso de aquél á esta lo

pudieron ejecutar los salvages, sin gran pena, ó dificultad. Así vemos que son muchas las tribus y naciones de índios ya del continente ya de las islas, que por sí mismas y careciendo de la ayuda y ejémplo de los europeos, llegaron á este grado de civilisacion. Pero vemos tambien, que las mas se detuvieron y pararon en llegando á dicho grado, por faltarles indústria, fuerzas ó voluntad para seguir adelante; mientras otras pocas, venciendo grandes obstáculos hicieron rápidos progresos, adoptaron usos y costumbres mas suaves, dieron algun impulso á la agricultura y artes, pulieron y simplificaron el idioma y lograron elevar su escritura del grosero estado de una mal delineada pintura ó bosquejo al artificio verdaderamente ingenioso de los geroglíficos y símbolos. V verá como en el corto número de estas naciones privilegiadas no solo se comprenden, sino que sobresalen y campean nuestros mejicanos.

Pero antes de probarlo quiero continuar aquí mi segunda observacion que será muy breve. Digo pues, que he reparado como mucho se valen de las voces *geroglífico* y *símbolo* como de dos palabras sinónimas. Es este ciertamente un abuso. Cada uno de dichos términos tiene significacion muy distinta, y el servirse indiferentemente de los dos puede ocasionar no pocas equivocaciones. Ser á un tiempo pintura y señal ó índice de alguna cosa constituye propiamente el geroglífico; de lo que es fácil inferir, que todo símbolo es geroglífico; pero no puede decirse al contrario, que todo geroglífico sea símbolo; pues este ademas de ser signo y pintura tiene la particularidad de representar una cosa por medio de otra no como quiera, sino empleando ó propiedades y atributos poco conocidos, ó partes y miembros de diversos animales unidos entre sí de un modo extraño, y á primera vista caprichoso. Hablando en general puede asegurarse, que los símbolos solo se aplicaban antiguamente para representar los dógmas y misterios de la religion, ó algunos otros arcanos que la política queria igualmente tener secretos y reservados; y que al contrario los simples geroglíficos servían para los asuntos comunes, y cuya noticia era conveniente difundir y conservar en todas las clases del pueblo.

Oíga V sobre este particular á Condillac, ó mas bien al célebre Warburthon, cuyo voto en estas materias merece, sin duda, singular aprecio. = El embarazo que causaba la inmensa mole de los volúmenes ó libros sugirió, dice, el proyecto de que se emplease para significar muchas cosas una sola figura. Este fue el primer grado de perfeccion que adquirió el método grosero de comunicar y fijar las ideas por medio de una especie de pintura. Se usó de él en aquellos tiempos de tres maneras; las quales si consultamos la naturaleza misma de la cosa, parecen haber sido inventadas de grado en grado, y en tres épocas diferentes. El primer modo consistía en escoger la principal circunstancia de un determinado sugeto para representarle todo entero. Dos manos, por ejemplo, colocadas en dos opuestos puntos y teniendo la una un arco y la otra un escudo, figuraban con bastante propiedad una batalla. El segundo modo imaginado ya con mas arte, consistía en sustituir el instrumento real ó metafórico de la cosa á lá cosa misma. Asì pues un ojo puesto en parte eminente y despejada, ofrecía la idea de la ciencia infinita de Dios; y una espada desnuda representaba, bien que de una manera algo vaga, un tirano. Finalmente, el tercer modo y mucho mas perfecto que los dos antecedentes, se reducía á significar o dar á conocer una cosa sirviéndose de otra que se le pareciese por alguna semejanza ó analogía; bastando tan poco para el efecto, que muchas veces no se tuvo reparo en pintar una serpiente como imagen del universo, y las pequeñas y brillantes manchitas de su piel, como figuras de las estrellas que adornan de noche el firmamento.= Sigue despues Warburthon esplicando las varias mudanzas que sufrió en distintas épocas, y en diferentes pueblos la escritura geroglífica y simbólica, y cómo por su medio se llegó con el tiempo á inventar el alfabeto propiamente dicho que tanto ha contribuido á extender y perfeccionar los conocimientos humanos. Pero lo poco que he copiado hasta aquí es ya muy suficiente para nuestro propósito.

En efecto, las juiciosas y breves observaciones del metafísico

inglés desenvuelven delante de nuestros ojos el cuadro de los primeros progresos que hicieron en el particular muchas naciones tanto del mundo nuevo, como del antiguo. El método ideado por ellas para comunicar sus pensamientos á los ausentes y aun para transmitirlos á la mas remota posteridad, no pudo menos de ser á los principios sumamente grosero y embarazoso; pero se fue perfeccionando poco á poco á proporcion de lo que las mismas naciones ivan ganando cada dia en cultura y civilisacion.

El primero de los tres modos de que acabamos de hablar, lleva ya grande ventaja sobre la simple pintura de que se había usado anteriormente, quiero, decir, cuando las mencionadas naciones apenas empezaban á salir de su primitiva barbárie. El segundo es así mismo mucho ams ingenioso y expedito que el primero, y supone, sin ser posible otra cosa, un cúmulo mas que mediano de combinaciones y reflexîones. Pero el tercero es tan abstracto y metafisico, que solo puede ser parto de una nacion que ha establecido despues de prolijas meditaciones la teórica de la política y religion á que pretende arreglarse. Que esta teórica sea buena ó mala: que sea sencilla ó complicada: que esté ó no sujeta á gravísimos inconvenientes: que por último disipe ó favoresca la supersticion y los errores del vulgo, poco ó nada importa para el caso; pues basta que una nacion haya llegado al punto que hemos dicho, para asegurar sin temor de errarlo, que la misma ha aprendido á pensar y discurrir no solo sobre las cosas sensibles y que se dejan ver y tocar, sino sobre cosas puramente ideales.

Falta pues, que le manifieste á V como los mejicanos se elevaron con efecto á este punto, y que su escritura no se contenía en los estrechos límites de una simple y tosca pintura, como pretenden los que siguen á ciegas á Mr. Pavv, sino que se extendía igualmente al uso de los verdaderos geroglíficos y símbolos, en el modo que acabamos de insinuar. Nada hay tan fácil como demostrar la verdad de esta proposicion, por que con lo que hemos dicho se ha allanado ya el camino y se han apartado todos los tropiezos.

V. sabe muy bien que el ídolo Tetzcatlipuca como lo llama Acosta ó Tetzcatlipoca, segun lo escribe Clavijero, era uno de los objetos mas sagrados para los mejicanos. Le veneraban como el Dios de la penitencia, de los jubileos y perdon de pecados, de las sequedades, hambres, esterilidad y pestilencia, y por lo mismo acudían á implorar su proteccion, ó á suavizar y desarmar su ira en los lances muy apurados y de mayor riezgo. Sabe V igualmente, que entre los galanos atavios que adornaban aquella estátua y la hacían mas respetable a los ojos de sus supersticiosos adoradores, sobresalían en particular los siguientes. En la mano derecha tenía el ídolo cuatro saetas: en la izquierda un mozqueador ó abaníco de preciosas plumas verdes, amarillas y azules, que salían de una chapa de oro reluciente muy bruñido, tanto que parecía espejo; y por último de la coleta de los cabellos que le ceñía una cinta de óro, pendía por remate una oreja así mismo de óro, en la que se veían pintados unos humos á manera de nubes. No eran solos estos los atavios del expresado Dios: había muchos mas, pero los omito por que me bastan los que acabo de insinuar.

Y empezando por aquellas cuatro saetas que tenía el ídolo en su mano derecha, no me negará nádie, que se las habían puesto los mejicanos para significar el castigo que por los pecados daba á los malos. Dígame V pues le ruego, si en este uso y en esta aplicacion de la saetas le parece que se descubre con toda claridad un verdadero geroglífico y un verdadero símbolo? Yo así lo creo, y me persuado que pertenece á la segunda especie de las tres que nos ha explicado Warburthon. Tetzcatlicopa era, segun se ha advertido, el dios de la hambre y de la pestilencia, que tantos estragos y muertes causan en los pueblos. Poner pues en la mano de aquel ídolo algunas saetas con el único fin de declarar este pensamiento ó idea era ciertamente sustituir el instrumento metafórico de la cosa ó la cosa misma. Homero en los primeros versos de la Iliada pinta con este propio geroglífico, ó metáfora la grande pestilencia que sufrió el

ejército de Agamenon acompado delante de las murallas de Troya. Apolo, dice el poeta, ofendido sobre manera por el desprecio con que se había tratado á su sacerdote Chrises, sacó de la aljaba una saeta y la disparó contra aquel numeroso ejército, y al instante hombres y animales empezaron á caer muertos unos encima de otros, sin que se pudiese adivinar la causa de una desgracia tan imprevista y funesta. No solo Homero se valió de dicho geroglífico ó metáfora: la usaron así mismo los demas poetas griegos aun en siglos muy posteriores, pues solían decir cuando alguna persona había fallecido derepente, que las saetas de Apolo lo habian muerto si era hombre, y si muger las de Diana. Estos modos de pintar y hablar se celebran en los griegos como una prueba clara de su ingenio y de la vivesa y delicadeza de su imaginacion. No podemos pues sin una notoria injusticia dejarlos de admirar igualmente y aun mucho mas en los mejicanos. Pero pasemos adelante.

Tezcatlipoca que era el dios de la pestilencia y hambre, lo era tambien del jubileo y perdon de los pecados. Esta consideracion lo hacía mas y mas venerable. Un dios puramente justiciero y vengativo: un dios del todo inexôrable á los ruegos de los afligidos, no hubiera sido nunca el objeto del culto de una nacion tal como la de los mejicanos. Lo hubiera mirado al contrario esta nacion como un génio cruel mas propio para excitar el terror que el amor, y á quien era inútil ofrecer víctimas y sacrificios. Querian pues los mejicanos que á la severa rectitud de su justícia, añadiese la amable blandura de la compasion y misericordia. Por esta causa cuidaron de ponerle por remate de la cinta de oro bruñido que hemos dicho, una oreja así mismo de oro con ciertos humos á manera de nubes. Los sacerdotes y ministros del ídolo advertían muy á menudo al pueblo, cómo los referidos humos ó nubes significaban las oraciones y súplicas de los pecadores que el dios nunca dejaba de oir, cuando acudían á él en el modo que era debido. Este último hecho tomado de la mitología mejicana es tan cierto y tan auténtico, que me parece que

Saávedra lo dib.

EX MUSEO AUCTORIS

carecería de toda razon y buen discurso el que se atreviese á negarlo.

¿Pero quién tampoco, sí no es faltando á todo buen discurso y razon, podrá no reconocer en este mismo hecho todas las señales de un verdadero símbolo, esto es de un geroglífico que tiene ya toda la posible perfeccion? Quién al leer estas lineas no se acordará de algunas metáforas sublimes que se repiten tantas veces en los divinos libros, para expresar una idea que no puede negarse, es semejante á esta? *Las oraciones de un corazon afligido*, dice la sagrada Escritura, *suben hasta el pie del trono de su Divina Magestad como el humo se levanta derecho por la atmósfera. Las súplicas y ruegos de un pecador*, añade en otro lugar, *convencido de su miseria, se asemejan á una columna de suave incienso que derrama en la presencia del Altísimo un olor sumamente agradable.* Todas estas ideas son ciertamente muy elevadas; pero no tanto que con la sola razon natural no las hubiesen como entrevisto algunas naciones idolatras y entre otras la mejicana.

Si un pintor pues repesentáse estas mismas ideas en un lienzo por medio del pincel, ¿no diríamos que había formado un hermoso y muy instructivo geroglífico y símbolo que tenía una significacion recóndita y hablaba mas á los ojos del alma que á los del cuerpo? Y si esto es así ¿cómo podrémos negar un elogio semejante á los autores de la mitología mejicana? Diráse acaso que dicha mitología era en todo extremo supersticiosa y absurda? No tiene duda; pero esto no quita que en medio del confuso laberinto de sus errores se hallase una ú otra verdad. La idolatría pudo anublar la razon natural, mas no obscurecerla del todo. Los destellos de la luz divina penetran de cuando en cuando hasta el abismo profundo en que las pasiones y los delitos han precipitado á los pueblos infieles, así como el resplendor brillante de los relámpagos y rayos disipa tal vez por un momento las tinieblas de la mas deshecha tormenta.

¿Diráse tambien que los pintores y escultores mejicanos solo acertaban á formar diseños muy groseros? Sea enhora-

buena. ¿ Pero qué querrá colegirse de tal reparo? No es lo delicado del pincel ó del buríl lo que constituye la naturaleza del geroglífico perfecto. Las figuras de los famosos obeliscos egipciacos que tanto adornan la nueva Roma, no siempre se conforman axâctamente á las reglas del diseño; y no por eso los anticuarios mas sábios dejan de admirarlas; no por eso dejan de tenerlas por otros tantos verdaderos emblemas ó símbolos.

No es mi ánimo amontonar en esta carta todas las demas pruebas que me ofrece la misma mitología mejicana; pero no debo omitir que la reluciente chapa de oro bruñido que Tezcatlicopa tenía, segun queda insinuado, en la mano izquierda, significaba que Dios veía todo lo que se hacía en el mundo; y que comparar la ciencia divina á un límpio y terso espejo para dar á entender que nada hay absolutamente que pueda escondérsele, nada que no se represente delante de su ojos con toda distincion y claridad, es ciertamente usar de una semejanza tan propia, tan ingeniosa y tan elevada, que no creeríamos la hubiesen podido nunca imaginar los antiguos mejicanos, si por otra parte no entuviésemos tocando como con la mano la autenticidad del hecho referido ¿ Y cuántos mas podría producir que no son ni menos autenticos ni menos adoptados para demostrar la verdad de mi proposicion; esto es, que los mejicanos usaron con no poco tino y acierto de verdaderos geroglíficos y símbolos?

A este propósito quiero confesarle á V, amigo mio, un grande error en que he estado por mucho tiempo. Había leido varias veces en Clavijero, que el ser ordinariamente tan feos los ídolos mejicanos que se encuentran á menudo aun en el dia de hoy en varias excavaciones, no era una prueba convincente de que estos índios no hubiesen llegado á tener jamas la menor idea de aquella mútua correspondencia y como armonía de partes y lineamentos de que depende la belleza de la pintura y de la escultura: que era al contrario una injusticia y una ligereza el levantar semejante acusacion sobre un tan débil fundamento, pues la

fealdad y aparente desproporcion que se notaba en las mencionadas estátuas, no provenía de la poca inteligencia de sus artífices, sino de los muchos y diversos geroglíficos con que habían mas presto cargado que adornado para no contravenir á las leyes de su religion, la cual por dicho medio pretendía expresar varios atributos de aquellas falsas divinidades. Yo que entonces tenía, como se tiene regularmente en Europa, un concepto muy bajo del ingénio y habilidad de los antiguos mejicanos en lo que toca á bellas artes, no me dejaba nunca persuadir por las razones de aquel célebre crítico y historiador. Clavijero, me decía á mí mismo, dejándose arrastrar quizá sin sentirlo por el amor de la patria y por el deseo de hermosear y hacer mas interesante el argumento de su obra, no echó de ver que se alejaba en el particular de lo verisimil y probable. Es cosa muy dura creer que los escultores mejicanos hiciesen de intento feas aquellas estátuas. No hay artífice que no procure dar á sus obras toda la perfeccion posible; por que los partos del ingénio y del entendimiento son los que mas lizongean el amor propio. Y así si las mencionadas estátuas no salieron mas acabadas sería seguramente por que sus autores no alcanzaban mas. El escultor que trabajó en la pequeña y solitaria isla de Pascua aquellas moles enormes y grotescas, de que nos dieron dos bellas estampas Cosk y La-Peyrouse, serían mirados de sus paisanos como otros tantos Fidias y Praxiteles, no de otro modo que en la corte de Motezuma pasaría por un escultor asombroso el que había formado la estátua del célebre ídolo Vitzilipuztli ó Huitzilopchtlli como lo pronuncian los índios. Esto me decía entónces á mí mismo, y esto bastaba para mantenerme muy asido á mí opinion, y para que tuviese cerrados no sin alguna pertinácia los oidos á cuanto quisiese decirme Clavigero.

No ha sido así despues que he venido á esta Metrópoli, y he tenido la fortuna de exâminar tan de cerca y por mí mismo este y otros puntos de la antiguedad indiana. Mis repetidas observaciones me han abierto finalmente los ojos,

y no solo he empezado á tener por verosímil la expresada proposicion de aquel ilustre historiador, sino que poco á poco he venido en persuadirme á que era del todo cierta, y que sería temeridad ponerla en duda.

Me ha convencido primeramente el ver la mucha semejanza que hay entre algunos ídolos mejicanos y varias estatuas y otros monumentos de Egipto. Vestido, atavios, facciones son á veces tan parecidas, que algunas figuritas mejicanas podrían tomarse por egipcias y al contrario. Me atrevo á asegurarlo. Tengo en mi gabinete varias de aquellas figuras encontradas poco há entre infinitas ruínas y escombros del antiguo Tlatelolco que hoy llaman bárrio de Santiago. Los índios de dicho bárrio han venido á regalármelas conociendo lo mucho que se lo agradecería, y entendiendo que no era yo uno de aquellos europeos que nada aprecian de América sino el oro y plata de sus minas. He comparado pues una y mil veces estas figuras con otras de Egipto, valiéndome para ello de los dibujos y descripciones exâctisimas que se hallan en el *aedipus* del Padre Kirker. El resultado de mis diligencias é investigaciones ha sido siempre uno mismo, esto es, colegir y aun ver claramente, que los mejicanos no menos que los egipcios envolvían los ridículos misterios de su religion en una infinidad de geroglíficos y símbolos que era imposible que el pueblo entendiése ó decifrase sin el ausilio de la tradicion y explicacion de los Sacerdotes.

Aun hay mas. Otros índios de un pueblo muy cercano á esta capital me trajeron pocos dias ha una hermosísima cabeza fabricada así mismo en tiempo de la gentilidad y encontrada en los cimientos que se estan abriendo para una grande acequia.

Examinándola yo con mucho cuidado he encontrado en ella tal exâctitud, tal finura y sencillez, que casi bastan para hacerla digna de un artífice griego ó romano. Vuelvo a repetir, que no hay en esto la mas leve exageracion. Se trata aquí no de una teoria ó de una congetura, sino de un hecho. Puedo citar por testigos á varios sugetos muy ilustrados y doctos que han admirado conmigo aquel precioso

monumento de la antiguedad mejicana, que conservo y conservaré toda la vida en mi gabinete entre las cosas mas raras y exquisitas.

Esta cabeza pues, ha sido no poco motivo para hacerme entrar en aquella opinion de Clavigero, no pudiendo ya dudar, que en Méjico hubo escultores que sabían trabajar con primor y grácia, y que si no la daban á las figuras de sus ídolos, era por que se veían precisados á cargarlas de inumerables geroglíficos, segun el gusto de su supersticiosa religion. Si llega algun dia á publicarse la coleccion de antiguedades mejicanas que está haciendo aquí el laborioso Mr. Dupais por órden de nuestro Monarca, los sábios de Europa verán tantas pruebas de la verdad que acabamos de establecer, que no creo les quede ganas de contradecirla.

¿Pero para que gasto tanto tiempo en probar una cosa tan cierta como lo es, que los mejicanos conocieron el uso no solo de los geroglíficos vulgares sino tambien de los verdaderos símbolos? Tengo encima del bufete y abierto delante de mis ojos un catecismo entero de nuestra santa Religion, formado por un neófito, y escrito todo del princípio al cabo con imágines ó figuras para uso de sus paisanos los índios otomites, que vivían no muy lejos de esta ciudad, de la otra parte de los montes. En este pequeño libro es fácil distinguir todas las maneras de escrituras de que hemos hablado en la presente carta: quiero decir, la simple pintura de la que Mr. Pavv. afecta creer que no pasaron nunca los mejicanos; las tres especies de geroglíficos explicados por Warburthon, y ciertos caractéres arbitrarios ó de pura convencion muy parecídos á los que usan todavía los chinos. En efecto hay cosas en el mencionado catecísmo, que no podian expresarse de otra manera; como por ejemplo la siguiente idea: *yo pequé por mi culpa.*

Este libríto que digo, se encontró no ha mucho, entre los muebles de una india que murió en el pueblo de Xilotepeque; y debo á la generosidad de Don Juan Jose Pastor erudíto criollo, el poseer este precioso monumento. Habiendo pues citado un ejemplo tan insigne sería inútil

buscar otras pruebas. Y así concluiré con el célebre Padre Acosta (a) quien igualmente logró la dicha de ver y exâminar otro cuaderno como el mio: „ que no tengo duda » que sí á muchos de los estirados europeos les dieran á » cargo de hacer memoria de cosas semejantes por via de » imágenes y señales, que en un año no acertarían, ni aun » quizá en diez. » Méjico 29 de Agosto de 1805.

CARTA X.

Antiígua y moderna antropofagía de varias naciones americanas. Descripcion de los sacrificios y banquetes sagrados de los mejicanos. Número escandaloso de víctimas humanas que se degollaban anualmente en la corte y provincias de Motezuma.

Muy Señor mio: una de estas mañanas dí por casualidad con un papel del famoso Voltaire que lleva por título: *El pirronismo de la historia*, y en él hallé el siguiente párrafo que voy á traducir fielmente:

« Todas las primeras relaciones de la América, escribe, » no hablan sino de antropófagos. Se diría al oirlas que los » americanos comian hombres tan comun y generalmente » como nosotros comemos carneros. El hecho mejor aclarado se reduce á un pequeño número de prisioneros que » fueron comidos por sus vencedores en lugar de serlo » por los gusanos. »

Esta atrevida asercion me dará, amigo, abundante materia para la presente carta; pues hallo dos cosas en dicho párrafo, que no puedo absolutamente pasar en silencio. La primera, que diga con tanta presuncion y osadía, que los americanos en tiempo de su gentilidad apenas podían llamarse antropófagos, y que es cierto que solo se comieron uno que otro prisionero. La segunda, que hable tan á sangre fria de un estílo tan bárbaro, tan mostruoso, tan hor-

(a) Historia lib. vi cap. vii.

rible y tan opuesto á los primeros y mas puros sentimientos del corazon, que son el fundamento de la sociedad humana y de nuestra comun felicidad; pues desde el momento en que empieza á despuntar la razon y aun ántes, nos inclinan é impelen á amarnos mutúamente, á buscarnos unos á otros y á considerarnos en cierta manera como miembros de un mismo cuerpo.

De estos sentimientos que la naturaleza inspira, y que ni las pasiones ni la contraria costumbre pueden jamas apagar, nace así mismo el horror extremo que casi todas las naciones profesan á los canibales ó antropófagos, siendo muy difícil hallar quien, no digo, sea capaz de mirar con ojos tranquilos como un hombre se come á otro hombre, pero ni aun pueda oir la relacion circunstanciada de tan detestable esena sin conmoverse y extremecerse todo de pies á cabeza. Esta regla es muy general, pues comprende á doctos é ignorantes, y no sufre mas excepcion, que la de varios pueblos salvages y la de ciertos filósofos muy modernos; por lo que Voltaire, que se miraba y aplaudía á sí mismo como el principal corifeo de esta clase de sábios, no contento de hablar friamente de aquel atroz estílo, se esfuerza en cierta manera á disculparlo. Todo ello, dice, se reduce en sustancia á que los *índios se comian algunos pocos prisioneros en lugar de dejarlos comer por los gusanos.*

En vista de esto me lizonjeo de que V aprobará que me detenga un poco sobre el presente punto, á fin de precaver las funestas impresiones que la lectura de dicho párrafo podría hacer en el ánimo de ciertos jóvenes, que tan fácilmente se dejan seducir por los brillantes sofismas de la moderna metafisica. Otra causa tambien no menos poderosa sontribuye a hacerme tomar esta resolucion; quiero decir, el amor de nuestra comun patria, á la cual cierta clase de eruditos extrangeros tiene tanta ojeriza, y cuya gloria se eclipsaría en gran parte si fuese verdad lo que pretende Voltaire.

Por que, quién ignora que una de las cosas de que mas se precia nuestra generosa nacion es, no el haber conqui-

stado con solo un escuadron de soldados españoles este vasto y poderoso imperio; sino el haber suavizado las costumbres de sus antiguos moradores; el haber disipado poco á poco la espesa niebla de los errores y preocupaciones de su idolatría; el haberles quitado de las manos las envenadas saetas que eran antes el ordinario instrumento de sus implacables y crueles venganzas; y sobre todo, el haber hecho cesar enteramente los copiosos rios de sangre humana que corrian dia y noche al pie de las aras de Vitzilipuztli, y de otros infinitos ídolos, y haber quitado para siempre de la mesa de Motezuma y de sus casiques aquellos infames platos de carne humana; que se apetecian como el bocado mas delicado y sabroso en los banquetes: aquellos platos que eran mas dignos de las harpias y furias de los antiguos poetas, que de hombres racionales.

Haré pues en esta y otras cartas algunas reflexîones sobre cada uno de los dos mencionados puntos, que encierra el bréve párrafo del filósofo francés, á quien no me detendría en refutar, si no viese que por atrevidas que sean sus proposiciones, no por eso dejan varios escritores de repetirlas y celebrarlas con el mayor aplauso. Esto es lo que me obligará á dejar correr la pluma formando observaciones, que sin esta ciscunstancia tal vez parecerian supérfluas.

Por que, ¿ qué autoridad podría merecerse por si solo y sin la víl adulacion y obscuros artificios de sus adoradores un filósofo, un crítico que pretende introducir el pirronismo en la historia, y que ya en las primeras lineas del citado papel nos exôrta gravemente, á que nos acordemos que la *incredulidad, segun Aristóteles, es el fundamento de la sabiduria?* cuando no hay hombre medianamente instruido, que no sepa, que aquel príncipe de la escuela peripatética no soñò nunca tal disparate, antes bien aseguró muchas veces en términos formales, que quien se proponía instruirse en las ciencias, debía á los principios dar asenso á las lecciones del maestro que hubiese escogido, hasta que adquiriendo con el tiempo mas luces, pudiese per-

mitirse á sí mismo sobre ciertas materias una prudente y razonable duda. Pero vamos á nuestro asunto.

Digo pues en primer lugar, que en mi concépto todas ó casi todas las naciones de América eran antiguamente antropófagas. Un número infinito de observaciones confirma esta verdad. Cuando los españoles desembarcaron en este continente, hallaron dicho estílo universalmente introducido, bien que con algunas diferencias, conforme el grado de civilisacion á que habian llegado los pueblos que lo habitaban.

Aun actualmente hay aquí varias naciones antropófagas; pues lo son la mayor parte de las que ó no recibieron nunca nuestras leyes, ó despues de haberlas adoptado por un poco de tiempo, sacudieron su yugo para volverse á la vida salvage. A estos índios se les llama comunmente *mecos, ó bravos*, no para significar su valor é intrepidez, como lo ha dicho equivocadamente Mr. La-Peyrouse en la relacion de su viage, sino mas bien para expresar sus costumbres bárbaras y feroces, así como decimos *bravo* á un tigre ó á una hyena, y en sentido metafórico á un monte inculto y muy fragoso. Es gran fortuna que estas naciones no formen sociedades numerosas; siendo su misma ferocidad la que les impide multiplicarse mucho, de la misma manera que entre los cuadrúpedos la clase de los leones, de los tigres y de los lobos es muy poco abundante respecto de la de los bueyes, de las cabras, y otros animales mansos.

No por eso pretendo dar á entender, que todos los índios mecos ó bravos de esta América sean antropófagos; sino que hay aun entre ellos varias tribus que todavía conservan tan detestable costumbre. Esto último no admite duda. No pocos viageros internándose incautamente ácía el norte por regiones y desiertos desconocidos han corrido con este motivo el mas inminente riezgo. En la misma costa occidental del seno mejicano se ha visto alguna vez renovarse esta horrible escena, y los naúfragos europeos ser degollados y comidos por los índios que observando de lejos su naufra-

gio, habían bajado precipitadamente de los montes para salirles al encuentro al tiempo de saltar en tierra. En las margenes de los rios, que bañan las regiones mas septentrionales de esta América, se repiten con mas frecuencia semejantes atrocidades de las que Chateau-Briand acaba de hacer una pintura sumamente elocuente y patética en su obra del *genio del Cristianismo.*

Tambien hay antropófagos en el otro departamento, quiero decir, en la América meridional. Sus inmensas llanuras y pantanos se hallan á trechos poblados por unos salvages indómitos que se comen sin el menor remordimiento ni escrúpulo la carne de sus enemigos, bastando para ser enemigos, segun los princípios de su moral y política, no ser de su pueblo, ó atravesar con una pequeña canoa uno de sus rios y lagunas, aunque se haga esto sin ningun proyecto hostíl. El Señor Pinto que fue embajador de Portugal en Londres por los años de 1773 solía contar, cómo hallándose de gobernador en la provincia de Matogroso, una índia vieja había tenido la desverguenza de confesarle, que había comido varias veces carne humana; que le gustaba muchísimo; y que la comería de nuevo con extrema complacencia si se la ofreciésen: sobre todo si fuese del cuerpo de algun tierno niño.

Este hecho que he leido in Forster, puedo confirmarlo yo con otro semejante. No ha mucho que tuve ocasion de exâminar algunas índias *mecas* que acababan de llegar en calidad de prisioneras. Una de las referidas índias había aprendido razonablemente nuestra lengua, y estuvo hablando conmigo cerca de media hora. Se hallò presente á esta conversacion uno de mis pages que no pasa de catorce años, y con mi licencia le hizo las dos siguientes preguntas: Primera *¿ me matarías si acaso me hallases en alguno de los despoblados de tu tierra? Eso es fuerza*, djio ella en su mal castellano *¿ Y despues de muerto*, replicó el page, *me comerias? Por que no?* respondió al instante la índia, con una vivesa y emocion, que me llenó de horror. Otro ejemplo igualmente reciente ofrece el viage del céle-

bre Baron Rumboldt el cual navegando con su compañero Mr. Bompland por el rio Guaviar y Maypure, no pudo elevarse como deseaba hasta las fuentes del Orinoco por que le obligó á ratroceder mas que de paso el justo temor de una tribu antropófaga que habitaba por aquellas cercanías. A estos ejemplos pueden añadirse otros muchos, tomados principalmente de las relaciones de distintos misioneros, no antiguos, ya que tanto los desprecia Voltaire, sino modernos y aun muy posteriores á la época en que, segun el filósofo francés, se aclarò mejor el hecho de la pretendida antropofagía de los americanos que tanto se había ponderado en otro tiempo.

Pero para ceñirnos mas al asunto de estas cartas, no digamos nada de todos aquellos ejemplos y hablemos solo de los mejicanos. ¿Cómo, pregunto, poorá negarse que estos eran verdaderos antropófagos cuando Cortés se adelantaba con su pequeño escuadron ácia esta capital? Es verdad que la corte de Motezuma habia llegado entonces á un grado bastante alto de cultura y civilisacion; pero tál y tan tiránica es la fuerza de la costumbre especialmente en las naciones semibárbaras é idólatras, que aquel estílo de suyo tan detestable é inhumano permanecía aun arraigado fuertemente en medio de una nacion que empezaba ya á conocer las artes y las ciencias, y que tenía leyes de distintas especies que respiraban singular prudencia y moderacion.

El Monarca indiano no obstante su extraordinario talento, toleraba y aun favorecía en gran manera este estílo. Las amistosas reconvenciones de Cortés por las cuales afectaba la mayor estimacion y aprecio, no bastaron para hacerle mudar de conducta. No solo continuaba en sacrificar hombres á Vitzilipuztli y otros dioses, sino que su mesa se cubría así mismo muy á menudo con la carne de aquellas infelices víctimas. Cedió finalmente Motezuma en este último punto, esto es no comer de la carne sacrificada; pero cedió con grande repugnancia; cedió cuando conoció que estaba prisionero en nuestro cuartel, y cuando vió que

seria temeridad exâsperar demasiadamente aquellos soldados de quienes dependía la seguridad de su propia persona.

Pero mientras el Monarca mejicano tomaba mal de su grado esta forzosa resolucion, no por eso se dejaban de sacrificar en la ciudad y casi á vista de nuestros españoles un gran número de cautivos: no por eso se dejaba de despedazar al pie de las áras sus miembros cuando todavía humeaban; no por eso se dejaba de repartir su carne como cosa sagrada entre aquellos inmundos sacerdotes, entre los grandes de la corte y las cabezas principales del pueblo.

Mas estas víctimas cuya carne se comía en Méjico, dirá alguno, eran en muy corto número, y así tiene razon Voltaire. Quien hace este reparo, responderé yo, ó no habla de buena fe, ó no está ni aun medianamente instruido en la antigua historia mejicana. Por que ¿ en qué juicio cabe negar, que los mejicanos habían llegado en este punto al mayor exceso de barbárie y crueldad? No es cierto por ventura que aquellos índios hacían consistir la magnificencia y ostentacion de sus fiestas, ya fuesen ordinarias ya extraordinarias en el mayor número de prisioneros ó esclavos que sacrificaban? No se sabe igualmente que á estas fiestas, a estas grandes solemnidades tan apetecidas y concurridas, se seguían siempre los convites y banquetes en los que los nobles y plebeyos, hombres y mugeres, viejos y niños comían con sumo placer la carne de aquellas víctimas, especialmente (me horroriso de decirlo) las piernas, muzlos y brazos que se tenian por el bocado mas sabroso, arrojando lo restante al fuego ó reservándolo para alimento de las fieras que se mantenian en Chapultepec y en otras quintas reales?

No sigo adelante, por que es preciso tener una alma del temple de la de Voltaire y de algunos otros filósofos que han querido ser sus dicipulos, para poder acabar la pintura de semejantes atrocidades, sin conmoverse en gren manera y sin que el horror de lo que se pretende expresar haga caer la pluma de la mano.

Lo que á mi mas en esto me admira es considerar, que

toda una grande nacion cual era la mejicana; se complaciése tanto en unos sacrificios tan detestables é inhumanos, y que en la hora de la ejecucion no solo los soldados que en la guerra se habían familiarizado con la muerte y carnicería, sino tambien las delicadas doncellas y las madres de familia mas compasivas, se esforzasen á acercarse al altar lo mas que fuese posible: se apiñasen al rededor del ara: mirasen con suma curiosidad cómo los ministros del templo tendían sobre ella el cuerpo desnudo de la víctima: oyesen con singular deleite los desesperados gritos y bramidos que esta daba en los últimos instantes de su vida: fuesen testigos de sus violentísimas convulsiones: le viesen abrir el pecho con un cuchillo de pedernal, y finalmente le viesen arrancar el corazon que el gran sacerdote con la mano derecha levantada sobre las cabezas de los concurrentes, manifestaba sin perder tiempo á todo el pueblo para que lo reconociese palpitante, y para que en este funestísimo momento, léjos de estremecerse, hiciesen resonar el aire con infinitas aclamaciones de extraordinario júbilo y alegria.

Tambien me maravilla y suspende en extremo, que los mismos que habían sido expectadores de una esena tan trágica, tuviesen valor pocas horas despues para regalar su paladar con la carne de aquellas víctimas que habían visto destrozar de un modo tan atroz; y sobre todo, que hasta las mismas mugeres que reciben de la naturaleza un génio mucho mas tierno y delicado que los hombres pudiesen resolverse á manchar su boca con semejantes manjares, sin que la memoria de tantos horrores que su imaginacion debía de representarles con la mayor vivesa, les hiciese caer en el abatimiento y desmayo.

No tiene duda que el que considerase todo esto antes de haber hecho muchas y muy profundas meditaciones sobre la índole del corazon humano y la fuerza de las pasiones fomentadas por la supersticion, se persuadiría á que unos excesos tan bárbaros como los que acabamos de referir, solo era posible que se cometiesen en el fondo de los bosques mas solitários, por algunos pocos indivíduos pare-

cidos en su ferocidad á los cidopes de Homero; pero que no era dable que tuviesen lugar en una nacion que hubiese salido ya de la primitiva barbárie, y viviese reunida en sociedad bajo unas mismas leyes y á la sombra de un gobierno, fuese cual fuese.

Pero este mismo que discurriese sobre el particular guiado por un raciocinio tan probable, no tardaría en desengañarse al mismo paso que se iría adelantando en el difícil conocimiento de lo que es el hombre. Y llegaría por último á descubrir, que no puede ni debe colegirse que los mejicanos fuesen unos verdaderos salvages por que cometían tales atrocidades. En efecto, la historia de la especie humana presenta, no uno sino muchísimos ejemplos de naciones civilisadas, que se entregaron por dilatado tiempo y por repetidas veces á otros excesos, que en la realidad no eran ménos bárbaros.

Y para insinuar aquí solo uno que es muy insigne, léase lo que Justo Lipsio dice de los gladiadores que se daban en Roma en las fiestas públicas y privadas, ó mas bien, sin ser necesario detenerse á leer aquellos escritos, tiéndase la vista por las finas y exáctísimas estampas que les sirven de explicacion y adorno, y se verá como hasta las mismas vírgenes vestales se complacían á mirar en el anfiteatro de Roma, como los gladiadores se degollaban unos a ótros, ó se dejaban desollar por las fieras sin mas motivo ni objeto que el de divertir al pueblo. Se verá tambien que tan distantes estaban aquellos miserables de excitar la compasion del público, que sucedía muchas veces, que apenas alguno de ellos caía mortalmente herido, cuando saltaba otro á toda prisa, no á socorrerle sino á beber la sangre que salía caliente de sus heridas; y esto delante de todos los espectadores. Se verá por último otro acto, digamoslo así de la misma tragedia; pero todavía mas horroroso que los dos antecedentes, quiero decir la sangre de los gladiadores correr sobre las mesas de los grandes, miéntras se estaba en ellas celebrando algun suntuoso banquete, y salpicar á menudo las gotas de dicha sangre las manos

y la cara de los convidados. Y lo que hay en esto mas digno de notar es, que á todos esos y otros semejantes espectáculos se les daba en Roma el comun nombre de *ludi* que viene á ser juego ó entretenimiento. Tal era en el fondo la barbárie de aquella nacion que dominaba al mundo: que habia adoptado las artes y leyes de la Grecia, y que se preciaba dé tratar con tanta humanidad á todos los demas pueblos; pero no hay que estrañarlo, por que ni la depravacion del corazon humano ni la supersticion conocen ó han conocido jamas límite alguno.

Volvamos ahora á nuestros Mejicanos. Es innegable, que sin embargo de lo mucho que habían adelantado en la civilisacion eran verdaderos antropófagos. Es tambien innegable, que su delito en este punto no se reducia á comerse un corto número de prisioneros, como lo pretende Voltaire; pues consta, que en todo el imperio mejicano, y mas que en ninguna otra parte en esta capital, no se cesaba de sacrificar víctimas humanas ya con uno, ya con otro pretesto, cuya carne se distribuía inmediatamente despues, segun queda dicho, entre el Príncipe, los Sacerdotes y los asistentes.

El último Motezuma hacía alarde de sobrepujar á sus asendientes en esta especie de magnificencia, aunque tan bárbara y tan mal entendida. Era este cruel expediente un ardid de su fina hipocrecía. Creia que bañando muy á menudo las áras de los dioses con la sangre de sus enemigos, el pueblo que asistía y tomaba tanta parte en dichas fiestas le tendría por un Monarca muy religioso, y por lo mismo miraría como justas cuantas guerras y conquistas emprendiése. Motezuma lograba igualmente por dicho médio otra ventaja no menos grande; por que distraidos sus vasallos en estas aparentes representaciones de grandeza y poder, y pasando de contínuo de unos en otros regocijos y espectáculos no sentían tanto el peso de las cadenas con que los oprimia, ni cuidaban de oponerse á sus ideas en estremo ambiciosas y tiránicas.

Estas y otras semejantes causas contribuyeron á que el

excecrable estílo de sacrificar víctimas humanas, que tan conforme era al gusto del pueblo de Anhahuac, llegase en su capital á lo sumo de la abominacion. Pero no solo se aumentó escandalosamente el número de dichas víctimas en Méjico sino que creció á proporcion; como era regular, en todas las principales ciudades del imperio. Motezuma desde lo alto del sólio daba este ejemplo fatal á todos sus pueblos; y es claro que los cortesanos empleados en el gobierno de las provincias y ejércitos, no podían dispensarse de imitarlo. Cundía tambien esta peste por los casíques tributarios que eran muchos y poderosos. La adulacion y la vanidad les empeñaban á repetir muy frecuentemente en sus dominios unas esenas, que sobre ser tan análogas a su cruel supersticion, aumentaban la idea de la fuerza de sus armas, tenían gustosamente entretenidos los soldados en los cortos intervalos de la paz, y lízonjeaban en gran manera al Emperador y á los magnates de la corte.

Es púes cierto, que el feroz maquiabelismo y la detestable hipocrecía hacían derramar casi incesantemente en estas amenísimas regiones, arroyos de sangre humana antes que se apoderasen de ellas los españoles, y antes que por una parte la vigilancia y energía de los magistrados, y por otra las tiernas y caritativas persuasiones de los misioneros, pusiesen fin á dicha práctica no menos perniciosa que horrible. Y este beneficio debe reconocerse por uno de los mas señalados y provechosos que nuestra nacion ha hecho en particular á este inmenso continente, y en general á toda la humanidad. El amable y benéfico espíritu de la Religion de yesu cristo que los españoles introdujeron en este pais, fue el que desterró en pocos años aquella bárbara costumbre, que ademas de destruir los cimientos de la sociedad humana, era tan contraria al aumento de la poblacion.

Yo no me atreveré a decir á punto fijo cuantos eran los hombres á quienes se mataba aquí inhumanamente sobre las aras; por que sé que en eso hay diferentes opiniones. Pero así á bulto no tendré reparo de asegurar, que su número ecsedía á lo que hubiera podido jamas imaginarse en Europa.

El Señor Zumarraga, sugeto tan respetable por su carácter y veracidad y tan amado de los índios por la extrema bondad de su corazon, escribe que en solo la ciudad de Méjico se sacrificaban anualmente veinte mil hombres. Acosta dice, que había dia en que las víctimas muertas en varias partes del imperio bastaban para completar el expresado número. Es dificil hallar escepciones que oponer á estos dos testigos tan calificados, y que casi pudieron tocar con la mano la verdad de lo que refieren.

Consiento sin embargo á que no se admitan estos cálculos; pero quiero que á lo menos se me conceda que el expresado número de veinte mil no podrá reputarse en manera alguna por excesivo, si en él se comprenden no precisamente las víctimas que se sacrificaban todos los años en solo Méjico, segun el cómputo del Señor Zumarraga, ó las que perecian en cierto dia muy clásico en varias provincias de la dominacion mejicana conforme a la cuenta del Padre Acosta, sino las que morian anualmente á manos de los sacerdotes así en la corte de Méjico, como en la vasta extension del imperio. Este cálculo parece con efecto moderado á Clavijero, á quien no creo, que nadie reuse por sospechoso de parcialidad contra los índios. Concília ademas en cierto modo todos los otros dictámenes, y asi se le puede dar sin riezgo la preferencia.

Quede pues establecido como una opinion muy probable, que las anuales víctimas humanas no pasaban de veinte mil. ¿ Quién, pregunto, aun supuesta dícha limitacion, no se maravillará y horrorizará de tanta crueldad? quién dejará de reconocer, que esta práctica tan bárbara hubiera bastado por si sola para convertir con el tiempo la mayor parte de estas regiones en otras tantas espantosas soledades, y desiertos? Y esto que digo es tanto mas cierto, por que no puede dudarse en primer lugar, que él numero de los mencionados sacrificíos se aumentaba prodigiosamente en ciertas circunstancias ó solemnidades extraordinarias, como sucedió en la dedicacion del témplo mayor de Méjico; y en segundo lugar, que este mismo estílo y costumbre incitaba

de contínuo á los mejicanos á que soplásen por todas partes el fuego de la guerra, para tener así pretesto y ocasion de hacer muchos prisioneros, y recoger inumerables víctimas, con que regalar á sus dioses.

No faltará quizá alguno que se esfuerse á disminuir la atrocidad de aquellos sacrificios, suponiendo con Voltaire que las víctimas que se hacian morir sobre las aras, no eran sino unos prisioneros á quienes los mejicanos segun el antiguo derecho de gentes podían impunemente matar. Pero este efugio me parece muy despreciable. Ningun derecho ha autodizado jamas á dar la muerte á los enemigos que solo toman las armas para defenderse de sus injustos agresores; mucho menos á darles la muerte despues de haber cesado del todo el ardor del combate; y mucho ménos aún á darles una muerte tan cruel¡ Ojalá fuese cierto que estos índios solo hubiesen degollado con tanta inhumanidad á sus prisioneros de guerra! á lo menos habría el consuelo de pensar que en los cortos intervalos que el imperio estaba en paz, cesaban aquellos excecrables sacrificios.

Mas ni esto tampoco puede decirse. La supersticion y vanidad de la Corte mejicana no sufría que en ningun tiempo, fuese de paz ó de guerra, se disminuyese considerablemente el número de victimas humanas que se destinaban á los altares. Cuando pues faltaban prisioneros, ó se corría con este solo motivo á las armas y se embestia á las provincias vecinas, ó se recibia de ellas ya en tributo, ya mediante cierto precio un competente número de esclavos, que así mismo se envíaban con igual crueldad á los templos, cuyas áras debían manchar en breve con su sangre.

Es tambien cierto, que en otras ocasiones y en ciertas solemnidades, aunque no les faltáse ninguno de los dos expresados recursos, echaban mano para el propio efecto de los tiernos é inocentes niños quienes por ningun motivo podian provocarlos á ira ó venganza, antes bien debían excitar en gran manera su compasion.

Y así concluyo, que es diligencia inútil y trabajo perdido

querer excusar en este punto á los antíguos mejicanos. La soberbia y ambicion que habian heredado de sus antepasados, les hacía crueles y feroces: La rapidez de sus conquistas habia aumentado esta misma genial ferocidad que la religion no destruía, sino que al contrario apoyaba con todas sus fuerzas. Los progresos que habian hecho en las artes, en la civilisacion y en las ciencias, no eran suficientes para mudar estas pésimas disposiciones de su ánimo, y sin las armas invencibles de los españoles y las dulces persuasiones y sonsejos de los misioneros, es muy probable que aun actualmente se repetirían aqí todos los dias las horribles esenas que acabamos de describir. Méjico 31 de Agosto de 1805.

CARTA XI.

Comer carne humana no es una accion de suyo indiferente, como lo han pretendido algunos filósofos, sino un atentado horrible y opuesto á las maxímas mas sencillas de la razon.

Muy Señor mio y amigo: continuaré en esta carta el asunto de la anterior, por que no debe quedar sin la debida reprension la escandalosa indiferencia y frialdad con que Voltaire habla de la *antropofagía* de los antiguos mejicanos. Mal digo *indiferencia y frialdad*; pues parece que toma partido á favor de aquellas naciones feroces, y que las quiere poner á cubierto de las amargas invectivas que les dirigieron con este motivo los primeros cronistas de América. Dichos historiadores, escribe el filósofo francés, exâgeraron demasiado segun su costumbre, pues bien mirado toda la culpa de los índios se reducia á comerse un corto número de los prisioneros muertos en la guerra *en lugar de dejarlos devorar por los gusanos* ¿ Y que es esto sino hacer en cierto modo la apología de los antropófagos ó canibales, que todas las demas naciones sean instruidas ó ignorantes, tanto abominan? Sin embargo, con esta desverguenza se atreve á hablar un autor que á cada paso ase-

gura á sus lectores, que el amor á la humanidad en general es el que le estímula y mueve á escribir, y se queja que sea tan difícil hallar este amor, y este zelo en los historiadores modernos; pues que entre tantos como ha tenido Francia, no se vé uno solo que haya tomado por divisa el *Homo sum humani nil á me alienum puto.*

La autoridad, los sofismas y sobre todo el estílo y elocuencia de Voltaire han alucinado y pervertido así en este punto como en muchos otros á varios filósofos los quales á no padecer estos frecuentes extravios se merecerian sin disputa un general aprecio. No juzgo necesario nombrar aquí uno, que en la muy erudíta relacion de su viage, impresa pocos años ha dice expresamente: que *la accion de comer carne humana por mas que la educacion pueda inspirarnos un contrario gusto, es ciertamente indiferente en ella misma*: digo, que no juzgo necessario nombrarlo, en atencion á que V sabe muy bien quien és.

Tampoco quiero nombrar á otro sugeto á quien V. y yo estimamos años ha por sus bellas prendas y por sus conocimientos nada vulgares, al paso que sentímos ambos igualmente, que haya querido aumentar con su nombre la lista de los *prosélitos* de la nueva filosofia. Me acuerdo que en varias conversaciones que tuve con él poco antes de venir á América, tocamos el punto de antropófagos ó canibales. Yo sostenía, como era regular, que la conducta feroz de estos pueblos deshonraba en cierta manera á la especie humana; siendo una prueba evidente de que el hombre es capaz de igualar y aun exceder en crueldad á los animales mas indómitos. Pero él no quería nunca concederme nada de esto, antes al contrario se esforzaba a hacerme una pintura muy lízonjera de las costumbres de aquellos pueblos.

Me decía entre otras cosas que en uno de sus dilatados viages había tenido proporcion de exâminar por espacio de tres semanas una tribu entera de canibales compuesta de mas de dos mil personas de ambos sexôs, y que habia podido observarlos á satisfaccion y sin embaraso alguno, no solo en las acciones de la vida pública, sino tambien en

las de la doméstica y privada. Por que como desde el principio les habia dado las mayores muestras posibles de estimacion y cariño, le habian permitido conversar con ellos á todas horas, y aun introducirse dentro de sus chozas, siempre que le habia acomodado. Afirmaba pues, que le habian embelesado la sencillez é ingenuidad de sus costumbres. Que su vida le habia parecido de algun modo envidíable; pues no conociendo aquellos salvages la muchedumbre infinita de necesidades facticias, que perturban de continuo nuestra felicidad y llenan de acibar nuestros mas apetecidos deleites, los habia visto pasar unos dias muy tranquílos y alegres en medio de su aparente pobresa. Me aseguraba ademas, que eran afables y tiernos con sus mugeres é hijos, y fiéles en cumplir la palabra que daban una vez á los huéspedes, ó extrangeros.

Es verdad, añadia, que su ira y venganza son terribles; pero estas pasiones semejantes á las erupciones y bramídos de ciertos volcánes solo duran algunos momentos, pasados los cuales vuelven á entrar en su natural quietud y tranquilidad. Tampoco puedo negar, continuaba, que en la guerra se comen á sus enemigos muertos, y que regularmente lo ejecutan en el mismo lugar donde se ha dado el combate¿ Mas esto que tiene de extraño? Las naciones civilísadas son non pocas veces mas crueles en el campo de batalla. Cuando los salvages se comen los cuerpos de los vencídos, ya estos estan privados absolutamente de sentido y de vida, y por consiguiente no pueden recibir ningun verdadero insulto ó injuria. Ademas aquel alegre banquete, á que se admite a hombres y mugeres, y hasta á los viejos y niños es como el triunfo de su victoria y contribuye no poco á aumentar su valor y á inspirarles la resolucion de defender á todo trance la Patria, si es que los europeos querrán honrar con este nombre á aquellas nacientes sociedades.

En esta sustancia y casi con las mismas palabras que acabo de poner, me habló varias veces y en distintos tiempos nuestro comun amigo. Estuvo muy firme siempre en sus estrivos sin querer nunca ceder. Y cuando se veía muy apre-

tado por mis argumentos, procuraba desvanecerlos como podía, saliéndose con que esa grande aversion que tenemos los europeos á los canibales, no es causada por algun sentimiento de la naturaleza, sino por las máxîmas de la educacion y por las costumbres y usos de todos los pueblos civilisados. Puedo asegurar á V que estas conversaciones me hicieron la mas profunda impresion, y que por ellas conocí mejor que por todos los raciocinios, cuanta era la actividad y fuerza del sutil veneno que la nueva y detestable metafisica esparce un siglo ha en Europa; pues veía claramente como dicho veneno había pervertido de tal modo á nuestro amigo, que siendo el de suyo un jóven muy amable y habiendo recibido de la naturaleza un corazon sumamente compasivo y tierno, como V no ignora, sin embargo miraba con indiferencia y sin conmoverse poco ni mucho, una prática tan cruel y sanguinária, cual es la que usan los canibales.

Este funesto ejemplo de que yo mismo he sido testigo y otros de la propia especie, que han llegado á mi noticia, me obligan a insinuar aquí algunas reflexîones, con el fin de que nuestros jóvenes que empiezan ya á dedicarse con ardor á la amena literatura, hallen en esta carta una suerte de antídoto contra los ponzoñosos sofismas de algunos metáfisîcos modernos.

Sea pues la primera: el uso de comer carne humana es por sí mismo tan detestable y tan contrario á las mácsimas mas sencillas de la razon, y á aquellos comunes sentimientos é inclinaciones que caracterizan y distinguen nuestra naturaleza, que nos cuesta al principio algun trabajo creer, que haya en ningun ángulo del globo un pueblo bastante feroz para adoptar semejante práctica y costumbre. Es dificil por cierto persuadirnos, que el hombre pueda llegar jamas á tal grado de depravacion. Y si hemos dado finalmente acenso á lo que nos han referido sobre el particular los viageros europeos, ha sido solo despues de habernos presentado pruebas y documentos absolutamente incontestables.

En efecto, cuando el Capitan Cook aseguró en la rela-

cion de su primer viage, que los habitantes de la nueva Zelanda eran verdaderamente antropófagos, se vió luego universalmente contradecido é impugnado por sus propios paysanos de Inglaterra, los cuales no hicieron caso de las razones en que apoyaba aquella asercion, mirándola como unas congeturas muy equívocas, y que podían haber nacido únicamente de la sorpresa y novedad.

Fue menester que el mismo Cook se resolviese en su segundo viage á presenciar una de aquellas esenas abominables, á fin de poner en claro este punto. Se hallaba aquel célebre viagero fondeado en el canal de la Reyna Carlota, cuando un oficial llevo a bordo la cabeza de un jóven zelandés cuyo cuerpo, segun toda apariencia, había sido comido poco antes por los índios. La vista de esta cabeza todavía ensangrentada llenó de indignacion al Capitan Cook; pero haciéndose cargo de que el mal ya no tenía remedio y deseando por otra parte ser testigo de un hecho de que tanto se dudaba en Europa, preguntó a los zelandeses, que estaban acaso en la fragata ¿ si comerían de buena gana aquella cabeza? todos respondieron á una que sí, y que era bocado delicioso. Consintió pues a que se cortáse un pedazo de la mejilla y se pusiése en las parrillas, el cual apenas estuvo un poco asado cuando uno de aquellos canibales se lo tragó con extraordinaria voracidad, demostrando al propio tiempo con gestos muy expresivos el singular deleite que le causaba. Toda la tripulacion se halló presente á este lance y Mr. Pickersgill que era quien por un clavo había comprado dicha cabeza, la depositó á su vuelta en Londres en el gabinete de Mr. John-Huntér miembro de la sociedad real.

Pero no tardaron aquellos naturales en dar á los ingleses otra prueba todavía mas auténtica y palpable de su extremada ferocidad; pues pocos dias despues, quando ya la Revolucion se habáa hecho á la vela, se comieron á Mr. Rovve y otros diez entre marineros y soldados, que el Capitan Tourneaux había enviado á tierra a recoger algunas yervas antiscorbúticas para el uso de su corbeta.

Sin estos dos hechos, y otros no menos atroces, que se publicaron luego, no se creería aun en Londres, que los nuevos Zelandeces fuesen en realidad antropófagos, por mas que lo hubiese asegurado un hombre tan verídico y puntual como Cook. Tal y tan grande es las repugnancia, que conforme queda dicho, tenemos todos á persuadirnos, que haya hombres tan absolutamente bárbaros y desnaturalizados, que lleguen á alimentarse con la carne de otros hombres.

Y este horror no proviene por cierto de nuestra réfinada cultura, ó de los usos moderados, y blandas costumbres en que nos hemos educado; sino antes bien de un sentimiento general, inspirado por la misma naturaleza. Consúltese en efecto la historia antigua y moderna, y se verá como el expresado horror ha sido comun á casi todas las naciones. La misma fábula ofrece mil señales de esta verdad. Yo estoy persuadido á que el pintarnos Homero y Virgilio con colores tan feos la imagen de los Ciclopes del Etna, no tuvo mas motivo que la suma aversion y ódio que griegos y romanos profesaban desde tiempos muy antiguos á los canibales. La descripcion de la cueva de Caco, que se lee en el libro octavo de la Eneida, y la vida de Teséo escrita por Plutarco, ofrecen igualmente huellas nada equívocas de este mismo ódio. ¿ Y qué otra cosa dan á entender muchas de las anécdotas, que se refieren acerca de los antiguos Titanes y gigantes? Podrían estas ridículas anecdotas haberse esparcido por casi todas las naciones del mundo, y hallarse envueltas en la mayor parte de las mitologías, como en realdad se hallan, si no hubiésen nacido de una raiz comun, quiero decir, de la extrema aversion, que todos los hombres tienen y han tenido siempre naturalmente á los antropófagos?

No sirve reproducir aquí los sofismas de nuestros metafísicos. Es inegable que el mas débil grado de cultura basta para que un pueblo sienta y exprese con energía la mencionada aversion. Cuando Pizarro conquistó el Perú ya habia algunos siglos que aquellos naturales adoraban como una divinidad tutelar a su primer Ynca, por que había dester-

rado enteramente de aquellas provincias los usos abominables de los canibales. En la isla de Otahití se dá aun hoy una especie de culto á la memoria de dos hermanos, que en cierta época muy antígua se coligaron para exterminar con inminente riezgo de sus vidas á dos Taeeais, ó antropófagos, los cuales bajaban á menudo de las montañas á matar á los pobres é indefensos isleños cuyos cadáveres se llevaban luego á sus chosas para que les sirviésen de alimento. Esta historia que los sacerdotes de Otahiti contaron á Mr. Anderson podrá muy bien no ser mas que una fabula, lo confieso. Pero esta fabula tal como es, prueba de un modo concluyente el horror con que los otahiteños miran ya de tiempos sumamente remotos la barbárie excecrable de los canibales, que no pocos escritores europeos quieren ahora persuadirnos que nada tiene en si de reprensible.

El propio Mr. Anderson nos ofrece otro ejemplo memosable de esta especie. Había este sábio naturalista desembarcado en la pequeña isla de Wateoo juntamente con los Señores Gore y Burney, llevando en su compañia al célebre Omaí para que les sirviese de intérprete. La vivísima curiosidad de exâminar y observar á los cuatro viageros tan diferentes de los hombres que habían visto hasta entonces, movió á aquellos naturales á detenerlos como en rehenes por espacio de algunas horas. Omaí no sabiendo á que atribuir aquella especie de violencia y advirtiendo que allí cerca preparaban con gran prisa un horno, les preguntó no sin inquietud: *¿ sí por ventura hacían dicha diligencia para asarle á él y á sus compañeros y comerselos despues, comforme al uso de los habitantes de la Nueva Zelanda?* Esta imprudente pregunta causó la mayor estrañeza á los isleños. *¿ Es acaso este vuestro estilo?* le respondieron prontamente, manifestándole con el tono de la voz su grade horror é indignacion. Sin embargo los que tanto se horrorizaban é indignaban de que se hubiese formado contra ellos semejante sospecha, éran unos pobres salvages medio desnudos, que acababan de salir del fondo de sus bosques, y que estaban aun bien léjos de haberse elevado al grado en

que se halla nuestra cultura y civilisacion. Conocían no obstante sin haber concurrido en nuestras escuelas, tada la fealdad y perversidad de la práctica favorita de los canibales ¿ *unde nisi intus monstratum?* diré aquí con el poeta.

Finalmente, no puedo pasar en silencio otro hecho el cual es no menos isígne ni menos á propósito que los antecedentes. Cuenta Cook que estando fondeado en Tongataboo que es la metrópoli de las islas de los amigos nombró en distintas ocasiones y en presencia de un numerosísimo concurso á otra isla no muy distante llamada Teajée, á la que él habia arribado, en su primer viage, y reparó qué cuantas veces pronunciaba dicho nombre, otras tantas todos los que le oían, desde el Rey hasta el último *toutou*, ó criado, acudían prontamente á cubrirse el rostro con ambas manos. » No sabía, dice, á que atribuir al principio un « estilo tan extraño y repetido con tanta uniformidad y cons- » tancia. Pero despues vine á averiguar que los habitantes » de Teajee son antropófagos, y que nuestros huéspedes » con aquel expresivo gesto pretendían demostrarme el » grande horror y ódio que les tenían por dicho motivo. »

Qué mas pruebas se necesitan para colegir con la mayor evidencia, que no es la educacion sino la naturaleza la que nos inspira tanta aversion á los canibales? Sin embargo oígase todavía otro caso insigne tomado igualmente de la relacion de Cook. Bastará este caso no solo para acabar de poner en claro mi proposicion, sino tambien para llenar de rubor á todos los metafisicos, que pretendiéren vanamente combatirla.

Cuando á bordo de la *Resolucion* pasaba la atroz esena que poco ha hemos referido, se hallaba presente entre los muchos expectadores un jóven índio natural de Bolabola y llamado Edidée, á quien el comandante inglés había embarcado consigo en Ulietea. Vió pues dicho joven con estraña admiracion, como los ingleses cortaban con un cuchillo un pedazo de la carne que todavía conservaba la mencionada cabeza. Vió con no menos sorpresa, como lo ponian sobre las parrillas y lo asaban. Vió finalmente como

lo daban á un zelandés que había manifestado un vivísimo é impaciente deseo de poseerlo. En cada uno de estos actos se aumentaba y crecía visiblemente la congoja interior de nuestro índio; como era fácil conocerlo por el movimiento inquieto de los ojos, por el color demudado de su rostro, y por la tension violenta de todo el cuerpo. Pero así que reparó que el zelandés que había recibido aquel pedazo de carne humana se lo comía con brutal voracidad, y que los ingleses lo miraban y se lo permitían sin darle el merecido castígo y aun sin reprenderle; la vista de tan inesperado y odioso espectáculo le *hizo*, escribe Cook, *quedar del todo inmoble como si se hubiese transformado en una estátua de horror. Su agitacion se pintó en todas sus facciones de una manera, que es imposible describir. Vuelto despues en sí derramó un arroyo de lágrimas, y continuó mucho tiempo á llorar y á dirigir vivos reproches á los índios tratandoles de hombres despreciables, y diciéndodoles que no era ni sería jamas su amigo. No sufrió siquiera que le tocasen. Habló tambien del mismo modo al europeo que había cortado el pedazo de carne, y no quiso en manera alguna aceptar el cuchillo que había servido para dicho efecto. Tal fue*, concluye Cook, *la indignacion de Edidée contra esta abominable costumbre.*

Mr. Torster describe tambien circunstanciadamente el mismo lance. *Edidée*, dice, *no pudo sofrir mucho tiempo la vista de esta esena. Se retiró antes bien á la cámara de popa, y allí se entregó enteramente al abatimiento y exceso de su dolor. Fuí á verle y le hallé todo bañado en lágrimas. Me habló largo rato de los desgraciados padres de la víctima que él había visto comer. Este indício nos dió la mejor idea de su corazon. Su perturbacion duró muchas horas, y en lo sucesivo nunca nos acordó este acontecimiento sin alterarse.*

Así nos habla á veces la naturaleza, valiéndose de un sencillo salvage para darnos las mas sublímes é importantes lecciones y para expresarnos con una elocuencia irresistible, cuales sean las primitivas inclinaciones del corazon

humano que nosotros con nuestra pretendída cultura y civilisacion hemos sofocado en gran parte. El amable Edidée merecía sin duda ser considerado en aquel momento como un Pitágoras ó un Sócrates. Sus gestos, sus lágrimas y sus expresiones en las que no se reconocía la menor afectacion demostraban mejor que el mas estudiado y limado discurso, que el hombre ha nacido para vivir en sociedad y compañía con los otros hombres: que su principal glória consiste no en perseguir y hollar á los demas indivíduos de su especie, sino en favorecerlos y amarlos; y que la ternura y compasion es uno de los sentimientos mas nobles de su alma. La extraordinária perturbacion y conmocion de aquel ingénuo isleño, vuelvo á repetir, rebate y destruye completamente la opinion de aquellos metafisicos, que miran como cosa en sí muy indiferente la costumbre de comer carne humana; y como un puro efecto de la educacion, ó mas pronto, segun dicen ellos, de la *preocupacion*, el horror y ódio que nosotros profesamos generalmente á tan atroz uso y estílo. Por brillantes que sean los sofismas de estos fílósofos, no podrán nunca alucinar á los hombres juiciosos y mucho menos á los verdaderos sábios, los cuales vivirán siempre muy persuadidos á que la naturaleza, cuando se le pregunta como se debe, confiesa de un modo muy claro é inteligible, que ha dado al género humano, por valerme de la expresion de Juvenal, un carazon sumamente blando, y que la ternura que se manifiesta á veces espontáneamente con las lágrimas, es el sentimiento que mas nos honra. *Hæc nostri pars optíma sensus.*

No fue solo Edidée quien manifestó tener tanto horror á los canibales Zelandeces. Otros paysanos suyos dieron en várias ocasiones pruebas no menos ciertas de la misma sensibilidad. Cook escribe, que en su primer viage vió infinitas veces como el índio Tupia que entendía y hablaba el idioma de aquellos naturales, y que por esta razon era mirado de éllos con particular cariño, se esforzaba con todo el calor y esméro posible á demostrarles cuán abominable é injusta era la costumbre de comer carne humana. *Un gran número de zelan-*

deses, añade aquel célebre viagero, *le escuchaban siempre con mucha atencion, aunque no observé jamas que quedásen satisfechos de sus argumentos, ni que toda su retórica bastáse á persuadirnos.*

Omaí, que era paisano de Tupia, aunque muy inferior á él en luces y talento, no obstante hallándose igualmente en nueva Zelanda de vuelta de Inglaterra dió muestras de poseer una alma no menos sensible. La cosa pasó de esta manera. Entró de improviso una mañana en la cámara del própio Cook y presentándole el gefe de los canibales que tres años ántes se habían comido diez hombres de la tripulacion del capitan Torneaux, le habló con esta elocuéncia verdaderamente sólida y enérgica. *He aquí Kahoora* dijo; *mátale.* Y dicho esto se salió fuera. Mas habiendo vuelto á entrar poco despues, y viendo al facineroso todavía en pie, esforzó la voz y con tono de indignacion: *Por que*, continuó, *no le matas? Tu me asegurabas que en Inglaterra ahorcan al hombre que ha muerto á otro. Este bárbaro mató diez, y tu no quieres darle la muerte, aunque la mayor parte de sus paysanos lo desee, aunque sea justo!*

Pero dejémonos ya de ejémplos. Es muy conocido el modo de pensar que tienen en este punto todos aquellos salvages que no estan del todo corrompidos, y cuyas costumbres ofrecen todavía la imágen bien que no poco desfigurada de la primitíva sencillés. La estraña opinion que impugnamos no hallará jamas lugar entre ellos; pues está evidentemente contradecida por la voz de la naturaleza, y solo puede lograr aplauso entre ciertos metafisicos de los dos últimos siglos ó entre sus dicípulos, ésto es, entre unos filósofos europeos que apenas se dignan nunca de seguír los caminos trillados por los demas: que tienen antes bien la vanidad de abrirse nuevas sendas y de imaginar y promover sobre cualquiera materia aunque sea de política y de moral, sistémas que les adquieran reputacion y fama de hombres de gran ingénio y talento, sin reparar en el daño que causan de contínuo á la sociedad, y sin echar de ver que ellos mismos, á fuerza de tanto sutilizar,

se contradicen muy á menudo, metiendose en un laberinto de que es casi imposible que acierten á salir.

No hablemos aquí sino de lo perteneciente á nuestro asunto. Ya hemos visto cuán absurda y falsa es la opinion de aquellos filósofos. ¿Pero puede haber otra, pregunto, que sea mas contraria á la buena moral? puede haber otra que mas se oponga á los intereses de la humana sociedad? No por cierto. Por que la tranquilidad y seguridad general de nuestras vidas se funda principalmente en el horror que todos los hombres tenemos desde la niñés á las muertes violentas y homicídios. Este saludable horror hace que vivamos sin inquietud en médio de nuestros semejantes: que el vecino no desconfie de su vecino, ni el forastero de su huésped; y cuando llega la noche, se oscurece el aíre y se confunden todos los objétos, nos entreguemos sin el menor rezelo á un dulce sueño, aunque nos hallemos á la sazon rodeados de hombres que no conocemos; pues estamos bien persuadidos que aquel sentimiento tan enérgico de la naturaleza, velará por nuestra defensa, si es lícito explicarme de esta manera.

En efecto, aquel horror que se halla igualmente en todos los hombres antes que las pasiones y los malos ejemplos los hayan pervertido del todo, sofocando enteramente las inclinaciones y sentimientos expontáneos del corazon: aquél horror, digo, es el que detiene tan á menudo la mano del asesino, con mucha mas fuerza de lo que podría hacerlo el temor del cadalzo y del patíbulo. Muchos hombres se hallarán, sin duda, que hagan poco caso de faltar á los deberes mas sagrados y de esponerse á la pena capital; pero no se encontrará uno, yo lo aseguro, que quando se determine á ejecutar el primer asesinato, no tiemble todo de pies á cabeza al tiempo de levantar el puñal para meterlo alevosamente en el corazon de otro hombre inocente é indefenso. Buena prueba de ello nos ofrece el ver; que sin embargo de que nuestras leyes, amenanzan con un mismo castígo á los salteadores que á los homicidas, es muy corto el número de estos respecto del de aquellos. El

hombre malvado que pasa dias y noches en una emboscada para sorprender y despojar al incauto viagero, raras veces forma el proyecto deliberado de esperarle para quitarle la vida: de modo que regularmente es menester que halle ó tema hallar una resistencia vigorosa en su contrario, para resolverse á cometer un tan grande atentado.

No niego que el tiempo y la costumbre llegan de tal modo á endurecer el corazon humano, que se encuentran alguna vez asesinos de profesion. Pero estos malvados que nunca son en gran número, tienen que luchar antes mucho tiempo con los sentimientos de la naturaleza, que les inclina á la ternura, y con las contínuas y enérgicas reprensiones de la razon, que les amonesta á gritos como los hombres son todos hermanos, y como no deben mancharse los unos con la sangre de los otros. Finalmente logran reprimír aquellos sentimientos y acallar aquellos gritos; pero su victoria está bien léjos de ser completa. En los momentos de quietud y sociego en que el hombre quiera ó no quiera éntra en sí mismo, no dejan nunca de levantarse del fondo de su alma los crueles remordimientos que con una fuerza irresistible perturban sus deleites y les llenan de rábia y despecho contra sí mismos: siendo éste en realidad aquel terrible azote que los antiguos poetas pusieron en manos de las fúrias. ¡Tales y tan poderosos son los efectos del natural horror de que vamos hablando!

Y no parezca que estas últimas reflecsiones forman aquí una digresion fuera del intento; pues al contrario nada hay tan á propósito para demostrar cuan perniciosa es la opinion que impugnamos. El horror que tienen los hombres naturalmente al homicídio es, como hemos visto, uno de los mas firmes fundamentos que aseguran nuestra tranquilidad y que hacen reinar la confianza y seguridad en nuestras numerosas sociedades. Pero si los hombres llegásen á familiarizarse con la muerte: si en lugar de esconder en la tierra, como en el seno de nuestra comun madre, los cuerpos de los difuntos, los retuviésen é hiciésen pedazos para cebarse con su carne; si por último se persuadiésen, segun lo pretenden tantos filósofos, que la violentísima re-

pugnancia, que experimentamos en nuestro interior al ver las mesas de los canibales cubiertas de aquellos miserables despojos, y mucho mas al verles alargar la mono para llevarlos á su boca, no es un aviso de la naturaleza sino un puro efecto de la costumbre y educacion¿ en qué vendría á parar la sociedad humana?

Los hombres en esta suposicion se harían primero insensibles y luego crueles y atroces. Descuartizar el cadáver de otro hombre sería para ellos una accion tan indiferente como lo es para nuestros cocineros desollar un pájaro ó un conejo. El homicídio y el asesinato perderían poco á poco á sus ojos todo lo que tienen en sí de exêcrable. El mismo interés que basta para cometer un robo, bastaría entonces para hacer una muerte alevosa, y se llegaría á quitar la vida á un hombre con solo aquel frio remordimiento con que se le suele privar tan á menudo de sus bienes. Finalmente, para decirlo todo en una palabra, los pueblos ó las tribus ya médio civilisadas se convertirían en una gavilla de asesinos, que no dejarían nunca las armas y saldrían á la guerra con el própio intento y fin con que nosotros vamos á la caza.

Esta observacion que no es mia, sino del sábio inglés Hawkesworth recibe abundante luz y grande peso de lo que dice Cook en su tercer viage acerca del génio y carácter de los nuevos Zelandeses que son verdaderos canibáles ó antropófagos. Estos le habían parecido al princípio una nacion dotada de inclinaciones inocentes y de costumbres muy sencillas y suaves, particularmente cuando la cancion del combate no ecsitaba en ellos aquel feroz y ciego entusiásmo que es tan comun en todos los salvages. Pero despues de la catástrofe del capitan Torneaux exâminándolos mas de cerca y con mayor cuidado, conoció cuanto se había engañado no pudiendo dudar que su venganza les llevaba al último exceso de inhumanidad. *Sí hubiese creido á mis huéspedes*, escríbe, *no hubiera quedado en tan vasto pais hombre á vida; pues no solo me proponian que matase al gefe Kahooroa, á quien aborrecían, sino que igual-*

mente cada pueblo, cada tribu y cada rancho de cuanto visité, me pedía con grandes instancias que exterminase y anhiquilase la tribu, rancho ó pueblo mas vecíno. A tal grado de ferocidad habían llegado aquellos canibales. De lo que es fácil colegir, como el *bellum omnium adversus omnes* de Hobbes en lugar de ser el estado natural del hombre, es al contrario el estado á que éste se precipita infaliblemente cuando ha sofocado los sentimientos primitivos y naturales del corazon.

Con lo que se ha expuesto en esta carta espero que quedarán derribados los principales fundamentos de la opinion que he procurado combatir y me lisonjeo de que mis reflecsiones y observaciones podrán acaso preservar á algunos de nuestros jóvenes del sutíl y oculto veneno, que encierra en sí aquella extravagante opinion. Este ha sido el único blanco á que he tirado, pues bien conozco que V. no necesitaba del presente escrito para su desengaño. Méjico 6 de setiembre de 1805.

CARTA XII.

Cuatro clases en que pueden comodamente dividirse los antropófagos ó canibales antíguos y modernos.

Muy Señor mio: despues de haber concluido la carta última, me ha ocurrido que todos los canibales ó antropófagos de que tenemos notícia, podían comodamente distribuirse en cuatro distintas clases y que esta sencilla division sería en gran manera útil así para ilustrar este punto de historia tan controvertido, como tambien para dar á entender en que modo algunos salvages que en épocas remotísimas habían sido con todo rigor antropófagos se fueron poco á poco y casi insensiblemente apartando de tan atróz costumbre hasta ó dejarla del todo, ó moderarla ó suavizarla cuanto les pareció bastante para acallar los amenazadores gritos de su própia conciencia.

Como esta division es nueva le pido a V. que la exâmine

con singular cuidado y con severa crítica, comunicándome despues ingénuamente su dictámen; pues por lo mismo que no he encontrado en ningun autor antiguo ni moderno el menor indício de semejante division, no puedo proponerla sin una cierta desconfianza.

La primera pues de dichas cuatro clases contiene la muy detestable especie de canibales, que eran sin duda los que, no siendo impelidos por ira, rabia, despecho ó venganza, sino por el brutal deseo de cebar y satisfacer su voraz y horrible gula, mataban desapiadadamente á otros hombres, cuyos cadáveres se comían.

La segunda que ciertamente es mucho mas numerosa, comprende unos canibales ya algo menos feroces que los primeros: por que los de esta clase no se ceban sin distincion, como los de la otra, con la carne de cualquier hombre sea quien fuere, sino con la de solos sus enemigos, ya hayan quedado muertos en la batalla, ya hayan sido cogídos vivos. En el primer caso el inhumano banquete se celebra por lo comun con gran grita y algazara en el própio lugar donde se ha dado el combate, y antes que se haya secado la sangre de que estan teñidas sus macanas y puñales. En el segundo caso al contrario suele diferirse con mayor barbárie para otro lugar y tiempo, á fin de que lo haya de regalar y engordar á los prisioneros, ó mas bien de llamar á los viejos, á las mugeres y á los niños que como gente inútil para un ataque, se habían retirado á los montes ó á algunos otros puntos muy seguros.

La tercera clase, así mismo un poco mas humana ó menos atroz que la segunda comprende á los que tienen ó tenían la costumbre de llevar sus cautivos á las áras aun estando en vida, presentarlos á los sacerdotes, ofrecerlos por su mano á los dioses como otras tantas víctimas, hacer que los degollasen sin compasion en presencia de un numerosísimo concurso, y despues de haber derramado su sangre al rededor del altar y haber consumido con el fuego ó de otro modo una porcion escogída de sus miembros, distribuirse entre todos lo restante para comérselo en uno ó muchos banquetes.

Finalmente la última y sin comparacion alguna la mas moderada de todas es la de aquellos que cuando determínan aplacar la ira y saña de sus ídolos con alguna víctima humana, lo primero que hacen es matar á esta fuera del recinto sagrado, la llevan despues y regularmente al cabo de pocas horas al templo, donde la colocan encima de la ara para que los sacerdotes pronuncien sobre el difunto algunas oraciones é imprecaciones: luego le cortan alguna pequeña parte del cuerpo que es la que señala su ritual, la presentan á la persona mas distinguida del concurso en ademan de convidarle á que se la coma á nombre de todos; y sin llegar á verificarlo, dan con otras muchas y no menos supersticiosas ceremónias sepultura á todo el cadaver. Estas son las cuatro clases á que, segun mi dictámen, pueden facilmente reducirse todos los antropófagos ó canibales que hasta ahora conocemos.

Los que hemos colocado en la primera, no aseguraré yo que hayan ecsistido nunca realmente en ningun pais del mundo nuevo ó antiguo; pero no deben omitirse, por que en las mas célebres fábulas y aun en algunas cosmogonias, hallamos hecha de ellos muy frecuente mencion. En efecto, Caco y Polifemo, tales como nos los representan Homero y Virgílio, eran dos canibales de esta clase. Tambien parece que lo eran vários de los titanes y gigantes á cuyos famosos hechos alude tan á menudo la mitología de los griegos. El poeta Moschion, por ejémplo, piensa que las leyes de algunos pueblos antiquísimos mandaron que se sepultásen debajo de la tierra los difuntos y que los viageros esparciesen polvo ó arena sobre los cadáveres que acaso encontrásen, á fin de que con estas acciones religiosas se ocultasen á los ojos de los hombres las señales abominables de la pristina voracidad.

Ne darentur conspici.
Abominanda signa pastus pristini.

No solo los mitologistas griegos y latinos hacen mencion de dichos titanes y gigantes, sino que tambien se conserva aún hoy su memoria en las supersticiosas tradiciones de vários pueblos de este nuevo continente. Los ndioís de Manta y de Puerto viejo en el Perú mostraban en tiempo del Padre Acosta un pozo hecho de piedras de gran valor y se esforzaban en persuadir á los forasteros, que aquella memorable obra había sido fabricada por unos hombres de una corpuléncia mostruosa y de una ferocidad sin límites; los cuales habiendo desembarcado no sé cuando en aquellas playas y habiéndolas profanado con infinitos y muy enormes crímenes, habían sido al fin abrazados y consumidos por un fuego que bajó del Cielo.

Por lo que respecta á los mejicanos es cierto, que sus primitívas historias daban á entender, que de la otra parte de la Sierra nevada hallaron los Tlaxcaltecas ocupado el pais por ciertos gigantes á quienes vencieron y desbarataron, no valiéndose de la fuerza sino del ardíd y de la disimulacion. El mismo Padre Acosta para probar la ecsistencia de los referidos gigantes, dice lo siguiente. « Estando yo en » Méjico el año de 1586 encontraron un gigante de éstos » enterrado en una heredad nuestra que llamamos *Jesus* » *del monte*, y nos trajeron á mostrar una muela que sin » encarecimiento sería bien tan grande como un puño de » un hombre y á esta proporcion lo demas, lo cual yo ví » y me maravillé de su disforme grandeza. » Si este célebre historiador no padeció en el particular alguna ilusion causada por la inesperada novedad, no tiene duda que semejante hallazgo debía mirarse como un riquísimo tesoro, y que fue mucha pereza no poner mayor cuidado en conservar y transmitir á la curiosa y erudíta posteridad aquel rarísimo esqueleto. Sin embargo lo mas probable es que Acosta y sus compañeros se equivocaron, y que la referida muela no era sino de elefante como lo es una mucho mas enorme y muy bien petrificada que yo poseo y que se encontró nueve años ha en las cercanías de la mencionada hacienda. Pero esto no quita que todas aquellas oscuras

fábulas y tradiciones que acabamos de insinuar, no me inclinen á creer que en distintos puntos de la tierra y en siglos muy apartados, hubo efectivamente no pocos salvages que eran con toda propiedad canibales ó antropófagos de la primera clase.

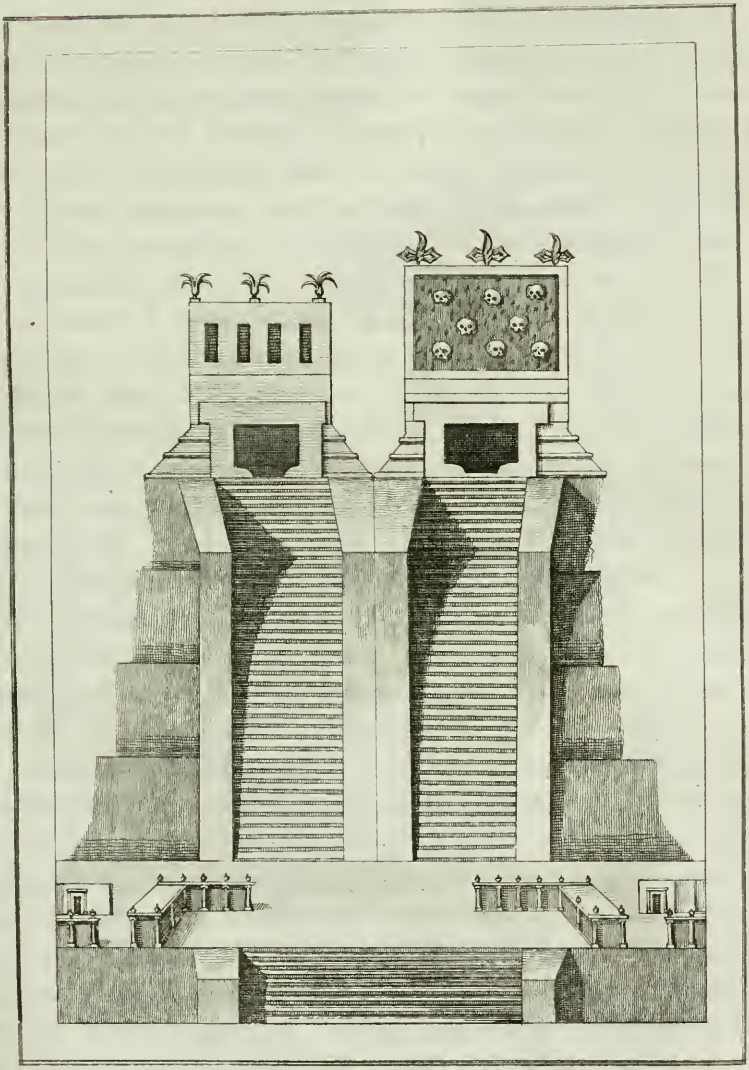
En cuanto á la segunda es cosa averiguada y fuera de toda disputa que pertenecen á ella várias naciones no fabulosas sino ecsistentes aún el dia de hoy. Entre estas deben nombrarse primeramente los nuevos zelandeses que tan a menudo han sido visitados por los europeos, á quienes no por eso han dejado de comerles algunos compañeros con harto mas tino y felicidad que el Ciclope de Ulises. Cook tuvo fuertes sospechas de que á los nuevos zelandeses debían añadirse los habitadores de algunas islas del mar pacífico; bien que en órden á los del archipiélago de Sanduwich asegura el Capitan King, que esta sospecha no tardó en desvanecerse. En la misma clase parece que se debe colocar á distintos salvages del norte de esta América; á una ú otra tribu del Brasíl, y señaladamente á aquella nacion que habita no léjos de las fuentes del Orinoco de cuya extraordinária ferocidad tuvo notícia el Padre Gumilla, y que poco ha hizo retroceder al célebre Baron de Humboldt, desbaratando enteramente el proyecto, que llevaba de elevarse á mayor altura y penetrar á todo riezgo con su inseparable compañero Bompland por aquellas espantosas soledades.

Nuestros Mejicanos los cuales con el ejercício y práctica de la Religion cristiana se han hecho ya tan humanos y afables, se hallaban tres siglos ha comprendidos en la tercera clase de canibales de las cuatro que dejamos establecídas. Este es un punto de historia que no se puede tergiversar en vista de las pruebas que he alegado en mi antecedente carta. La grande cultura y civilisacion de aquel pueblo en otros vários ramos, no había aun vencido enteramente la innata ferocidad que habían heredado de los antepasados, y que sus contínuas y grandes conquistas en este améno pais habían quizá hecho subir de punto ofreciéndoles naturalmente la idea de que eran de una casta muy superior á la de todos sus vecinos.

Contribuía tambien infinito á mantenerles en este orgullo y barbárie su própia religion; pues en lugar de inspirarles el espíritu de moderacion y dulzura, soplaba de contínuo en sus corazones el fuego destructor de la arrogáncia, de la vengánza y de la crueldad.

Así como es el carácter mas noble del verdadero Culto hacer que sus solemnidades principales ecsiten en los concurrentes sentimientos muy tiernos de paz, de agradecimiento, de respeto y de amor con que el alma se tranquiliza, se fortalece y consuela; así por el contrario era própio de las fiestas supersticiosas de estos gentiles acostumbrar al pueblo á las esenas mas horribles y producir en las almas aquella funesta dureza que es la principal y mas temible de sus enfermedades. Un mejicano que oye ahora el alegre repique de las campanas de su Parróquia, salta (yo lo he visto mil veces), salta, digo, de contento y de júbilo, y saliendo fuera de su choza y batiendo con gran priesa un tambor, y soltando al áire algunos brillantes cohetes, convida á sus parientes y amigos á que vayan con él á rendir el debido homenage á la Soberana Reina del Cielo y Tierra, ó como ellos dicen á la Madresíta de su corazon. Esto hace ahora un mejicano convertido. Pero sus abuelos muy al revez, conmovidos en semejantes circunstancias por el bronco y horrizono estruendo de los caracoles en que soplaban los crueles sacerdotes de Vitzilipuztli corrían sin pérdida de tiempo á la plaza mayor, para desollar á sus indefensos cautivos, abrir y registrar con los ojos y con las manos sus entrañas sangrientas y su corazon palpitante, y repartirse despues aquellos miserables despojos para regalo de sus mesas.

Una nacion tan culta como lo era, sin duda la mejicana en tiempo de Motezuma, no hubiera querido ciertamente envilecerse á tal extremo haciéndose caníbal, si la supersticion no hubiese tendído su oscuro velo sobre aquella detestable costumbre, predicando en alta voz, que el comer la carne de los enemigos ó cautivos despues de haberlos ofrecido solemnemente á los dioses para aplacar su cólera, ó



Saávedra del

EX MUSEO AUCTORIS

darles grácias por los beneficios recibidos, era á todas luces una accion digna de alabanza y una sagrada ceremónia de su idolatría.

No puedo disimularle á V, amigo mio, que nunca páso por enfrente de esta suntuosa catedral sin sentirme conmovido interiormente con la siguiente reflécsion. Aquí, digo entre mi mismo, dentro de estos sagrados muros donde se ofrece ahora incesantemente la sangre pura y sin mancha del Cordero Divino, se derramaba todos los dias, hace como unos trescientos años, la sangre impura de millares de víctimas humanas. Aquí en este própio lugar, dónde dóciles á las persuasiones y consejos de unos ministros zelosos aprenden ahora los mejicanos á perdonar y olvidar las injurias, á compadecer sínceramente al prójimo, á tomar parte en sus mas mínimas aflicciones y necesidades, y amarle como á sí mismos, veían en otro tiempo á sus bárbaros Sacerdotes despedazar y descuartizar los infelices cautivos que habían tenido la desgrácia de caer en sus manos; y bien distantes de desaprobar tan atroz inhumanidad la aplaudían y celebraban con grande y repetida algazara. ¡Qué diferencia! cuanto vá de religion á religion!

Por último, en la cuarta y postrera clase de canibales debe ponerse á los otahiteños y quizá á toda la amable nacion qne ocupa los tres archipiélagos llamados de la Sociedad de los *Amigos* y de Sanduwich. Mr. Bougainville fue el primero en publicar esta censura contra los habitadores de Otahiti. Sin embargo el capitan Cook en los dos primeros viages que hizo á dicha isla nada vió que le diese fundamento suficiente para asentir á semejante acusacion. La vida tranquila de aquellos naturales, sus costumbres y usos domésticos y la extraordinária afabilidad con que lo habían recibido y hospedado le hacían pensar que el viagero francés podía muy bien haberse engañado. Pero en el tercer viage conoció, que este engaño ó equivocacion recaía en él y no en Bougainville. Las conversaciones del índio Omaí, durante la travecía, le inspiraron esta desagradable sospecha, la que á pocos dias de haber dado fondo en la

bahía de Matavay, una de las de Otahiti, llegó á ser conviccion y evidencia.

En efecto, el Comandante inglés asistió en persona á un sacrificio humano que el Rey O-too condecendiendo á los deseos de su Almirante general Towha ofrecía á los dioses para implorar su favor contra la vecina ísla de Eimeo, á la que había determinado embestir con una poderosa escuadra. Este sacrificio era de la especie de los que, conforme hemos explicado arriba, pertenecen á la clase mas humana ó menos cruel de canibiales. La víctima preparada para dicho efecto era un hombre de la ínfima raza del pueblo. Cook no fue testigo de su muerte, por que esta la había mandado ejecutar de ante mano Towha por sus criados, y segun el estílo del país; esto es á pedradas.

Al dia siguiente, cuando O-too y su corte de que hacía parte nuestro ilustre viagero desembarcaron cerca de Attahoroo que era el templo de Moraí donde debía celebrarse la ceremónia, ya el cadáver del infeliz mancebo estaba colocado dentro de una pequeña piroga puesta en la orilla del mar y á muy corta distancia del expresado Moraí. El asiento distinguido que ocupaba Cook al lado del Príncipe le proporcionaba la ventaja de registrar á satisfaccion cuanto se hacía. Vió pues, como de allí á pocos minutos los sacerdotes y otros ministros condujeron delante del templo la víctima que habían primero cubierto con hojas de cocotero, con renuevos tiernos del plátano, y con várias ramas pequeñas de otros árboles. Vió como los mencionados ministros se colocaron al rededor de la víctima, y sentándose unos y quedándose en pie otros, pronunciaron distintas oraciones, durante las cuales iban quitando uno á uno de encima del cadáver todos los referidos adornos que probablemente eran otros tantos emblemas. Vió, como quedando ya la víctima del todo descubierta y de manifiesto, se acercó á ella uno de los principales sacerdotes le arraneó el ojo izquierdo y algunos cabellos, y habiéndolo envuelto todo con una verde hoja, lo presentó al Rey encargándole que abriése la boca; pero sin meterle dentro de ella el horri-

ble bocado, lo volvió otra vez al altar y lo juntó con lo restante del cadaver¿ Qué mas? Vió por último como despues de otras muchas y no menos supersticiosas ceremónias, cabaron en el suelo un hoyo de dos pies de profundidad, en el que arrojaron finalmente la víctima cubriéndola hasta el nivél regular con tierra y piedras.

Este inesperado y triste expectáculo acabó de convencer á Cook, que sus amigos y huéspedes se dejaban dominar por una crueldad y barbárie de la que nunca les hubiera creido capaces. La notable ceremónia de ofrecer ál Rey el ojo izquierdo de la víctima, previniéndole al mismo tiempo que abriése la boca, y sobre todo el dar como daban á esta parte del sacrificio el nombre de regalo del gefe, ó comer el hombre, manifiesta bien claro, que antiguamente solían los otahiteños como los mejicanos devorar en sus banquetes los restos de las victimas que habían ofrecido en los altares. Pero como ya entonces, y tal vez algunos siglos ántes, habían dejado aquella práctica tan atroz, y solo comían de la víctima humana en un sentido metafórico, no podía con todo rigor llamárseles canibales; á los cuales no obstante este bárbaro rito no dejaba de acercarles y asemejarles en gran manera.

Quedó atónito Cook; pero lo que mas le afligió en aquella ocasion fue sentirse obligado á pensar que dicha institucion abominable se repetía muy á menudo y no ceñía su poder tiránico dentro de los estrechos límites de Otahiti, sino que se había esparcido ya por la vasta extension de casi todas las islas del mar pacífico; pues se acordó que hallándose en Tangataboo (que es la metrópoli del archipiélago de los amigos, asi como Otahiti lo es del de la sociedad) á tiempo que se celebraba en ella la ceremónia de instalar al hijo mayor del Monarca con los honores de Príncipe heredero, le aseguraron aquellos isleños, que en el curso de dicha solemnidad sacrificarían diez víctimas humanas. *De lo que*, añade el própio escritor, *es fácil colegir cuanta será la muchedumbre de sus asesinatos religiosos*. Méjico 14 de Setiembre 1805.

CARTA XIII.

Mr. Torster el hijo calumnia de un modo extravagante á los españoles para defender á los antropófagos zelandeses. Ridículas exágeraciones de Fr. Bartolomé de las Casas.

Mi dueño y amigo: el asunto de mis tres cartas anteriores no habrá podido menos, á lo que imagíno, de causarle á V. dos impresiones igualmente fuertes: una de dolor y otra de pasmo é indignacion. Por que no dudo primeramente, que habrá V. sufrido mucha pena y congoja al ver que la especie humana, la cual por las bellas y preminentes calidades que ha recibido de mano de su benéfico Criador, debe colocarse al frente de todos los seres que contiene este mundo visible, llevando por su divina y privativa facultad de discurrir y de amar una ventaja casi infinita sobre los animales, aun sobre los que son mas perfectos: la especie humana, digo, que es de suyo tan capaz de los mas nobles y sublimes sentimientos, haya venido á envilecerse y degradarse á sí misma hasta el extremo de ser antropófaga ó caníbal; extremo á que apenas han llegado nunca los brutos que se gobiernan por solo instinto. En efecto yo no tengo notícia de ningun animal que se cebe con la carne de sus semejantes, si no es que quiera afirmarse esto de las focas que abundan tanto en las bahías y peñascos del cabo de Hornos é islas de Juan Fernandez; en atencion á que observaron los célebres viageros del siglo pasado que cuando alguna de dichas focas sintiéndose herida, pretendía zabullirse en el mar para librarse de los cazadores otras muchas focas se le echaban al instante encima, y la devoraban en un abrir y cerrar de ojos.

Pero yo me doy á entender, que si este hecho singular se exámina con la debída adverténcia, se hallará que no puede formar escépcion á la regla general que acabamos de insinuar. Por que se deduce de las mismas relaciones,

en primer lugar que los numerosos rebaños de dichos anfibios constan de dos espécies bien distintas, y que no es fácil equivocar; pues los indivíduos de la una tienen al doble mas corpuléncia que los de la otra. Y en segundo lugar, que nunca las focas que pertenecen á una misma espécie se embisten entre sí de aquel modo tan cruel; y que al contrário lo que realmente sucede es, que cuando á un indivíduo de los de la espécie primera, á la que Don Antonio Ulloa dá el nombre de *Leon marino* le empieza á manar mucha sangre de alguna herida y pretende ocultarse debajo del agua, los de la espécie segunda que le observan atentamente desde la vecina ribera, saltan tras él inmediatamente, y lo desuellan entre todos, sin darle tiempo para guarecerse.

Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que ninguno de los animales mas bravos y carniceros que hemos podido observar á satisfaccion, ha imitato ó igualado nunca la fiereza de los canibales. Vemos, por ejémplo, que un lobo acosado por el hambre despedaza al primer hombre que encuentra y si acierta luego á dar con otro lobo igualmente hambriento los dos se disputan con indecible rábia la presa, abriéndose mutúamente grandes y profundas heridas, sin ceder á veces ni apartarse hasta que uno de ellos ó ambos á dos caen muertos en el própio lugar de la lucha. La misma esena ofrecen á menudo los osos y los tigres; pero no se ha visto ni se ha oido decir jamas, que ningun tigre, oso, ó lobo se haya bebido la sangre, y haya comido la carne de otro indivíduo de su espécie, ni aun en aquellos primeros momentos de furor que acompañan de ordiánrio á la victória. Pero esta ferocidad á que se resisten hasta los animales mas montaraces, es inegable que se halla aun en él dia de hoy en várias naciones de antropófagos esparcidas por el vastísimo continente de América y por las islas del mar pacífico, como lo evidencian las muchas y muy claras pruebas de que abundan mis tres últimas cartas. Y este convencimiento es el que, segun me figuró, habrá causado á V. no poca afliccion.

Mas á este justo y natural sentimiento que hace muncho

honor á su corazon, habrá en breve sucedido otro muy distinto de asombro y enojo contra algunos filósofos sumamente modernos, los cuales lejos de manifestar que miran las exêcrables costumbres de los canibales con aquel horror que inspira naturalmente la humanidad, toman á cargo su apología y defensa diciendo sin rubor, que es mucha ligeresa pretender juzgar y condenar á los demas hombres por que no tienen nuestras sensaciones ni nuestras ideas, y que sí á nosotros las preocupaciones de la cultura y civilisacion nos hacen detestar tanto el estílo de comer carne humana, no por eso debemos olvidar que este uso considerado en sí mismo es una accion del todo inocente; y que ademas esos canibales tan injustamente odiados puéden en otros vários puntos excitar la envídia de las naciones civilisadas y dar las lecciones de conducta y moderacion. Se habrá V. quedado atónito sin duda al oir semejantes desatínos de boca de unos hombres á quienes se honra en Europa y fuera de ella con el título respetable de *sábios*. Y en efecto ¿ quien podrá ver, sin maravillarse y conmoverse, tanta confianza, tanto desenfreno y tanta vanidad?

Los *Filósofos*, dice Mr. La-Peyrovsse, *piensan ó afectan pensar en órden á los salvages de un modo muy diferente del que expresan las relaciones que envió á Fráncia. Ellos componen sus libros en un rincon de su chimenea*; *pero yo que hace treinta años que estoy navegando soy testigo ocular de las injusticias, de la mala fé y picardía de esos pueblos, á los cuales se nos quiere pintar por tan buenos, por que se hallan, segun se afirma, muy cerca del estado natural.* Esto escribe aquel ilustre y desgraciadísimo viagero. Y algunas páginas mas adelante, habiendo tomado la pluma al salir de la funesta bahía de Macuna, en donde los isleños acababan de asesinar á su digno compañero Mr. Langle y á otros vários franceses, añade con mayor vehemência. *Estoy mil veces mas encolerizado contra los filósofos que tanto exáltan á los salvages, que contra los salvages mismos que tan gran daño y pérdida me han ocasionado.* Esta última invectíva es á la verdad

muy fuerte, pero es tambien muy justa y debida: y yo me persuado que V. la habrá repetído casi en los própios términos al leer algunos párrafos de mis dos últimas cartas.

¿Pero que dirá ó hará V. cuando le presente un escritor muy célebre quien despues de haberse valído de todas las razones posibles para defender y disculpar la cruel *antropofagía* de los *nuevos zelandeses* desconfiado justamente de la docílidad de su lector procura distraerle, fijándole de repente la atencion en otro objeto que por su novedad y circunstáncia borre de su ánimo, ó á lo menos le disminuya en gran parte las impresiones de indignacion y de ódio que empezaba quizá á concebir contra aquellos bárbaros isleños? Este es Mr. Torster el hijo, quien en la erudíta relacion de su viage al polo austral se explica con estas formales palabras: *La accion de comer carne humana por mas que la educacion pueda inspirarnos un gusto contrário es ciertamente indiferente en si misma. La repugnáncia que experimentamos de comer un hombre muerto ¿ no será por ventura efecto de la educacion, puesto que no sentimos ningun remordimiento de privarle de la vida en una guerra injusta? No se han visto acaso pueblos civilisados cometer en médio de lo canibales acciones mas atroces que la de comer carne humana? Un nuevo zelandéz* (prevéngase V. de una buena dósis de paciéncia, por que toda será menester) *Un nuevo zelandés,* continua Mr. Torster, *cuando mata y come su enemigo es menos abominable que un español que por diversion arranca un niño del pecho de la madre, y lo arroja á sangre fria al suelo, á fin de que sirva de alimento á sus perros.* Y luego que nuestro escritor ha proferido estas indecentes expresiones, muy indignas ciertamente de un hombre bien criado; para acabar de conmover á sus lectores, exclama no sin grande énfasis con los dos versos tan sabidos de Horacio:

Neque hic lupis mos nec fuit leonibus
Nunquan nisi in dispar feris.

Yo hubiera querido poder pasar aquí en siléncio el nombre del Dr. Torster; por que no me gusta censurar expresamente á nádie, y mucho menos á los que como él han hecho servícios tan importantes á las ciéncias. Pero motivos muy poderosos me obligan á hablar ahora sin disimulacion. Primeramente el natural ámor que tengo y debo á mi pátria, á la que aquel célebre inglés calumnia de un modo ofensivo en todo extremo comparando los españoles, que conquistaron la América con los modernos canibales de la nueva Zelanda. ¿Y que, digo, comparándolos? cuando es cierto que los deprime y abate tanto que llega á decir, que las acciones de aquellos fueron mas atroces y abominables que las de estos. En segundo lugar, la sátira tan mordaz que nos dirige Mr. Torster no se halla en alguno de esos papeles éfimeros que se echan á volar incesantemente en Europa, con el único fin de entretener y divertir al público, y luego se sepultan en un perpetuo olvido; sino al contrário en un escrito, que segun toda apariéncia, pasará á la mas remota posteridad, pues se lee dicha sátira en el segundo viage de Cook: libro que no solo permanecerá por muchos siglos, sino que andará siempre en manos de cuantos amen la geografia náutica, y deseen instruirse á fondo en el carácter y costumbres de las naciones salvages. Y esta segunda reflecsion me precisa tanto ó mas que la primera. Por que me parece que callar en tales circunstáncias vendría á ser lo mismo que confesar el imaginário delíto. Haré pues dos ó tres observaciones sobre aquel indecente párrafo; pero procuraré usar de toda la posible moderacion.

Y así repito en primer lugar lo mismo que he insinuado arriba, esto es que viendo Mr. Torster cuan mala causa era pretender disculpar la *antropofagía* de los nuevos zelandeses, echó mano de un ingenióso ardíd muy recomendado para tales lances por los que tratan del arte oratória. Desenvolvió improvisamente delante de sus lectores el horrible cuadro de la crueldad española con lo que se lizonjeó, que la indignacion que estos concibirían contra nuestros

paisanos de Europa, les haría olvidar en breve la que empezaban á sentir contra aquellos feroces isleños. No puedo darme a entender que haya sido otra realmente la intencion del Doctor inglés. Por que si hubiera tenido ánimo de hablar no como orador ó poeta sino como filósofo, hubiera sin duda suprimido aquella atroz y mal fundada injúria ó la hubiera reservado para otra mejor ocasion. Y á fin de demostrar esto mas claramente, concédase por un instante, que nuestros conquistadores de América llegaron á aquel horrible grado de inhumanidad. ¿ Que consecuéncia querrá sacar de ahí Mr. Torster? Pretenderá por ventura demostrar con semejante hecho, *que la repugnáncia, que nosotros experimentamos de comer un hombre muerto es quizá efecto de una preocupacion? Pretenderá que la accion de comer carne humana, por mas que la educacion nos inspire un gusto contrário, es ciertamente indiferente en sí misma?* Pero aquel sábio naturalista es demasiado buen lógico para no echar de ver, cuán absurdas serían tales ilaciones. ¿ Se propondrá pues persuadirnos á lo menos, que no debemos mirar con horror á los nuevos zelandeses aunque sean canibales, en atencion á que los españoles cometieron tres siglos ha una accion todavía mas bárbara, que la de cebarse con la carne de los enemigos muertos? Si este es en efecto el único fin y blanco á que tira, tenemos la respuesta en la mano. Le harémos presente que no es buena defensa decir: Los nuevos zelandeces no merecen reprension, ó no la merecen muy grande; pues ha habido otros pueblos peores que ellos; por que como advirtió muy á propósito el poeta: *Nil agit exemplum litem quod lite resolvit.*

Ademas si hemos de conformarnos con la reglas de una asendrada y juiciosa crítica, ningun género de comparacion ó cotejo podrá entablarse en el particular entre los nuevos zelandeses y los españoles. Ya he dicho que quiero conceder por un instante que sea cierto el hecho que se cita, y supongo que hubo realmente en el egército de Cortés, soldados que sin mas objeto, que el de divertirse ar-

rojaron á sus perros el tierno infante, que como aquellos otros antíguos militares puestos por Rafael de Urbino en su incomparable pintura del martírio de los inocentes, habían arrancado con extrema violéncia del pecho de la madre. ¿Pero en que consideracion cabe comparar este acto, bien que tan atroz con la antropofagía inhumana de los mencionados isleños?

Aquellos pretendídos españoles eran unos simples militares que sin órden, sin licéncia, sin consentimiento ó notícia de sus gefes, se abandonaron á su feroz brutalidad. Las leyes generales de su nacion, y las particulares de su milícia estaban tan léjos de autorizar su barbárie, que por solo este hecho y aun por otros mucho menos crueles les hubieran declarado merecedores del último suplício. Por otra parte, nuestra santa Religion, que todos aquellos soldados profesaban públicamente, les amenazaba por lo mismo con toda una eternidad de penas, y fulminaba contra ellos los terribles anatémas de que hace uso únicamente para castigar los crímenes mas atroces. De manera que sí aquella detestable tragédia llegó realmente á representarse, fue solo una accion de algunos indivíduos sumamente depravados, y en ella no tuvo ni pudo tener parte alguna ni aun la mas mínima, ni nuestra Religion, ni nuestra nacion.

¿Podrá acaso asegurarse lo mismo de la antropofagía de los nuevos zelandeses? ¿Se dirá que solo uno que otro isleño era antropófago; pero que la nacion entera se mantenía pura y libre de semejante delito; que la nacion lo miraba con horror, al mismo tiempo que la Religion entregaba á la exêcracion pública á los que lo cometían? No, sino todo lo contrário. Cuando, por ejemplo, el gefe zelandés Kahoora hubo dado la muerte á Mr. Rowe, y otros diez ingleses en el canal de la Reyna Carlota, mandô inmediatamente que se hiciesen pedazos los miserables cadáveres y se abriese sin pérdida de tiempo hornos en el suelo para asarlos al uso del país. Pocos instantes despues se sentó sobre la verde grama en médio de sus guerreros, y empezó con ellos á devorar aquellos abominables manjares, sin la menor señal

de remordimiento y escrúpulo; ántes con muchas muestras de extremo gusto y complacéncia. Los sacerdotes igualmente lejos de tener asco á dichos platos, comían como los demas, y expresaban su satisfaccion y júbilo, entonando de cuando en cuando alegres cánticos, y mezclando sus escandalosos gritos y aplausos á la comun algazara. Estas crueles esenas que los nuevos zelandeses han repetido siempre que les ha venido á la mano, demuestran con la mayor evidéncia el feróz carácter de toda su tribu; pero al contrário el decantado hecho de los soldados españoles de Cortés, dado que fuese verdadero, nada absolutamente probaría contra nuestra nacion, ni podría dar tampoco bastante fundamento á Mr. Torster para exclamar como exclama tan enfáticamente. ¿ No se han visto acaso *pueblos civilisados cometer* en médio de los canibales acciones mas atroces que la de comer carne humana?

Pero lo bueno es que yo dudo mucho y me parece que todo hombre sensato debe dudar de la autenticidad de semejante hecho. Es él en sí tan improbable y absurdo que ninguno que esté ecostumbrado á discurrir y calcular puede darle asenso sin mucha repugnáncia. En efecto¿ quién creerá que unos europeos por bárbaros que se pinten, llegásen á hacerse en tal grado sordos á los sentimientos de humanidad, que son comunes á todos los hombres aun a los mas salvages? ¿ quien creerá, digo, que formasen el inaudíto proyecto de alimentar á sus perros con los cuerpesitos de aquellas inocentes criaturas, que las madres tenían fuertemente apretadas contra su seno? y esto sin ser poco ni mucho provocados por venganza, por ira ó despecho, sino movidos y estimados del solo deseo de divertirse *pour son amusument* como escribe el traductor francés. Este proyecto y esta ejecucion exîge un fondo tan grande de insensibilidad y barbárie, que no puedo concebir como quepa en el corazon, no diré de un español, pero ni aún de un hotentote, de un caribe, ó de un apache aunque se suponga fiero y desnaturalizado cuanto se quiera.

Pero ya estoy viendo lo que van á responderme los defensores de Mr. Torster. Me señalan con la mano el famoso

libro de Fr. Bartolomé de las Casas, como dándome á entender que quieren oprimirme y reducirme á siléncio con el peso de tan grande autoridad. Se engañan mucho. Yo estoy bien enterado de la extraordinária celebridad que ha logrado en todos tiempos aquel escrito. Sé que franceses, ingleses, alemanes, holandeses lo han alabado y aplaudído como á porfia. Tampoco ignoro el motivo. ¿Por que, cómo se puede ocultar que toda aquella ridícula y afectada veneracion de tantos escritores extrangeros, nace de un mismo y único princípio, esto es, de las infinitas exâgeracíones é hipérboles con que las Casas pondera la crueldad verdadera ó falsa de los españoles en América? Sin tantas exâgeraciones é hipérboles, el pequeño libro de Fr. Bartolomé no hubiera pasado nunca los pirineos y alpes, y se estaría como tantos otros acabando y consumiendo con el polvo y polilla en un oscuro rincon de alguna de nuestras bibliotécas.

La mayor parte de los escritores extrangeros que he dicho son filósofos y críticos y no déjan de conocer, cuan perjudicial es á la verdad toda exâgeracion y ponderacion; y que al contrário la sencilléz y moderacion de un autor son los mejores y mas seguros garantes de su buena fé. Pero en nuestro caso olvidan estos señores toda su crítica y filosofia. Un misionero, dicen entre sí mismos, un Obispo español hace las mas negras y horribles pinturas de la inhumanidad de muchos de sus paisanos que conquistaron la América. No importa que algunas de sus aserciones sean improbables y ridículas, y que algunos cálculos suyos contengan errores sumamente groseros. El libro tal como es servirá no poco para desacreditar á una poténcía marítima y á una nacion poderosa y rival.

Yo no dudo que esta idea se presentó espontáneamente al espíritu de los escritores que he insinuado, y que bastó para empeñarlos á tomar con tanto ardor bajo su proteccion el referido libro de Fr. Bartolomé. Citaré aquí solo un ejémplo; pero muy reciente y por lo mismo mas digno de admiracion. En un libro que salió á luz en Europa cinco

años hace, y que en tan poco tiempo se ha reimpreso ocho ó nueve veces, se leen las siguientes expresiones que procuraré traducir con toda fidelidad. « Los conventos, dice, » situados en los Andes ven de léjos ponerse llanas é iguales » las ondas del grande océano ó mar pacífico. Un cielo » trasparente rebaja el círculo de sus horizontes tanto so- » bre la tierra como sobre los mares, y parece encerrar » el edificio de la religion dentro de un globo de cristal. » Los rayos verticales del sol hiéren los hielos de los mon- » tes que brillan como una eterna iluminacion sobre el » témplo del Señor. La flor capuchína borda con sus cífras » de púrpura los sagrados muros: el llama atraviesa el » barranco por encima de un puente flotante de enreda- » deras; y el *infeliz Peruano* viene á rogar al *Dios de* » *las casas.* »

No qniero nombrar el autor de estos rasgos poéticos, por que le profeso particular afecto; pero no debo disimular cómo el gusto de dejarse ir con la corriente de los escritores de su nacion fue, segun parece, el que le sugirió aquellas expresiones que aunque muy elocuentes, son poco conformes a la verdad. En efecto ¿ dónde estan esos conventos que describe aquel sublíme filósofo? en qué lugar, en qué sítio de la dilatadísima cordillera que corre sín interrupcion desde el fondo del isthmo de Panamá hasta la punta mas meridional del cabo de Hornos, se hallan *esos edificios* de la Religion que logran de una perspectiva tan magestuosa y agradable? En cuanto á mi lo ignoro, y lo que únicamante sé es que las pendientes mas altas de los Andes, donde se descubren á lo léjos las inmensas llanuras del océano pacífico permanecen del todo despobladas sín sufrir mas habitadores que los llamas, guanacos y vicuñas ni cubrirse jamas con otros vejetales que con várias espécies de gramineas, entre las cuales se levantan á trechos algunos débiles aunque muy útiles arbustos. Sé tambien que los religiosos que llevados del ardiente zelo de las almas pasan á tan remotos países, no van á esconderse en las mas apartadas soledades y desiertos como los monges cop-

tos de Egipto, sino que al contrário se acercan cuanto les es dable á los pueblos y rancherías para poder acudir con prontitud y provecho á las várias necesidades de sus prójimos.

¿Pero á que fin cansarnos en el particular? cuando es tan probable que aquella patética pintura se hubiera omitído totalmente á no habérsele ofrecido á su autor la proporcion de terminarla con una pincelada tan injuriosa para nosotros, en la que representa al infelíz peruano trepando por entre tantas fragosidades para apartar la vista de sus imaginários tiranos; buscar asílo entre los inocentes y compasivos solitários, y tener el consuelo de rogar en el siléncio de un páramo al benéfico *Dios de las casas?* No habrá dudado el autor que esta enfática conclusion le merecería el elógio de un gran número de lectores; por que bien sabe que la mayor parte de los que leen un libro de história ó de crítica se dejan conducir mas pronto por la imaginacion que por la razon; y que la sátira cuando ademas de ser picante está preparada con alguna finura y delicadeza, es siempre un bocado muy sabroso para ciertos paladares.

Volvamos ahora á lo que habíamos empezado á insinuar acerca de la autoridad que se merece el testimónio de Fr. Bartolomé alegado por el Doctor Torster. Digo pues otra vez, que dicho testimónio no basta en mi concépto para dar fundamento y hacer creible un hecho de suyo tan extraordinário y tan fuera de toda humanidad. No quiero manchar el papel, levantando sospechas contra la fama de aquel insigne misionero. Supongo en él, aun considerado precisamente como escritor, toda la puresa de intencion posible. Pero nádie me negará que se dejó arrebatar de su zelo contra vários de los conquistadores españoles, y que esta ligereza, este descuido, ó llámese como se quiera, le hizo dar algunas veces muy lejos del blanco de la verdad, y fue causa de que llenáse su libro de patentes errores y de todo punto inexcusables.

Recorra V. conmigo, le ruego, no mas de tres á cuatro páginas de este libro tan famoso. Vea V. en primer lugar,

como hablando de la província de Jalisco refiere que en ella había pueblo *que se estendía por siete leguas poco mas ó menos.* Vea V. en segundo lugar el capítulo que trata de la isla de santo Domingo, donde él había sido religioso. De este capítulo lea V. solo para su diversion las dos ó tres líneas que dicen, como en aquella colónia hay *hasta veinte ó veinte y cinco mil rios* que manan de una misma sierra ó cordillera, y que todos ellos son riquísimos en arenas de oro como otros tantos pactolos. *Ni los griegos aunque tan aficionados á las fábulas*, escribe con mucha grácia D. Juan de Nuix, *llegaron á fingir nunca veinte mil rios de leche y miel, y hacerlos manar todos de una misma montaña.* Páse V. ahora al capítulo de Goatemala, y detenga la risa si puede, al oir que la divina justícia destruyó la referida capital con tres dilúvios, uno de agua otro de tierra, y otro de piedras mas gruesas que diez y aun veinte bueyes.

Finalmente (pues no es justo que perdamos el tiempo en leer y escuchar inépcias), tóme V. razon por mayor del número de índios qne mataron los españoles en solos treinta y ocho ó cuarenta años; pero este será trabajo perdido, no siendo posible que se saque ninguna suma en límpio; pues nuestro misionero afirma con grande aseveracion ya que dicho número no pasó en todo de doce millones, ya que llegó á quínce, ya que no fueron solos quínce en realidad sino veinte, ya que fueron venticuatro, ya por último, que pudieron muy bien ser no menos de trescientos. De manera que en su cálculo vacilante é incierto se añaden millones á millones, con el mismo poco miramiento y escrúpulo que si fueran simples unidades. Tal es en el particular no puedo disimularlo la exáctitud y puntualidad de Fr. Bartolomé; por la que será facil echar de ver la estimacion y crédito que se merece en semejantes matérias su tan decantado testimónio.

Pero se me replicará que los hechos que acabo de referir los sabía aquel célebre misionero no mas de por haberlos oído contar á otros; pero que vió con sus própios ojos

el caso atroz que cita el Doctor Torster, y que así en eso á lo menos, no pudo caber en él equivocacion ó engaño. ¿Qué quiere V. que le responda á esta instáncia habiendo determinado arrimar, como en efecto he arrimado, las victoriosas y oportunas armas que me ofrecían dos escritores igualmente ilustrados, esto es, Don Juan de Nuix y el Ynca Garcilaso? Si V. pues continua en apretarme con esta pregunta habrá de llevar á bien que le diga con el famoso Sancho, *que la tal vista pudo tambien ser de oidas.*

En efecto, un hombre poseído de un zelo tan ardiente, como era sin duda el de Fr. Fartolomé está muy á peligro de errar no solo en lo que oye, sino en lo que vé ó le parece ver. El zelo es una pasíon del ánimo, que aunque nazca de un tronco mas sano que los que hacen brotar la mayor parte de las otras pasiones, se asemeja sin embargo á ellas, en que cuando es demasiado vehemente, y no se anivela con la prudéncia, degenera de virtud en vício, y con facilidad ciega los ojos del entendimiento tan necesários para juzgar con imparcíalidad de las cosas, y mucho mas para obrar y escribir con tiento y acierto. Si el zelo de nuestro misionero padeció ó no este exceso, es inútil probarlo ahora con razones; por que los frutos que dió de sí luego este zelo no tardaron en descubrir la amarga raiz de donde procedían.

El Ynca Garcilaso que conoció personalmente asegura, que de este zelo indiscréto nació la guerra civíl, que á manera de lava arrojada por un furioso volcan desoló en poco tiempo inmensos países, abrazando y destruyendo cuanto encontraba al paso. Tantas muertes, tamtos robos, tantas tiranías y crueldades que efligieron en aquella funesta época á todo el Perú en un espácio ó extension de mas de setecientas leguas de largo, no tuvieron apenas, segun Garcilaso, otro princípio que el zelo algo imprudente de aquel misionero. Las ardientes, dice, y vivas declamaciones del Señor de las Casas y sus informes y relaciones exâgeradas en demasía y algunas veces falsas, pero cubiertas siempre con el velo de la humanidad y religion, arrastraron tras sí el piadoso

ánimo del Emperador Carlos V, y de algunos de sus ministros, y no dieron lugar á que se escuchásen y siguiesen los consejos moderados y sábios del Cardenal Don Garcia de Loayza, quien había gobernado muchos años las Indias, y por su gran prudéncia y discrecion nunca fue de parecer que se aprobase lo que Fr. Bartolomé proponía. (a)

Ya quisiera, amigo, salir de golpe de tan enfadoso asunto. Me causa á la verdad mucha pena el haber de censurar á un sugeto cuyas virtudes privadas y públicas merecen sin duda grandes elógios. Dos ó tres veces he borrado todo lo que acababa de escribir sobre el particular. Pero al fin, aunque con gran repugnáncia, he vuelto á tomar la pluma, haciéndome cargo de que el honor de nuestra nacion exîgía que se quitáse aquel apoyo á la malignidad de algunos autores extrangeros rebajando á su debido punto la autoridad del libro de las Casas. Es preciso ciertamente repetirles una y muchas veces, lo que con tanto juício observó Solís (b) que *este Prelado solicitaba entonces el alívio de los índios y encareciendo lo que padecían cuidó menos de la exácta verdad que de la ponderacion; y que no faltaron ya en su tiempo historiadores que le convenciesen de mal informado en várias enormidades que dejó escritas contra los españoles.*

Es muy cierto, que algunos de los primeros conquistadores y pobladores usaron contra los pobres americanos de muy poca humanidad. Con todo hubo otros, que segun lo asegura un testigo nada sospechoso *les trataron como á hijos* (c). Estaba pues muy puesto en razon, que se afease y reprendiese la crueldad de aquellos, pero no lo estaba menos que se celebráse y aplaudiese la noble generosidad y cleméncia de estos. Sobre todo pedía la justícia, que no se envolviése á los inocentes con los culpables, que los verdaderos delitos se representásen al natural como habían sido, y que no se permitiése á la imaginacion aña-

(a) Ynca Comentarios Reales libro v. capitulo III.
(b) Libro IV. cap. XII.
(c) Ynca Comentarios tit. VIII. cap. XXII.

dir á dicho cuadro un colorído y unas sombras, que hiciesen parecer el retrato notablemente mas feo de lo que correspondía.

Un prelado que se interesa de corazon por el bien y tranquilidad de sus ovejas, especialmente un Prelado de América debe, segun las ocasiones, hacer muestra de su zelo vigoroso y encendido; pero nunca puede pasar los límites sagrados que fija la prudéncia, ántes bien está obligado en semejantes lances á ir siempre, digamoslo así, con la sonda en le mano para medir y ajustar con la razon y la verdad todas sus quejas, todos sus movimientos y todas sus palabras, sin permitirse la menor licéncia. No lo hizo asi siempre nuestro Fr. Bartolomé. Herido vivísimamente en el alma por las vejaciones que padecían sus índios, soltó sin repararlo, aquella saludable sonda; dejándose arrebatar por la corriente de su zelo, la cual le llevó en breve á unos escollos que él no había previsto y cuyo violento y contínuo choque contribuyó quizá á enconar las llagas que con remédios suaves se hubieran facilmente cicatrizado.

Por lo mismo me veo obligado á hacer aquí una bréve reflécsion sobre un capitulo (a) del célebre continuador de Mariana. Escribe éste que Fr. Bartolomé permaneció poco tiempo en su Diócesis de Chiapa y se retiró á Europa, *por que no podía tolerar que los índios fuesen tratados tan indignamente por los españoles corrompídos de la avarícia.* Digo pues ingénuamente que no me acomoda en manera alguna semejante apología. Por que¿ quién no vé que si los españoles trataban tan sin compasion á los pobres índios esto mismo era un poderoso incentívo para que nuestro zelosísimo obispo depusiése todo pensamiento de retirarse á España, y se quedase de pie firme en Chiapa, á fin de ser el amparo y escudo de sus desvalídos feligreses?

El buen Pastor se opone con pecho imperturbable y aun con manifiesto riezgo de la vida al lobo que quiere devorar

(a) Lib. III. cap. V.

las ovejas: el Pastor asalariado huye así que vé venir al lobo, y éste éntra sin oposicion en el redíl, y roba, mata y disipa á su gusto el ganado. (a) No quiere el grande Hipócrates que se abandone al enfermo aunque haya pocas esperanzas de salvarlo; por que si los oficiosos é incesantes desvelos del médico no alcanzáren á conservarle la vida, tendrá, dice, á lo menos la dulce satisfaccion de haber disminuido sus penas, haber calmado por un momento sus dolores, y haberle proporcionado de cuando en cuando algun breve alívio y consuelo.

En vista de esto ¿ qué pensarémos, pregunto, de la renúncia de nuestro célebre misionero? El Ynca á quien ya hemos citado muchas veces escribe (b), que el Señor de las Casas no osó quedar en su residéncia, *por lo que en Indias había causado.* Yo no obstante, si se me consultáse sobre el particular, moderaría mucho esta censura, y diría que Fr. Bartolomé impelido por un espíritu no desemejante al de San Gregorio Nacianceno, se despojó voluntariamente del mando de su amada diócesis y entregó el timon á otro, por que veía y casi tocaba con la mano, como su zelo había sido ocasion, aunque inocente, de que se levantáse una cruda borrasca que había causado no pocas desgrácias y naufrágios.

Permítame V, amigo, que deponga ya la pluma y guarde en adelante siléncio sobre este odioso asunto. El amable y doctísimo San Francisco de Sales aconseja muy encarecidamente, que si nos vemos precisados á hablar ó escribir alguna vez de cosas que puedan interesar la reputacion agena, nos portemos con aquel escrupuloso cuidado y atencion, con que un hábil y compasivo cirujano maneja el acero, cuando ha de abrir una vena á su enfermo. ¿ Cuanto mas si se trata como en el presente caso de la reputacion de un eclesiástico, de un misionero y de un obispo? Las notícias ulteriores y mas circunstanciadas que V. desee te-

(a) Joan cap. X.

(b) Comentar tit. VIII. cap. XXVII.

ner sobre el particular las hallará, como dicen, á manos llenas en los comentários reales del Ynca Garcilaso; autor digno ciertamente del mayor aprécio por su noble candor y sinceridad á quien me maravillo que no cite nunca el Abate Don Juan de Nuix; pues era sin disputa el que mas peso podía dar á sus *reflecsiones imparciales*, y señaladamente á la primera en que habla de la amargas invectívas que el Señor de las Casas hizo contra la inhumanidad de los españoles en América. Méjico 20 de Setiembre de 1805.

CARTA XIV.

Prudente recuerdo que dirige Leibnitz á los literatos españoles. Odio de ciertos filósofos contra España. Raynal. Nueva Enciclopédia. Groseras equivocaciones y errores de la nueva Geografia universal de Mr. William Guthrie reimprera en París en el año de 1802.

Mi estimado amigo y dueño: entreteniéndome ún rato á noche, segun mi costumbre, con la amena lectura de las obras filológicas del Señor Leibnitz, he dado casualmente al abrir el tomo quinto con la carta del número doce entre las escritas por aquel grande hombre á su íntimo y digno amigo Antonio Magliabecchi bibliotecario de Florencia; y en ella he hallado este notable párrafo: = « Acaban, dice Leibnitz, (a) de publícarse dos libritos con el título de *Memórias y Viages de España*. Estan ambos escritos en francés con igual y singular elegáncia. Su autor es una señora que ha vivido algun tiempo en aquella península, y me parece que, aunque se permite á veces algunas libertades, en otras muchas cosas que nos cuenta se conforma bastantemente con la verdad. Toca ahora á los españoles contradecir y refutar dichas notícias, si quieren que no las creamos. »

Estas últimas palabras me han parecido muy juiciosas, y

(a) Año de 1691.

he sentido que nuestros mayores no las hubiesen tomado de la boca misma de aquel sábio aleman para grabarlas luego con letras de óro en las portadas de todas nuestras Universidades y Académias, á fin de ecsitar los literatos nacionales á que tomasen la pluma en defensa de la Pátria. Es verdad que no era aquella época muy favorable para el intento; pues cuando el filósofo aleman escribió la referída carta, ya empezaban á fermentar secretamente en el seno de España las funestas semillas de la guerra civil, que dentro de pocos años se encendió con tan gran violéncia, y pensó reducir aquella hermosa porcion de Europa en un vasto y horrible desierto. El ronco estruendo de las armas que se hacía oir entonces por todas nuestras províncias impuso siléncio á las musas, como suele suceder siempre en semejantes lances, por lo que no debía extrañar Leibnitz, como dá á entender que estraña, que las ciéncias fuesen decayendo mucho entre nosotros, ya que sabía muy bien que la rivalidad de casi todas las poténcias de Europa nos obligaba por aquel tiempo á sacudirnos el polvo de las escuelas, y á no pensar en otra cosa que en montar á caballo, desenvainar las espadas y acudir noche y dia con la celeridad de un rayo, donde nos llamasen el amor á nuestros reyes y el honor médio eclipsado del nombre español.

Sin embargo no hubiera sido del todo inútil el recuerdo que acabo de insinuar. Por que habiéndose disipado en breve la horrorosa tormenta que amenasaba á toda la peninsula no tardaron en seguirse á ella unos dias serenos y tranquílos, en los cuales disfrutando nuestros abuelos de los mas dulces frutos de la paz se volvieron á abrir con indecible y universal complacéncia las casas destinadas para la educacion de la juventud, y para el adelantamiento y progresos de las letras. El mismo Felipe V. que acababa de asegurar su trono con los infinítos laureles que había recogido con sus própias manos en el campo de batalla; el mismo igualmente con sus própias manos sembraba de nuevo por toda España las artes y ciéncias, que crecieron y florecieron prontamente á su augusta sombra.

Yo no puedo olvidar el inmortal beneficio hecho entonces por aquel Monarca á mi pátria la ciudad de Cervera. que tan fiel y rendida le había sido siempre. Felipe V. apenas logró un instante de sociego, cuando puso en aquella ciudad los cimientos de la académia, que despues se ha hecho tan famosa, y que ya en los primeros años logró comprender en la lista de sus catedráticos á vários literatos de primer órden. Pero volvamos á lo del princípio, no sea que el tierno cariño y reconocimiento que profeso á aquella insigne universidad, en donde me he criado y he pasado con extremo gusto la parte mas considerable de mi juventud me aparte insensiblemente del asunto que me he propuesto tratar en esta carta.

Digo pues, que calmado el furor de las guerras civíles hubiera sido muy provechoso, que nuestros mayores hubieran tenido todos los dias delante de los ojos aquella juiciosa adverténcia de Leibnitz. Quizá con esto se hubieran determinado finalmente á rebatir las calúmnias, con que tantos autores extrangeros procuraban infamar nuestra nacion. Podía prometerse con seguridad la victória; y esta otra espécie de triunfo no hubiera sido menos gloriosa para ellos y para España, que el que habían logrado poco antes contra las mismas naciones en Almanza, en Brihuega y en Villaviciosa.

Pero yo no sé lo que fué, qne ni entonces ni despues apenas se pensó en nada de esto. Fuese generosidad y magnanimidad de los españoles en mirar con desprécio las ridículas y mordaces sátiras de sus rivales; fuese poca notícia de las lenguas francesa, é italiana, en las que solían escribirse y publicarse dichas sátiras; fuese por último una cierta timidéz y desconfíanza, que segun la observacion de nuestro insigne Don Jose Finestres (a) ha, no se si diré, adornado ó perjudicado casi siempre á nuestros literatos, debemos confesar, que infinítos libelos dirigidos ya contra el carácter, ya contra los usos, leyes y costumbres, ya contra la instruccion y literatura de nuestra nacion, y ya

(a) En el prólogo a su Hermogeniano.

contra las glórias y hazañas de nuestros mayores, corrieron y corren impunemente por toda Europa mas há de dos ó tres siglos. Los autores de semejantes libelos fueron por lo general y aun son en el dia los mismos viageros á quienes colmamos de favores y recibímos con singular distincion. No digo que entre estos no haya algunos que de vuelta á su tierra nos han acreditado su gratitud y buen corazon. Pero han sido muy pocos. Y puede sin reparo asegurarse, que entre los extrangeros que han ido á visitarnos por un solo *Dillon*, esto és, por un sábio, síncero, honrado é imparcial, ha habido mil *Swimburnes*, y mil *vagos italianos*, quiero decir, mil literatos bufones que han tratado nuestras cosas sin entenderlas, y han pretendído divertir á sus países, haciendo arbitraríamente y á capricho el retrato de nuestro gobierno y cultura.

Cierta clase de filósofos bien conocídos no tanto por sus talentos como por sus extravagantes paradojas y por los estragos que han causado en el sistéma político y moral de Europa, se han prevalído no poco de las relaciones de aquellos viageros para esparcir en los libros que han dado á luz sobre várias matérias, una infinidad de anécdotas malignas, en que no se descumbre así mismo otra mira que la de desacreditarnos. Qué incentívo tuviesen dichos Señores para cometer esta extravagante bajesa, cualquiera podrá facilmente adivinarlo. Es imposible en efecto, que nádie que exâmine con diligéncia este punto deje á lo menos de entrever, que la constáncia y firmeza própia del génio español, y el espíritu de piedad y moderacion que respiran las leyes así sagradas como civíles, con que tantos siglos há nos gobernamos, era un embaraso enfadoso y una molesta barrera para unos literatos tan atrevídos y emprendedores, que se proponían nada menos que mudar, ó como ellos decían, *regenerar* todas las ideas y establecimientos pertenecientes á la política y á la religion.

Yo por lo menos confieso con toda ingenuidad, que habiendo leído y vuelto á leer en distintas ocasiones y tiempos las referídas sátiras, me ha parecido que nacían del

manantial que acabo de indicar. Estoy seguro que logré hacer aquel exámen á sangre fria y sin la menor animosidad, como lo habia deseado. Tambien me acuerdo que lo repetí en distintas situaciones y tiempos. No obstante mis tentatívas, mis especulaciones y cálculos sobre el particular me dieron siempre unos mismos resultados; esto es, que un ódio tan grande, tan universal y tan ridículo contra la nacion española, debía precisamente brotar de una fuente ó causa comun, la que segun toda apariéncia no podía ser otra, que la que he dicho.

Debo prevenirle á V, sin embargo, que no por eso infiera, que en mi concepto todos los filósofos, ó humanistas extrangeros que han hablado tan mal de nuestras cosas vendieron vílmente su pluma á los intereses de su secta ó partido. Atribuirme esta opinion sería hacerme una injúria que ciertamente no merezco. Un célebre escritor Catalan ha sostenído en Italia con una elocuéncia y erudicion nada vulgar: *que todo escritor anticristiano era por lo mismo antiespañol.* Yo nunca he suscrito á esta proposicion, ni suscribiré jamas á ella, especialmente si por escritor *anticristiano* se entiende, conforme suele hacerse muy á menudo, un escritor *no católico*, ó separado de la comunion romana. He apreciado siempre á todos los hombres verdaderamente sábios, aunque en matérias de religion no pensásen como yo. Y debo públicar en honor de la verdad que entre los escritores protestantes ó reformados he hallado algunos que manifestaban tener particular afecto á nuestra pátria, y llevaban muy á mal y reprobaban altamente el proceder de aquellos filósofos que tan á ciegas y tan sin juício la habían criticado.

Es verdad que no he dejado de topar otros, que en ciertos puntos ora fuesen de gobierno, ora de literatúra, no parecían tener una opinion tan favorable de nosotros como los primeros; ántes bien de cuando en cuando nos zaherían y como asaeteaban con palabras y espresiones algo picantes. Pero por poca díligéncia que pusiése en observarlos echaba de ver, que no debían en manera alguna contarse entre los enemi-

gos opuestos y declarados de España. Reparé al instante que las armas que dirigían alguna vez contra nosotros eran muy distintas de aquellas con que nos solían embestir los autores revolucionários de quienes hablaba poco há. Los dardos de estos últimos (seame lícito explicarme de esta manera) estaban siempre ó casi siempre emponzoñados con un cierto sutíl veneno, que á primera vista no era fácil descubrir. En los de los demas al contrário no había en realidad otra cosa, que la agudéza natural de la sátira, y aquella grácia y viveza que los antiguos celebran tanto en algunos de sus humanistas, bajo el nombre de *Sálatica*. Esta última clase de críticos merecen por su moderacion y buena fé toda nuestra estimacion y aprécio, y nunca debemos confundirlos con aquellos atrevídos reprensores, á quienes mueve no el amor de la verdad, sino el ódio ó el despecho.

Yo me he dedicado con esmero á exâminar un gran número de aquellas críticas inocentes y moderadas, y me he persuadído al fin, que la culpa si en ello la había era nuestra. Este dictamen debe en mi concepto tenerse por muy razonable. En efecto, como hay tanto tiempo que apenas ningun escritor español sale á defender su nacion contra los que con tanta fúria la han impugnado: como hay tanto tiempo que nada respondemos á las mordaces sátiras y sarcazmos de nuestros rivales; y como dejamos correr tan impunemente las ridículas y feas pinturas que infinítos viageros y filósofos han hecho y hacen de España y sus Américas, sin que ninguno de nosotros despliegue los lábios para advertír á toda la Europa, que la mayor parte de las facciones y colores de la mencionada pintura estan notabilisimamente alterados; este estraño siléncio continuado por un tan largo espácio de tiempo, no ha podido menos de perjudicar consíderablemente á nuestra causa. Era por cierto muy natural que los autores que se mantenían neutrales y que observaban con atenta curiosidad nuestra conducta y la de nuestros rivales, nos aplicásen en el presente caso, y cierto no sin algun aparente fundamento, la célebre regla ó acsioma

del derecho romano, *que el que nada responde á los cargos y acusaciones de sus enemigos, parece que tácitamente las aprueba.*

Ya V. ha visto como uno de los sábios de Europa que pensaron así, es Mr. Leibnitz, el cual sin embargo de su conocida moderacion, y de no ser seguramente ni *antíespañol,* ní aun hablando con toda propiedad, *anticatólico* (a) nos echa en rostro este siléncio, viniendo á decir, que no debemos ni podemos quejarnos si fuera de España se dá asenso á lo que escriben contra nosotros algunos viageros y filósofos, toda vez que no nos tomamos el menor cuídado de impugnarlos y desmentirlos.

A Leibnitz deben añadirse otros muchos extrangeros que piensan del mísmo modo. En mi viage á Italia no pocos sábios de aquella península me hablaron de este punto, casi en los própios términos. Todos á una me manifestaron grande admiracion de esta extrema *indoléncia*, como ellos la llamaban; y hubo algunos que me aseguraron, que estaban muy dispuestos á recibir con agrado y aplauso las defensas que quisiésemos publicar, citándome como una prueba auténtica de la favorable disposicion de su ánimo el modo afectuoso con que las Efemerides de Roma del año de 1779 habían celebrado el ensayo del Abate Don Javier Llampillas, del cual por aquel tiempo había salido á luz el primer tomo. Me citabam tambien la carta atentísima que con el própio motivo escribió Bettinelli al referido Llampillas, enviándole su *Palinoclia* ó retractacion de algunas proposiciones que había abanzado contra los españoles por estar mal informado. El mismo Tiraboschi, me decían, este famoso escritor que vosotros habeis puesto en el número de vuestros mas ardientes contrários y que acaba de sostener una disputa tan viva con el ya nombrado apologísta de la literatúra española, contestó poco há con singular urbanidad á los reparos que le propuso el erudito

(a) Todo el mundo sabe cuanto deseó Leibnitz la reunion de la Yglesia protestante con la romana.

valenciamo Don Juan Andres en defensa de Marcial y Lucano, á quienes el bibliotecário de Modena, había tratado de corrompedores de la poesía latina, dejándose llevar del dictámen de Mureto. Esto me decían y repetían muchas veces los literatos de aquella cultísima nacion, á los cuales procuraba yo responder como mejor podía, pero no de modo que les dejase enteramente satisfechos.

Despues de mi vuelta á España, el Abate Don Juan de Mascleu á quíen conocí y traté en Roma vindicó vigorosamente á nuestra nacion, sobre vários puntos pertenecientes á la história antigua; pero hubo de reservar para otra ocasion los que miran á la história moderna, y por consiguiente cuanto respecta á la conquista de la América, y al establecimiento y gobierno de estas opulentas províncias. Al mismo tiempo el Abate Raynal que estaba preparando en París la segunda edicion de su história filosófica y política, daba muestras de hallarse ya mejor animado ácia nuestra nacion. Y en vista de esto el secretário de embajada Don Ygnacio de Heredia, que era un sugeto sumamente instruido, se ocupó algunas semanas con el referído autor en corregir y borrar várias indecentes sátiras con que nos favorecía la mencionada obra. Pero esta ideada reforma no tuvo ni con mucho todo el debido efecto que deseaba Heredia; pues de ahí á poco salió de nuevo á luz en Ginebra dicha história manchada todavía con una infinidad de errores, falsedades é invectívas contra los españoles de América y Europa. Por último el Doctor Robertson, escritor mucho mas moderado y juicioso que Raynal, nos hizo esperar que se aprovecharía de las relaciones é informes de algunos de nuestros misioneros, para refundir vários capítulos de su história de las dos Américas en los que las infundadas críticas que hace de nuestras cosas, son como otros tantos lunares que manchan la belleza de aquel por otra parte excelente libro. Pero hasta ahora nos han salido igualmente vanas dichas esperanzas.

En esto se imprimió en Fráncia la nueva Enciclopédia, que celebrada al princípio como á porfia en casi toda Eu-

ropa, excitó tantas quejas y reprensiones luego que fue mejor examinada. Nádie ignora la insolente pregunta que los compiladores de esta voluminosa obra nos dirigen en el artículo de *España*. Era menester sin duda todo su descaro para hablar así de una nacion, que posee tantos y tan notórios títulos para ser acreedora al público agradecimiento de todos los demas pueblos cultos. Pero no fue esto lo que á mi me admiró, sino la paciéncia estoíca de nuestros literatos, que ningun caso hicieron de dicha pregunta, y permitieron que un italiano que se habia retirado del pie de los alpes al fondo de Alemánia tomase á su cargo el contestarla. Sin embargo es muy cierto, que en aquella época florecían en el seno de nuestra península y de este continente á lo menos una docena de sábios (podría contarlos) que ni en erudicion, ni en crítica, ni en buen gusto cedían al insinuado Carlos Denina, á quien por ora parte se aventajaban no poco en estar como españoles, mejor y mas completamente instruídos del asunto.

Nada digo de otra obra de un género muy distinto que así mismo se publicó, no hace mucho en Fráncia, esto es, de la *Nueva geografía universal de Mr. Willian Guthrie* impresa el año de 1802 en París en nueve volúmenes en octavo. Ya antes se había reimpreso diez y siete veces dicha obra; pero en la edicion del citado año se tuvo, á lo que asegura su traductor Mr. Noel, la prudente precaucion de *exáminarla de nuevo, de corregirla y refundirla con el mayor cuidado.*

Sin embargo no será fácil encontrar entre antiguos y modernos un libro que hable con menos tino, con menos crítica y menos exáctitud de todo lo que tiene relacion á nuestras cosas. Para hacer la pintura de los usos, costumbres y estílos de nuestra península, sigue sin discernimiento alguno al viagero Henrique Swimburne, autor tan poco digno de crédito, como lo manifiesta la carta que Don Josef Nicolas de Azara hizo poner á la frente de la tercera edicion de Bowles. Y es lástima que á Guthrie y á Noel se les pasáse por alto el caso que el viagero inglés cuenta

haberle sucedido en Toledo, cuando le tuvieron encerrado su ayuda de Cámara por espácio de dos dias, para peinar la peluca de una imagen de la Virgen; pues esta curiosa anécdota, ademas de ser un adorno muy digno de la *Nueva Geografía*, hubiera, ya se vé, añadido una pincelada interesante al cuadro de las costumbres españolas.

En cuanto á la América puede pasársele todo lo que copia al pie de la letra del Diccionário de Alcedo, aunque este sea tan poco exácto. Pero cuando se separa de dicholibro, que Noel llama *preciosa y excelente obra*, se despeña en tantos errores, cae en tantas inexáctitudes, y lo que peor es, se entrega con tan poco rubor á su ridícula y reprensible animosidad contra estos apreciabilísimos naturales, que es menester tener la sangre helada dentro de las venas, para aguantar la lectura de algunas paginas sin incolerizarse, ni tirar el libro contra una pared. ¿Creerá V. no obstante, que todos esos errores, todas esas inexáctitudes, y toda esa animosidad no han bastado para el desengaño de vários lectores? ¿Creerá V. que hay aun infinítos que celebran y aplauden la *Nueva Geografía*? ¿Creerá V. que Lalande, el respetable Lalande cuyo nombre formará en la história de la Astronomía, se ha dejado en cierto modo seducir como los demas; pues no ha tenido reparo de honrar dicho libro con un número considerable de notas y correcciones puestas de su própia mano? Sin duda que lo extrañará V. mucho; pero el hecho es cierto. Con todo no me puedo persuadir, que un hombre tan hábil y tan prudente como lo es aquel célebre astrónomo, haya aprobado ninguna de las cosas expresadas. Lo que me imagino es, que habrá pasado muy ligeramente por encima de estos enormes errores, diciendo entre sí lo mismo que escribía Leibnitz despues de haber leido las memórias y viage de que hemos hablado al princípio: *A los españoles toca rebatir esta sátiras, si quieren que no las creamos.*

Amígo, confesemos ingénuamente, que estos Señores tienen razon en darnos al rostro con nuestra extrañísima indiferéncia. V. pues que abunda de tiempo y ócio, y que vive en un lugar que puede llamarse con propiedad el asílo de

las Musas españolas, tóme, le ruego, la pluma para defender á ellas y á la nacion de las calúmnias é invectívas de tanto escritor extrangero. Mi situacion presente y mis gravísimas ocupaciones me impiden hacer por mi parte otro tanto. Con todo eso le prometo á V. que en los pocos dias que he de permanecer en esta capital, no dejaré nunca de escribirle; y que continuaré á apuntar várias espécies análogas á los asuntos que he tocado en mis anteriores cartas. Méjico 23 de Setiembre de 1805.

CARTA XV.

Reflecsiones sobre un hecho particular de Colon, que no deja de ser reprensible. Conducta de las naciones europeas en Asia. Cotejo de la muerte del Lord..... con la de Hernan-Cortés.

Muy Señor mio y amigo: los antiguos maestros del arte de hablar que nos han dado, como V. sabe, tantas reglas juiciosas é ideadas con singular perspicácia y prudéncia, no se descuidaron de advertirnos, que sí por ventura nos conviniése referir algun suceso extraordinário y casi imposible, procurásemos detenernos en pintar con colores muy vivos algunas de sus circunstáncias mas menudas, aunque parezcan á primera vista de poca ó ninguna importáncia; á fin de que esta escrupulosa exáctitud dé á los oyentes ó lectores una idea sumamente ventajosa de nuestra veracidad, de suerte que exáminando solo por encima la sustáncia de la narracion, no echen de ver que vá fuera de los términos razonables, y antes bien la reciban y admitan como contingible y verosimil. Este precepto ó regla la confirma Aristóteles, segun su costumbre, con el ejemplo del padre de la elocuéncia, esto es de Homero, el cual en la amena y artificiosísima relacion que Ulises hace de sus aventuras verdaderas y falsas al Rey Alcinoo y á su ociosa y afeminada Corte, en llegando al horrible naufrágio y paso por el estrecho de Peloro, suspende por un rato la repre-

sentacion de tan trágica esena para describir la higuera, mejor dîré, el cabrahígo que crecía sobre el techo de la cueva ó abismo de Caribdis, y cuyas prolongadas ramas extendiéndose por el aire un gran espácio fuera del escollo, dice el héroe viagero, que le sirviéron en tan grande aprieto de un seguro asílo; pues colgándose de ellas con las manos pudo librarse de ser tragado por el espantoso torbellino, que las ólas del mar terriblemente agitado formaban debajo de sus pies. Pondera en aquel lugar Aristóteles, como sin la descripcion al parecer tan poco importante del referido árbol silvestre toda aquella extrañísima aventura de Ulises hubiera pasado sin duda por falsa y ridícula. Nuestro elocuentísimo é ingeniosísimo Cervantes comparable en la invencion y elocucion al príncipe de los poetas griegos, se vale en mil lugares de esta misma regla; pero con tal artificio y primor, que los sucesos mas extravagantes y los mas disparatados sueños reciben de su delicada pluma un cierto colorído de probabilidad y verosimilitud, que es quiza lo que tanto nos encanta y suspende en sus escritos. Y estos dos ejémplos de autores tan insignes nos dan fundamento para asegurar en general, que la práctica de dicha regla, como se anivele con la prudéncia, no dejará nunca de producir un efecto maravilloso.

Todo esto me parece muy bien, dirá V. ahora entre sí, pero en verdad que no alcanzo á que tiran semejantes reflecsiones. Si así es, oígame le ruego por un solo momento, y verá el criminal abuso que cierto autor extrangero ha hecho de la expresada regla para infamar no solo á los conquistadores de esta América sino tambien, y aun mucho mas á los monarcas y ministros que gobernaban entonces nuestra nacion. El cuento es gracioso y merece la pena de escucharlo. Dice pues así el indicado escritor, que es á un mismo punto, como V. puede presumirse, historiador verídico y filósofo grave y juicioso. « En tiempo de las grandes conquistas de las dos Américas, la Corte de España satisfecha de los muchos y buenos servícios de algunos fidelísimos dogos y mastines que habían militado bajo las victo-

riosas banderas de Colón ordenó, que á los referídos animales se les acudiese con un competente *prest* como á tropas ausiliares; por manera que en las listas que se han conservado hasta el dia de hoy tocantes al estado militar de los españoles en aquella época se lée expresamente que el alano llamado *Becerrillo* siendo yá inválido ganaba dos reales al mes, suma, *añade*, considerable en aquel tiempo, pero recompensa muy debida á las empresas marciales y á los innumerables triunfos de tan intrépido guerrero. »

¿Que le parece á V.....? No écha de ver, pregunto, *en este prest y en esos dos reales al mes* con que nuestra Corte premiaba al inválido *Becerrillo* no sé que semejanza con la higuera silvestre de la cueva de Caribdis de que hablamos poco ha, ó con aquella frondosa enramada del verde y delicioso prado en que iban á celebrarse las bodas que tan caras costaron al rico Camacho? Sin embargo, el autor de esta puntual y curiosísima anécdota no escribe fábulas morales ó entretenídos episódios como Cervantes y Homero, sino severas reflecsiones históricas y críticas, que manan, segun afirma, del fondo de una filosofia imparcial y síncera, como de una fuente pura y cristalina.

Aunque pues tan despreciable sátira no merezca en realidad ninguna respuesta, concederé de buena fé á su autor, que viendo Colón y uno que otro de sus compañeros, que con un puñado de españoles habían de embestir á un ejército inumerable de índios, y que si quedaban vencidos en el combate serían tratados con la mayor inhumanidad, y léjos de poderse prometer ninguno de los preciosos consuelos que el derecho de gentes ofrece á los prisioneros, no debían esperar otra suerte que la de ser al instante degollados, de ser al instante sacrificados á sus ídolos, y luego asados y comidos: concederé, repito, que la vista de tan horrible perspectíva los impelió á reforzar sus lineas con algunos mastines, los cuales echándose repentinamente sobre los enemigos en el princípio de la batalla desordenásen sus huestes y abriésen ellas una ancha puerta por donde pudiese internarse con menos peligro nuestro escuadron. Aun

haré mas en prueba de mi sinceridad. Por que no emprenderé poner á cubierto la conducta de Colon en lo perteneciente á este punto. Sé, no obstante que escritores muy clásicos le defienden con el ejemplo de los griegos y romanos, quienes, como es notório, se servían en sus guerras de elefantes, y por su médio causaban no pocas veces lastimosos estragos en el ejército enemigo. Sé tambien que otros citan en abono de aquél insigne Almirante el estílo universalmente recibído en todas las naciones cultas de llevar al ataque seis ó siete mil caballos, cuya fiereza é impetu irresístible arrolla, pisa y destruye en pocos momentos columnas enteras de infantería. Las dos defensas son á la verdad plausibles; pero yo no haré uso de ninguna de ellas ni excusaré al General español, antes bien diré ingénuamente, que quisiera borrar aquel capítulo de entre los muchos y muy brillantes que comprende la história de sus inmortales proesas: diré así mismo que el servirse en la guerra de mastines es un estílo própio solo de la crueldad otomana, pero muy ageno de la dulzura y suavidad de nuestras costumbres. Diré por último, que no todos los médios de defensa son dignos de ser adoptados por nosotros: que un ejército cristiano debe detestar aun en el momento mismo de la batalla el feroz encarnizamiento á que se entregan las naciones que no conocen á nuestro Redentor, y que debemos dar siempre lugar en cuanto sea posible, a que los tiernos recuerdos del Evangélio repriman y emboten los ímpetus naturales de la cólera y venganza.

Y así vuelvo á repetir, que consiento que los escritores extrangeros critiquen y censuren en el particular la conducta de Colón y de sus compañeros de armas con tal que esta censura y esta crítica sean, como deban ser, quiero decir, ingénuas, moderadas, y sugerídas únicamente por el amor de la humanidad, y no por un ciego espíritu de partido, ó por un ódio extravagante contra la nacion española y americana. La accion de aquel inmortal descubridor de un nuevo mundo y conquistador de tantas islas, tuvo sin duda mucho de reprensible. Pero aquellos mismos escritores extran-

geros que hemos insinuado colman de elógios á vários generales antiguos, que sin hallarse en los gravísimos apuros, en el total desamparo, y en el inminente riezgo en que se encontraba nuestro Almirante cometieron actos infinitamente mas crueles. Un solo rasgo sublíme de los infinítos que formó Homero basta, dice Longino, para cubrir todos los defectos verdaderos é imaginados de la Yliada y Odisea; y yo digo, que las muchas y brillantes proesas de Colón, cuando no sean insuficientes para disculparle enteramente de sus descuidos, deben serlo á lo menos para dirminuirlos y casi hacerlos desaparecer á los ojos de la agradecída posteridad.

Es ademas una cosa muy ridícula y que ha de excitar la risa de todo hombre instruído en la história moderna ver, que un escritor francés, holandés ó inglés pondere y realze con tan vivos colores aquel hecho de nuestro general, pretendiendo que es la prueba mas auténtica de la inhumanidad española, y que ninguna otra nacion culta hubiera cometído una accion tan bárbara. ¿ Habrá nádie por ventura á quien al leer semejantes sátiras no se le enciénda luego la sangre? ¿Habrá quien no se indigne (disimuleseme este inocente desahogo,) no se indigne digo, de la mala fé y ponzoña que respiran? ¿Podrá nádie oir dichas sátiras de un inglés, de un holandés, ó de francés, sin que su memória le represente al instante mil tristes recuerdos del nuevo Canadá, de las fértiles costas de Malabar y Coromandel, de los amenísimos reynos de Bengala y del ríquísimo archipiélago de la Sonda y Malucas tan famoso y envidiado por sus riquísimas aromas? ¿Podrá oir, ó leer dichas sátiras sin ver al mismo tiempo casi todas aquellas províncias que acabo de nombrar, regadas muchas veces con la sangre de sus habitadores por los ejércitos y escuadras de las famosas compañías europeas?

Nuestra compañía del Asia ó de Filipínas, aunque tan censurada por algunos viageros modernos, es muy cierto que no ha hecho derramar hasta ahora ni una sola gota de sangre. ¿ Se dirá lo mismo de la compañía inglesa,

ú holandesa? ¡Ojalá pudierá decirse! Pero no es posible pensar en estos establecimientos ultramarínos, sin que se representen á nuestro espíritu las extorsiones y crueldades que han cometído los europeos en estos remotísimos paises. La imaginacion quiere volar ácia ellos y mucho antes de divisarlos á una gran distáncia, tropieza ya en el camino con unos monumentos que la hiéren y lastiman. Primeramente en médio de la vasta soledad del grande océano encuentra la pequeña isla de santa Helena, que no tanto ha servido alguna vez de escala á los navíos ingleses que volvían á Europa, cuanto de cárcel y destierro á los pobres bramas que habían tenido valor de contradecir los proyectos de la compañía. (a) Mas allá en la punta meridional de Africa, descubre el famoso cabo de Buena Esperanza, y al pasar por delante de tan célebre bahía y de la isla Robben que está casi pegada al continente, oye los tristes lamentos de los príncipes asiáticos á quienes los comerciantes holandeses han mantenído encerrados tan léjos de la pátria, ó por que se oponían á sus desígnios, ó por que pretendian romper las pesadas cadenas con que les habian cargado sus opresores, ó por que siendo índios de un nacimiento muy distinguido y de un talento no vulgar, podían con el tiempo haberse hecho sospechosos á la compañía.

No quiero, amigo, correr enteramente el velo ni permítir que mis lectores vean toda la deformidad de aquellos cuadros. Digo, mis lectores, por que no me opongo á que se impriman estas cartas en Europa ya que V, piensa que podrán proporcionar alguna utilidad á la juventud. Pero por lo mismo que estas lineas que voy formando han de servir un dia para la instruccion y desengaño de nuestros jóvenes, me siento ahora obligado á decir algo de un reciente suceso de que fue testigo toda Europa y que tanta impresion hizo en una de sus mas opulentas y populosas capitales. Vímos no ha mucho como un Gober-

(a) Véase el primero y segundo viage he Cook.

nador General, despues de haber hecho correr arroyos de lágrimas y de sangre por los campos que fertilizan el Yndo y el Ganges se retiraba como otro Verres á su pátria cubierto de laureles y deseoso de gozar tranquilamente del fruto de tantas extorsiones. Las inmensas riquezas que había atesorado en su gobierno; la grande fama que habia adquirído con su extraordinário talento y rara fidelidad; los honores y prémios con que lo habían distinguido sus paisanos, y la alta dignidad á que lo había elevado el Monarca; todas estas cosas juntas parecían prometerle que en el último tércio de su vida le correrían incesantemente unos dias quietos y deliciosos, sin que la mas pequeña nube de tristeza ó congoja llegase á perturbar ni por un solo momento su constante serenidad. Esta alhagueña esperanza debió de fortalecerse y aumentarse infinito á sus ojos, y aún á los ojos de todos, cuando despues de un largo debate logró triunfar completamente de sus émulos, y hacer que el respetabílisimo tribunal, á quien se había encargado su residéncia no oyese con la debida claridad las penetrantes quéjas de tantos millares de víctimas.

! Pero que pronto y de que manera tan horrible se disipó la ilusion de aquellas tan lizongeras y aparentes, como en realidad infundadas esperanzas! La conciéncia es un tribunal terrible que sigue por todas partes al hombre cruel, al hombre avaro y sobérbio: es un tribunal inflexible que pronúncia siempre con arreglo á la mas severa justícia, y de cuyos irrevocables decretos no se puede en manera alguna apelar. Muy en vano el indicado General se esforzaba en sofocar los gritos de aquel Tribunal supremo que lo había de antemano condenado. Estos gritos por mas que hiciese resonaban de contínuo en su alma, la llenaban de perturbacion y asombro, y no le permitían un rato de descanso. La música, la caza, el paseo, el juego la vista pintoresca de los bosques, el aire embalsamado de los jardines; el dulce murmullo de las fuentes y el curso tranquilo y magestuoso de los rios, fueron los médios de que siguiendo el parecer de sus médicos y amígos se valió mil

veces para distraerse y suavisar un poco las amargas y funestas ideas que tanto le oprimían.

Pero fueron unos médios inútiles. (a) Semejante al Orestes de la fábula se hallaba en una continua agitacion. No podía sufrir la luz del dia: se retiraba á algun lugar solitário á esperar la noche, deseaba con impaciéncia que llegáse, y cuando en efecto había llegado, veía con extremo desconsuelo, que así como es ella para los demas hombres un dulce y divino lenitívo que adormece y suspende todas sus penas, á él al contrário se las despertaba, se las irritaba y enconaba, figurándosele que al favor de la luz dudosa de la luna y de las estrellas, venían á rodear su cama los horrorosos espectros de los infelices, á quienes había hecho perecer en las dichosas, ántes que el las pisase, riberas del Asia. Finalmente, no pudiendo aguantar tan atroz y tan inevitable martírio y entregandose ya sin resisténcia á todo el exceso de su desesperacion, se enterró en un cuarto de su magnífica y deliciosisíma quinta y abriendose el pecho con una navaja que encontró á mano, fue verdugo de sí mismo, y puso fin á su vida manchada con tantos crímenes.

Así acabó aquel célebre Gobernador General dando en su muerte y en los últimos años que la precedieron una terrible pero utilísima leccion á todos los europeos que llevados de la avarícia ó ambicion mas pronto que del deseo de servir á su pátria y á su soberano, viniéren en lo sucesivo á administrar y regir las remotas y opulentas províncias de una y otra índia. Un cónsul de la misma nacion á que perteneció el infeliz suícida, me aseguró que los criados habiendo á la mañana siguiente acordado de abrir á viva fuerza su cuarto temerosos de un triste suceso, hallaron á su amo bañado en su própia sangre, y teniendo todavía en la mano derecha el cuchillo homicída, y que repararon así mismo, que encima de un bufete había una nota escrita y firmada de su letra en la que declaraba, cómo

(a) Véase a Eduardo Malo de Luque tom. 2 art. 1 del apéndice.

había practicado por espácio de muchos meses las mas exquisitas diligéncias para disminuir ó mitigar los crueles dolores en que su alma estaba á todas horas como abismada: que sin embargo ningun otro fruto había sacado de tantos desvelos, sino la triste y funestísima experiéncia y desengaño de que su extrema melancolía y abatimiento era absolutamente irremediable; y que asi determinaba aprovecharse del siléncio y soledad de aquella noche para despedazar con sus própias manos la máquina ya tan débil de su cuerpo, sin aguardar á que se cayése por sí misma consumida y deshecha poco á poco con el fuego lento de tan aservas congojas.

Le pido á V, amígo, que me permita ahora arrimar á tan horrible pintura, el hermoso y risueño cuadro de la muerte de un Gefe español no menos ilustre que el antecedente; y como él Governador General de un gran número de colonias europeas y conquistador de riquísimas y vastísimas províncias. Hablo del famoso Hernan Cortés, cuyo testamento otorgado en los postreros dias de su vida tengo ahora abierto sobre la própia mesa en que escribo esta carta. ¡Qué diferéncia entre nuestro héroe y aquel desgraciado suicída! Cortés, viéndose gravemente enfermo, mira la vecina muerte sin horror; por que, como dice muy juiciosamente un célebre filósofo moderno, *no hay razon para temerla tanto, cuando se ha vivido de modo que no se deban temer sus resultas.* Sin embargo, está muy léjos de quererla acelerar ni un solo instante; pues sabe que la vida es una espécie de guárdia, en que Dios coloca al hombre desde que entra en este mundo, y que por lo mismo no podemos abandonarla, hasta el preciso momento en que aquel supremo Emperador de todo lo criado se sirva llamarnos.

No perturba á Cortés en tan crítico lance la memória de las conquistas ejecutadas por su invencible brazo; antes bien se consuela con la seguridad de que ha hecho cuanto le ha sido dable para reparar las faltas á que le habían conducído su demasiada condecendéncia, la vivesa natural

de su génio y el exceso de un zelo que aunque reprensible en su aplicacion y efectos, había dimanado de una causa, al parecer inocente. Convencído de que la divina voluntad determinaba que muriése en las oríllas del Guadalquivir, tiende su vista desde aquellas fértiles ribéras hasta la costa occidental del seno mejicano, y se complace en mirar el indeble monumento que él había erigído con su mano á la Cruz de Jesucristo, en el único puerto seguro de dicha Costa: como para obligar á los europeos á que antes de saltar en tierra se acordásen de la dulzura, compasion y caridad con que debían tratar á estos naturales. Tambien le servía de singularísima satisfaccion contemplar la prosperidad con que iba creciendo á un lado de la gran laguna de Méjico ésta brillante metrópoli, que le respetaba y amaba, como á su protector y padre; y sobre todo, ver levantado ya en su plaza mayor un sagrado oratório, cuyos cimientos había abierto el mismo, imitando el ejemplo del gran Constantíno. No podía mirar de léjos este edificio de la Religion, sin que se le víniese luego á la memória, que por su suelo en otro tiempo impuro había visto correr la sangre de inumerables víctimas humanas, sacrificadas bárbaramente todos los dias al infame ídolo Vitzilipuztli. Daba pues mil tiernas y expresivas grácias á su Didivina Magestad, de que hubiese tenido á bien valerse de él como de instrumento, para hacer cesar del todo una costumbre, que deshonraba la espécie humana y prefería esta inestimable dicha, á todas las infinítas palmas, que le habían grangeado sus empresas militares. Por último, acababan de calmar todas las inquietudes de su espíritu y de su corazon, los singulares esfuerzos que había hecho, las prudentes y eficaces medidas que había tomado, y los sábios y utílisimos consejos que había sugerído al Emperador Carlos V. para aumentar y asegurar la felicidad de los índios y compensarles con la dulzura del gobierno, con la suavidad de las leyes; y las ventajas de los privilégios, las inevitables desgrácias que les había causado el furor inseparable de la guerra.

Que gusto me dá á mí ahora leer en un párrafo del expresado testamento, como el anciano héroe encarga cuan encarecidamente puede á Don Martin Cortés su hijo y sucesor, que trate á los vasallos de Méjico y Oaxaca con la mayor dulzura y cariño, y que léjos de causarles alguna nueva pesadumbre ó moléstia, les dé entera y cumplida satisfaccion de las que averiguáre que se les habían hecho en tiempos anteriores: que cuide de que tengan buenos ministros los cuales les instruyan con zelo, paciéncia y caridad, y que no toque por ningun título, ni un solo maravedis de los diezmos y primícias que le pertenezcan, hasta haberse asegurado, que en todos los insinuados pueblos hay Iglésias de fábrica decente y provistas de los vasos y ornamentos necesários para el Culto! Qué gusto me dá leer en otro párrafo, que es el del numero 13 del referido testamento como manda, que á sus expensas se edifique y dote en la villa de Cuyoacan distante solas tres leguas de esta capital un Colégio y Seminário, donde un competente número de jovenes aprendan las ciéncias mas útiles, *á fin de que* (son sus palabras) *haya en nueva España hombres doctos que rijan las Iglésias y formen e instruyan á quellos naturales!* Finalmente para que no parezca que me difundo demasiado en este punto; que gusto me causa óir las órdenes terminantes, que en el párrafo cuarto y séptimo de su ya citada última disposicion repite Cortés, para que verificada su muerte, sus huesos sean trasladados sin pérdida de tiempo á su amada província de Méjico y colocados en el Convento de Religiosas, que el mísmo había fundado y dotado con la mira de que no faltásen nunca algunas almas sencillas, que dia y noche levantásen á Dios sus corazones puros y sus manos inocentes para atraer sobre los mejicanos toda suerte de prosperidades y bendiciones! Muchas cosas mas podría añadír á este propósito, si lo consintiéra la estrecheza de una carta, ó no me precisara á contentarme ahora con haber tirado solo las primeras líneas del puntual y fiel retrato, que ideaba formar.

Pero éste aunque tan imperfecto bosquejo basta ya para dar á conocer la ridícula parcialidad y singular injustícia con que algunos autores extrangeros han hablado de este grande hombre. ¿ Quién por ejémplo dejará de ver muy claras señales de esta injustícia y de esta parcialidad en el autor del espíritu de las leyes, cuando olvidándose de la finura y urbanidad nacional de que tanto se précia, habla del inmortal Conquistador de la nueva España con unas expresiones tan bajas (a) que mas parecen dignas de la educacion de los antiguos galos, que del estílo de los modernos franceses?

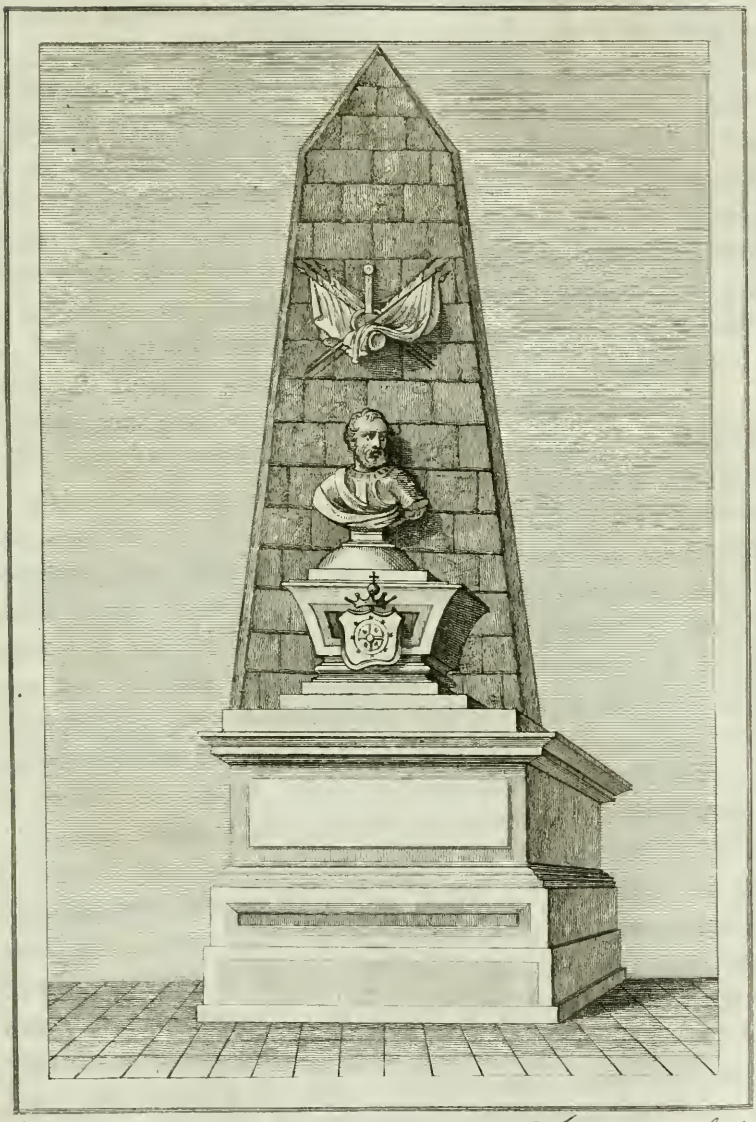
Pero aunque Montesquîeu y otros escritores semejantes hayan procurado infamar la memória de Cortés; esta no obstante ha recibído y recibe todos los dias el homenage y tributo mas lizonjero y menos sospechoso. Los índios mejicanos y otomites, que habitan en gran número por los arrabales y contornos de esta ciudad y que decienden por linea recta de los que poblaban la antigua tenuchtitlan, ó corte de Motezuma; nunca hablan de su famoso conquistador, si no con palabras que dan á entender el grande respeto y admiracion que le profesan. Todos fuimos testigos no hace muchos años de la sinceridad de estas expresiones; pues habiendo determinado el Virey Conde de Revíllagigedo, que los huesos de Cortés fuesen trasladados de la Iglésia de san Francisco en donde-se habían, casi tres siglos antes, depositado al mausoleo que se le acababa de crigir en el templo del hospital llamadó de *Jesus*: el dia de la pompa fúnebre acudieron de todas partes infinítos índios que presidídos de sus Gobernadores, y caciques y desplegando al aire los pendones de sus repúblicas, acompañaban con gran modéstia el féretro y mostraban que no querían ceder á los mismos españoles en honrar los preciosos restos de tan ilustre General. Este sencillo testimónio es sin duda el mejor elógio de Cortés, y muy suficiente para vindicarle de la maligna sátira de tanto escritor extrangero.

(a) Lib. XV. cap. IV.

Uno de estos críticos y quizá el menos moderado de todos advirte que la memória de los conquistadores se conserva ordinariamente en los pueblos conquistados del mismo modo y por la mísma razon, que nos acordamos de las inundaciones, de los incéndios y de las pestes que hemos sufrido.

¡Cuan glorióso es pues para nuestro General formar escepcion á esta regla! En efecto, despues de haber conquistado este vasto império; despues de haber con su intrépido valor y vigiláncia obligado á sus naturales á deponer para siempre las armas; despues de haber fundado esta gran metrópoli del nuevo mundo, y haberla dado leyes y consejos muy sábios, muy prudentes y muy á propósito para hacer olvidar los males de la guerra y establecer entre españoles é índios una recíproca y amistosa confianza: se quedó á vivir entre ellos como un padre en médio de sus hijos. Si alguna vez en tan largo espácio de tiempo, pareció alterarse esta saludable confianza y fermentar secretamente el antiguo ódio y rencor; estas violentas agitaciones duraron muy poco, y semejantes á los uracanes y borrascas del verano, fueron inmediatamente seguidas de una perfecta calma y serenidad, que restableció las cosas á su primera situacion. Pero ni aun aquellos breves contratiempos deben atribuirse tanto á la demasiada vivesa de Cortés, como á la imprudéncia y mala voluntad de sus émulos y rivales; á la muchedumbre de objetos gravísimos á que había de atender; á su delicada y crítica situacion; y tambien al espíritu general de aquel siglo, que era á la verdad un poco romanesco.

La prueba mas auténtica del buen corazon, del ánimo generoso y de los sentimientos suaves y humanos de nuestro General es el constante amor que profesó á los mejicanos, despues de haberlos sometído á la dominacion española: es el haber perorado con tan grande ardor la causa de ellos en la Corte del Emperador Carlos V: es el haber derramado á manos llenas una parte sumamente considerable de sus tesoros para procurar en lo sucesivo á estos



Saavedra en Chug. *Arimanino Sculp*

EX MUSEO AUCTORIS

naturales todos los consuelos y alívios que dependían de su arbítrio: es el haber dejado su pátria para buscar con sus hijos y famílía, como el ateniense Miltiades la compañía de los mismos que había vencido.: es por último, el haber mandado expresamente en los últimos momentos de su vida, que ya que no tenía el deseado consuelo de morir en Méjico; sus huesos fuesen llevados á dicha capital, como en efecto lo fueron, descansando ahora en el centro de esta gran ciudad, que es enteramente obra suya, y en la Iglésia de un hospital, que él igualmente dotó y fundó: de modo que así viageros como naturales, no pueden jamas tender la vista sobre aquel sepulcro, sin llenarse interiormente de veneracion ácia los despojos del héroe que encierra; ni pensar nunca en sus estrepitosas y dificiles conquistas, sin acordarse al mismo tiempo de su compasion, humanidad y beneficéncia para con los índios que había vencido.

No me maravillaré yo, de que algun lector extrangero, si por casualidad llega á sus manos esta carta me tenga por escritor apasionado. Pero en este caso le pido encarecidamente, que desconfiando por un instante de las inmoderadas sátiras de algunos de sus paisanos exâmine este escrito á la luz de una crítica juiciosa y prudente; para que vea que no he proferido expresion alguna que no esté comprobada con documentos auténticos y de todo punto incontestables. Mi peticion es justa; y un lector amante de la verdad no podrá menos de admitirla con aprécio.

Vuelvo ahora á los excesos de que se pretende hacer reo á Colon. No he querido entrar en el por menor de esta disputa; por que no tengo en órden á los hechos de aquel almirante, unas noticias tan puntuales y exâctas, como las tengo en órden á Cortés. Sin embargo no me faltan las suficientes para asegurar, primero: que dichos excesos fueron notablemente exâgerados por la conocída emulacion, ó mas bien diré envídia del siglo décimo sexto contra el nombre español, conforme lo demuestra Don Juan de Nuix, y el ilustre escritor, que quiso inútilmente ocultarse, bajo el

nombre de Eduardo Malo de Luque (a). Segundo: que Colon no fue español, como es notório, sino genovés; y que en ciertos lances se tomó la libartad de apartarse de las instrucciones y órdenes que se le habían dado. Tercero: que si aquel primer descubridor y poblador de la América, no fue siempre tan moderado y clemente como debía; ninguna de sus tropelias ó demasías logró jamas la aprobacion de las leyes, ó el apoyo de los reyes católicos Don Fernando y Doña Ysabél, que eran entonces los soberanos de España. ¿Y qué digo aprobacion y apoyo? cuando es tan cierto que excitaron en sus ánimos piadosos el mas vivo dolor é indignacíon; y al fin fueron causa de que mandasen poner preso al referído Almirante?

Para prueba de esta verdad véase, ruego, este solo hecho en el què convienen todos los escritores de aquel tiempo. Llevó Colon á España vários americanos que habían quedado prisioneros en una batalla; y apenas puso el pie en la Corte, cuando los distribuyó entre algunos principales señores. Se lizonjeaba Cólon, que ademas de grangearse con tan exquisito presente muchos y muy buenos amigos, se adelantaría considerablemente en la buena grácia de los dos Monarcas, poniéndoles á la vista un tan ilustre testimónio de los brillantes triunfos, que lograban las armas españolas en estos remotísimos paises, á donde ninguna otra nacion de Europa había llegado. Pero ¡cuán mal juzgaba el general italiano del compasivo corazon de nuestros reyes! Doña Ysabél, á quien se dió poco despues el glorioso y envidiable renombre de *Madre de los índios* no pudo mirar en su capital aquellos pobres y sencillos isleños, sin enternecerse sobre manera; y de acuerdo con su augusto esposo mandó sériamente á Colon, que los restituyése luego á la América, condenándole ademas á pagar los gastos del viage. ¡Providéncia justísima y digna por cierto de las mayores alabanzas! con la que no solo dió nuestra Reyna

(a) Nuix Reflecsiones imparciales. *Duque de Almodobar* história política de los establecimientos ultramarinos.

una excelente leccion de humanidad á aquel famoso Almirante: sino que cerró de una vez y para siempre la puerta á la ciega ambicion y cruel avarícia de algunos particulares de su ejército. Méjico 29 de Setiembre de 1805.

CARTA XVI.

Indecentes y pueriles cargos que el autor del espíritu de las leyes hace á España. Especial cariño que los reyes Católicos mostraron á estos índios ya desde el principio de la conquista. En qué sentído decía el famoso Gines de Sepulveda que los índios eran naturalmente esclavos. Insigne ejémplo de humanidad que dió Hernan Cortés en su último testamento.

Muy Señor mio y amigo: la carta de hoy pondrá fin á la espécie de ensayo apologético que he procurado bosquejar en mis anteriores, refiriendo algunas de las mas groseras y mas indecentes sátiras con que no pocos escritores extrangeros hablan así de nuestras conquistas de América como del modo con que segun ellos tratamos en lo antiguo y continuamos á tratar hasta el presente las numerosas naciones y tribus de índios que rodean por todas partes estas poblaciones.

No se me oculta que mil otros escritores que he dejado de nombrar, son no menos enemigos nuestros que aquellos pocos de quienes he hecho expresa mencion. Pero debe advertirse, que esto a sido ó por que no tenía á mano sus obras; ó por que lo que decían los últimos era una simple repeticion, de lo que ya habían dicho los primeros, ó en fin por que las mas de las insinuadas invectivas me parecieron escritas con una ligereza que no merece que nádie se tome la pena de impugnarlas directamente. Podrán servir de ejemplo las reflecciones de Marmontel sobre los *Incas*. Bien sé que este libro ha logrado grande aplauso en Europa. Pero, ¿ que necesidad hay de refutarlo, cuando es tan claro que quitándole los adornos

postisos de elocuéncia con que lo engalanó su autor, no queda de él otra cosa sino un despreciable tejido de errores palpables, y de manifiéstas y groserisimas contradicciones? *Los Incas* de Marmontel pasan en el Perù por una novela elegante, aunque llena de ponzoña, del mismo modo que en el Canadá se lee el famoso diálogo del Baron de Hontan, como un romance ameno, pero inverosimil, y en sumo grado malicioso. Lo que acabo de afirmar de Marmontel puede aplicarse con mas ó menos propiedad á casi todos los demas escritores *antiespañoles* de quienes no he hablado en mis cartas.

Uno hay pero á quien no debo ciertamente confundír en dicho número. Este es, quien lo creyerá? es, repito, el célebre Montesquieu del cual debemos igualmente maravillarnos y quejarnos, en atencion á que deseando ser tenido por filósofo tan grave, y por tan profundo político, haya no obstante tratado de nuestras cosas de América, con una animosidad, y con un desprécio tan extravagante, que solo se podría tolerar en alguno de estos autores éfimeros y superficiales, que el manifiesta despreciar tanto en el *Espíritu de las leyes.*

Son muchos y muy ridículos los cargos con que aquel *austero è inflecsible presidente* se ha dignado de honrarnos y que ha esparcído con singular disimulo en vários capítulos de su obra favorita; pero yo he elegído no mas de dos, que propondré aqui separadamente.

Sea pues el primiero el que se lee en el capítulo diez y ocho del libro octavo del citado espíritu de las leyes. Hablando Montesquieu en aquel lugar de los caractéres própios de una Monarquía dice lo siguiente con su acostumbrado tono de oráculo. Nádie me cite à España. Su ejemplo prueba mas presto lo que yo digo. A fin de guardar para si la América, hizo lo que nunca ha hecho el mismo despotísmo, destruir los antiguos habitadores: *Sancte,* dirá V, *quis non hæc Jupiter exclamat simul atque audivit?*

Tengo por muy cierto, que aunque el presente siglo se muestra tan apasionado al político francés, con todo si

fuese posible que el y yo nos presentásemos delante de un Tribunal de hombres verdaderaménte sábios, rogándole que decidiésen y terminasen esta causa, condenarían sin dilacion al primero, aumque no fuera sino por que no deduce ninguna prueba de lo que afirma tan en perjuício del buen nombre y honor de toda una grande nacion. En efecto, los princípios de justicia y de equidad escritos con caractéres indelebles en nuestra alma, y aprobados concordemente por todos los hombres civilisados y salvages, nos enseñan que es una accion fea y despreciable infamar á nádie, sino quando ademas de precisarnos á ello una causa sumamente justa, podemos citar testigos muy abonados. Nada pues añadiré yo aqui, en órden al bárbaro y maquiabelico proyecto que Montesquieu atribuye á nuestros mayores, acusándoles de que temiendo que sus inmensas conquistas en el nuevo mundo, á la larga vendrían á escapárseles, digamoslo así, de entre las manos, determinaron, hacer de las dos Américas antes que esto sucediese, un solo vastísimo desierto.

Qué vergonzoso es para un orador, dice Ciceron, *acusar á otro de un crimen que este puede rechazar facilmente con un solo*; No hay tal *con el que como si le echase un tapaboca, le obligue á que calle y confiese con su siléncio lo inconsiderado é injusto de la pretendida acusacion*! Y que se diría, pregunto, si esto própio sucediése no á un orador, sino á un filósofo: y no á un filósofo como quiera, sino á quien, como Montesquieu, asegurase de sí mismo, que había empleado veinte años contínuos en averiguar y examinar la história civil y política de todas las naciones en particular, primero que desplegáse los lábios para hablar del espíritu general de las leyes? A V. dejo, amigo, el cuidado de responder á esta pregunta: y yo concluyo lo perteneciente al referído primer cargo diciendo con Robertson: *Que por el honor del género humano debe observarse, como en ninguna época ha habido nacion tan bárbara que deliberadamente y con entero conocimiento, formase jamas un proyecto*

tan excecrable, cual lo hubiera sido el que el autor del espíritu de las leyes parece atribuir á los conquistadores de la América.

El segundo cargo que nos hace Montesquieu, se halla en el capítulo tercero libro quince de la citada obra, y se reduce á decir, que nuestra corte intentò despojar á los índios recien conquistados de su natural y primitíva libertad, en lo que parece que Montesquieu se contradíce á sí mismo, pues conforme acabamos de ver, dejó escrito en el capitulo diez y ocho del libro octavo, que el verdadero proyecto de España habia sido destruir los primitívos habitadores de América, á fin de quitarles de una sola vez y para siempre todos los pretestos y motivos de rebelion.

Mas pasando en siléncio este que en realidad parece gran defecto, dígo: que el segundo cargo que nos hace Montesquieu, bien que en si no sea tan fuerte y atroz como el primero, en el modo y circumtáncias lo es quizá mucho mas. Y á fin de que se vea que lo digo con fundamento procuraré, segun mi costumbre, traducir fielmente sus palabras que son las signientes: — Lopez de Gama dice: que los españoles hallaron cerca de Santa Marta algunas canastas, dónde los naturales tenían sus tesoros y provisiones. Consistían estas en cangrejos, cigarras, limazos y langostas. Los vencedores formaron de ello un crimen á los vencidos. El autor, *prosigue Montesquieu*, confiesa, qué sobre esto se fundó el derecho que hacía á los americanos esclavos de los españoles; ademas de que fumaban tabaco, y no se hacían la barba á la española. Valiéndose aquí de uno de aquellos *inocentes artificios* que tanto celebra Alambert, no expresa quienes fueron los que levantaron sobre tan débiles cimientos, el imaginário derecho de reducir á esclavitud á los americanos. ¿Se atribuirá pues aquella enorme falta de raciocínio á los jurisconsultos de nuestra Corte, ó á los militares aventureros que conquistaron aquella província, esto es, la de santa Marta? Nada absolutamente responde Montesquieu sobre el particular *á*

los lectores vulgares. Pero en cuanto *á los sábios*, se descubre y manifiesta lo suficiente para que hechen de ver, que la mencionada acusacion no tanto debe dirigirse contra algunos particulares, quanto contra toda la nacion española. Por que luego de haber referído aquellas memorables expresiones, que segun dice, copió del tomo XIII de la Biblioteca inglesa, sin detenerse un solo momento á examinar la verisimilitud o falsedad del hecho, y sin dar tiempo para que se reflecsione cuan fuera de camino vá el decir, que un gabinete de Europa se valiése de motivos tan frívolos y pueríles, quando tenía á mano otros muchos infinitamente mas plausibles, prorumpe de repente en esta gravísima senténcia: *Los conocimientos* dice *grangean al hombre una condicion dulce y blanda*; *la razon lleva á la humanidad, á la que solo las preocupaciones nos hacen renunciar.*

Estoy seguro de que este tono firme y decisivo con que se explica Montesquieu, es el que ha contribuído mas que nada á seducir algunos erudítos, los cuales deslumbrados por la aparente brillantés de su estílo, no han considerado que en asuntos de tanta importáncia, no se debe nunca mirar á la autoridad y fama del escritor ó crítico por grande que sea, sino á las razones y testimónios en que funda lo que asegura ó escribe. Yo pues que no amo sino la pura verdad, y que no obstante de las injúrias con que nos honra el filósofo francés, me junto de buen corazon á los que aplauden su extraordinário talento; apuntaré aquí con la mayor ingenuidad, lo que pasó realmente tanto en la América como en España, en órden á hacer ó no esclavos á los índios.

Y lo que afirmo en primer lugar es que los dos reyes Católicos ya desde el princípio de nuestros ruidosos descubrimientos en las islas de América, manifestáron cuan particular cariño les merecían estos naturales, pues mandaron expresamente, que no solo fuesen libres, sino que gozasen iguales y aun mayores privilégios que los demas vasallos. Añado, que este constante amor y cariño no se desmin-

tió nunca. Quedan todavía en el código americano algunas constituciones de aquellos dos Monarcas, de las cuales es fácil colegir, cómo en médio de sus contínuos y gravísimos negócios, nunca perdían de vista á estos súbditos, y que su amor les sugería incesantemente nuevos médios con que ponerles al abrigo de todo ataque y opresion. Vímos en la carta antécedente el riguroso decreto que expídió la Reyna Doña Ysabél, para que los pobres americanos que Colon había llevado á España fuesen sín pérdida de tiempo restituidos á sus hogares. Y podemos ahora asegurar con toda confianza, que sí el digno real esposo de aquella compasiva Princesa, quitó al cabo de algunos años el mando de la América al general italiano, no lo hizo de puro desagradecido, interesado ó zeloso, como lo supone Robertson, sino por que llegaron finalmente á sus oidos desde Santo Domingo, Puertorico y Jamaica muy repetídas y sentidas quejas de la desmedída dureza y poca humanidad con que aquel famoso Gefe trataba á estos remotos isleños.

Pero tal es la suerte de las grandes Monarquías especialmentie de las que tienen colonias opulentas en regiones muy distantes de la metrópoli, que sin embargo del heróico desvelo de unos Príncipes tan humanos, no dejaron de cometerse ya en su tiempo vários excesos contra la libertad de los índios. Por que primeramente sus decretos, bíen que tan ejecutívos perdían algunas veces su fuerza en la distáncia, como dice elegantemente Solís *al modo que la flecha se deja caer á vista del blanco, quando se aparta sobradamente del braczo que la encamína.* Y á mas de esto sabemos, que la codícia ha sido en todos tiempos, lo mismo que es ahora; quiero decir, una pasion alhagueña y dulce en la apariéncia, pero en el fondo indómita y feróz: una pasion que se irrita comunmente y toma mayor incremento en razon de los mismos ostáculos que se la oponen, y que como pueda, rompe todos los frenos con que la Religion y el gobierno pretenden en vano reprimirla.

No se busque pues otro orígen de las verdaderas tropelias que se cometieron en unas islas tan apartadas de Es-

paña y en cuyas riberas y montañas veían los conquistadores brillar incesantemente el funesto resplendor del oro y de la plata.

Iamque nocens ferrum, ferroque nocentius aurum.
Prodierat; prodiit bellum quod pugnat utroque.

De una parte aquellas riquezas produjeron en el ánimo de no pocos aventureros y militares, su mas ordinário efecto que es fomentar y enardecer el vehemente deseo de ir adquiriendo siempre nuevos tesoros. Y de otro lado la escacés de notícias y la confusion inevitable en todos los primeros descubrimientos y entradas; un cierto espíritu de anarquía que nunca deja de llevar tras sí cualquier conquista, por moderada y justa que sea, y sobre todo, como he dicho, la inmensa distáncia en que aquellas recientes colonias se hallaban de la metrópoli; facilitaron várias veces á los pobladores europeos un atrevimiento y una impunidad, que no hay duda sino que fue muy perjudicial al bien de aquellos isleños. ¡Pobres índios! (permítaseme exclamar de este modo) la grata fertilidad del suelo pátrio, que para otras naciones es un manantial inagotable de prosperidad y de dicha, era para vosotros origen de grandes desgrácias! Ricos con los bienes que la naturaleza os ofrecía á manos llénas, y sin ningun trabajo la criminal avarícia de algunos molestos huéspedes os arrancaba de vuestras solitárias chozas, obligandoos á buscar con el sudor de vuestro rostro ese mismo oro, que vosotros con tanta razon despreciabais, por que el desenfrenado lujo de los pueblos civilisados no había aun inundado vuestro país! Pobres índios! vuelvo á repetir, tenias á la verdad en España no tanto un amo, como un padre muy tierno; el cual de lo alto de su augusto trono cubierto recientemente de palmas y laureles, tendía á menudo la vista y las manos ácia vosotros y cuidadoso é inquieto por vuestra suerte formaba instrucciones, promulgaba leyes y aplicaba diferentes médios, para prevenir ó suavizar vuestros males. ¿Pero de que os

aprovechaba esto por entonces si el interés y osadía de algunos de vuestros huéspedes, dejaba en gran parte burlados los amantes desvelos de tan benéfico Monarca y de sus zelosos Ministros? Pero volvamos á nuestro asunto.

En que juício cabe atribuir á nuestra Corte unos excesos que nacían únicamente de la codícia de algunos particulares? Estos teniendo á la sazon en las manos unas armas victoriosas; viéndose esparcídos á pelotones en el fondo de inmensos bosques, ó de interminables cordilleras y llanuras; y considerándose á dos mil leguas de distáncia de los Tribunales, se imaginaban que podrían libremente y sin temor de ser descubiertos contentar una pasion, que como la ardiente sed de un hidrópico es de suyo insaciable y solo se deja vencer por la constante y porfiada resisténcia. Así piensan comunmente los hombres de cualquiera nacion ó país, cuando despreciando los amables consejos de la religion, y no haciendo caso de las voces de la humanidad y del honor se dejan llevar ciegamente por los estímulos de las pasiones; y así en efecto pensaban y obraban (no lo debemos negar) algunos de los que viniêron á estas islas en compañía de Colon.

¿Pero nuestra Corte, pregunto, que parte tenía en estos excesos? Los mismos particulares que los cometían, procuraban ocultárselos con igual esmero y vigiláncia, que un reo de pena capital se esconde, huye y evita por todos los modos posibles el encuentro de aquellas personas que le presentarían, quisiése ó no quisiése, delante del magirtrado. Pasó pues mucho tiempo sin que en España se pudiésen saber de raíz los atentados que algunos pobladores cometían en las islas del seno mejicano. Finalmente los lamentos de los infelices que padecían allí una opresion violenta, llegaron á oirse distintamente en nuestra península. ¿Pero fueron acaso los mismos índios, fueron los escritores extrangeros los que llevaron hasta el pie del trono estas tristísimas y justísimas quejas? No ciertamente. Había aun en el corto número de aquellos aventureros pobladores y militares, algunos á quienes la co-

dícia no había podido seducir. Había aun en tan pequeño escuadron algunos españoles, que conforme escribe el Inca Garcilaso, trataban á los índios *como á sus própios hijos:* españoles dígnos verdaderamente de este nombre, pues no habían decaído de la noble generosidad y cleméncia de nuestros mayores. Ellos pues fueron los que tomaron á su cargo la defensa y proteccion de aquellos naturales, y tanto levantaron el grito, que lograron llegase á fijar la atencion de nuestros Soberanos, de sus ministros y de toda la nacion.

¿Y no es verdad, que á la primera notícia que tuvo Don Fernando el católico de estos inesperados crímenes, se enterneció sobre manera su corazon viendo que la Religion y la causa pública habían tenido que ceder al desmedido interés y antojo de los particulares? ¿No es verdad, que en aquel mismo momento empezó con singular energía á tomar las providéncias que le parecieron mas oportunas, para oponer un poderoso dique á tantos males? ¿No es verdad que esta misma extraordinária y firme eficácia, con que sin la menor dilacion quiso acudir al consuelo de los índios y enjugarlos con su real mano sus lágrimas, ofreció, segun decíamos arriba, un espácioso pretesto á algunos críticos extrangeros para que le tratásen de poco agradecído á Colon, el cual le había dado, conforme ellos dicen, nada menos que *el império de un nuevo mundo?* ¿Y no es verdad finalmente, que los pocos españoles inconsiderados ó crueles que había en las islas de América, vieron luego su conducta impugnada, afeada y desacreditada en todo extremo por sus própios paisanos de Europa? Pues si esto sucedió así, como en realidad sucedió, y como no lo pueden negar los que tanta ojerisa nos tienen, ¿quién, pregunto de nuevo, quien sino un escritor cegado enteramente por un extravavagante espíritu de partido, se atreverá á echar en rostro aquellos excesos á toda nuestra nacion?

En cuanto á mí aseguro, que no puedo contemplar por un rato las várias esenas pertenecientes á este punto y ejecutadas por aquel tiempo ya en España, ya en América,

sin irme insensiblemente tras la opinion del erudíto Abate Don Juan de Nuíx, el cual cree *que la misma humanidad de los españoles es una de las razones por que ha sido infamada nuestra nacion por algunas plumas estrangeras mientras se ha pintado á los demas europeos que tienen así mismo colonias en una y otra India, como unos pueblos dotados de singular clemencia y dulzura ácia sus vasallos ultramarínos.* Son en efecto muy sólidas las razones en que funda Nuix esta proposicion, aunque puede haber tal vez demasiado fuego en las reconvenciones que con dicho motivo dirige á los extrangeros. Me parece no obstante cierto que estos se dejan casi siempre llevar en la presente matéria, mas pronto de la pasion que de la razon; pues al paso que se encarnizan tanto contra España, nos ocultan con singular cuidado las faltas del mismo género que comete su nacion, aunque sean muy repetídas y enormes. Y á este propósito quiero ahora citar un ejemplo, que nádie juzgará traido, como dicen, por los cabellos.

Hace no mas de dos dias, que entreteniéndome con la lectura de cierto viagero moderno, á quien soy muy apasionado ví con grande sorpresa y complacéncia que su conocido amor al bien general de la humanidad le daba aliento para publicar *que sus paisanos de la pequeña colonia de ::::: le habían ocasionado el disgusto de ser testigo de la crueldad con que tratan á los esclavos negros.* Pero esta inesperada satisfaccion me duró muy poco; pues en otro escrito del própio autor hallé la nota siguiente, que contiene una palinodia de aquella tan laudable delacion. *Hay un error*, dice, *en la descripcion de ::::: que se halla en mí primier viage. Los habitantes de la colonia estan lejos de tratar cruelmente á sus esclavos á lo menos á sangre fria.* Sin embargo sabe toda la Europa, y lo sabe tambien la América, que la nacion de quien se había quejado aquel viagero no ha sido nada escrupulosa en el particular: que ella ha sido antes bien mas que ninguna otra, la que ha enviado infinítos navíos á las costas ardientes donde aquella casta numerosa de esclavos, logra

en médio de su miséria la envídiable suerte de nacer libre: que ella ha sido mas que ninguna otra, la que ha ido á comprarlos ó cogerlos, no como el sagrado derecho natural prescribe, sino como se lo han aconsejado los intereses mal entendidos del comércio. Ella es finalmente la que tantas veces sin dar muestras del menor escrúpulo, ha llenado de aquellos toscos pero inocentes naturales las lóbregas y apestadas bodegas de sus buques y despues los ha llevado á vender con el mismo poco miramiento é inhumanidad casi á todos los puntos del mundo conocído.

A lo que he dicho hasta aquí se me responderá ya lo veo, que España estuvo muy lejos de tratar a los índios con la dulzura y benignidad que me he vanamente esforzado a pintar; pues los anales y crónicas de aquellos tiempos publican sin rebozo que por espácio de muchos años fue opinion muy válida entre nosotros, que los antiguos americanos eran naturalmente esclavos, y que esta opinion no corrió solo por el vulgo, sino que halló acérrimos defensores entre los mas sábios nacionales. ¿Qué español, dirán, había entonces que en punto de erudicion y doctrina pudiese ponerse al par de Gines de Sepulveda? Sin embargo fue él quien sostuvo mas tenazmente que nádie, la supuesta natural esclavitud de los índios; fue quien intentó con grave escándalo de Europa privar á tantas naciones de salvages de un sagrado y precioso derecho con que la naturaleza ha honrado exclusivamente al hombre, como queriendo demostrar, que lo había criado para Rey y soberano de todo el mundo: fue por último quien autorizó con sus sofismas las enormes vejaciones causadas por los conquistadores y pobladores de América y quien tuvo valor para decirles en alta voz. *Los índios que habeis conquistado con la armas son vuestros esclavos: vuestra conciéncia no tendrá nunca motivo para reprenderos que les hayais tratado y continueis á tratarlos como tales.*

De este modo y aun con espresiones mas fuertes hablan no pocos estrangeros del insigne Sepulveda y quieren que su infámia recáiga sobre nuestra nacion, de la que era

él entonces respetado y consultado como una espécie de oráculo. Y aunque yo podía facilmente alejar y desvanecer todo ese negro nublado con que nos amenasan diciendo, que aquel grande hombre era un simple particular, y que así sus opiniones por extravagantes que fuesen, no deben ni pueden atribuirse á toda la nacion, y tanto menos cuanto esta por boca de su monarca el Emperador Carlos V. decidió aquella ruidosa disputa, como es notório á favor de los índios: con todo no quiero valerme de esta ventaja; antes bien me propongo demostrar con la mayor evidéncia que la mordaz crítica con que algunos atacan á Sepulveda, encierra una atroz y al mismo tiempo pueril calúmnia, que no tiene otro fundamento que el confundir y variar el sentido que aquel español daba constantemente á esta palabra *esclavitud*, cuando sostenía que los índios eran naturalménte esclavos. Le pido á V. que lea muy detenidamente lo que falta todavía de esta carta; pues yo me lizongeo que le ha de dar particular gusto el ver defendido con razones muy sólidas y que no admíten réplica, un sábio que tanto ilustró nuestra pátria y cuya fama quieren ahora algunos oscurecer y aun manchar sin mas ocasion ni motivo que haber sido español.

Era Sepulveda un hombre doctísimo y que con su extraordinária erudicion y talento, hacía honor no solo á España sino tambien a su siglo, como lo escribe el italíano Florido Sabino (a). Y aunque estaba versado casi igualmente en todas las ciéncias se había dedícado no obstante con singular esmero á cultivar y perfeccionar la filosofia que en aquel tiempo se llamaba *nueva* la que no era otra sino la de Aristóteles restituída á su primitivo explendor, y límpia de las infinítas manchas con que no habían cesado de afearla ya la poca perícia de los antiguos traductores, ya las muchas y ridículas sutilezas de los comentadores y sofistas modernos. En todas las academias de Europa celebraban á porfia á nuestro español, como el hombre que mas había trabajado en abrir un ancho camino, que facilitáse el

(a) Apolog, in ling latin calumniatores.

tratar con elegáncia, con gusto y aun con no despreciable provecho las opiniones del antiguo perípato; las que para decirlo así, á manera de un vasto campo erial, habían permanecido por tanto tiempo cubiertas enteramente de espinas y abrojos; pero subió todavía de punto la admiracion que tenía generalmente del talento y habilidad de Sepulveda y se repitieron con mayor aplauso sus alabanzas especialmente en Italia, cuando salieron á luz los libros de la política de Aristóteles, puestos por él en latin y enriquecidos de su mano con muchas notas y comentários de cuya obra dice expresamente Gabriel Naudeo (a), que será siempre muy estimada de los hombres de ingénio y talento. Y en efecto campea y sobre sale entodas sus páginas un conocimiento sumamente exâcto de la lengua griega, una elegáncia nada comun en el uso de la latina, y una vastísima erudicion de cuanto pertenece á las doctrinas de los filósofos de Atenas. Pero ¿pretendo yo por ventura teger aquí el elógio de Sepulveda? No: sino descubrir el verdadero manantial de donde nació su opinion sobre la natural esclavitud de los índios, paradoja de la que toman un pretesto tan injusto los estrangeros para reprenderle é infamarle.

Digo pues que habiendo aquel doctísimo español hecho constantemente su principal estúdio de las obras de Aristóteles, como lo confiesa el mismo, (b) á nádie debe parecer estraño que en la famosa disputa de que vamos hablando, defendiese con empeño, *que los índios eran naturalmente esclavos.* ¿Por que quién ignora que una de las proposiciones que el príncipe de la escuela peripatética mas se esfuerza á establecer es, que así como hay hombres que son por naturaleza libres, así al contrário hay otros que son por naturaleza esclavos? No pocos párrafos del primer libro de los políticos se emplean únicamente en persuadir esta proposícion. Y aunque ella choque en cierto modo con la razon, y aunque el autor del espíritu

(a) Bibliograp Polit. (b) Epist. lib. V 68.

de las leyes hable de la misma con el mayor desprécio, sin embargo bien considerada ni deja de tener algun aparente fundamento, ni favorece en manera alguna la tiranía ó violéncia.

Sepulveda pues, á imitacion del filósofo griego era de dictámen, que la naturaleza parecía haber destinado los índios para esclavos, segun bastantemente lo daban á entender sus limitadas luces, y su poco y débil manejo en todo lo que respecta á la economía y política. Añadía que por este motivo debía mirárseles como á unos hombres que en lo moral jamas salían de la infáncia, ó á lo menos no llegaban nunca á la edad perfecta. De lo que colegía, que así como á los niños no les hacemos ninguna injúria, sino que les procuramos un singular beneficio, teniéndolos bajo la direcion de padres y ayos; así tampoco se causaba perjuício a los índios, sujetándolos al domínio de los gobernadores y encomenderos, con tal que estos, como debía escrupulosamente procurarse, fuesen unos hombres juiciosos, dotados de un corazon noble y de sentimientos no viles é interesados, sino generosos y compasivos. Confiar los *americanos* al *domínio* de unos amos de tan relevantes círcunstáncias, le parecía á Sepulveda que era un expediente ventajoso á los mismos índios.

Pero ¿de que *domínio*, pregunto, hablaba? del mismo sin duda que establece Aristóteles en el lugar citado. De un domínio, quiero decir, ideado y bosquejado en cierto modo por la misma naturaleza que es no madrastra, sino verdadera madre de todos los hombres: de un domínio semejante al que el alma ejerce sobre el cuerpo (esta es su comparacion); de un domínio por último, que interesa no menos al esclavo que al dueño. La verdadera imagen de esta servidumbre y de este domínio quería Sepulveda que se buscase, no en la cruel y desnaturalizada tiranía de que habían dado ya entonces muy funestos ejemplos algunos europeos sino en la moderada y suave tutela de cuya sombra benéfica querían las antiguas leyes romanas, que no se separasen jamas en la vida las mugeres: lo querían,

digo, antes que el desenfreno del lujo asiático, el desórden y libertinage introducido por las guerras civíles y el loco capricho y antojo de los últimos emperadores, hubiesen aflojado y debilitado los principales resortes con que se había sostenido por tantos siglos la república. Los jurisconsultos modernos hallarán quizá que esta imagen no es del todo exacta. Lo confieso. Pero á mi me basta que ella nos dé una idea de lo que en efecto pretendía Sepulveda.

Deseaba pues este grande hombre, el cual no era menos humano y virtuoso, que docto y erudíto; deseaba que el domínio de los españoles, se fundase solo en la mútua utilidad, que segun el pensaba, había de resultar infaliblemente á favor de las dos naciones. ¿Y quién hablando con ingenuidad podrá estrañar que así pensase Sepulveda? ¿Quién negará que pueden darse casos bien que rarísimos en que la esclavitud sea ventajosa al mismo esclavo? Posidonio á lo menos atribuye á un raciocínio y á un princípio semejante el nacimiento de una cierta esclavitud, á la que la razon y la humanidad sufrieron sin la menor repugnáncia.= Huvo, dice, en lo antiguo algunos hombres, que sintiéndose destituídos de las luces de la adverténcia, y de la prevision que cada uno de nosotros ha menester para gobernarse á sí mismo, y para procurarse el necesário vestido y alimento; se entregaron espontáneamente á otros hombres, en quienes entreveían un entendimiento mas dispierto y una experiéncia mas ilustrada. La utilidad recíproca que esta espécie de convénio ofrecía tanto al amo como al esclavo y la mútua proporcion ó correspondéncia en que se hallaban las facultades espirituales, y materiales de uno y otro producían naturalmente entre los dos, *prosigue Posidonio*, una dulce inclinacion y benevoléncia que se acercaba mucho á la verdadera amistad. ¿Y Esta esclavitud, pregunto yo ahora, este domínio tan suave que es puntualmente el mismo que Aristóteles y Sepulveda pretendían establecer, no deberá por ventura llamarse *justo y honesto?* ¿A lo menos no se le podrá dar en cierto modo este título con tanta propiedad, como se concede por los jurisconsultos romanos á la

otra espécie de esclavitud, nacida solo de los usos y prácticas de la guerra, á aquella esclavitud, que ningun pueblo culto ha introducído ó permitído jamas, sino en consideracion del terrible orgullo, é indómita fiereza que la victória infunde á los hombres, la que sin este saludable freno, podía causar y hubiera ciertamente causado en todo el mundo estragos y desastres mucho mas crueles y sangrientos? ¡Cuan fácil me sería alargar la pluma aquí en defensa de Aristóteles y manifestar, como algunos autores modernos ó por no haberlo leído nunca, ó por haberse contentado con leerlo muy por encima le han hecho en el particular poquísima justícia! Pero mi intento no es al presente defender al gefe de los antiguos y ya olvidados peripatéticos, sino poner á cubierto á nuestro insigne Sepulveda de las mordaces sátiras con que tantos escritores no cesan de infamarlo.

Lo he dicho ya dos ó tres veces, y ahora lo repito de nuevo. Nunca nuestro ilustre filósofo, nunca ni aun en el mas grande calor de la espécie de desafio literário que tuvo con Fr. Bartolome dijo ni dió á entender que fuese provechoso ó lícito á los españoles atribuirse sobre los índios americanos un derecho de verdadera y absoluta propiedad. Jamas fue de este dictamen. Y cuando aseguraba tan resueltamente *que los referídos índios eran por naturaleza esclavos*, solo pretendía hablar de aquella esclavitud tan apacible y suave, que conforme acabamos de ver, se diferéncia muy poco de una perpetua tutela. Sus calumniadores ó no le entendieron, ó lo que es mas probable disimularon que le comprendían para poderle embestir a su salvo, y dar sobre él, como suele decirse, á carga cerrada. Pero. aun hay mas. Esta misma segunda espécie de esclavitud que es de suyo tan dulce, solo parecía justa y razonable á Sepulveda en lo que mira al presente caso, en cuanto se daba á entender, que había de resultar de ella el bien y felicidad mas de los índios que de los españoles: no de otro modo que de la potestad paternal del tutor dimana la seguridad y prosperidad física y moral del pupilo.

Creía él y lo creía con otros muchos grandrs hombres de su tiempo que los salvages americanos eran como unos niños capaces de seguir sin tropieso por las sendas de la vida social y de la educacion religiosa, únicamente cuando se les lleva de la mano; pero espuestos á infinítos y muy graves riezgos desde el instante en que se les deja á solas con otros de su edad, ó se les permite gobernarse libremente por sí mismos. Apoyaba Sepulveda esta idea en aquella general estupidéz y apatía que se nota en casi todos los índios, y que á primera vista se juzga serles natural. Esta torpeza hubo precisamente de parecer mucho mayor en aquel siglo; ya por que se ignoraba, cuáles fuesen en realidad las costumbres y usos tanto domésticos como civíles y políticos de los habitadores de este nuevo mundo; ya por que nada apenas se sabía de sus vários y dificilísimos idiomas; ya sobre todo, por que es verdaderamente inevitable, que la imaginacion no abulte en estremo las cosas y objetos muy extraordinàrios y nuevos cuando de improviso se le presentan. Es preciso entonces mucho tiempo para volver de la primera sorpresa, que tanto se asemeja á un profundo y agradable sueño.

Ahora que tenemos una idea mas exâcta de la índole, inclinaciones y caprichos de estas singularísimas tribus: ahora que á fuerza de una prolija y enfadosa aplicacion, hemos logrado aprender su gramática, y formar copiosos diccionários de su lengua; ahora que hemos vivido tantos años en médio de sus rancherías; ahora finalmente, que hemos observado y comparado una por una todas sus prácticas é instituciones: conocemos yá mucho mejor que los españoles del tiempo de Carlos V, cuáles son los verdaderos y naturales límites de su capacidad y talento, y vemos á vista de ojos, y tocamos con la mano, que su ingénio bien que tosco y grosero, puede sin embargo perfeccionarse y pulirse. Largas y repetídas experiéncias nos han enseñado que la activa y dispierta vigiláncia de un hábil labrador es suficiente para quitar poco á poco las malezas y arrancar las espinas que inutilizan esta preciosa viña,

al parecer estéril é ingrata, y volverla con el tiempo no solo própia para el cultivo, sino estremamente amena y fecunda. En efecto: la ardiente y oficiosa caridad de los misioneros; su activo zelo y su infatigable aplicacion han obrado en una y otra América míl prodígios de esta espécie. Tribus inumerables de índios atraídos por la dulzura, por el desinterés, por la paciéncia y por la vida irreprensible de aquellos varones apostólicos, han bajado espontáneamente de los montes, ó han salido fuera de los bosques y páramos, y despojándose de buena gana de su antigua rudeza, se han ido de dia en dia civilisando mas y mas, y han imitado y copiado en lo posible nuestras costumbres. ¡Felíces! cuando no han tenido á la vista sino modelos de virtud, y cuando no les hemos escandalizado presentándoles el contínuo y pernicioso espectaculo de nuestros vícios. Sabemos ademas, que los índios aprenden sin dificultad la lengua castellana y que no son pocos los que se han dedicado con fruto á las ciéncias, síempre que se les han facilitado los médios de hacerlo; de modo que los Prelados mas zelosos y prudentes no tienen reparo de elevarlos al sacerdócio y aun de confiarles el gobierno espiritual de algunas parróquias.

Todas estas experiéncias, todas estas luces y notícias que tenemos nosotros, faltaron por la mayor parte á Sepulveda. Y así no debe causar ninguna maravílla que fundado en las diminutas relaciones que pasaban entonces por muy circunstanciadas y auténticas formase un concepto tan poco ventajoso de la capacidad y talento de estos índios. No es de admirar que créyendoles incapaces de gobernarse por sí mismos; sabiendo que pasaban una vída mas presto de béstias que de hombres, y enterado de como se dejaban llevar desapoderadamente del ócio, de la peresa, de la embriguéz, de la lujúria, de la cólera, y de la venganza; fuese al fin de dictámen, que se les haría favor teniéndoles perpétuamente en aquella espécie de tutela o esclavitud moderada que hemos explicado. Le parecía efectivamente, que bien pesado todo, este era el único médio de que podía

echarse mano para lograr que estos pobres naturales gustásen algo de las proporciones y bienes sin numero que ofrece á los hombres la vida social, cuando está anivelada con las máximas de la Religion pura y benéfica del Evangelio. Pudo en esto engañarse nuestro Sepulveda, como en realidad se enganó; pero su equivocacion fue de todo punto inocente no teniendo ninguna, ni aun la mas pequeña raíz en la voluntad.

¿Sin embargo á este grande hombre que mereció ser tan celebrado por su virtud y literatura en el siglo de Cuyacio, de Turnebo, de Erasmo, de Luis Vives, de Pinciano, de Antonio Augustin y de Mureto, á este insigne español que predicó y aconsejó siempre á sus paisanos la clemencia, compasion y caridad con los índios, se atreverá Mr. Marmontel á atribuirle la inaudíta y sacrílega opinion de que los asesinatos que algunos europeos cometieron en América estaban autorizados, y aun ordenados por un lugar del Deuteronómio? ¿Y otro autor tan poco moderado y escrupuloso como Marmontel, dirá sin el menor rodeo, que Sepulveda no solo promovió aquella detestable opinion, sino que aseguró una y muchas veces, que podía matarse á los índios á sangre fria y sín escrúpulo alguno, *ni siquiera de pecado venial?* Pero ya no es necesário hablar mas en su defensa. Por que así como el sol (mi amor y mi zelo me sugiéren á un tiempo esta comparacion); así como el sol apenas se deja ver sobre el orizonte, deshace luego con sus brillantes rayos, los negros y groseros vapores que se habían acumulado en la atmósfera al favor de las tinieblas de la noche: así tambien apenas se han publicado las inmortales obras de nuestro Sepulveda, cuando su resplandeciente luz ha descubîerto cuan mordaces é injustas eran las invectívas y sátiras con que algunos filósofos del dia, habían esperado vanamente hacer execrable su memória.

Es justo que diga ahora dos palabras en órden á la prudente y sábia conducta, con que se gobernó entonces nuestra Corte. La famosa disputa de que hemos hablado, duró

algunos años en todo su vigor. Los votos de los particulares estaban divididos, inclinándose, como suele suceder, ya á uno, ya á otro de los dos ilustres campeones. La corte con curiosa aunque tranquila atencion, se mantuvo por algun tiempo espectadora del combate, sin declararse por ninguno de los opuestos partidos. Finalmente el Emperador Carlos V, como ya queda insinuado, despues de haber oido en distintas ocasiones el dictámen de hombres doctos é imparciales; firmó é hizo publicar la célebre decision, en que se prohibe que jamas, y por ningun pretesto ó motivo, aunque parezca justo, se pueda causar el mas leve perjuicio á la libertad política y civil de los índios, de la que, añade el Monarca, nos consta que son tan capaces como los mismos españoles.

Esta memorable providéncia monumento eterno de la piedad y generosidad nacional se ejecutó luego en las dos Américas por algunos zelosos magistrados, pero con tal ardor que el deseo demasíadamente vivo de favorecer á los índios les causó considerables perjuícios, conforme lo asegura el Inca Garcilaso que fue testigo de vista. Tan cierto es lo que decíamos al princípio de esta carta, que si en América se cometieron algunos escesos, y se trató á veces á los naturales con crueldad, nuestra nacion no tuvo en ello la menor parte! El síncero aprécio con que miro y amo á todos los pueblos cultos, no me permite cotejar ahora la conducta que tuvo España cuando se dudó si sus índios podían ó no ser hechos esclavos por los pobladores ó conquistadores europeos con la política que han observado nuestros rivales, cuando en sus parlamentos se ha controvertído si era lícito hacer esclavos á los negros. Solo diré que en España se disputó de la esclavitud de los americanos, y estos fueron inmediatamente puestos en pacífica y segura posesion de su libertad: en otras cortes se ha disputado quizá aun con mas energía de la libertad de los africanos; y estos se han quedado tan esclavos como ántes y con menos esperanzas de romper en algun tiempo sus pesadas cadenas. V y los demas españoles juiciosos que leyé-

ren la presente carta, amplificáran si quisiéren esta comparacion, sacando de ellas las demas ilaciones que no dejarán de presentárseles al instante.

Entre tanto no le disgustará á V hallar aquí tres ó cuatro clausulas dictadas por el célebre Hernan Cortés, y que yo desearía poder grabar con letras de oro en todas las ciudades y pueblo de América y Asia en donde los europeos tienen posesiones. Las he tomado de su testamento. Cortés lo mandó escribir poco antes de su muerte, y cuando no se había aun la célebre decision de Carlos V. Así pues habla en el párrafo 39 del espresado testamento.= Ytem; por que cerca de los esclavos naturales de nueva España así de guerra como de rescate ha habido muchas dudas, é opiniones sobre si hanse podido tener con buena cociéncia, é hasta ahora no está determinado; mando: que todo aquello que generalmente se averiguáre, que en este caso se debe hacer para descargo de las conciéncias, en lo que toca á los esclavos de la dicha nueva España, se haga é cumpla en todos los que yo tengo: encargando como encargo á D. Martin mi hijo é sucesor, é á los que despues de él sucediéren en mi Estado que para averiguar esto hagan todas lá diligéncias que convengan á el descargo de mi conciéncia é suyas.= Hasta aquí el parrafo 39, oígase ahora el 41.= Ytem mando, que por que demas de los tributos, que yo he llevado de los dichos mis vasallos, he recibido de ellos otros servícios así personales como reales, é tambien sobre esto hay opiniones si se pueden recibir con conciéncia, ó nó; mando que se averigue así mismo lo que yo he recibído de estos dichos servícios, demas de lo que me perteneciére, é se les pague é restituya todo lo que así pareciére que justamente deben haber.= Si me pudiesen oir ahora Montesquieu, Raynal, Paw y Marmontel, con que gusto esforzaría la voz y abriendo delante de ellos aquel precioso escrito: Este es, les diría, *el verdadero Hernan Cortés: este es el inmontal conquistador del grande império mejicano; y no el Cortés que vosotros habeis dibujado con tanta infidelidad en vuestros escritos satíricos. Méjico* 3 *de Octubre de* 1805.

CARTA XVII.

Estraña y violenta propension que muchos índios mejicanos y otomites tienen aún á la idolatría. Esta inclinacion no es un efecto de la decantada íncapacidad de dichas naciones. Los señores Zumárraga y Garcés hablan con elógio del ingénio de estos naturales. Descúbrese en el año de 1790 *una estátua colosal de la diosa Teoyaomiqui y se mánda sepultar otra vez debajo de tierra. Curiosa história de un pueblo otomique que permaneció idolatra hasta el año de* 1803.

Muy Señor mio y amigo: Voy á hablar á V de un asunto, que por su novedad é importáncia me parece muy digno de ser exáminado con particular diligéncia y esmero. Consiste dicho asunto en la estraña y violenta propension que tienen estos índios á la idolatría; ó como ellos suelen alguna vez explicarse confidencialmente en la inclinacion por extremo fuerte, que les lleva á mantener á calquier riezgo la inmemorial costumbre de todos sus antepasados. Propondré pues á V prímeramente mis congeturas sobre la actual ecsisténcia de la expresada inclinacion ó propension. Pero he dicho mal mis congeturas: por que no lo son en realidad sino observaciones muy repetídas, muy exactas y tales que apenas admiten la mas leve duda. En segundo lugar, esplicaré mi modo de pensar, por lo que toca á las várias causas de donde nace esta inclinacion, ó que á lo menos influyen y han influido siempre sobre manera en hacer que se conservase y conserve todavía con una constantísima uniformidad; sin embargo de los infinítos estorvos y poderosísimos diques, que no hemos cesado de oponerle todas horas desde la conquista.

Pero debo antes advertir á V muy seriamente, que en ninguna de las dos insinuadas cartas hablaré de los índios en general, sino solo de los que he podido hasta ahora exáminar. La palabra *índios* significará pues en el presente

escrito una parte considerable de los mejicanos y otomítes, que habitan en los arrabales de esta vastísima metrópoli, ó á corta distáncia de la misma; mas de ninguna manera es mi intencion comprender ahora por entero á estas dos naciones entre las cuales me consta que hay hombres de singular probidad, y de una fé tan sencilla y sólida que no tiene que ceder por la de los mas zelosos europeos. Ademas, como este punto es de tan extrema importáncia en sus princípios y consecuéncias, debo tambien hacerle presente, que no quiero que nádie dé en el particular á mis teorias y raciocínios el mismo peso y estimacion que á los hechos y experiéncias. Por que podrá muy bien suceder que aunque estas sean del todo ciertas, ó á lo menos sumamente fundadas; los raciocínios y las ilaciones sean al contrário poco seguras: ó por que no he observado aun bastantemente á estos naturales, ó por que me falta la debida instruccion en el idioma otomi y mejicano, ó por que cuando se trata de matérias tan oscuras y difíciles como la que traigo entre manos se corre gran riezgo de perder el verdadero camino extraviándose por alguna senda de buena apariéncia del mismo modo que acontece á los que emprenden atraversar sin guia un bosque muy espeso y poco frecuentado. Supuestas, pues, estas dos prevenciones que me han parecido absolutamente necesárias, é indispensables, cumplo desde luego mi palabra manifestándole á V con toda evidéncia, que en estos pobres índios, aunque viven tanto tiempo há rodeados de cristianos existe todadavía una violentísima propension al extravagante culto de los ídolos que adoraron tan ciegamente sus mayores.

¿Quién no se admira, amigo, de que despues de casi tres siglos que mejicanos y otomites, á lo menos los que viven en los contornos de esta capital, han sido convertídos á la fé de Jesucristo y reunidos á la Iglesia Católica conserven sin embargo un gusto y una afícion tan extremada por las detestables prácticas de su antigua idolatría? Es ciertamente este un hecho tan fuera de lo que pudiéramos imaginar, que me persuado serían poquísimos los que le darían en-

tero asenso, si mil tristes experiéncias no lo confirmaran, como diré luego. Sé muy bien que no faltan sugetos mas que medianamente doctos, quienes no sabiendo á qué atribuirlo se acogen á la decantada rudeza de estos pueblos. Pero en mi dictamen no es esto deshacer, es cortar el nudo, y para evitar un inconveniente ó dificultad despeñarse en otra mayor.

La decantada incapacidad de estos naturales no tiene ni ha tenido nunca mas fundamento que la ignorância ó avarícia de algunos europeos. Conocer á fondo los salvages, dice el Padre Lafiteau (a) no es tan fácil como vulgarmente se piensa. Son inumerables los viageros, que con solo haber desembarcado una ó dos veces en sus costas, y haber entablado con ellos un trato sumamente superficial; ya se dan á entender que se hallan muy instruidos en todo lo que mira al sistéma de su absurda religion y de su débil política, y hasta en lo que respecta á los usos ó costumbres de su vida privada y doméstica. Vueltos á Europa no pierden instante en comunicarnos todos estos bellísimos y utilísimos descubrimientos. Imprimen luego las relaciones de sus viages, y como desde el punto en que el público había visto el *prospectus*, la inquieta curiosidad natural á todos los hombres le había puesto en grande espectacion, dichas relaciones logran al princípio singular despacho y aplauso. ¿Pero que sucede despues, quiero decir, al cabo de uno ó dos años? Que sosegado el primer entusiasmo, y volviendo á leer á sangre fría las mismas relaciones, apenas entre diez ó doce falsedades se descubre una sola verdad; y entonces empieza á ser en todos general el deseo, y curiosidad de que otro viagero mas observador y menos precipitado, se embarque de nuevo para ir á corregir los descúidos de los demas viageros que le han precedído. La primera perspectiva y apariéncia que se ofrece á nuestros ojos cuando entramos en un país desconocido, es siempre poco segura, y en semejantes lances el temor de errar debería hacernos

(a) Tom. 1.° art. de la Religion.

mas cautos y circunspectos en nuestros juícios. Si los que escribieron en distintos tiempos sobre lo físico y moral de los salvages hubiesen tenido presente esta sencilla y muy verdadera mácsima; no hubieran publicado seguramente tantos desatînos en orden á la imaginária incapacidad intelectual de estos pueblos.

En cuanto á nuestros índios (pues solo de estos tratamos ahora) me lisongeo, que lo que he dicho en mis cartas habrá sido suficiente para que V. se formase una idea ventajosa del talento que han recibído de manos de la naturaleza; talento del que pudiéran haberse recogído frutos muy preciosos si se hubiese cultivado mejor; ó para decirlo con mas propiedad, sí no estuviese abandonado en manos de la estrema pereza é indoléncia que es tan comun en todas las castas de índios. Los mejicanos no tienen seguramente en matéria de religion aquella sutíl metafísica que el Baron de Hontan atribuye con muy torcidos fines al salvage de su diálogo; pero estan asi mismo y han estado siempre sumamente lejos de aquella profunda estupidéz que en concepto de algunos autores mal informados les vuelve incapaces ya de creer las verdades de nuestra santa Religion; ya de arreglar su conducta á las macsimas austéras del Evangelio.

¿Quién no ve ademas, que la capacidad para recibir la fé, no depende del mayor o menor talento, de la mayor ó menor penetracion y agudéza, y en una palabra de unas disposiciones naturales mas ó menos felices? No, en nada de esto consiste la idoneidad para el reino de los cielos, de que habla Jesucristo. La Religion Cristiana tuvo por primeros apóstoles y misioneros unos hombres muy ignorantes y sencillos. Lo fueron tambien los primeros fieles, de los cuales no obstante se sirvió Dios para la grande obra del establecimiento de la fé, haciéndonos ver por este médio que la reforma del género humano era una empresa que solo podía conseguirse con la fuerza omnipotente de la grácia. Lo mismo á proporcion sucedió en los siglos posteriores, y aun sucede al presente. En toda la índia oriental se pre-

dica tres siglos há el Evangelio á aquellas naciones idólatras. El sudor de los misioneros, aunque contradecídos y perseguídos casi de contínuo por el ódio y zelo de los príncipes gentiles, no deja de hacer fértiles para la religion unas tierras, que le habían sido antes tan ingratas. Son muy numerosas las conversiones. Pero se ha reparado siempre, que por un *bracma* que viniese á inclinar la cervíz debajo del suave yugo de nuestro Redentor podían contarse á centenares los *parias*, que con ingénua voluntad lo habían buscado y reconocído. Con todo eso es incomparable la ventaja que en punto de instruccion y talento llevan aquellos á estos. Por que los primeros son los sábios de su nacion, los depositários da las ciéncias y los intérpretes de la ley, y los segundos no son sino unos pobres y groseros pescadores que forman la última y mas despreciable casta del pueblo. El Padre Charlevoix, que éscribió con tanto tino y buen gusto la história de las Antillas, dice lo siguiente en el libro V.= Como el Evangelio lleva consigo una luz penetrante; su claridad disipó finalmente las tinieblas que el nacimiento, la prevencion, el ódio, las violéncias, y los escándalos de los Cristianos le oponían en el corazon de los isleños, y se les vió con asombro, partícularmente despues de la venida de los religiosos domínicos, pedir el bautismo con transportes increibles. Es verdad ¡oh que aviso tan importante parar nosotros!) es verdad, prosigue Charlevoix, que los buenos ejemplos de los ministros, y los cuidados que se tomaron para su instruccion y consuelo, no podian dejar de producir tan buenos efectos.

No es pues la supuesta rudeza y estupidéz de los índios la que estorva los progresos del Evangelio en una y otra América; por que el Cristianísmo es la Religion de todos los hombres no solo de los grandes y sábios, sino tambien de los humildes y pequeñuelos: religion que para echar raíces en nuestra alma, solo necesita del poder victorioso y dulce de la grácia. Y si las disposiciones naturales de cada indivíduo sirven de algo en el particular, como en efecto sirven atendído el curso ordinário de la divina Pro-

vidéncia; estas disposiciones son muy distintas de lo que se figuran los filósofos. Una cierta blandura y suavidad de génio; un ánimo dócil y humilde, un corazon síncero, tierno y compasívo, y sobre todo, enemigo de la mentíra, y amante de la verdad: son (me atreveré á explicarme así) son como los batidores que allanan y preparan el camino del Señor. Al contrário, el orgullo que inspira tan comunmente la ciéncia humana; la confianza que infunden las luces y el talento; el inmoderado deseo de brillar, y ser aplaudído como un génio superior á los demas; la vana opinion y amor própio, que este aplauso y celebridad no dejan casi nunca de engendar; y el altanero desprécio que así mismo infundem de todo lo que entre ciertos filósofos se llama vulgo: estas y otras semejantes disposiciones del ánimo, son las que verdaderamente trastornan y desbaratan aquel celestial camino: lo siembran de precipícios; lo hacen intrancitable; y lo cubren con tantas malezas que solo un milagro de la bondad inmensa del supremo Criador, el cual quiere bien á todos lo shombres, ora sean buenos, ora malos, es poderoso para quitar de una vez tantos estorbos.

Cuando pues fuese cierta la cortedad ó rudeza intelectual de estos índios, esta no les haría incapaces del Evangelio. Pero la insinuada cortedad, como tantas veces queda dicho, es muy ponderada y exâgerada. El zeloso Padre Acosta se quejaba ya hace mas de dos siglos, de esta falsa opinion que defendían algunos de sus paisanos. Quiero copiar aqui sus própias palabras, por que no las puedo leer sin enternecerme, y creo que lo mismo le sucederá á V: á lo menos me parece que no podría dejar de acontecerle, si se halláse en una situacion semejante á la mia =. Se tiene, dice, comunmente á los índios por gente bruta y bestial y sin entendimiento, ó tan corto que apenas merece ese nombre. De este engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agrávios, sirviéndose de ellos poco menos que de animales, y despreciando cualquier género de respeto que se les tenga. Que es tan vulgar y tan pernicioso error, como lo saben bien los que con algun zelo y con-

sideracion han andado entre ellos, y visto y sabido sus secretos y avisos, y juntamente el poco caso que de todos ellos hacen los que piensan que saben mucho, que son de ordinário los mas nécios y mas confiados de sí. Esta tan perjudicial opinion, prosigue, no veo médio con que pueda mejor deshacerse que con dar á entender el órden y modo de proceder que estos tenían cuando vivian en su ley, en la cual, aunque tenian algunas cosas de bárbaros y sin fundamento, pero había tambien otras muchas dignas de admiracion, por las cuales se deja bien comprender, que tienen natural capacidad para ser bien enseñados, y aun en gran parte hacen ventaja á muchas de nuestras repúblicas.= Hasta aquí el P. Acosta: añadiría ahora de buena gana á su testimónio el de otros muchos y muy clásicos autores. Pero juzgo que no es necesária esta diligéncia. Por que en primer lugar, el crédito de aquel célebre misionero, se halla tan sólido y universalmente establecído, que hasta Mr. Paw con ser tan enemigo de americanos y españoles, dá á la história natural y moral de las Indias el glorioso epiteto de *obra excelente*. Y ademas andan en todos lo escritos de Zumarraga, de Garcés y de Palafox, que el Abate Clavijero ha estractado (a) con singular puntualidad.

Con todo eso no quiero dejar de advertir á mis lectores que el mencionado Zumarraga escribiendo el año de 1531 al capítulo general de su orden, dice espresamente, que los índios mejicanos tienen bastante ingénio y que les ha cabido en suerte una alma buena. Quiero tambíen recordarles, que Garcés en su carta latina dirigída al Papa Paolo III, por los años de 1536 informa á Su Santidad, como los Tlaxcaltecas vecinos y rivales de los mejicanos, poseen un entendimiento claro y despejado y que en los niños de aquella nacion se repara una grande vivesa, celeridad, y vigor; en hacerse cargo de lo que se les enseña ya sea en lo tocante á las artes mecánicas, ya en lo perteneciente á la instruccion, y á las letras: de modo que puede decirse, que en esta parte aventajan á los españoles de la misma edad. Y todo esto, asegura Garcés en aquel graví-

(a) Tom. IV Disertae V.

simo escrito, que lo sabe no de oídas come quiera, sino por haberlo visto, y tocado el mismo várias veces en el considerable espácio de diez años contínuos, y se manifiesta tan intîmamente persuadído de esta verdad, que hablando en calidad de Obispo al Gefe supremo de la Iglesia, no repara de acomodar al intento las própias palabras de que usó San Juan para cimentar la autoridad de su Evangelio. Os escribo, dice, Beatísimo Padre, lo que he visto, lo que he oído y lo que he tocado con mis manos: *quod vidi, quod audivi, et manus nostræ contrectaverunt.* Y si alguno, añade, sostuviese lo contrário, crea V. B, que lo hace ó de puro ignorante, ó por que en la pretendída incapacidad de estos naturales desea disculpar su própia peresa é indoléncia.

Quiero finalmente que mis lectores reflecsionen por un rato, cuanta estimacion y aprécio se merecen las dos autoridades que acabo de citar. Zumarraga y Garcés fueron, como es bien notório, dos Prelados sumamente respetables por su zelo y prudéncia: vinieron ambos á esta América muy poco despues de la conquista: registraron ambos á satisfaccion los monumentos de las artes nacionales, monumentos que entonces estaban todavía en píe, y no como ahora, unos del todo arruinados y otros médio caidos: y como por otra parte las leyes españolas no se habían aun introducído y arraigado sólidamente en este pais, ambos fueron espectadores y testigos de los últimos restos de su antigua policia, costumbres y gobierno: y sobre todo escribieron ambos de los mejicanos y tlaxcaltecas no en Berlin como Mr. Paw, ó en París como Montesquieu y Raynal, ó en Londres como Robertson, sino en Tlaxcala y en Méjico, rodeados dia y noche de los mismos índios, de cuya capacidad y talento formaron una pintura fiel y exâcta, y á quienes observaban y cuidaban con aquella vigiláncia, desvelo y cariño con que el buen pastor cúida y observa sus ovejas. Y á tan apreciables ventajas que eran muy suficientes para dar á su uniforme testimónio uno de los puntos mas levantados de certeza moral, agregaban ambos el ser hom-

bres de mucho mundo y de unas luces nada vulgaras: á lo que Garcés que habia sido educado en la escuela del doctísimo Antonio Nebrija, añadía en particular el brillante adorno de las letras humanas, divisa con que se distinguieron todos los dicípulos de aquel famoso restaurador de la literatura española.

Esto he dicho, amígo, por que proponiéndome tratar de la fuerte propension que tienen estos índios á renovar la idolatría de sus mayores; proponiéndome averiguar las causas principales de donde dimana tan violenta y estraña inclinacion, y por último, deseando indicar de paso algunos remédios que en mi concepto podrían cortar de raiz el mal, ó á lo menos suavisar y disminuir paulatinamente sus estragos era preciso remover antes este efúgio *de la rudeza americana* que tantos partidários ha encontrado en los tiempos antiguos y modernos. Me he hecho cargo de que si dejábamos abierta esta salida y no desengañábamos á nuestros lectores, acerca de la pretendída incapacidad de los índios tan ponderada por los filósofos europeos, pocos serían los que leyesen con algun intéres el presente escrito, y muchos los que despues de haberlo leido nos responderían friamente, que los mejicanos y otomites conservan una violentísima inclinacion á la idolatría, no mas de por que sus antepasados les comunicaron este impulso, y por que ellos de otra parte no son capaces de adquirir nunca la comprension y dicernimiento que ecsige la Religion Cristiana en todos los que han de participar de sus mistérios y sacramentos. Muy contentos pues y muy satisfechos con esta respuesta ningun cuidado se tomarían ya, ni de considerar aquella propension, ni de descubrir sus causas y remédios: en una palabra apartarían para siempre su vista de estos pobres índios por lo que toca á este punto: les dejarían ser idólatras cuanto quisiesen; así como un médico poco humano y caritativo abandona al enfermo desde el momento en que se imagina que el mal es irremediable, no contestando á los amigos y parientes del doliente que se esfuerzan en vano á detenerle, sino *que aquel cuerpo no es ya objeto de la medicina.*

Quedemos pues desde ahora firmemente persuadídos, que estos índios por parte de la naturaleza tienen al presente la misma capacidad para ser cristianos, que tuvieron en los siglos de oro de la Iglesia otros pueblos, tanto ó mas ignorantes que ellos, como por ejemplo, los scitas, los getas, los sármatas, los tártaros; y para no hablar de otros infinítos, los habitadores de la célebre peninsula que termina por el médio dia en el cabo de Comorin. Todas estas naciones que acabo de nombrar abrieron los ojos para conocer la ceguedad en que la idolatría las había sumergído, y reconocieron y adoraron humildemente al amable Redentor del género humano. Hecho admirable y de que no puede dudarse: tantos y tan abonados son los testigos que lo aseguran. Léase, ruego, la segunda apología de san Justino, y se hallará que en el largo catálogo de los pueblos convertídos comprende á muchas tribus de salvages, sin olvidar las que llevaban una vida vagamunda, atravesando con sus carros por en médio de inmensos desiertos, no fijándose nunca, antes bien andando siempre de un lugar á otro. Léanse tambien los preciosos fragmentos que nos quedan de San Yrineo, y se verá como este grande hombre, que así como en todo el Universo no hay mas que un sol, así de un estremo del mundo á otro, se derramaba en su tiempo la misma luz de la verdad. Léanse per último las obras de Tertuliano, de Orígenes y de Arnobio, y se acabará de entender; cómo para Jesucristo no hay distincion de griego y de bárbaro, y cómo cualquier ministro del Evangelio, debe con San Pablo creerse deudor no menos de los hombres mas groseros é ignorantes que de los mas ilustrados y sábios. Disimule V, amigo, si tantas veces repito una misma cosa: conozco que algunos, desearán quizá que hubiese sido mas breve y sucinto. Pero cuando me engolfo en asuntos de esta espécie, confieso que por mucho que me esfuerze á ceñir mi discurso, no lo consigo; pues la pluma sigue entonces casi únicamente los impulsos del corazon.

Pero es tiempo ya de seguir mi principal intento; y puesto

que segun me imagíno queda evídentemente demostrada la capacidad natural que tienen estos índios para ser cristianos: voy á probar igualmente con razones ciertas, que muchos de ellos, no obstante de haber recibído al nacer el Santo Bautismo; no obstante de haber hallado establecída en sus pueblos de tiempos muy antiguos la Religion Católica; no obstante de asistir constantemente en su Parroquia, en los dias señalados; no obstante de responder á las preguntas del Catecismo y participar en distintas ocasiones de los divinos mistérios: muchos, digo, ó son verdaderamente idólatras, ni mas ni menos que lo fueron sus antepasados en el reinado de los Motezumas, ó propenden é inclinan tanto ácia aquel detestable culto, que su sistéma religioso presenta á los ojos de quien lo observa con la debida inteligéncia y reflecsion una confusa y extravagante mezcla de luz y de tinieblas de Cristo y de Belial. No amontonaré al propósito un gran número de hechos, antes al contrário me contentaré con hacer mencion de solos cinco ó seis cuya autenticidad me parece indubitable.

Primero. No hace muchos años que en lo alto de uno de los cerros que se levantan á espaldas del famosísimo Santuário de Guadalupe, se conservaba todavía un insigne monumento de la antiguedad mejicana. Consistía éste en ciertas figuras ó geroglíficos grabados de relieve en una gran peña que se deja ver de bastante léjos. Segun las notícias que he podido adquirír en el particular este monumento tenía no poca semejanza con el que ecsiste aun á cinquenta y cinco leguas del Cayro en la montaña de Babain, que el Padre Sichand copió de su mano viajando por el alto Egipto, y del que nos dió poco despues una relacion tan circunstanciada y erudíta. Dicho monumento representaba un sacrifício ofrecído al Sol, el cual puede llamarse en cierto modo la deidad favoríta de todos los gentiles así del antiguo, como del nuevo mundo. El monumento americano, no sabré yo decir lo que determinadamente significaba; pero aseguraré sin embargo, que como el de Egipto pertenecía á la Religion. Y esto lo infiero no

solo de la costumbre general en la mayor parte de las naciones antiguas idólatras, y de otros vestígios de esta espécie, que todavía se conservan esparcídas por vários lugares de las dos Américas, sino igualmente, y aun con mayor certesa del incidente que voy á referir.

Algunos eclesiásticos repararon, como los índios que iban y venian por una calzada que pasa muy cerca de dicha colina, asi que llegaban á ponerse fronteros del mencionado monumento, se detenían de repente, y mirando á diversas partes por descubrir si había quíen los observáse, solían hacer algunas reveréncias, inclinaciones de cuerpo y otros gestos, como que adoraban alguna cosa. Esta feliz observacion ecsitó á un mismo punto el zelo y la curiosidad de aquellos dígnos ministros. Se acercaron pues á la peña, y vieron pue al pie de los geroglíficos ó grotescas figuras habían dejado lo índios algunas ofrendas de frutas, no sé cuantas velas de cera, y una copíta de incíenso que todavía humeaba. Repitieron en diferentes dias con mucho disimulo la expresada observacion y hallaron siempre lo mismo que la vez primera. No pudiendo ya dudar de que aquellas representaciones servian de cebo á la supersticion de los naturales, y de que su vista despertaba y encendía en sus corazones la innata propension que tienen á la idolatría, comunicaron su pensamiento y observaciones al Arzobispo que era entonces de esta Metrópoli, el cual mandó al instante á algunos picapedreros que fuesen á borrar sin pérdida de tiempo aquellas imágenes ya que servían de tan perjudicial tropiezo á los índios de los contornos. Se ejecutó luego dicha órden; pero no por eso dejan aún de distinguirse en la superficie de la referída peña ciertas huellas ó lineamentos, que muestran bien claro, como allí hubo algun grabado, ó escultúra; pero no bastan para dar alguna idea, ni aun una idea confusa de lo que en realidad se esculpió ó grabó.

Segundo. A una extremidad de la llanura de Toluca y frente al cerro de las cruces á unas catorce leguas de esta metrópoli, se levanta un famoso volcan cuya altura per-

pendicular excede de muchas toesas al pico de Teyde ó Tenerife. Las faldas de dicho monte, como formadas en gran parte por rios sucesívos de lava, cuya matéria, conforme saben todos, corren con extraordinária violéncia, tiene llenos los poros de aíre muy enrarecído, y no se enfría y consolida de golpe y en un solo dia, sino poco á poco, y á fuerza de mucho tiempo. Debe pues por lo mismo estar aquel monte, y está efectivamente agujereado con infinítas concavidades ó cavernas, de ellas grandes y de ellas medianas.

Me ha contado una y muchas veces un grave religioso natural de la mencionada ciudad de Toluca, que cuando era muchacho, solía con otros compañeros de su edad ir á menudo á una de las cuevas que quedan referídas: que todos juntos acostumbraban entrar dentro á registrar lo que había, bien que dejando en la puerta uno ó dos niños que les sirviesen de centinela, para no ser descubiertos de los índios: y que se acuerda cómo en el fondo de la cueva había una espécie de muñeco puesto encíma de un pedruzcon; y como rara vez dejaban de encontrar en el suelo y al pie de la estátua ya tortillas de maís ya velas de cera ordinária, ya frutas, ya incienso, ya otras cosas semejantes que todas eran manifiestas señales del Culto infame á que se entregaban los índios al favor de aquella oscuridad y retiro. He sabido despues por conducto sumamente seguro, que en la plaza de la própia ciudad se han vendido no pocas veces figurillas de ídolos, ó como ellos les llaman *embuegues*; las cuales los índios tenían con impenetrable disimulo escondídas dentro de las cargas de fruta, en los dias de *teanguis* ó mercado.

Tercero. El tercer hecho que voy á referir confirmará los dos que anteceden y les añadirá un peso y autoridad que ciertamente no tendrían por sí solos: no por que no sean puntuales y auténticos, sino por que este último fue, y es aun notório en todo méjico. En efecto, nádie hay aquí que ignore, que el año de 1790 se descubrieron casualmente dos graves fragmentos de antiguedades mejicanas

en el mismo suelo que ocupaba el suntuoso templo de Huitzilopochtli demolído por los españoles despues del dia memorable de 13 de Agosto 1521 én que á nombre de Carlos V tomaron posesion de esa ciudad. Pocos tambien serán los vecinos de ella que se hayan olvidado de que el descubrimiento de dichos dos fragmentos hizo entonces mucho ruido, de modo que la curiosidad atrajo al instante á la plaza mayor un numeroso concurso de personas ya doctas, ya ignorantes, las cuales quisieron tener la satisfaccion de exáminar de cerca unos fragmentos que la pública voz aseguraba ser de tanto précio. Lo eran ciertamente; pues el uno podía mirarse como la verdadera llave del Kalendário mejicano, y el otro como un excelente compéndio de lo que la mitología así mismo mejicana comprendia de mas singular de mas caprichoso, de mas complicado, y hasta entonces menos inteligible. Añadíase á esto, que los dos juntos, y cada uno en particular presentaban á los erudítos la mejor prueba que podía desearse de los considerables progresos, que había hecho esta nacion indiana en órden á las ciéncias y á las artes, especialmente en la geometría, en la astronomía, en la escultúra y en la mecánica. Pero dejemos estas refleciones para otro lugar, y solo las hemos apuntado aquì por que pueden difundir mucha luz sobre vários parrafos de mis anteriores cartas.

Pasando pues ahora en siléncio cuanto pertenece á uno de dichos dos monumentos, esto es, á la célebre piedra que, segun el eruditísimo Gama, sobre ser una espécie de relox solar muy artificioso, contiene mucha parte de los fastos mejicanos: digo, quel el otro monumento consistía en una estátua colosal de piedra muy dura y compacta, estaba toda ella cubierta de la cabeza á los pies de várias y estrañas labores ejecutadas con singular esmero, y que no podían menos que excitar la admiracion de quien reflexionáse cuan débiles y cuan imperfectos eran los instrumentos de que se servían estos índios, cuando fabricaron dicha estátua, esto es, antes de la llegada de los europeos. Pero todo este primor, y toda esta rara habilidad, que no po-

día menos de suponerse en los artífices del expresado coloso, no eran parte para que considerado por entero, dejase de parecer muy mostruoso y horrible. Gama atribuye esta deformidad á que el referído monumento, aunque, representaba principalmente á la gran diosa de los mejicanos llamada Coyaomiquí, expresaba tambien por médío de vários geroglíficos á otros muchos dioses: por que era costumbre de aquel pueblo idólatra adorar en una diferentes deidades, especialmente aquellos que conforme á su mitología, contribuían á un mismo fin, ó tenían entre sí alguna otra analogía y relacion.

El ilustre crítico á quíen acabamos de citar publicó una descripcion muy circunstanciada de esta estátua, acompañandola de cuatro figuras ó estampas, de las cuales las tres representan el ídolo por entero, esto es, visto de frente, de espalda y de perfíl, y la otra expresa su planta ó plano inferior qne no es menos curioso, ni menos digno de atencion que todo lo restante; pues en este plano se vé grabada con gran propiedad la imagen del dios *Mictlanteuhtli*, que era el Pluton de los mejicanos, quíero decir el Señor y Juez supremo del infierno. Este, como personage tan grave y terrible tenía separadamente templo própio, dónde los índios iban diversas veces á presentarle ofrendas ya en su nombre, ya en el de sus parientes y amîgos difuntos, pero no por eso dejaron de delinear su figura en la mencionada estátua, que era á manera de un compéndio de todas las ideas supersticíosas de esta nacion cruel y guerrera en orden al destino futuro de las almas y á la muerte ya natural ya violenta de los ciudadanos y cautívos, ora espirasen en el campo de batalla defendiendo la Pátria con las armas en le mano, ora diesen el último suspiro sobre la fatal ara arrojando á borbollones por el pecho abierto la sangre de las venas para aplacar la saña de unos dioses, que no eran los protectores benéficos de la espécie humana, sino sus mayores tiranos.

Mucho mas habría que decir sobre la significacion de los infinitos geroglíficos que se hallan distribuídos sobre

la superficie de la enorme piedra; pero para nuestro intento es muy suficiente lo que se ha apuntado. Y así lo único que me queda que añadir es, que he reconocído tanto en el todo de aquel coloso, como en cada una de sus partes principales una semejanza harto notable con los ídolos de los Calmukos, zungoras que el Abate Chappe de Auteroche describió en el tomo primero de su viage á Siberia, especialmente con los que hizo grabar en las estampas 23 y 24 que se hallan al fin del expresado volumen. Mas de este último punto que puede abrir la puerta á mil curiosas observaciones, trataré largamente en otra ocasion.

Vuelvo ahora al descubrimiento de nuestra maravillosa estátua, verificado en el año del 1790, segun ya se ha dicho. El Virey Conde de Revillagigedo que era un gefe lleno de zelo por todo lo que podía contribuir á la glória de esta nuéva España y al adelantamiento de las ciéncias, no queriendo que un monumento tan precioso sufriése la suerte que han tenido tantos otros, de los cuales apenas queda ya el menor vestígio mandó que se trasladáse desde luego á esta real universidad así para que se conserváse por mas largo tiempo como tambien para que con el oportuno ausílio de los exquisitos documentos que ecsistían entonces en aquella biblioteca se pudiese ilustrar y dar á conocer á toda la república literária.

Esta utilísima órden tuvo el debido y pronto efecto en lo perteneciente á la ideada traslacion. La estátua se colocó al cabo de pocos días en uno de los ángulos del espacioso pátio de la universidad en donde permaneció en pie por algun tiempo; pero al fin fue preciso sepultarla otra vez debajo de tierra por un motivo que nádie había previsto. Los índios que míran con tan estúpida indiferéncia todos los monumentos de las artes europeas acudían con inquieta curiosidad á contemplar su famosa estátua. Se creyó al principio que no se movían en esto por otro incentívo que por el amor nacional, própio no menos de los pueblos salvages, que de los civilisados y por la complacéncia de contemplar una de las obras mas insignes de sus asendien-

tes, que veían apreciada hasta de los cultos españoles. Sin embargo se sospechó luego que en sus frecuentes visitas había algun secreto motivo de religion. Fue pues indispensable prohibirles absolutamente la entrada; pero su fanático entusiasmo y su increible astúcia burlaron del todo esta providéncia. Expiaban los momentos en que el pátio estaba sin gente, en particular por la tarde cuando al concluirse las lecciones académicas se cierran una á una todas las aulas. Entonces aprovechandose del siléncio y de la soledad que reinan en la morada de las Musas, salían de sus atalayas, é iban apresuradamente á adorar á su diosa Teoyasmiqui. Mil veces volviendo los vedeles de fuera de casa y atravesando el pátio para ir á sus viviendas, sorprendieron á los índios, unos puestos de rodillas, otros postrados delante de aquella estátua, y teniendo en las manos velas encendídas, o alguna de las várias ofrendas, que sus mayores acostumbraban presentar á los ídolos. Y este hecho observado despues con sumo cuidado por personas graves y doctas, que se quedaban de propósito escondídas detrás de las columnas de la galería de arriba obligó á tomar, como hemos dicho, la resolucion de meter nuevamente dentro del suelo la expresada estátua, cuya vista volvía á encender en los índios convertídos, su mal apagada pasion á la idolatría.

Otras naciones de Europa quizá no hubíeran sido en el particular tan consideradas y escrupulosas; pero la piedad española hubiera con razon mírado como un crimen detestable, el no quitar tan funesto escollo, en que la fé demasiado débil y tierna de estos naturales podía fácilmente estrellarse.

Este motivo es muy sólido, digan lo que quíeran ciertos estrangeros que tienen por una vagatela el que sus esclavos ó colonos profesen esta ó aquella religion y dejen o abrazen el cristianísmo cuantas veces se les antoje, palabras con que acabo de ver afeada una página de cierto libro moderno, por otra parte muy apreciable. Ademas la providéncia de que vamos hablando se ejecutó de modo, que

Saavedra en Chiquisaca. *Arnanino Sculps*

EX MUSEO AUCTORIS

no perjudica en manera alguna á la razonable curiosidad de los erudítos: por que como la mencionada estátua está á muy corta profundidad de la superficie del suelo, y solo la oculta á la vista una ligera capa de tierra es muy fácil ponerla de manifiesto siempre que se quiera, y así efectivamente se hizo poco há en preséncia del célebre viagero Baron de Humboldt.

Los tres hechos que hasta ahora he referído para probar que estos índios no obstante de nacer y criarse en el seno de la religion católica y haber tanto tiempo há abjurado sus antiguas supersticiones, propenden de un modo estraño á la idolatría, sin duda, que le habrán admirado á V. mucho, por que se crée generalmente en España que los idólatras americanos se han retirado ya de los paises cultos, y solo se dejan ver en ciertas montañas muy brabas; en las immensas llanuras de los pampas; en las orillas de los rios mas apartados; y en algunas costas de uno y otro mar, donde no han tremolado nunca las banderas europeas. Los tres mencionados hechos, repito, le habrán á V. convencído de lo contrário presentándole unas señales muy claras, de que el fuego de la idolatria hace aun considerables estragos en este bello país; y bien que obligado á reconcentrar y esconder sus llamas por la dispierta vigiláncia de los pastores y ministros, no deja de cuando en cuando de humear aun en los contornos de las mas grandes y mas cultas poblaciones.

Pues con todo eso, hágase V. cargo de que todavía ni yo he desplegado mis lábios ni V. ha oido nada. ¡Tales son las pruebas de que ahora pienso hacer uso! Ellas le darán á V. de repente con toda la luz en los ojos. No será posible que ninguna sospecha á manera de una nube ó celage intercepte ó debilite, ni aún por un solo momento su resplendor. Tengo á la vista las diligéncias jurídicas que se hicieron el año de 1803. Las he exâminado y pesado una por una y puedo asegurar que la referída sumária, concluída en este Provisorato de índios, está anivelada con las reglas de una crítica sumamente juiciosa, y con una balanza moral

en extremo fina; de modo que del tejido de todas sus partes resulta infaliblemente la certesa y demostracion.

Pero lo que hay de mas particular en el mencionado proceso, y lo que V. leerá con mayor asombro es, que estos índios no solo saben ser idólatras viviendo en médio de los españoles, sino que siéndolo, tienen bastante maña y astúcia para venderse por muy buenos católicos: cosa que parece exceder los límites del corto talento que se les supone ordinariamente. Empezará pues V. á descubrir desde los últimos parrafos de esta carta, y á la luz de las insinuadas pruebas, una espécie de fenómeno, que ningun europeo que no hubiese observado muy de cerca estas gentes, sería capaz de imaginar. Verá V. un pueblo de índios, que situado á cuatro ó cinco leguas de esta corte; rodeado por todos lados de villas, de lugares y de quintas ó haciendas de españoles; y zelado dia y noche por un Párroco, que le recordaba de contínuo las mácsimas de nuestra Religion, y le obligaba en cierto modo á practicarlas: no fue jamas católico, aunque lo pareció siempre; y al contrário por el largo espácio de los tres últimos siglos mantuvo constantémente y sin la menor interrupcion el culto exterior del paganismo, casi con el própio aparato de ceremónias, con que lo habia usado en tiempo de Motezuma. Ha sido tal la sagacidad de este pueblo, ha sido en esta parte tan fina y tan bien combinada su política que ha logrado deslumbrar á todos sus vecinos y aun á sus própios pastores; y solo por una feliz é impensada casualidad, se descubrió hace dos años el impenetrable secreto, que casi por trescientos había sabido tener oculto. La breve y puntual história que voy á hacer de este raro acontecimiento merece por vários respectos toda la atencion de V.

Ya he dicho, que el mencionado pueblo esta situado a unas cuatro leguas de esta capital, y en un parage de los mas habitados que tienen estos contornos. El pueblo no es muy grande, y desde tiempo inmemorial pertenece á la nacion otomi menos culta y civilisada que la mejicana. Los vecinos de dicho pueblo han conservado con el mayor es-

mero sus antiguas costumbres y su primitivo idioma. Casi en todos los lugares de la gran llanura cuyo centro ocupa esta ciudad se hallan mezclados índios, españoles, mestizos y mulatos. Solo en el referído pueblo no pudo jamas introducirse esta confusión ó mezcla. Todos sus moradores fueron constantemente otomies, y no permitieron nunca que ningun español, ningun muláto, ó mestizo, ningun mejicano ó índio de otra casta se fijase dentro de sus límites. El viagero que quería atraversarlos, se veía obligado á ejecutarlo sin detenerse: por que si la noche le sorprendía antes de salir fuera del pueblo no hallaba otro acogimiento que la cárcel, donde se le encerraba hasta él rayar del alba y aun muchas veces, se le aseguraba con un cepo. El alcalde índio hallaba siempre algun pretesto para suponer que su huesped era persona sospechosa, y que mientras no amanecía debía tratarle con aquella precaucion.

Todas las otras mácsimas de su política eran muy conformes á esta costumbre insociable. Una de las leyes mas prudentes y útiles de nuestro excelente código indiano, es sin duda la que manda que en todos los lugares grandes de índios, y hasta en las rancherías un poco considerables haya escuela, donde se enseñe á los niños de uno y otro sexô la lengua castellana. Esta saludable providéncia ha producído y produce mil ventajas, en todas las partes donde se ha ejecutado. Solo los índios del expresado pueblo no recogieron ninguna; por que nunca se pudo conseguir que la diesen entero y cabal cumplimiento. El español que se les puso para maestro se vió desatendído y aun ultrajado y sus lecciones fueron del todo inútiles; pues los índios no consintierón que sus híjos frecuentasen la escuela. ¡Tal era la aversion, ó para decirlo mejor, el ódio que profesaban á todo lo que sabía á extrangero!

Nada les gustaba, nada merecía su aprécio, sino los estílos bárbaros de sus mayores. La vida y gobiérno doméstico era enteramente uniforme en todas las famílias del pueblo: lo era tambien el modo de vestir. Todos los índios que viven ó en los arrabales de esta Corte, ó en las po-

blaciones inmediatas, generalmente hablando: visten muy mal, y con muy poca limpieza, sucediendo en el particular una espécie de fenómeno político que en otros países podrá mirarse como una paradoja. Es en efecto una cosa muy natural, que los que moran en el campo, sean tanto mas curiosos y límpios, ya en lo que toca á los muebles, ya en lo que pertenece á los vestidos, cuanto mas cerca viven de su corte ó metrópoli: y así sucede puntualmente en toda la Europa, donde el lujo y fausto de las grandes capitales, obra casi siempre en los lugares, villas y ciudades subalternas, en razon directa de su distáncia. Pero aquí acontece todo al revéz; pues los índios que estan esparcídos en las províncias de tíerra adentro, usan de un trage muy aseado, respecto de los que habitan en los alrededores de esta inmensa y opulentísima poblacion. No toca á esta carta la averiguacion de las causas de que procede tan raro fenómeno. Y solo debo decir, que el trage de los índios otomies del insinuado pueblo se distinguía entre él de todos sus vecinos por una cierta aspereza y rusticidad, que era como su própia insígnia.

Tan singular tenacidad en conservar su idioma nativo y sus antiguas mácsimas y costumbres, debe parecer mucho mas estraña, considerando que aquellos moradores pasaban, muy poco tiempo reunídos en sus lugares; pues su oficio era y es aun en el dia, salir al monte á cortar leña ó hacer carbon, y luego traer á vender dichos dos géneros á esta capital: de manera que se puede asegurar, que mas trato y comunícacion tenían con los españoles, que con sus própios paisanos. Sín embargo de esto nada absolutamente habían tomado de nuestros estílos, de nuestras artes y de nuestra civilisacion; antes bien despues de casi tres siglos de frecuentar diaríamente esta grande Metrópoli, y de atravesar de continuo por sus calles y plazas, se mantenían montaraces y salvages en el mismo grado, y quizà en un punto mas alto, que antes de la conquista.

Este es el retrato moral, y en mi sentir muy exácto de aquel pueblo idólatra, segun el estado y situacion en que

se hallaba dos años há. Para sacar dícho retrato, he tenido contínuamente delante de los ojos el proceso y sumária de que ya hice mencion, y que continuaré igualmente á extractar en todo lo que me queda todavía que decir sobre este punto.

La amable y compasíva providéncia había proporcionado á este pueblo un cura que miraba á todos sus feligreses con el cariño y ternura de verdadero padre. Viendo su gran rusticidad no omitía diligéncia alguna para enseñarlos, doctrinarlos y desbastarlos. Había puesto escuela de lengua castellana para los niños de ambos sexôs, á quienes procuraba, que á mas de enseñarles á leer, escribir y contar, se les infundiése poco á poco las verdades fundamentales de nuestra moral, esperando que la cultura de aquellas tiernas plantas, redundaría en beneficio y provecho universal de todo el pueblo. La terquedad de los índios inutilizó, conforme hemos dícho, todo este plan; y un tal contra tiempo confirmó no poco las vehementes sospechas que tenía el cura, de que entre sus parroquianos había muchos gentíles. Pero por várias diligéncias que practicó para averiguar determínadamente quienes eran, no pudo nunca lograrlo.

Los vecínos se juntaban en la Iglesia á las horas señaladas: asistían á los divinos oficios y hacían todos los demas actos de Religion en que se suele ejercitar á estos índios en las feligresías rurales. El Cura les predicaba los domingos en lengua otomi, haciéndoles ver palpablemente cuán absurdo era el Culto del paganísmo. Todos parecían prestarle una atencion particular, y nádie manifestaba incomodarse por lo que oía. Hacía mas el zeloso mínistro. En ciertos días clásicos y principalmente en el de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, que es la Madre y Patrona universal de españoles é índios convocaba á todos sus feligreses en la plaza que está delante del templo: arrojaba al suelo los ídolos que había podido extraer de las muchas cuevas de que abundan los vecínos montes; y haciendo abanzar algunos niños que tenía prevenídos para el

efecto, les mandaba que pisasen con el mayor desprécio aquellas detestables figuras, hasta reducirlas á menudo polvo y mezclarlas con un monton de basura. Esta esena parece que había de alborotar á los espectadores idólatras; pero muy al contrário, la presensiaban con estraña y estúpida indiferéncia, sin dar la menor señal de aplauso ó desaprobacion. Diez y nueve años hubo de permanecer el cura en tan cruel incertidumbre, de la que probablemente no hubiera salido nunca, si una casualidad, que puede llamarse feliz no hubiera de repente levantado el telon y descubierto lo interior del teatro, haciéndole ver, que todo su pueblo á escepcion de cinco ó seis personas era y había sido siempre idólatra. Pero este acontecimiento otra carta pide. Méjico 12 de Octubre de 1805.

CARTA XVIII.

Prosigue el asunto de la carta antecedente. Dificultad de conocer el verdadero sistéma religioso de los idólatras antíguos y modernos. Caso gracioso que manifiesta el génio nacional de estos índios. Várias observacions muy importantes. Descripcion de las solemnidades y procesiones que los vecinos del insinuado pueblo consagraban á su ídolos. Los sacerdotes de dicho pueblo eran á un tiempo curanderos y adivínos. Breve cotejo de la supersticion de los modernos idólatras mejicanos con la de los antiguos romanos y griegos. Idea de una obra que sería muy útil.

Muy Señor mio y amigo: proseguiré en esta carta el asunto que dejé suspenso en la antecedente y concluiré la empezada narracion. Si lo que he dícho hasta aquí ha excitado no poco la curiosidad de V. imagínese ahora que lo que voy á contar la avivará y encenderá todavía mas. El culto de los pueblos idólatras, especialmente el de los salvages, se presenta, como V. sabe, á la discusion de los sábios modernos cubierto de tal oscuridad, que la vista mas pers-

picaz solo puede registrar á bulto, digamoslo así, los objetos que se le ponen delante pero sin alcanzar nunca á distinguir y dicernir bien unos de otros. Es efectivamente muy dificil conocer á punto fijo, que idea se formaban los gentiles de la naturaleza y ecseléncia del supremo Ser ó del *padre de los dioses*, como ellos lo llamaban: que virtud atribuían á las deidades inferiores ó subalternas á las cuales acudían ordinariamente en sus necesidades, pretendiendo ablandar y suavisar su cólera con sacrificios las mas veces sangrientos; y por último cual era en el particular el verdadero espíritu de su mitología. Dichos puntos estan en el día enredados de tal modo ya por la suma escacés de monumentos, ya por la inmensa distáncia de los tiempos, ya finalmente por la absoluta diferéncia de las costumbres que algunos erudítos, despues de haber pretendído con mucho empeño decífrar este laberinto, confesaron ingénuamente, que éra muy árdua la empresa, y que tenían poquísima esperanza de haberla terminado con felicidad.

Lo que aquellos ilustrados críticos dijeron en orden al paganísmo de los griegos y romanos, eso mismo y con mucha mas razon repito yo ahora de la religion supersticiosa de los mejicanos. ¿Quién se preciará de poder penetrar y seguir sin tropiezo las confusas e intrincadas sendas que su mitología parece señalarnos? ¿Quién será capaz de referir uno por uno los nombres de todos sus dioses? ¿Quién dará puntual razon de las várias formas y figuras con que los representaban por médio de la escultúra y pintura (a), óra en lienzos de pita ó maguey, óra en barros de distintas espécies, óra en piedras grandes y pequeñas, de ellas finas y

(a) Los ídolos mejicanos que tengo en mi gabinete los mas son de barro, entre los cuales hay algunos barnizados con un *maque* muy reluciente. Otros son de piedra de lava de los boleanes vecinos Otros de piedra arenisca ordinária. Otros de una espécie de pórfido: cuatro de esmeralda y dos de sardonix. Don Antoino Camaño uno de los plateros mas acreditados de esta corte, me ha asegúrado que el pulimento de estos últimos es tan perfecto que podría pasar sin dificultad por trabajado en Londres ó en Paris: añadiendo que no podia darse á entender, ni podía imaginar; como los artífices de Motezuma acabaron con instrumentos tan toscos y endebles, una obra de aquella naturaleza.

preciosas, de ellas toscas y groseras? ¿Y quién nos esplicará los diversos atributos que aplicaban á estos dioses y las infinítas trasformaciones que en ellos suponían? El libro llamado *Teoamoxtli* que ademas de contener los fastos de la nacion, comprendía una espécie de ceremonial ó ritural, era el que podía darnos abundante luz. Pero este volumen precioso pereció en la última entrada de Cortés, así como ínumerables monumentos de antiquedades mejicanas, las que con tan multiplicadas y sensibles pérdidas se cubrieron casi repentinamente de una oscuridad poco menos que impenetrable.

Yo, amigo, estoy muy lejos de persuadirme, que puedo desvanecer y disipar dichas tinieblas, pero sin embargo me lisonejo de que esta carta quizá no será del todo inútil para el intento. Los hechos que referiré y de cuya autenticidad me he bien convencído, despedirán de sí un cierto resplendor, á propósito para dirigir nuestras observaciones sobre el sistéma religioso de los antiguos mejicanos. No es posible lo confíeso; rasgar enteramente el velo que nos oculta este sistéma; pero al menos al favor de dicha luz aunque tan débil, podrémos adelantarnos algunos pasos mas; levantar una punta del referído velo, y entrever algo de lo infiníto que queda por descubrir. Si esta esperanza es ó no fundada lo decidirá V. por sí mismo, por que yo voy otra vez á añudar el hilo de la narracion, que corté al acabar la antecedente carta.

Digo pues que en el pueblo tantas veces mencionado había cinco ó seis personas de una misma família, las cuales se habían librado de aquel fatal contágio en que sus paisanos estaban lastimosamente sumergídos. Pertenecía á dicho tan corto número una muger que tenía por marido un idólatra de los mas resueltos. Este le participó cierto dia, como le iban á llegar de Toluca algunos ídolos á los cuales pensaba poner interinamente en el oratório doméstico, y que á la noche inmediata él, sus parientes y amigos los trasladarían con la debida pompa y acompañamiento á una cueva que había preparado para el efecto. Le hizo presente,

que siendo ella su muger legítima debía asistir á la fiesta del recibimiento de los referídos ídolos la que se ejecutaria aquella tarde despues del crepúscolo con el aparato acostumbrado de música é iluminacion. Nada respondió la muger, aunque con la tristeza del semblante manifestó bien claro su desaprobacion. Llegaron los ídolos: se llenó de gentes la casa, y se dió princípio á las ceremónias supersticiosas, en las que no tomó ella ninguna parte, antes bien corrió á esconderse en un apartado rincon; y por mas que se lo pidieron no quiso entrar al oratório, desde que lo vió profanado con un culto tan inmundo. Al rayar de la mañana siguiente se presentaron otra vez sus hermanas políticas, y quisieron ser las primeras en doblar la rodilla delante de los mencionados ídolos, incensarlos, encenderles velas y ofrecerles frutas y flores del país. Propusieron con grande ahinco á la expresada muger, que hiciese otro tanto á su ejemplo, y porfiaron largo rato, añadiendo á los ruegos fuertes amenasas. Al fin viendo que todo era inútil, por que se mantenía firme, en que los ídolos *no eran dioses ni santos*, y que por consiguiente no merecían tan rendidos homenages; impelídas á un mismo punto de ciega rábia y despecho arremetieron á ella, y favorecídas por el próprio marido de la paciente, la molieron en tanto estremo á puros golpes, que temió con razon no habían de parar hasta verla muerta. A los sentidos lamentos con que se quejaba, acudieron su madre y abuela, que tambien eran católicas. Tomaron partido, como era regular, á favor de su hija y nieta; mas fue en vano, pues no tardaron en experimentar ellas mismas igual y aun mayor violéncia, no solo de parte de sus parientes, sino tambien del alcalde, del fiscal y otros principales sugetos del lugar, los cuales tratándolas de embusteras y revoltosas, lés hicieron dar crueles azotes, y pusieron de una vez presos á los cinco ó seis católicos que hemos dicho, esto es, á las mugeres en la casa del fiscal, y á los hombres en la cárcel pública bien amarrados en sendos cepos.

Con todo eso non se amansó su furor, antes bien como

sí fuesen unos tígres indómitos soltaron del todo la rienda á su bárbara venganza y crueldad, sín reparar en que la cebaban con unas víctimas no solo inocentes, sino tambien índefensas y desamparadas. Del mismo modo que las fieras con quienes los acabo de comparar se valieron del silén-cio y oscuridad de la noche para poner en ejecucion el grande atentado que meditaban. Cuando los campos ve-cinos estaban enteramente desiertos; cuando dormían tran-quilamente todas aquellas personas que hubieran podido desbaratar su proyecto, sacaron fuera del pueblo á dos de las tres mugeres que hemos dicho, esto es, á la madre y abuela, las llevaron ó mas pronto la arrastraron una le-gua lejos, hasta llegar á la cima de un despeñadero, cuyo pie baña un rio bastante caudaloso. Allì despues de haberals molido nuevamente á puñadas y bofetones, se prepararon para echarlas al agua, donde infaliblemente hubieran pere-cído. Ellas entónces viendo tan cercana su muerte, im-ploraron la cleméncia de sus perseguidores con tantos ayes, con tantas lágrimas y gemidos, que lograron que se retirasen sin ejecutar tan inhumana senténcia. Las pobres índias hallándose finalmente libres y solas, se acogieron á una choza média derribada que estaba cerca; donde esperaron que acabase de pasar la noche; y así que amaneciò, aunque apenas podian tenerse en pie, probaron de volverse á su casa, á la que con gran trabajo, y como suele decirse, tropesando aquí y cayendo allí, llegaron al cabo de algunas horas. Los hombres salieron tambien de la carcel aquella mañana, por que sus enemigos no pudieron echar mano de ningun especioso pretesto para mantenerles presos por mas tiempo. Pero puesto que había cesado tan deshecha borrasca, duraba todavía la mareta sorda, amenasando á las cínco ó seís víctimas con riezgos no menores que el pasado. Andaba inquieto y alborotado todo el pueblo: tra-taban á los pretendídos reos como enemigos declarados de la república, y les hacían entender que no tardarían en pegar fuego á sus casas y á sus *milpas*, envolviéndoles quizá á ellos mismos en las llamas.

Este bárbaro encarnizamiento que por su extrema y precipitada violéncia rompió todas las barreras de la hipocrecía y disímulacion tan naturales á estos índios, y á cuya sombra los própios vecinos de aquel pueblo habían ocultado sus grandes crímenes por el largo espácio da casi trescientos años; este feroz encarnizamiento, vuelvo á repetir, fué el que descubrió la detestable supersticion que tan profundas raíces había echado en el referído lugar desde tiempo inmemorial, y que no habían derribado ni arrancado nunca, por mas que se lo hubiesen imaginado, ni los curas que despues de la conquista se habían sucedido sin interrupcion unos á otros, ni los zelosos misioneros que de cuando en cuando habían ido á regar con sus sudores y lágrimas aquel campo tan estéril, en donde la zizaña y otras malas yervas habían prevalecído y sofocado enteramente al buen trigo. Los cinco ó seis índios cristianos, viéndose en el gran conflicto que acabanos de pintar, se acogieron á su ordinário asilo, quiero decir á su párroco, de cuya caridad y bondad tenian tantas pruebas: le rogaron encarecidamente, que *como su padresito y como sacerdote de Dios* (estas fueron puntualmeute sus expresiones) los amparáse y defendiése; y le declararon lo que pasaba realmente en el pueblo, asegurándole que todo él era idólatra, y que no tenia de cristiano mas de la engañosa apariéncia, que el respeto por nuestras leyes y gobierno les obligaba, mal de su grado, á conservar: que hombres y mugeres, viejos y miños daban incesante culto á los falsos dioses, y que se animaban unos á otros á mantener tan perjudicial supersticion, pretendiendo que mas que todo se perdiese no podian dejar la *immemorial costumbre*, que de mano en mano les habían comunicado *sus antepasados*.

Esto refirieron aquellos buenos índios á su zeloso pastor, añadiendo para disculparse, que su natural cortedad y un cierto terror pánico no les habían permitido hasta entonces desplegar los lábios sobre el particular; aunque no dejaban de entrever que Dios quizá no aprobaría este siléncio. El cura habiendo alabado su honrada determinacion de no

encubrirle nada de cuanto supiésen, les consoló y alentó en gran manera diciéndoles, que estuviesen de buen ánimo, que todo se remediaría sin el menor estrépito y que entre tanto los pondría á ellos en parte donde no pudiésen ofenderles sus enemigos. Hecho esto escribió un oficio á este Provisor de índios, contándole circunstanciadamente cuanto había ocurrido y solicitando la conveniente providéncia. Entonces fue cuando por órden del expresado Tribunal se empezó á formar la sumária de que tantas veces hemos hecho mencion en esta y en la antecedente carta; y entonces fue tambien cuando en el progreso de las expresadas diligéncias que tan sábiamente dispone el derecho, se averiguaron con toda certeza y claridad las cosas que voy á apuntar, y que V. tal vez, como europeo, poco versado en los asuntos de estos naturales, no creería si yo no le aseguráse, como se lo aseguro, que las he extractado con muy escrupulosa puntualidad del insinuado proceso original y de otros documentos no ménos auténticos.

Primero. Se supo pues prímeramente, que en los contornos del lugar y aún dentro de su recinto había várias cuevas en las que los moradores daban adoracion á sus ídolos. Unas estaban en la márgen opuesta del abundoso rio que pása no lejos y con sus aguas fertiliza y mantiene siempre verdes todos aquellos prados. Otra estaba en el centro de la cañada que empieza á correr por el norte, así mismo á muy corta distancia del pueblo. Había otra igualmente en la loma que se levanta al lado de la Iglesia, y otras en otros diferentes sítios; pues uno de los testigos del proceso declara, que aunque el había visitado hasta diez de dichas cuevas, sin embargo no las había visto todas. Pero la que campeaba y sobresalía era la que estaba en la alta peña, que desde la empinada cumbre de un magestuoso cerro, domina por largo espácio las llanuras y quebradas de los alrededores. A esta cueva miraban los índios con especial respecto, llamándola no sé con que motivo el *Buen Año;* y como la descubrían contínuamente ya estuviesen en el monte como solían las mas veces cortando leña ó

haciendo carbon, ya en la huerta ó en el campo ocupados en las várias labores de la agricultúra, tenían dícha vista por un felicísimo aguero y era por lo mismo aquella espécie de adoratório el blanco principal donde se encaminaban sus votos y oraciones. Aumentaba la veneracion de esta cueva el pertenecer á todo el pueblo en comun; cuando al contrário las demas eran otras tantas posesiones de vários particulares, conservándose cada una en la correspondiente familia, y pasando de padres á hijos desde tiempo inmemorial.

Es muy digna de notarse aquí la semejanza de estas cuevas con las capillas de los dioses pénates, que tanto papel hacen en la história de las primeras famílias romanas. La diferéncia que hay entre unas y otras es, que aquellas se hallaron por lo general en los ángulos mas apartados y solitárias de los campos; y éstas estaban colocadas en lo interior de las viviendas á manera de oratórios domésticos. Pero yo me persuado que la insinuada diferéncia solo empezó á tener lugar despues de la conquista de este país por nuestras armas, y que si los índios sacan ahora fuera de las cabañas á sus deidades tutelares, lo hacen de puro miedo que tienen de ser descubiertos. Tambien merece particular atencion la circunstáncia de haber establecído estos naturales su principal adoratório ó su cueva de *Buen Año* en la cima de un alto cerro¿ Por que quién no verá en este estilo una analogia bien clara y expresa con la supersticiosa costumbre de várias naciones idólatras del antiguo continente, como por ejemplo, con la de los Cananeos á quienes tan á menudo reprende la sagrada Escritura, y á quienes no obstante no dejaron de imitar los israelitas en distintas ocasiones?

Segundo. Se supo en segundo lugar, que en todas las mencionadas cuevas se daba culto á lo ídolos, ofreciéndoles como en sacrificio vários frutos y otras cosas de poca importáncia. Y aunque dichos actos religiosos se repetían en todo tiempo, segun la oportunidad y escigéncia, se averiguó sin embargo, que había ciertos dias señalados para ce-

lebrarlos con mayor sociego y solemnidad. El tiempo de Pascuas era preferído para el efecto entre todos los demas, y me parece que lo harían por que, como son fiestas de alegría y regocíjo universal, se les zela menos y tienen mas libertad y anchura para vaguear por donde quieren, sin dar de sí alguna sospecha.

Ademas de las Pascuas habían con singular sagacidad escogído otros dias no menos oportunos. Hay aquí dos santuários, á los que tienen estos índios singularísima aficion. Está el uno á catorce leguas, y el otro á solo tres millas de esta ciudad. El mas cercano goza la advocacion de *Nuestra Señora de Guadalupe*, y su fama hace ya siglos que se ha extendído por las dos Américas, y aun por todo el mundo. El otro que es el mas distante, se llama del *Santo Cristo de Chalma*; y aunque poco ó nada conocído de los europeos logra entre los índios comarcanos no menos celebridad que el antecedente. Por Navidad y Pentecostés suele ser allí tan grande el concurso, que los cerros inmediatos se cubren enteramente de hombres, mugeres y niños: de modo que de noche cuando cada família apareja su cena no parece toda aquella eminéncia sino una enorme pira encendída. Es tal el gusto que manifiestan estos naturales por dicha peregrinacion, que han sido inútiles cuantas diligéncias se han practicado para conténerla dentro de los límites razonables. A este propósito referiré un caso gracioso que me contó uno de los Sacerdotes del referído Santuário, por que dá á conocer maravillosamente el carácter ó génio de nuestros índios.

El cura de un lugar que está hasta ocho leguas de Chalma, habiendo juntado un dia sus parroquianos en la Iglesia, les dirigió él siguiente discurso.= Hijos mios, les dijo, las incomodidades indispensables, que sufrís en vuestra peregrinacion al devoto Santuário, y los inconvenientes y daños que experimentan vuestras famílias durante vuestra auséncia, me determínan á proponeros un pensamiento que he hecho y que mandaré ejecutar al instante, como vea que vosotros lo aprobais. Sabéd que un hábil escultor de Méjico se ofrece

á haceros una imágen de Cristo Crucificado muy parecída á la que vais á venerar en Chalma. Colocarémos pues si os parece, dicha imágen en alguno de los altares de este templo; y todos los años empezando por el presente, le consagrarémos juntos una muy lucida fiesta, á la que asistireis vosotros todos sin género alguno de moléstia en compañía no solo de vuestras mugeres y niños, sino tambien de vuestros ancianos abuelos que agoviados con el peso de su edad no pueden ahora seguiros en vuestro viage.= En esta sustancia les habló el Cura, logrando el consuelo de que todo el auditório aplaudiése su idea. Dió pues inmediatamente órden, como se labráse y colocáse la proyectada imágen: convidó al pueblo: se celebró la fiesta segun costumbre con mucho estrépito de tambores, campanas y cohetes, no sin universal alegría y alboroso, y no sin dar muestras todos de haber olvidado ya los antiguos atractívos de la célebre romería.

Lleno de complacéncia el buen párroco bajaba al dia siguiente á decir mísa; cuando á deshora vió que por la puerta de la Iglesia entraban sus principales feligreses, y dirigiendose con paso acelerado á la nueva imágen del Crucifijo la hacían una gran reveréncia, la sacaban fuera de su nicho, y diciéndole en voz inteligible: *vamos, que ahora veras tu primo*, la levantaban en alto, y sin proferir una palabra mas tomaban todos en seguída el camino de Chalma ¡Qué espectáculo tan impensado! ¡que sensible desengaño para aquel zeloso ministro! ¿pero que expediente podía tomar en aquella crítica situacion? Viendo su útil proyecto desvanecído cual humo, se retiró otra vez á su casa, dejó ir en paz á los índios, y confesó que el mal era irremediable. Tan extremada pasion tienen estas gentes por semejantes romerías.

La otra que hacen todos los años en el mes de Díciembre á esta insígne y devotísima colegial de Guadalupe es aun, si cabe, mas frecuentada que la de Chalma, y son tantos los que acuden entonces de todas partes, y tan ardiente el deseo que manifiestan de ver y adorar de cerca la diví-

na pintura de la Vírgen, que los canónigos les céden por espácio de ocho dias contínuos la Iglesia, á fin de que en ellos puedan libremente satisfacer su piedad, añadiendo á las ceremónias sagradas ciertas exterioridades y demostraciones que aunque á nosotros nos parecen en extremo precipitadas y tumultuosas, como son por otra parte tan conformes al gusto de su nacion y á sus comunes sensaciones é ideas, les conmueven extraordinariamente y les hacen derramar muy tiernas lágrimas, segun yo mismo lo he observado.

¿Pero que cosa hay tan santa y enderezada á fines tan laudables y honestos, de que no abuse la depravada naturaleza nuestra? Esos mismos anuales cultos, que para una infinidad de índios son sin duda un incentívo poderoso de la mas dulce confianza ácia el Redentor universal de todas las naciones del mundo, y ácia su amabilísima Madre; sirven á muchísimos otros índios, como servían á los del pueblo que tantas veces hemos insinuado, á manera de capa y velo con que cubrir y fomentar su infame apostasía. En efecto, casi todos los testigos que se hallan citados en el consabido proceso aseguran unánimemente que era costumbre inmemorial en sus paisanos cuando volvían de Chalma ó de Guadalupe ir á las cuevas de los ídolos, y ofrecerles sus sacrílegos homenages presentándoles las mismas velas, las mismas flores y el mismo incienso, que habían afectado comprar y coger para aquellos dos famosos santuários. Este hecho es cierto; y yo me he detenido tanto en explicarlo y he procurado pintardo con tan vivos colores, por que me parece que su notícia podrá servir de alguna utilidad en especial á estos curas y á sus tenientes, quienes advertidos de lo que pasa en tales ocasiones, tomarán con tiempo las medidas que les dictáre la prudéncia, y procurarán á lo menos disminuir el mal, puesto que les sea imposible curardo de raíz. Pero sigamos ahora nuestras observaciones.

Tercero. Se averiguó en tercer lugar que fuera de las supersticiosas solemnidades que acabamos de decir y que

podían llamarse comunes á todo el pueblo, había otras várias fiestas que hacían los particulares cuando se les ofrecía oportunidad para ello; cuando les sucedían ó temían que les sucediese alguna desgrácia ó infortúnio; ó por último, y esto era lo mas frecuente, cuando el gefe de una família princípal había adquirido por compra, donacion ó de cualquiera otro modo alguna imágen ó figura de ídolo que le pareciese digna de ser colocada en la cueva de que él era dueño. De este último género de fiestas ya arriba apuntamos algo; pero la cosa merece ser referída con mayor individuacion.

Decimos pues, que cuando un índio determinaba celebrar alguna de las insinuadas fiestas, avisaba de ante mano á sus parientes y amigos, expresándoles en qué dia y hora le habían de acompañar en su casa para recibír con el debído decoro ciertos ídolos que estaba esperando por momentos. El plazo era por lo regular al apagarse el crepúsculo de la tarde; á fin de que con las tinieblas de la noche quedásen mas fácilmente cubíertas sus maldades. Cuando pues empezaba á oscurecer iban acudiendo los convidados, no juntos sino á la deshilada para mayor disimulo. El dueño de la casa les recibía con singular agrado y con estudiadas expresiones de urbanidad por que todos estos índios son muy salameros, y en sus visitas y demas concurréncias observan un ceremonial todavía mas largo y enfadoso que el de ciertos pueblos cultos de Europa. El ruído de un mal templado tambor y el parlero chillido de dos ó tres chirimías, éra el aviso de que los ídolos venían ya muy cerca del pueblo. A dicha señal se reunían todos los concurrentes en el oratório, que alumbraban con várias velas y farolítos, abriendo de par en par la puerta. Semejante demostracion no podía causar á nádie que acertáse á pasar por delante la menor sospecha: por que es esta una costumbre muy usada entre los índios católicos, de modo que un español que hubiese oido aquella música y visto aquellas luces, hubiera creído probablemente, que los moradones de la casa festejaban á su modo alguna

imágen de la Virgen, ó de otro santo de su particular devocion.

Introducídos los ídolos en el expresado oratório se cerraba al punto la puerta y cesaba la música; pero nada se tocaba en la iluminacion. Inmediatamente todos los presentes hombres y mugeres, iban uno á uno á ponerse en frente de aquellas excecrables figuríllas: las besaban y doblando en señal de reverénci a una rodilla hasta llegar al suelo: las ofrecían incienso del país en unas copitas de barro de que yo poseo dos; y por último las presentaban diferentes ofrendas de pan, viscocho, cacao, tortillas de pimiento, y sobre todo jarros de *pulgue y chinguirito*, que son las bebidas fuertes con que ellos se embriagan. Y ciertamente que no debe estrañarse este obséquio. Por que, como dice muy bien Aristóteles, los *hombres cebados con los seductores atractívos del vício y degradados par el desenfreno y corrupcion de las pasiones, no pudiendo ya elevarse á la imitacion de la divinidad, han intentado abajarla, hasta ponerla*, digámoslo así, *en su própio nivel y hacer los dioses en todo semejantes á ellos.*

Concluída en esta forma la primera parte de la fiesta se apagaban las luces del oratório y se daba princípio á la segunda parte, estando ya muy cerrada la noche. Yo no describiré esta otra esena: por que no podría hacerlo sin poner delante de la imaginacion unas pinturas muy desagradables para todas aquellas personas, que miran los nobles y delicados sentimientos del pudor como uno de los dones mas preciosos, con que la naturaleza ha adornado esclusivamente al hombre. Solo diré que el segundo acto de aquella fiesta era conforme á las mácsimas generales de la gentilidad. *Macsimas generales* repito, por que un huevo no se parece mas á otro huevo, de lo que se asemeja en este punto la conducta actual de los idólatras americanos, con la que tuvieron en otro tiempo los gentíles del mundo antiguo, aun aquellos que se preciaban de muy cultos y civilisados.

Es en efecto cosa muy sabida que á las mas de las fiestas

de la religion pagana, se seguían inmediatamente los banquetes, en los cuales aunque la celebridad se hubiese consagrado á otros dioses presidían casi siempre Vaco y Venus, á cuyas alhagueñas sombras los mayores excesos se vestían de una cierta apariéncia religiosa con que pasaban á los ojos del numeroso concurso por acciones indiferentes, y hasta en cierto modo dignas de aprécio. No citaré para apoyo de esta verdad á Luciano: por que no se diga que el deseo de hacer mas picantes y mordaces sus sátiras le llevó á infinítas exágeraciones ¿ Pero que me responderán cuando oigan al mismo Platon al mas grave de todos los filósofos, proscribir la borrachera y asegurar que es una cosa víl y detestable á no ser en las ocasiones en que la costumbre ordenaba beber con exceso *en honor de Vaco* (a)? ¿Qué me responderán cuando en la lista de los inmortales establecimientos hechos en Aténas por el grande Solón, hallen un templo dedicado á Venus prostituta (a)? *La Grécia*, exclama Bossuet, *la Grécia estaba llena de templos erigídos al amor deshonesto, mientras el amor conyugal no tenia uno, uno solo en todo el país!*

Vuelvo ahora á mis índios los cuales embebídos y trasportados por su loca alegría y algazára, no solían levantarse de la mesa hasta que ya amanecía. El dia siguiente se pasaba en repetir las mismas incensaciones, genuflecsiones y ofrendas que en la anterior noche con la sola diferéncia de guardar mayor circunspeccion y siléncio, á fin de que el demasiado ruído, ó el extraordinário concurso no ecsitásen la atencion de los españoles, especialmente del párroco. En esto llegaba por último el momento de trasladar los ídolos á las cuevas, que había de ser el postrer acto de toda la funcion. Aguardaban ordinariamente á que diese la una de la mañana; y en esta hora en que el sueño es mas dulce y fuerte que en ninguna otra; en esta hora en que los sentidos como pasmados por una espécie de encanto no envían al alma ninguna impresion, salían ellos del pueblo

(a) Plato de Legibus VI.

con grande recato y paso ante paso, hasta que llegaban á parte donde no podían fácilmente ser vistos ni oidos. Encendían entonces cantidad de velas: mandaban de nuevo á los músicos que tocásen: echaban incienso en las copas llenas de lumbre; y dividiéndose en dos álas, proseguían con grande alegría su camino. La procesion entraba finalmente en la cueva: se colocaban en lugar acomodado y con muchas y profundas reveréncias los ídolos: renovábanse otrá vez delante de ellos las demas señales de adoracion que hemos dícho; y despues de haber esparcído por el suelo y al pie del ára diferentes ofrendas, se deshacía enteramente la junta, volviéndose cada uno por su camino.

A esta fiesta que, conforme queda advertído, no tenía tiempo, ni dia determinado, daban estos índios el nombre de *remuda de ídolos*; y así veo que se llama siempre en el consabído proceso: como queriendo significar, que el objeto de la referída celebridad era retirar y abandonar los ídolos antiguos que había en una cueva, y dejar en su lugar otros. Pero yo dudo muchísimo de que esta interpretacion aunque tan válida, sea conforme á la verdad. Mis razones son las siguientes. Primera. Los pueblos idólatras miran siempre con singular veneracion las imágenes ó figuras que sus ritos supersticiosos han consagrado, y ordinariamente tanto mas, cuanto son mas antiguas, y cuanto mas tiempo hace que ocupan sus templos, aras ó adoratórios. Esta proposicion es tan cierta que en mi sentir no necesita de prueba. Segunda. No sabemos que los primitívos mejicanos mudasen ninguno de los infinítos ídolos que adoraban en esta ciudad. Sabemos antes bien lo contrário. Vemos ademas, que el hombre se siente naturalmente inclinado á profesar cierto género de respeto á todo lo que es antiguo¿ Quién creerá que los adivínos y sacerdotes mejicanos ignorasen la ecsisténcia de esta inclinacion, y dejasen de abusar de ella á favor de sus pretendídos dioses? Tercera. Nuestros modernos idólatras conservaban con la mayor tenacidad los estílos y prácticas supersticiosas de sus abuelos, sin apartarse de ellas ni un solo negro de uña, como suele

decirse. Todas las páginas del mencionado proceso no respiran otra cosa. Los testigos repiten mil veces que sus paisanos se manifiestan tan adictos á los sobre dichos estílos y prácticas, por que son una *costumbre imemorial de todos sus antepasados*, y que así en sus juntas privadas se exórtan unos á otros á mantenerla, *aunque se pierda el pueblo, aunque á ellos les quiten la vida.*

Cuarta. Tengo en mi gabinete muchísimos ídolos *castizos* (páseseme esta expresion para darme mejor á entender) tengo igualmente no pocos ídolos de *remuda*. Es preciso ser ciego para no distinguir unos de otros. Los primeros llevan consigo el claro sello de la antiguedad: en los segundos se descubre al instante lo reciente de su fecha. Aquellos son trabajados ya en *tezontle* ó piedra de lava; ya en otras piedras mas ó menos preciosas; ya en barros de distintas espécies. Estos, al contrário, consisten por lo comun en bagatelas, como en muñequítos que sirven aquí de juguete á los niños, y se venden públicamente en los portales; en retazos de papel, de maguey ó pita sin cortar, y otros cortados muy groseramente con las tijeras; en desperdícios de vídrios; en granitos de cuarzo cristalizado; y en mil semejantes fruslerias. Quinta. En los últimos párrafos del proceso se refiere, que despues que todos aquellos índios apóstatas se habían reconciliado con la Iglésia, un dia, estando todos juntos, segun costumbre en la plaza frontera del templo para despedirse de los misioneros que habían sido sus catequistas, éstos y el Cura les pidieron muy encarecidamente que registrásen de nuevo sus casas, y que si todavía quedaban en ellas algunos ídolos, los trajesen luego para redjcirlos, como era justo, á menudo polvo. Entonces, dice, algunos ancianos se ausentaron por un rato de la asamblea y volvieron con unas figuras esculpídas en piedra *de diversas estructúras de las que habían antes presentado*¿ No podría haberse sacado de tan insigne acontencimiento la consecuéncia á mi parecer evidente, que *estos ídolos esculpídos en piedra, y de diversa estructúra*, éran los únicos verdaderos?

Pero sí así debemos juzgar, replicará V ¿ qué habrémos de decir ó imaginar que serían los ídolos qué se *habían presentado antes ?* Serían, respondo, unas imágenes ó representaciones de los verdaderos ídolos: serían unos talismanes ideados por sus sacerdotes y hechiceros: serían unas figurillas como las que hacían en Roma las sagas del tiempo de Horácio y que este poeta describió con tanto primor en una de sus mas bellas sátiras: serían .... podrían ser mil otras cosas, cuya explicacion, no es de esta carta; por que debemos ahora proseguir la empezada é interesante narracion de lo que se descubrió en el progreso de nuestra sumária.

Se averiguó pues en cuarto lugar, que nuestros índios idólatras tenian en extrema veneracion á ciertos hombres que eran á un mismo tiempo *sacerdotes, curanderos y adívinos.* La reunion de estos tres títulos y él egercício de sus correspondientes funciones, les grangeaba muy grande autoridad: de modo que apenas se ideaba y ejecutaba nada en el pueblo que no fuese por su consejo, díreccion ó influjo. Como *curanderos* daban recetas no solo para los hombres, sino tambien para los animales. Es excusado decir, que estos remédios se fundaban mas pronto en un arbitrário y desatinado capricho, que en alguna razonable teoría, ó en las luces y desengaños adquirídos con una larga experiéncia. Por que nádie ignora, que la medicína de semejantes embusteros nunca ha tenido mas apoyo que el de la supersticion. Puede leerse con singular provecho lo que díce sobre el particular el P. Gumila en la história del Orinoco; lo que cuenta Lafiteau en su libro de las costumbres de los salvages; y por último lo que refieren los capitanes Cook y King. De las várias y puntuales notícias recogídas por todos estos insignes escritores y viageros, se evidencía, que en orden al presente punto, los idólatras de la América meridional, se parecen extremadamente á los de la septentrional, y unos y otros á los isleños del occéano pacífico, tanto á los que estan poco apartados de este continente, como á los que viven en las mayores distáncias.

Por lo que respecta á nuestros curanderos mejicanos, aunque es inegable, que no eran menos supersticiosos y extravagantes que los de las de mas naciones que acabamos de nombrar, no por eso debe privárseles de una alabanza que tienen seguramente bien merecída. Un ligero exâmen de la eruditísima obra del D.r Hernandez basta para convencernos, que estos índios habían observado muchas plantas útiles y las habían aplicado con harto tino y acierto à várias enfermedades, cuyo nombre les habían dado despues, diciendo por ejemplo el *Cihuapatli* ó medicína de mugeres: el *Palancapatli* ó medicína de llagas, &. La misma *Viola verticillata ó violeta estrellada*, cuyas excelentes virtudes para un gran número de doléncias peligrosas descubrió y explicó muy por menor mi amigo D. Vicente Cervantes en un elocuente discurso pronunciado el dia 3 de Júnio del 1799 en el jardín de este real Palácio al dar princípio á sus lecciones de Botánica; esta misma yerba tan estimable, que iguala, y aun quizá deja atrás la famosa *Ypecacuanha* del Brasil y de Cartagena de Indias: esta yerba finalmente cuyo uso ha extendído por toda la nueva España el mencionado Cervantes con singularísima ventaja de la medicína; esta misma yerba, repito, era y aconocída por los antiguos mejicanos bajo el nombre de *Xschipitzaohae*, y se servian de ella como de un poderoso y benigno catártico, mezclándola por conocimento con el mucílago de la zarzaparrilla.

Traería aquí otros infinítos ejemplos de esta espécie si fuesen necesários, y si los sábios botanistas europeos no confesasen de buena fé, que en lo que toca á ciertos descubrimientos utilísimos del reyno vegetal, siguieron á los mejicanos, sino como á maestros, á lo menos como guias y conductores. De este cúmulo de conocimientos debídos casi siempre á la casualidad, y alguna rara vez á la curiosa y atenta observacion se formó poco á poco una espécie de medicína empyrica, que era todo el caudal de los profesores de la Corte de Motezuma tan elogiados por Solís: caudal que pasando de padres á hijos á manera de un rico depósito, se conserva todavía en gran parte entre estos

naturales y contribuía singularmente á acrecentar la reputacion de los curanderos á quienes, segun decíamos, tanto veneraban los consabídos índios idólatras.

Pero estos pobres salvages eran á su modo no solamente curanderos sino tambien *Sacerdotes*. Se infiere esto con toda evidéncia de las declaraciones originales que se hallan continuadas en el proceso. A ellos estaba reservado todo lo que pertenecía al culto y veneracion de los ídolos. Ellos eran los que recibían las ofrendas y los que las ponian con sus manos al pie de las estátuas. Ellos eran tambien los que dirigían y arreglaban las procesiones que arriba quedan descritas. Ellos eran asì mismo los que en dichas procesiones llevaban las detestables imágenes de sus dioses; y finalmente los que las colocaban en la correspondiente cueva ó adoratório, y despues de haberlas incensado y colmado de presentes ponian fin á la sacrílega ceremónia, diciendo en alta voz á los circunstantes: *que ya podian volverse á sus casas*. No se hubiera V. nunca imaginado, que en un pueblo que no dista de esta corte mas de unas cinco leguas ecsistiésen aún en el dia sacerdotes sumamente parecídos á los que trescientos años há, sacrificaron tantos soldados de Cortés y estuvieron á pique de sacrificar á Cortés mismo al infame ídolo Huitzilopoztli. Pero todavía se maravillará mas de lo que voy á referir.

V. sabe que aquellos inmundos ministros, á manera de los Profetas de Baal (a) se herían con lancetas y sacaban mucha sangre. Las lancetas eran ó de puas de maguey, ó de la piedra llamada en lenguage Tarasca *Tzinapo* y entre los naturales *obsidiana*. La sangre la derramaban tanto en obséquio de los dioses como para merecer mas y mas el aura popular, poniendo delante de los ojos de sus paisanos este testimónio de su austera peniténcia. ¿Pues creerá V. que todavía hacen lo mismo punto por punto los modernos sacerdotes idólatras deíestos índios? Debe V. creerlo por que tengo entre las várias curiosidades de mi museo

(a) Reg. III cap. XVIII.

no solo muchas de las expresadas lancetas, sino tambíen un pliego de papel manchado con infinítas gotas de sangre ofrecída pocos meses há, por aquellos sacerdotes á dos feísimos ídolos, que igualmente estan en mi poder. ¡Tanta es la maña que se dan estos naturales por conservar á qualquier riezgo lo que ellos llaman *costúmbre inmemorial de todos sus antepasados!* Y no ha contribuído poco á mantener entera dicha costumbre en médio de tan grandes dificultades, contradicciones y estórvos, el zelo fanático y ridículo entusiasmo de unos ministros que vendiéndose por hombres inspirados á mas de ser *curanderos y sacerdotes*, como hemos dicho, hacían tambien el oficio de *adivínos*.

Hay muchas cosas que observar y reflecsionar sobre este punto; pero yo ahora no podré hacer mas que tocarlas muy ligeramente y le pido á V. que tenga la bondad de escucharme: por que toda vez que se ha de imprimir esta carta, ya no hablo con V. solo, sino con lectores en quienes no siempre puedo suponer grande instruccion especialmente en matérias tan poco trilladas como ésta. La condicion de la depravada naturaleza nuestra que hace al hombre ambicioso, inconstante y ligero, esa misma le tiene en una contínua inquietud y curiosidad por lo que ha de acontecer. No haciéndose cargo de que su ciéncia debe estar precisamente encerrada dentro de unos límites muy estrechos; todo lo escudriña, todo lo quiere saber, y lo que sucede frecuentemente es, que en lugar de enriquecer con nuevos descubrimientos, se desvía mas y mas de la verdad, y despeñsandose de un error en otro, cae por último en lo mas profundo de la ignoráncia ó de la barbárie, y se hace el juguete del error, de la mentira, de la impostúra y de la mas grosera supersticion.

¿Y de qué orígen, pregunto, sino de este provino, que unas naciones tan cultas como lo fueron la griega y la romana, creyésen en sus aruspices, en sus augures, en sus sacerdotes y hechiceros? ¿De qué orígen sino de este nació en el mundo antiguo la astrología judiciária y la magia, á cuyas dos ciéncias vanas se entregaron tantos hombres por

otra parte eruditísimos? Y para acabar de una vez¿ que otro princípio sino este fue causa, que Sócrates el mayor héroe de Atenas, el filósofo mas ilustrado de cuantos produjo el paganísmo, tuvíese la flaqueza de alegrarse con el elógio, que le dió la sacerdotísa de Apolo; tuviese la debibilidad de aconsejar seriamente á su querido dicipulo Xenofonte, que consultase el oráculo de Delfos para saber si le convenía ó no ir á la corte del jóven Ciro?

No tenemos pues razon para reirnos de estos índios por que se dejaban ciegamente conducir y gobernar en los asuntos mas graves por el dictámen de sus adivínos y agoreros. Los filósofos europeos que desde su dorado gabinete contemplan con tanto orgullo á estos pobres salvages, deberían considerar, que ellos mismos, si hubiésen nacido algunos siglos antes, hubieran ofrecido incienso á Jupiter, hubieran doblado la rodilla delante de la estátua de Juno ó de Minerva. Riánse cuanto quieran, no por eso dejaré de decir, que si Pavv, si Raymal, si Montesquiéu, si Marmontel hubiesen sido contemporáneos de Miltiades, de Camilo, de Solón, de Fabio Maxîmo, de Alejandro ó de Licurgo hubieran recurrido para la resolucion de sus dudas á los libros de las Sibilas, á las entrañas de las víctimas, al vuelo de los pájaros, ó á las respuestas equivocas que daba desde la trípoda el fanatismo. Si este y otros semejantes estílos nos parecen ahora tan ridículos: si creemos que envilece la nobleza de nuestra alma, y degradan en cierto modo la divinidad: agradezcamos este dsengaño, no á los progresos de la filosofia; sino al benéfico influjo de la revelacion: y grabemos á la frente de los sublímes tratados de moral y de metafisica con que nos enriquecen todos los dias nuestros coetaneos, el célebre dicho de Tertuliano: que mas sabe ahora de la divinidad y de las verdaderas reglas de conducta un humilde artesano y un sencillo gañan, que en otro tiempo un Platon, Un Sócrates, ó un Pitágoras.

Bien conozco, amigo mio, que estas reflecsiones no estan sazonados en el modo que apetece el delicado paladar de los erudítos del dia¿ Pero qué quiere V. que haga? Mi

natural ingenuidad no me permite decir las cosas, sino como las tengo en el entendimiento y en el corazon. Bien conozco así mismo que las mencionadas reflecsiones forman aquí una suerte de digresion, que podría haber omitído; pero mi cariño ácia estos pobres salvages á quienes amo y estoy obligado á amar no menos que á mis própios hijos, me ha forzado por decirlo así á escribirla.

Demostraré ahora, segun lo había prometído que los ministros idólatras del pueblo de que tanto ya hemos hablado, ademas de ser sacerdotes, hacían tambien el papel de *adivínos*. Había efectivamente en el expresado pueblo várias personas que egercían las funciones anexâs á uno y otro cargo, y á quienes por esta doble razon miraban sus paisanos con particular respeto. Y aunque todos ellos eran en cierto modo iguales, había sin embargo uno que se aventajaba á los demas. Nunca hablan de él los testigos (y hablan muy á menudo) sin darle este elógio. Pero no he podido averiguar si dicha preeminéncia da disfrutaba por razon de su ministério, al que podía muy bien estar unido el honor de primer sacerdote; ó se la había grangeado insensiblemente con ser mas hábil embustero que sus compañeros; ó en fin la debía solo á sus muchas canas. Yo me inclino á esto último; por que hallo en efecto que era muy anciano, y conocído entre los suyos con el nombre de *viejito*. Tiene ademas mí congetúra otro grande apoyo en la história de casi todas las naciones idólatras. No obstante me abstendré de tomar resolucion en el particular; pues me expondría á caer en una equivocacion de la que tal vez otros sacarían diferentes ilaciones ó falfas, ó poco fundadas: como sería, por ejemplo, decir, que los modernos idólatras mejicanos conservan aun aquel género de gerarquía que sus mayores estableciéron desde tiempo inmemorial en su sistéma religioso.

Lo que si aseguraré sin temor de errar es, que todos los *sacerdotes adivínos* del expresado pueblo se jactaban de mantener una comunicacion íntima y secreta con los ídolos ó embuegues, y de ser los intérpretes por cuyo médio

declaraban aquellos falsos dioses su voluntad. Les creían los demas paisanos sobre su palabra, y les consultaban por lo mismo muy á menudo. El motivo y modo con que lo hacían era el siguiente. Aquellos índios miraban á sus pretendídas deidades no como unos númenes benéficos y amigos de los hombres, sino como unos tiranos que escigían contínuos, y á veces muy penosos homenages y sacrificios por solo su gusto y capricho.

Los imaginaban armados siempre de flechas envenadas, que disparaban infaliblemente contra sus adoradores al menor descuido ú olvido que estos tuviésen. Su justícia era una pasion cruel que como no se templaba nunca ó casi nunca con la bondad y compasion excluía el tierno y dulce amor y solo producía un terror pánico y un miedo extremamente servíl.

Cuando, pues, un índio se veía en alguna grande afliccion, como la muerte ó enfermedad de su muger, de su hijo, de su pariente ó amigo; cuando se le empezaba á perder ó deteriorar la cosecha; en una palabra, cuando esperimentaba ó le amenasaba algun mal, fuese el que fuese, creía sin poner en ello la menor duda, que el infortúnio no tenía mas orígen ni causa que la desapiadada venganza de sus dioses. En esta situacion corría despavorído á alguno de los mencionados adivínos, suplicándole encarecidamente, que le dijese, de que estaban enfadados los *embueges*? El consultante tenía la libertad de elegir el adivino á su gusto; pero no podía valerse de otro instrumento y órgano para averiguar el impenetrable y misterioso secreto. El consultor le oía siempre con afectada gravedad, mandándole que volviese al dia siguiente, que él entre tanto tendria cuidado de preguntar sobre el caso á los ídolos. Se presentaba de nuevo el índio á la hora que se le había mandado y no sin temblar de pies á cabeza. Entonces el adivíno tomando al tono de la indignacion y de la cólera.=: ¿Como, le decia, ó por que vienes á consultarme? ¿Debo yo acaso pagar tus delitos? Esta noche se me han aparecído en sueño los embuegues; pero con rostro ayrado y con un duro lá-

tigo en la mano. En vano procuré calmar su furor. Como representaba yo tu persona y me esforzaba á ser tu medianero, me trataron con extrema violéncia. Me molieron á golpes: pasaron y volvieron á pasar sobre mi cuerpo; y se retiraron por fin, dejándome tendido en la cama y médio muerto; y mandándome que te dijese, que todos tus males te sucedían por que no les llevabas velas, flores, tamales, incienso y otras ofrendas como lo practicaron todos tus antepasados. Tambien me mandaron, que te asegurase de su parte, que si no te enmendabas luego, te castigarían mas y mas hasta matarte á tí, á tu muger, á tus hijos y á tus béstias. Restituído el índio á su casa, contaba punto por punto á los suyos lo que le había acontecído; ponderándoles las amenasas de los embuegues, y remedando la voz, las contorsiones y todos los demas gestos del orador adivíno. Seguíase á esto ordinariamente el celebrar dentro de breves dias una de las fiestas y procesiones supersticiosas que hemos descrito; terminandose la tragédia, como siempre con detestables sacrificios, con indecentes bailes, con borrachera y toda suerte de lascívia: obséquios muy del gusto de tan impuras deídades.

Esto es, amigo, lo que he podido averiguar sobre el presente asunto. No he preguntado á nádie. Me he informado por mi mismo: he querido verlo y tocarlo todo; y así puedo asegurarle, que los hechos que he referído son muy puntuales y exâctos, y que si me hubiere equivocádo alguna vez habrá sido unicamente en las refleciones que he añadído de mi escasa cosecha, à fin de ayudar cuanto me fuese posible á los que con mas claras luces y con mayor práctica y experiéncia, quisiéren en adelante proseguir lo que yo he comenzado. No dudo que algunos lo harán; y esta esperanza me llena ya de extrema complacéncia, considerando los inestimables frutos que podrán recogerse de semejante trabajo; pues se conocerá mejor á los índios cuando se penetren los secretos de su moderna idolatría. Conociéndolos mejor se les podrá sin duda instruir, exôrtar y predicar con esperanza de mas feliz

feliz suceso. Se quitará poco á poco la máscara á su refinada hipocrecía: se disminuirá considerablemente el número de los sacrilégios que ahora cometen quizá mas pronto por falta de instrucíon que por malícia; y bendiciendo Dios los trabajos de sus ministros, amanecerá finalmente el dia, en que no quede por estos contornos ni un solo idólatra, y todos los naturales vengan espontáneamente á nuestros templos á adorar á Jesucristo en espíritu y en verdad y á gustar las dulzuras de un culto que habla no menos al corazon que á los sentidos: de una religion que no respira mas que amor, y que bajo de su saludable y divina sombra acoge y abriga con igual beneficéncia al hombre mas ignorante y al mas sábio; al que anda en espléndidas carrozas y habita en suntuosos palácios, y al que, como nuestro Redentor, no tiene apenas dónde reclinar la cabeza.

La obra que he insinuado y que todavía proseguiré á bosquejar en las siguientes cartas; sería ciertamente una ocupacion muy digna de cualquier ecclesiástico erudíto, docto y sobre todo amante de la felicidad de estos pobres índios y zeloso del honor de la Iglécia y del de nuestsa nacion. No faltan personas nacidas en este bello país en quienes concurren tan relevantes prendas, y yo las conozco. Pero ya que su modéstia me impide nombrarlas, quiero que si por casualidad llegan á leer jamas este escrito, sepan cuan favorable concepto me merecen, y cuán ardientes y sínceros son mis deseos de que se empleen tan en beneficio de la Religion, y de la Pátria. Méjico 19 de Octubre del 1805.

CARTA XIX.

La violenta propension de estos índios á la idolatría debe atribuirse no á una sola causa sino á muchas. Las primeras tentativas de los españoles para desterrar del império mejicano el culto de los ídolos, fueron de muy corto provecho. Rápidos progresos que hizo aquí la Religion católica en tiempo de los dos insignes obispos Zumarraga y Garcés. La república de Tlaxcala se hace no menos benemérita de la Religion que de la Pátria. Lastimosa decadéncia de dichos pueblos. Breve elógio del venaable Señor Don Uasco de Quiroga primer obispo de Michoacan. Extraordinário reconocimiento y cariño que le conservan todavía aquellos naturales. Pintura moral de estos índios. Modo con que los deben tratar los españoles. Fuerza asombrosa del amor.

Muy Señor mio y omigo: he meditado seriamente por espácio de muchos dias sobre el verdadero orígen, ó princípio de donde procede la violenta propension que estos índios tienen conforme acabamos de ver, á la idolatría. Por que siempre me he persuadído, como es la verdad, que si llegaba á descubrirse claramente la causa de tan funesto mal se conocería al mismo tiempo el método de que debemos valernos para detener y cortar sus progresos: y quizá entonces aplicando remédios mas proporcionados así al género de la doléncia, como á las circunstáncias y situacion del enfermo, lograríamos á fuerza de contínuos desvelos curarla por último de raiz y sin peligro de que volviese jamas á retoñar. He averiguado pues, que si la idolatría hace aquí aun tantos estragos, mirando de contínuo los corazones de los índios mas convertídos; ídebe esto atribuirse no á una sola causa sino á muchas de ellas generales á todos los idólatras de uno y otro continente, de ellas particulares á solos estos moradores.

El paganísmo considerado con respecto á este país me

parece como un rio inmenso que trae sus corrientes de muy léjos, perdiéndose su manantial entre la oscuridad é incertidumbre de los primitívos anales mejicanos. Este rio inundaba tres siglos há todas estas hermosas províncias, sin que quedase ni un solo palmo de tierra, que no estuviese cubierto de su cieno inmundo. Viendo esto los españoles que acababan de desembarcar en la costa de Zempoala tomaron al instante la generosa y heroica resolucion de salvar á estos naturales, arrancándolos del profundo abismo en que estaban sumergídos. Sin embargo, sus primeras tentatívas fueron de poco ó ningun provecho: por que siguieron el impulso de un zelo demasiado ardiente en lugar de arreglarse á los consejos moderados y sábios de la prudéncia. Los diques con que se pretendió detener á la idolatría solo sírvieron para irritarla, y reunir y acrecentar mas y mas su actividad. Clamaron los sacerdotes de Huitzilopoztli, que el Dios de la guerra mandaba á sus mejicanos perseguir á fuego y á sangre á unos estrangeros que con tanto descaro hollaban las divinidades protectoras del império, y hacían mofa de su antiquísimo culto. Estos gritos del fanatísmo encendieron de nuevo el fuego de la discórdia y desesperacion con mayor violéncia que nunca y faltó poco para que desbaratasen y arruinásen enteramente los planes de Cortés. Fue menester por cierto toda la habilidad de un gran General, toda la experiéncia de un soldado veterano, toda la imperturbable preséncia de ánimo de un héroe, y la declarada y casi visible proteccion del Cielo, para que Cortés y su pequeño ejército no pereciesen en la aciaga noche de la famosa retirada, á la que con mucha propiedad se dió entonces el nombre que todavía conserva de *noche triste.*

Montados los mejicanos en sus ligeras canoas y ocupando la dilatada extension de las calzadas por donde había de desfilar el reducído escuadron, cubrian por todas partes sus enemigos de una nube de dardos y de piedras. Peleaban en médio de la oscuridad como rabiosos tigres. No se les daba nada de quedar sepultados debajo de las aguas de la

laguna, como dejasen vengados á sus dioses. Los españoles que no pudieron seguir á su gefe y saltar á la ribera opuesta, imploraron en vano la clemencia de los vencedores. El entusiasmo de la supersticion sofocaba los sentimientos de la humanidad. Los infelices europeos fueron entregados inmediatamente á los sacerdotes gentiles y arrastrados luego á las aras que bañaron al momento con su sangre; abierto el pecho, segun costumbre, con un cuchillo de pedernal; arrancado el corazon y ofrecido á los ídolos, como el holocausto mas agradable. Nuestro afligidísimo ejército acampado por algunas horas en las inmediaciones de Cuyoacan para recoger los dispersos que lograsen salvarse al favor de las tinieblas; veía centellear las hogueras encendidas en lo alto de los adoratorios de la capital, en donde se sacrificaban aquellas desgraciadas víctimas: oia la bárbara algazára de los Sacerdotes, de los nobles de la corte y de todo el pueblo; mientras herían su imaginacion los tristes y agudos gemidos que daban los soldados españoles al tiempo de espirar en manos de tan crueles ministros. Tan cierto es lo que decía poco há, que las primeras tentativas, con que se procuró desterrar de este país la idolatría, fueron de poco ó ningun provecho por haberse dejado llevar tal vez de un zelo algo indiscreto aunque perdonable en unos hombres, cuya única profesion era la de las armas!

Finalmente apoderados los nuestros de esta vastísima metrópoli y rendidas á la dominacion española las sobérbias águilas (a) del império mejicano se mejoró y perfeccionó mucho el antiguo plan de operaciones, especialmente en lo tocante á la Religion. Cortés que poseía un entendimiento despejado, y que amaba sinceramente á los índios; no tardó en hacerse cargo de que debía moderar y reprimir los ardientes estímulos de su piedad. Su misma experiéncia le enseñó, que el contemporisar un poco con los idólatras; y el no manifestar un absoluto desprécio de sus ritos, de sus ceremónias y de sus costumbres era el médio mas eficaz

(a) El escudo de armas de Méjico consiste en una águila que está en pie sobre un nopal y tiene en el pico una grande culebra.

para que estos naturales perdiesen el horror y ódio que habían concebído de nuestra santa Religion: la empezasen poco á poco á amar: se dejasen persuadir y como encantar por la suavidad y dulzura de su divina moral; y finalmente le abríesen el corazon, y la abrazasen no por temor, sino por aficion y buena voluntad.

Añadióse á esto la llegada de vários misioneros que el mismo Cortés había solicitado de España, y que éran hombres dotados de una paciéncia y caridad eminente. Añadieronse los sábios reglamentos, leyes y ordenanzas que se le enviaron de la corte. Añadióse por último el nombramiento de respetabilísimos Prelados de los dos obispos Zumarraga y Garcés, que dejaron con gusto su Pátria y abandonaron todas las comodidades humanas, para venir corriendo á ser los Padres y Pastores de estos pobres salvages. Desde entonces, sino se puso fin á todos los descuidos y desaciertos, por que esto es imposible en los princípios de las grandes empresas á lo menos se disminuyó considerabilísimamente su número. Las conversiones fueron infinítas; tanto que el citado Señor Zumarraga y el célebre misionero Fr. Martin de Valéncia escribieron el año de 1531, aquél al capitulo general de su orden y este á su Comísario general, que los solos religiosos de San Francisco llevaban ya bautizados en esta nueva España mas de un millon de índios (a) suma que parecerá muy exâgerada á los que ignoran cuan grande sea el poder de la grácia, cuando toma por ministros á unos varones verdaderamente apostólicos que ella misma ha formado. En cuanto á mí no me admira tanto el número, como el fervor y sólida virtud de dichos neófitos.

¿Quién por poco que ame á Jesucristo podrá leer los anales de aquellos tiempos, sin llenarse de una dulce complacéncia? ¿quién verá sin enternecerse, como el célebre jóven tlaxcalteca llamado *Cristobalito* derramaba con muestras de indecible alegría toda la sangre de sus venas, para

(a) Reynaldi trae á la letra los fragmentos de estas cartas.

sellar con ella el bautismo que había recibído por mano de nuestros misioneros? ¿ quién no se sentirá interiormente trasportado de los afectos mas vivos que la síncera piedad inspira al alma asistiendo con la imaginacion á otro espectáculo semejante que se representó muy luego en el própio lugar? Por que corria el año de 1527 cuando el dichoso niño que hemos dicho ofreció con tanta constáncia su vida en obséquio de nuestro amable Redentor; y al cabo de dos años, esto es, en el de 1529, Antonio Xicotencal Nieto del intrépido guerrero que peleó tantas veces con Cortés, colmó con su heroica muerte la glória de su ilustrísima família, matizando con la preciosa sangre del martírio los infinitos laureles militares que había heredado de sus antepasados. El ejémplo del amo llevó tras sí á un pagecito suyo así mismo de muy tierna edad, y no menos fervoroso de quien el historiador Torquemada hace distinta mencion (a) y dice que se llamaba Juan.

De este modo la república de Tlaxcala despues de haberse hecho tan famosa por su constante fidelidad y amor á los españoles; se grangeó por la generosidad y firmeza de su fé, un lugar muy distinguído en los anales de la Iglésia Mejicana. La Religion y la Pátria deberán pues hasta la mas remota posteridad conservar una viva memória de los importantes servícios que la merecieron: y no dejarán nunca de mirar con harto sentimiento y dolor, que un pueblo por tantos títulos respetable; un pueblo tan querido de nuestros Monarcas; un pueblo favorecído con tantos privilégios y esenciones por las mismas leyes que nos gobiernan: haya decaído tanto, que en el dia apenas se descubre en él, la mas ligera sombra de su primitiva grandeza. Una gran parte de la ciudad arrasada y destruída enteramente por las avenídas de un rio que contribuía antes con sus aguas á hacerla mas cómoda y deliciosa. La otra parte compuesta de casas médio caídas y de las groseras y toscas cabañas de vários índios de la ínfima condicion.

(a) Lib. XV cap. 30 y 33.

En médio de estos escombros levantada la espaciosa habitacion de algunos ricasos, que podrían fácilmente mejorar la causa pública, distribuyendo con equitatíva economía lo sobrante de sus bienes; y que ahora al contrário la debilítan, y oprimen con el peso enorme de la usura (a). Las calles donde por dos veces se hicieron á nuestro ejército los brillantes honores del triunfo, y donde el grave senado Tlaxcalteca presidído por el anciano Magiscatzin salió con grande Magestad y aparato al encuentro de nuestro General victorioso; desiértas ahora y solitarias; ó frecuentadas por unos moradores, cuya miséria y desnudéz desmentiría la noblesa de sus tan ilustres acendientes; si de otro lado no la acreditáran, ademas de la voz constante de la fama, los irrefragables documentos que todavía ecsisten en su archivo y los sepulcros de los expresados mártires que se conservan en el templo de la parróquia, aunque no con el explendor, y distincion que era justo.

Vuelvo ahora á lo que decía en órden al feliz suceso que tuvo entonces en estas províncias la predicacion del Evangélio. Mientras duró la conquista fue muy escaso el fruto

---

(a) No critico ni censuro á nádie en particular. Reprendo el vício en comun apoyándome en las circunstanciadas notícias que me comunicó dos dias há un excelente misionero testigo de vista. Yo sé que no se ofenderán de mi caritatíva insinuacion los hacendados en quienes la riqueza y opuléncia no ha cercado todavía el paso á la compasion y humanidad. Su número por fortuna es aquí bastante crecida. En cuanto á los otros quisiera tenerlos ahora presentes para decirles: = Españoles! Nada hay tan contrário á un tiempo al carácter de nuestra Religion y de nuestra Nacion como la cruel y devoradora avarícia. Mirad con reconocído cariño, y aun en cierta manera respetad á estos pobres gañanes, que sudan y se afanan dia y noche arrostrando toda suerte de incomodidades y privaciones y tal vez acosados de la séd y de la hambre para que vosotros abundeis de todo y navegueis tranquila y sosegadamente, si puedo explicarme así, por un mar inmenso de placeres y deleites. Españoles! nuestros mayores se preciaron de ser los padres de sus Vasallos. Sois indignos de honraros con su respetable nombre, si no imitais su noble generosidad; sino seguis las huellas de vírtud, que quisieron dejar impresas para siempre en el seno de sus famílias. Como no ecsita vuestra teruura la vista de un padre labrador que se sienta al anochecer en médio de su angustiada família para tomar con su muger é hijos el escaso y vil alimento que apénas basta para sostentarse! Y teneis valor de venir la mañana siguiente al templo, de mezclaros con los demas fieles é implorar en alta voz como ellos las bendiciones y grácias del *benefico Criador y Redentor de todos los hombres!*

de la divina palabra; pero apenas huvieron calmado un poco los bullícios de armas, y rumores de guerra cuando se dejó ver con toda su natural hermosura la luz de la fé y se disiparon en gran parte las sombras y tinieblas de la idolatría. Los obispos Zumarraga y Garcés, asistídos de vários misioneros contribuían infiníto á tan inesperada revolucion. Su zelo era muy ardiente: su caridad sin límites: su aplicacion infatigable y eminente su prudéncia y habilidad en dirigir las almas. Olvidados del explendor y grandeza de su dignidad, ó para decirlo mejor, persuadídos que nunca serian en realidad tan grandes, como cuando mas se humillasen á ejemplo de los Apóstoles; dejaban con indecible gusto su palácio para ir á buscar á los idólatras en cualquier parte donde estuviesen; sin arredrarles jamas ni la aspereza de los caminos, ni la fieresa de los animales que entonces poblaban estos bosques, ni la moléstia y peligro de tantos rios, lagunas y pantanos; ni por último la insalubridad del clima, que en lo que se llama aquí *tierras calientes* suele ser tan fatal á los europeos. Todo lo despreciaba, todo lo vencia el deseo de servir á la Religion y animar y consolar á estos naturales. Hablaban á los índios con la mayor dulzura: no solo manifestaban tomar sino que tomaban verdaderamente un grande interés en todos sus infortúnios ó calamidades: les prestaban de muy buena gana y con un rostro apacible y alegre todos los ausílios que dependían de su arbítrio: intercedían y mediaban por ellos con el magistrado: acariciaban mucho sus tiernos hijos, tomándolos en los brazos, y regalándoles con aquellas cosas que conocían ser mas del gusto de ellos y de sus padres. En una palabra eran los protectores y padrinos de toda la tribu á quien cubrian con su autoridad como con un impenetrable escudo en las ocasiones en que la ambicion ó la avarícia de algunos europeos, pretendía con vários pretestos eludir el freno saludable de las leyes, para abusar de la ignoráncia y sencilléz de los índios. Entonces era cuando aquellos respetabilísimos Prelados se valian de todo el influjo, representacion y poder que les daba su alta dignidad: rompian

el siléncio en defensa de sus amados neófitos y catecúmenos: echaban en cara á los cristianos viejos su poca virtud y humanidad: les hacian ver cuan horrible cosa era escandalizar con depravadas costumbres á los pequeñuelos todavía débiles y flacos y *trastornar los caminos derechos del Señor*, como decía San Pablo al mago. Climas: y les amenasaban caso que no se enmendásen con la indignacion de ambos Monarcas, quiero decir, de Dios y del Rey.

Por último si sus amorosas exórtaciones eran desatendídas; si las violéncias y vejaciones continuaban y la borrasca lejos de sosegarse iba por instantes encrudeciendo; entonces aunque con sumo dolor de su corazon, blandeaban las armas espirituales, que Jesucristo les había confiado para semejantes lances. Se acordaban de que la Iglésia al tiempo de entregarles el báculo pastoral en el dia solemne de su consagracion les había advertído una y dos veces, que para corregir los vícios era necesária una piadosa severidad, *pie sæviens*. ¿ Y qué mejor y mas inocente uso podian hacer, pregunto, de estas armas invencibles? No recurrían á ellas sino cuando habían apurado inútilmente todos los demas recursos de un amor verdaderamente paternal. Tenían levantada largo tiempo la mano para infundir un temor provechoso. Sí al fin las disparaban; su objeto único era proteger y consolar á los buenos, y no destruir sino contener y hacer volver atras á los malos. Huvo vez tambien en que viendo frustradas todas sus esperanzas, elevaron sus quejas y lamentos al trono: bien seguros de que nuestros monarcas las oirían con mucho interés; pues ademas de ser con un título especialísimo los Patronos de la Iglésia Americana, han manifestado siempre el mas tierno y compasivo cariño ácia sus vasallos índios. La dulce persuasion, la amable sencilléz, y el profundo respeto y obediéncia que respiraban todas las cláusulas de aquellos escritos, eran como un suave lenitívo del ardiente zelo apostólico que las había dictado: y esta apreciabilísima circunstáncia contribnyó sin duda á que tuviesen tan favorable y pronto despacho.

No lo han olvidado estos naturales, antes bien conservan aun muy viva su memória, aunque se hayan pasado tantos años. Los índios que viven actualmente en las cercanías de las dos grandes ciudades de Méjico y Puebla, y que son los decendientes de aquellos antiguos neófitos pronúncian con singular respeto el nombre de Zumarraga y de Garcés, poniendo á ambos Prelados en el número de sus mas insignes bienhechoros. ¿ Y que diré de los índios del vecino reyno de Michoacan? ¿ cuan grande, cuan extraordinário es el reconocimiento que profesan á su primer obispo el venerable Señor Don Vasco de Quiroga, que murió en el año de 1556? ¿ No es cosa que causa asombro ver que despues de dos siglos y médio no se ha entibiado todavía en los corazones de aquellos naturales el antiguo afecto ácia su grande amigo y protector? ¿ que hablan de Quiroga, como si le estuviesen aún mirando y oyendo? ¿ que cuentan la história de los increibles favores que le debieron sus antepasados, como si ellos mismos hubiesen sido testigos de estos remotísimos sucesos? Las Indias de Michoacan, dice Clavigero, parece que quieren que sus hijos mamen en la leche estos tiernos sentimientos. Uno de sus principales cuidados, asi que empiensan á despuntar en ellos los primeros albores de la razon es nombrarles muchas veces al *tata Don Vasco* y enseñarles á menudo su retrato, para que se acostumbren de buena hora á distinguirle. Yá mas grandecítos les entretienen largos ratos pintándoles la felicidad que disfrutó su nacion, bajo la sombra de un Prelado tan amable; acabando ordinariamente esta agradable narracion con asirlos de la mano, llevarlos delante de alguna imágen suya; y doblar con ellos la rodilla hasta tocar el suelo en señal de íntima estimacion y reveréncia. ¿ La história de las naciones cultas presenta por ventura otro ejemplo de un reconocimiento tan antíguo, tan síncero y tan desinteresado? No lo creo: á lo menos mi memória no me ofrece ahora ninguna.

Con todo eso hay escritores que se atreven á decir, que estos índios no reconocen nunca los beneficios que se les

hacen: y aun llegan á asegurar que sus almas no son capaces del sentimiento mas noble entre los que honran la espécie humana, esto es, de la gratitud. Yo me acuerdo de haber leido en distintos libros esta insolente proposicion, la que me causó un grave escándalo aun cuando no había puesto el pie fuera de Europa. Me pareció que hablar así era pretender degradar á estos pobres naturales de un modo sumamente injurioso; pues no solo se tiraba á tratarles de puros salvages, sino tambien á confundirlos con las várias espécies de monos de que abundan los bosques de su Pátria. No me podia en efecto figurar ó imaginar, que hubiese un todo el mundo ninguna casta de moradores tan en extremo montaraces que no distinguiesen el amigo del enemigo y que manifestasen la misma insensibilidad por los grandes beneficios, que por las mayores injustícias.

Esto pensaba antes de salir del antiguo continente; antes de ver á estos índios. ¿ Qué será despues de haberlos tratado ? Crea V, amigo, que aunque tengo mucha esperiéncia de la vanidad y orgullo de ciertos filósofos, los cuales poco ó ningun cuidado se toman de faltar ó no á la verdad, como digan cosas nuevas y peregrinas; sin embargo desde que he observado de cerca á estos índios; no he podido menos de indignarme contra aquellos autores, que con tanta infidelidad han descrito su carácter. Un escritor honrado, me ha dicho á mi mismo, cuando se pone á hablar de las calidades morales de una nacion, no deja jamas correr la pluma con demasiada ligereza, antes bien la detiene y suspende á cada instante para considerar de nuevo su objeto, ya acercándoselo mucho, á fin de no perder la mas mínima de sus facciones: ya colacándolo á una cierta distáncia para contemplarlo todo entero, y en el debido punto de vista: en fin se conduce de la própia manera que un acreditado pintor cuando quiere retratar al vivo alguna persona. Faltar á la verdad quien trabaja ó afecta trabajar para la instruccion pública es ya seguramente un delito grande; pero faltar á ella en daño de tercero; querer lucir su ingénio á costa de la reputacion agena; y por no perder

un dicho agudo, una senténcia brillante, y acaso una pura bufonada, infamar á toda una nacion, es un crimen que no debe por ningun caso disimularse.

Y no es buena disculpa decir, que solo se trata de un pueblo, que por su distáncia, por su abandono y por sus toscas modales no merece ningun particular miramiento. Este es el idioma de la sobérbia y del egoismo; pero la honradéz y buena fé inspiran ideas contrárias y hacen que se toque con mas escrupuloso cuidado en lo que mira á una tribu médio salvage, que en lo que respecta á una nacion del todo culta y civilisada: por que ésta sabrá si se le injúria vindicar su honor á rebatir un libro con otro libro. Cuando la primera al contrário, no teniendo á mano arma alguna para volver por su reputacion, no podrá nunca derribar ó disipar la calúmnia. No prueba por cierto gran valor el atreverse á escribir en Lóndres, en Paris, ó en Berlin todo lo que se quiera contra el carácter moral de los índios mejicanos, despojándoles hasta de aquellos sentimientos de gratitud, que son como distintívos de la espécie humana. El escritor europeo sabe muy bien, que estos naturales no desplegarán nunca los lábios para responderle: y que ademas no es fácil, que algun literato tome á su cargo esta defensa. Esta sola consideracion debería arredrarle; lo hace sin embargo mas atrevido. ¿Qué concepto pues deberémos formar de su generosidad y hombría de bien? Pero dejemos á tan despreciables detractores y volvamos á nuestros índios.

Yo soy y seré síempre testigo de la cariñosa gratitud con que estos naturales corresponden á los beneficios que se les hacen. No niego que son por lo regular muy desconfiados, y que esta pasion les hace no pocas veces parecer desagradecídos. Cualquiera no obstante podrá convencerse, que dicha desconfianza y reselo es un efecto natural y casi inevitable del contraste y choque de su rudeza é ignoráncia con nuestras luces y con nuestra refinada civilisacion. Me he asegurado de esta verdad viendo por repetídas esperiéncias, que cuando los índios conocen que nada tienen

que temer por parte de quien los favorece, entonces no hay género alguno de demostracion con que no procuren acreditarle su fina y sincera correspondéncia. Lo han hecho y continuan haciéndolo así conmigo. Me lizonjeo con bastante fundamento, que me cuentan tiempo há en el número de sus bienhechores, solo por haberles servido en algunas frioleras, y haberles manifestado constantemente desde que llegué á esta ciudad un tierno y compasívo cariño. Pues nada mas ha sido menester, para que viniesen todos los dias á traerme vários y muy apreciables fragmentos de sus antiguedades nacionales, conociendo que yo gustaba mucho de este ramo de instruccion, y no exâgeraré nada si digo, que por su oficiosa actividad he recogído ya mas curiosidades de esta espécie sin salir fuera de mi gabinete, que la mayor parte de los erudítos que han recorrído con este único fin terrenos muy dilatados, atravesando províncias enteras y trepando por montes y desfiladeros casi inaccesibles. Esta misma mañana acaban de regalarme un documento que puede honrar no solo mi museo, sino cualquiera de los mas famosos de Europa. Es un cuaderno de siete hojas de papel español, y contiene una coleccion de los escudos de armas con que nuestros monarcas favorecieron á los principales señores de este império, como por ejemplo, á los reyes y casiques de Tacuba, de Fescoco, de Xilotepec, de Fula, Tacubaya, &c. Estan pintadas las armas con sus própios colores; en los que así como en todo lo demas no se advierte ninguna deterioracion, sin embargo de que su fecha se acerca á los tiempos de la Conquista.

Y no se dé V. á entender, que esta y otras reflexiones en que hé dejado espaciar mi pluma sean unas menudéncias que de nada sirven para el asunto de que vamos tratando. No es así ciertamente. Estas que parecen frioleras ó cosas de poca importáncia, encierran en mi concepto una de las principales llaves por donde los que han de tratar con estos índios, pueden adquirir conocimientos sumamente importantes para saberse conducir. Lo he dicho ya, y no me canso de repetirlo. La dulzura, la afabilidad, la pru-

dente condecendéncia, la compasion, las palabras blandas, el tierno cariño nunca desmentido por acciones contrárias ó dudosas, el semblante alegre, las limosnas repartídas con tino y acierto, y dadas no para librarse de la importunidad, sino como un testimónio de benevoléncia, y como una prueba de los paternales sentimientos del corazon; han sido, son y serán siempre los médios eficaces y seguros para que estos pobres nacionales pongan la debída confianza en sus ministros; los busquen, los consulten, los amen; amen tambien á nuestra santa Religion; dejen sus antiguas supersticiones; y lejos de esconder y sepultar debajo de tierra sus infames ídolos, los descubran ellos mismos y entreguen de muy buena gana.

Añadese á esto el regalar y acaricíar á los niños en preséncia de sus padres: tomarlos alguna vez en los brazos sin disgustarse de su desaseo; visitar en persona sus chozas y escuelas; enterarse por menor de los progresos de cada uno; alabarles, y repartirles algunos prémios para que les sirvan de estímulo, y para que llevándolos á sus casas, su vista y su posesion cause una imponderable complacéncia á toda la família. Añadase igualmente el manifestar grande aprécio y estimacion de sus antiguedades, el hablarles á menudo de la nobleza y valor de sus antepasados: elogiar su rara habilidad así en la construccion de suntuosos edificios, como en la perfeccion de várias labores finas; y maravillarse de que hubiesen podido concluirlas á satisfaccion, careciendo del hierro y acero y no teniendo mas que instrumentos muy débiles: por último no decir nada delante de ellos, que pueda redundar en desprécio de sus estílos y costumbres ní aun en lo tocante á la primitíva supersticion pues en este punto en lugar de hacer mofa de sus mayores les debemos compadecer confesando que no era mucho que se hubiesen entregado tan á rienda suelta á las detestables prácticas de la idolatría, no conociendo aun á Jesucristo, ní teniendo la mas leve idea de su divina moral; y que sí las naciones del antiguo Continente, y los españoles mismos habían sido en el particular mas

virtuosos y arreglados, esto no debe atribuirse á su mayor capacidad y talento, sino á haber tenído felicidad de que el brillante y hermoso sol de justícia amaneciese primero allí que aquí, disipando las densísimas tinieblas, que la *antigna serpiente*, esto es, la corrupcion de nuestra deprovada naturaleza había esparcído sobre todo el mundo sin distincion alguna.

Así debe hablar, así debe obrar el que pretenda persuadir á estos índios. Han de ganar su corazon y su voluntad antes que su entendimiento. No son ellos tan salvages como muchos se imaginan; pero seánlo enhorabuena: con todo eso me mantendré firme en lo mismo que he dicho, sosteniendo que aun en semejante suposicion el amor, la afabilidad y blandura deberían ser las principales basas y los mas poderosos resortes de la elocuéncia que empleasemos para convencerlos y atraerlos á nuestro partido. El amor es una pasion casi irresistible, y por esto la sagrada Escritura la compara con mucha propiedad á la muerte: por que así como ningun hombre se libra de pagar este comun tributo; así tampoco nádie hay ora sea civilisado, ora salvage, que no sienta y esperimente en sí mismo la increible fuerza y poderio del amor. Todos los vícios y todas las virtudes nacen de tan inagotable manantial. Los dos principales arroyos que salen de dicha fuente lo abrazan todo, y síguen una direccion opesta; segun es contrário el impulso que reciben ambos al empezar á correr. El uno nos lleva á la felicidad: el otro nos encamina á la miséria y desdicha. Las márgenes del primero son al princípio ásperas, angostas, desagradables y cubiertas de zarzas y espinas; pero ensanchandose poco á poco su cauce páran en un amenísimo y deliciosísimo prado, en donde el alma queda dulcemente embriagada de toda suerte de deleites. Al contrário el segundo, habiendo atravesado por unos florídos campos sobre los que se levantan una infinidad de árboles cargados de frutos de un suave pero engañoso olor y sabor; llega casi improvisamente a un horrible estrecho, en el que redoblando las corrientes su funesta actividad

arrastran con espantosa fúria á los navegantes y los precipitan de golpe en unos derrumbaderos, y abismos de donde no les queda esperanza alguna de salir.

La suerte pues buena ó mala de todos los particulares, depende de la calidad y fuerza de su amor: y se puede asegurar en cierta manera, que el hombre no se rinde nunca si no á esta pasion. El que pretende que los salvages ó los índios, forman escepcion á la referída regla los ha observado ciertamente muy mal. No niego que á veces se ha de usar con ellos de un tono firme y resuelto, y aun inspirarles temor. Pero esta medicína semejante á los éméticos y otros estimulantes muy fuertes les será inútil y aun dañosa si no se usa con extrema precaucion. Es preciso que en semejantes lances, para quitar al temor una cierta calidad maligna, que tiene á menudo, se le añada y mezcle una buena dósis de amor. El terror solo sirve de poco; dado que no haga daño. El amor es infinitamente mas activo, y de él, y no del temor deben esperarse las resultas mas favorables en cualquiera ocurréncia. El miedo del cadalzo, por ejemplo, detiene frecuentemente la mano de un homicída que iba á sacrificar á un inocente; pero el amor es el único que puede mudar la inhumana fiereza de su corazon en blandura y suavidad. El miedo del látigo, del cepo, de la cadena obliga al esclavo á no tocar en la hacienda de su amo y á reprimir los ímpetus del despecho y de la venganza cuando le reprende ó castiga; pero la afabilidad y cariño de un amo prudente hace incomparablemente mas; pues vuelve al esclavo de enemigo en amigo, como lo acreditan infinítos ejemplos antíguos y modernos. Por último, las armas europeas, el cañon, el mortero, el buen orden de la infantería y el ímpetu repentino y desolador de la caballería, son muy suficientes para llenar de asombro y espanto á los salvages y para ponerles en precision de que dejen libres las costas, entreguen sus fortalezas, sus ciudades, sus minas y tesoros; y vengan ellos mismos á poner la cervíz debajo del yugo extrangero. ¿Pero que armas ni que fuerza, pregunto, sino la del amor basta para

calmar sus temores, para desvanecer sus desconfianzas y para inpirarles la estimacion, el respeto y la benevoléncia ácia sus nuevos dueños? Sobre todo ¿ que armas ni que fuerza sino ésta, puede alcanzar el mayor, el mas útil y dificil triunfo; esto es, que los salvages se aparten de la religion de todos sus antepasados para abrazar la de los conquistadores; y truequen de buena gana las alhagueñas prácticas de la idolatría por las virtudes sólidas y austéras del cristianísmo?

No podrà el terror, yo lo aseguro, producir jamas tan feliz revolucion. Jesucristo, es verdad, vino á pegar fuego al mundo, como el mismo lo dice; pero este no era el fuego de un temor puramente servíl; sino el fuego benéfico y suave de la caridad. Ardía y arde en el pecho de nuestro amable Redentor un inmenso volcan, cuyas llamas saludables y fecundas cubrieron en otro tiempo todo el antiguo continente. ¡Ojalá pudiésemos decir lo mismo de este nuevo mundo y en particular de este vasto império! ¡Ojalá que en él se hubiesen seguido constantemente las huellas de aquellos zelosísimos Prelados Zumarraga, Garcés y Vasco, de quienes he hablado tanto en esta carta!

Me dirá V. que estas províncias han tenido casi siempre muy buenos obispos. Sí: los han tenído sin duda; pero ellos pensaron y piensan como yo en el particular, sintiendo que haya quien opine de otro modo. Los brillantes progresos que hizo aquí la Religion Católica en tiempo de los tres grandes varones que he dicho, parecían prometer, que dentro de pocos años toda la América septentrional estaría convertída; y que reynaria esclusivamente Jesucristo en los corazones de estos índios. Sin embargo, aunque se han pasado desde entonces casi dos siglos y médio, y aunque se ha enarbolado con harta felicidad el estandarte de la Cruz en infinítas regiones que comprenden en su inmensa extension las costas de uno y otro mar; no obstante vemos aun el terreno cubierto á trechos con las malezas y abrojos ponsoñosos de la antigua idolatría; y mil tristes esperiéncias nos enseñan que hay todavía un gran número de índios

que adoran en secreto á Belial y otro mucho mayor, que conserva en el fondo del alma una violenta propension é inclinacion ácia el abominable culto nacional, que detestaron solemnemente en el bautismo. Hecho inegable y dimanado como queda dicho de várias causas de las que procuraré indicar algunas en la carta siguiente. Méjico 23 de Octubre de 1805.

CARTA XX.

La dificultad de convertir á los idólatras mejicanos no proviene principalmente de que nosotros creemos la unidad de la naturaleza divina y éllos la pluralidad de los dioses. Verdadera y principal causa de la mencionada dificultad. Otra causa no menos poderosa.

Muy Señor mio y amigo, la grande dificultad que se ha hallado siempre en convertir á las naciones gentiles ó paganas suele vulgarmente atribuirse á que el primer fundamento de nuestra santa Religion es la unidad de la naturaleza divina, y el de la idolatría la pluralidad de los dioses: de lo que resulta, que siendo estos dos principales artículos tan opuestos y contrários entre sí, lo sean igualmente ambos cultos: de manera que no solo el cristiano mire con un cierto horror al idólatra; sino que tambien el idólatra tenga por impio al cristiano; huya de su trato y compañía, y no le dé oidos cuando pretende desengañarle de sus errores. Es menester pues mucho tiempo mucha sagacidad y mucha diligéncia, á fin de que un misionero lógre quitar tan grande embarazo; y abrirse un camino expedíto y seguro para la ejecucion de sus proyectos. Sin aquel impedimento y tropiezo apenas habría nada que vencer; y la Religíon triunfaría fácilmente de la supersticion en todos los países del mundo: pues ninguna de las demas trincheras de que podrían servirse los idólatras, sería capaz de resistir ni por un solo momento á la luz viva y penetrante del Evangélio.

Esta es, como decía, la opinion vulgar. Y aunque algunos hombres doctos la tengan por harto probable, á mí me ha parecído siempre muy falsa. La necesidad de un supremo Dios y Señor, es tan clara, tan evidente y tan conforme á la razon natural, que apenas se hallará pueblo alguno tan bárbaro y salvage, que á su modo no la reconozca. Las densas nubes de la idolatría han oscurecído mas ó menos esta verdad, segun las várias épocas y países; pero nunca y en ninguna region han logrado ocultarla del todo. No exâminemos ahora á los gentiles del mundo antiguo, por que no pertenecen al presente argumento: ciñámonos solo á los americanos. ¿Quiénes mas idólatras que estos naturales en tiempo de la conquista? ¿que pueblo ó que nacion hubo jamas tan adicta al culto de sus falsos dioses? ¿En que ciudad se veían tantos templos consagrados al demónio, como en Méjico? ¿en que otro lugar corría con tanta abundáncia al pie de los altares la sangre inmunda de víctimas humanas? ¿y dónde era mas crecído el número de los sacerdotes destinados á la veneracion de los ídolos? Sin embargo, este pueblo tan pervertído y cegado por su vana supersticion no había aun desconocído enteramente la ecsisténcia de un *Espíritu* ó de un Ser mas perfecto y eminente no solo que todos los hombres si no tambien que todos los dioses. El entendimiento, el corazon, la vista del sol, de la luna, de las estrellas, la amenidad de la primavera, la fertilidad del otoño, el curso de los rios y de las fuentes, la constante duracion del mar y de las grandes lagunas; la uniforme correspondéncia de los vientos, del calor y del frio en las diferentes estaciones del año: y para encerrarlo todo en una sola palabra, la admirable y divina armonía del universo le enseñaba a quella verdad con voz bastante clara é inteligible.

A mas de esto, la antigua tradicion de dicho dógma aunque desfigurada y oprimída con el confuso sistéma de un extravagante politeísmo, había no obstante conservado algunas chispas de luz y por todas estas razones, dice San Pablo, hablando en general de los gentiles que eran inex-

cusables en no conocer á su bienhechor: *por que Dios nunca se dejó á sí mismo sin testimónio, haciendo bien del cielo, dando llúvias y tiempos favorables para los frutos, llenando nuestros corazones de mantenimiento y alegria.* (a). Y el insigne misionero Josef de Acosta tratando en particular de los mejicanos y peruanos, añade, *que los que predícan el Evangélio á estos índios no hallan mucha dificultad en persuadirles, que hay un supremo Dios y Señor de todo, y que este es el Dios de los cristianos y el verdadero Dios* (b). Cree no obstante Acosta, que aunque tenian los mejicanos esta noticia de Dios carecían de vocablo própio para nombrarle = pues no se halla, dice, en lengua de Méjco nombre que corresponde á este Dios, *como en latin responde* Deus, y *en griego* Theos; por donde los que predican ó escriben para índios usan el mismo nombre de nuestro español *Dios,* acomodándose en la pronunciacion y declaracion á la propiedad de la lengua índica = De estas dos observaciones de nuestro historiador apruebo con sumo gusto la primera; pero no puedo dejar de maravillarme mucho de la segunda.

Es en efecto muy estraño que un autor tan instruído en las cosas de estos naturales, asegure que en lengua de Méjico no hay vocablo própio para nombrar á Dios; cuando sabemos todos que no solo lo hay, sino que lo ha habido siempre, y que el tal vocablo es éste, *Teotl*; nombre sumamente parecído al *Theos* de los griegos; y aun digo mal *sumamente parecído*; pues es exâctamente el mismo no añadiéndose la *t* y *l* en la voz mejicana sino como una pura terminacion. Con todo no debe en manera alguna culparse á los primeros misioneros por no haber usado de la palabra nacional *Teotl* cuando predicaban ó escribían para índios. Fue muy prudente precaucion por que debían temer, que á dicha voz unian estos naturales una idea no del todo pura y límpia; pues sabían por el capitulo 17 de

(a) Hechos de los Apóstoles cap. XIIII.
(b) Hístória de las Indias lib. V. cap. III.

los hechos de los Apóstoles que los Areopagitas de Aténas con ser unos hombres tan graves, habían colocado la ara del *Dios desconocido* entre los simulacros de Minerva, de Marte, y de otras no menos detestables deidades; y no ignoraban tampoco, que los emperadores Incas ofrecían sacrificios al Sol y á otros ídolos en el mismo templo que habian consagrado á *Pachacamac*, esto es, al Criador del cielo y de la tierra.

En vista pues de cuanto queda dicho, me parece evidente que la pertinaz resisténcia de estos índios en no quererse rendir á las razones de nuestros misioneros, y la violenta propension que conservan ácia los usos y costumbres de su antiguo culto aún despues que se han convertído y bautizado no províene principalmente del dógma fundamental de la unidad de Dios que nosotros creemos y ellos niegan; sino de la índole misma de la idolatría, que es tan opuesta al génio de la Religion Cristiana, si puedo explicarme así; pues en esta solo se habla de mortificacion y de cruces; y en aquella se suelta libremente la rienda á las mas alhagueñas pasiones. Yo aplicaré a los mejicanos lo que Bossuet escribe de los gentíles en comun. *Este império*, diré, *habia envejecido en la idolatría; y encantado por sus ídolos se habia hecho sordo á la voz de la naturaleza, que gritaba sin cesar contra ellos.* ¡Que mucho pues, que sea menester una fuerza mas divina que humana, para despertar á estos pobres índios de su profundo letargo, y hacer que ábran por fin los ojos del alma y reconozcan al verdadero Dios! Los dulces y seductores sueños de la idolatría ocupan de contínuo su imaginacion y tienen embelesados todos sus sentidos y poténcias: y a sí la luz brillante de la verdad debe de incomodarles; y es preciso que entónces sientan en su espíritu una impresion semejante á la que sufre en el cuerpo un hombre que sale de un oscurísimo calaboso, sí los rayos ardientes del sol hiéren improvisamente sus ojos.

Son estos índios en extremo aficionados á los deleites. La borrachera y la lascívia tienen para ellos un extraordi-

nário atractívo; por que sobre ser estos vícios tan agradables á nuestra naturaleza corrompída; respecto de estos moradores egercen una fuerza incomparablemente mayor, pues toman su corriente de muy atras, habiéndoles heredado de sus padres y abuelos, y mirándolos como el mejor lenitívo de los males y privaciones de la vida. Nada expresaré aquí del desenfreno á que se entregan en órden á la deshonestidad. En cuanto á la embriaguéz solo diré, que vemos todos los dias, como cuando un índio se halla en una grande pesadumbre, corre luego á alguna pulquería ó vinatería, que son los lugares donde se vende el pulque y chinguiríto; y alli no cesa de beber, hasta que da consigo en el suelo, no pudiendo su cerebro resistir a la vehemencia de aquellos licores. Lo mismo con cortísima diferéncia sucede, cuando experimenta sensaciones muy vivas de alegría: de lo que será fácil imaginar cuál es su conducta en lo perteneciente al otro vício que no he querido describir.

No debe pues buscarse otra causa mas poderosa que ésta así de la estrema repugnáncia que tienen estos índios en abrazar de veras el cristianísmo, como de la violentísima inclinacion que muchos de ellos conservan por la idolatría, aunque se honren con el nombre de cristianos. La idolatría de estos índios es la religion del deleite. El baile, las farzas mas indecentes y la borrachera misma forman una parte esencial de su culto. El amable pudor; que la naturaleza parece haber dado á la virtud como un baluarte muy firme; de ningun lugar está mas desterrado, que de las fiestas y solemnidades que los idólatras mejicanos y otomites consagran á sus falsos dioses. Y para que ningun remordimiento se levante jamas á perturbar la comun alegría y algazára, su *teoamoxtli* ó ritual tiende un velo sagrado sobre la fealdad de tan enormes excesos, santificándolos con el ejemplo y vida de los mismos dioses ¿Cómo pues un pueblo acostumbrado desde la mas remota antiguedad á estas abominables prácticas podrá olvidarlas de repente, sino es por una espécie de milagro? ¿Cómo po-

drá oir con gusto, que le hablen de abrazar una Religion casta, severa, enemiga de los sentidos, y únicamente aficionada por los bienes invisibles y por las inefables dulzuras de la grácia?

En el capitulo XXIV de los hechos de los Apostoles se refiere un acontecimiento, que los misioneros y demas ministros de estas naciones idólatras no deberían nunca perder de vista. S. Pablo había sido enviado de Jerusalén por el Tribuno Lisias á Felix que era gobernador general de toda la Judéa. Este magistrado Romano cobró especial aficion al apóstol desde la primera audiéncia, conociendo que quanto le objetaban los ancianos del synedrio era una mera calúmnia. Al cabo pues de pocos dias él y su muger Drusila le concedieron otra audiéncia privada. San Pablo hizo un enérgico razonamiento sobre la fé de Jesucristo, y al princípio fue escuchado por los dos consortes con muestras de verdadero gusto. Pero como prosiguiese disputando *de la justícia, de la castidad, y del juício que ha de venir*, se espantó el Gobernador idólatra de modo, que no pudo sufrir oirle hablar mas largamente sobre lo que tanto le afligía: y así le interrumpió y despidió diciéndole resueltamente, que se fuese, que ya le volvería á oir en otra ocasion.

No dudemos pues, que la causa principal de que estos índios se manifiesten tan en estremo apasionados por su antigua idolatría es la misma que hizo que el gobernador de quien acabamos de hablar se quedáse idólatra, sin embargo de lo mucho que le supo decir San Pablo¿ Y qué otra causa sino ésta, orrastró tantas veces el pueblo de Ysráel á la mas detestable impiedad? Estaban los Judios acampados al pie del monte Synaí, recibiendo todos los dias inumerables y clarísimos beneficios de la liberal mano de Dios. Un desierto inmenso les separaba de sus antíguos opresores y tiranos. Moyses les ponia continuamente delante de los ojos esta grande é inesperada felicidad, exórtándoles á ser agradecidos á aquel buen Señor á quien únicamente la debía = Quitad, *les decia*, de en médio de vostros toda

suerte de ídolos. Nuestro Dios es muy zeloso de su honra; y no quiere que dividais vuestro corazon en él y aquellas infames deidades, que adoran los demas pueblos. Su diestra omnipotente ha sepultado poco há debajo de las olas del vecino mar, y á vuestra vista, ese inumerable ejército de idólatras que pretendía reducirnos otra vez á la antigua y durísima esclavitud. ¡Hijos de Jacob! sed fieles al Dios de vuestros padres y vivireis siempre, yo os lo aseguro, en el seno de la tranquilidad y de la paz = Así les habló várias veces Moyses, sin lograr persuadirles. Estaban ausentes de Egipto con el cuerpo, pero su imaginacion iba y venía incesantemente en aquel país, donde habían seguido sin rubor el dulce pendiente de las pasiones. Estas eran sus verdaderos ídolos, á quienes adoraban en secreto, habiéndoles erigído un altar invisible dentro de su própio corazon. Por este motivo, y no por que les pareciese increible el dógma de la unidad de Dios, hicieron fundir el becerro de óro; mientras Moyses estaba en lo alto de la montaña cercado de una espesa nube. El pueblo, dice la Escritura, se sentó á comer y beber con exceso y luego hombres y mugeres, viejos y niños se levantaron á baylar al rededor de su nuevo Dios. Desde este momento, su indiferéncia y desagradecimiento fue estremado. Olvidaron todos los favores; y solo pensaron en divertirse. *No sabemos*, se decían unos á otros, *no sabemos que le ha acontecído a este Moyses que nos sacó de Egípto.* Me abstengo de citar otros ejemplos semejantes, que cualquíera podrá recoger á manos llenas, sin salirse de la la história del mismo pueblo.

Así pues, volviendo ahora á mis índios, no puedo menos de repetir una y mil veces que el que quiera curarles de la violenta propension que tienen á la idolatría, debe ante todas cosas procurar, que poco á poco vayan dejando la costumbre de embriagarse y aprendan poco á poco á ser sóbrios y castos. Se les han de quitar las ocasiones de uno y otro vício en cuanto sea posible: y si para esto fuere necesário á los princípios alguna severidad, podrá usarse de ella con tal que se hermane con la dulzura y el cariño,

de que nunca debe separarse enteramente un ministro del Evangélio. Conozcan los índios que si no se les permite el antiguo desenfreno y licéncia, no es para incomodarles ó disminuir sus deleites, sino para que los disfruten mejor, gozando de una salud perfecta, amándose recíprocamente, viviendo en profunda paz y sociego, sin riñas ni venganzas, rodeados de sus mugeres é hijos, y gustando en su compañía de todas las dulzuras de una vida racional.

Con estas lecciones y estos consejos tan conformes á la razon natural, hasta las naciones mas salvages tarde ó temprano se rendirán, como se les propongan é inculquen con el arte, con la mansedumbre, con la constáncia y paciéncia que el verdadero zelo inspira. ¡Cuántos pueblos del antiguo continente se han convertído por este médio! La fuerza de las armas enemigas les hubiera hecho mas indómitos y feroces; pero la dulce persuasion da la palabra y del ejemplo, ablandó y suavisó paulatinamente sus costumbres hasta mudarles en cierta manera la naturaleza. Y si alguno dudáre de esta verdad tienda, le ruego, lâ vista por los florecientes reinos de Suécia, de Dinamarca y de Rusia; y despues de haber admirado su actual ilustracion y cultura, acuérdese de lo que eran sus moradores, no diré en tiempo de los griegos y romaaos, sino en el primero y segundo siglo de la era cristiana. Pero sea de ello lo que fuere, aseguro de nuevo en cuanto á estos índios, que si se logra algun dia disminuir su pasion ácia los dos vícios capitales de que he hablado, se verá como al mismo paso se enfría la inclinacion que tienen ahora por mantener ó renovar el culto abominable de los dioses. *Se adoraba á Venus*, dice Bossuet, *por que los hombres se dejaban dominar por el amor sensual, y amaban su poder. Vaco el mas alegre de todos los dioses tenía altares por que se abandonaban los hombres, y por decirlo así, ofrecían contínuos sacrificios á la alegría de los sentidos mas dulce y mas fuerte que el vino.* Un ministro prudente y zeloso recogerá y destruirá sin grande dificultad todas las imágenes de los falsos dioses, que estos índios todavía conservan con tanta vigiláncia y

cuidado en el fondo de las cuevas y en otros lugares solitários; con tal que tengan la dicha de ahuyentar la otra espécie de ídolos, que mantienen y adoran en su corazon, y les impiden buscar con sinceridad á Jesucristo.

Pero no es solo el amor de los placeres y el desenfreno de las costumbres lo que mantiene en nuestros índios esa violenta propension á la idolatría; contribuye tambien á lo mismo otra causa principal de la que será bueno decir algo, por que no creo que sea muy conocída. Esta causa ¿ quién lo imaginará? es un vehementísimo miedo que estos naturales tienen al demónio. El origen de este terror parecerá poco menos que inexplicable; pero no puede ponerse duda en su existéncia, por mas que algunos fiándose en observaciones muy superficiales, digan y sostengan en alta voz lo contrário. En efecto he oido afirmar á vários sugetos, que estos idólatras mostraban ser la misma insensibilidad é indoléncia: que en vano se les hablaba del cielo y del infierno: pues ni deseaban lo uno, ni temian lo otro; y por último, que no había mas espuelas buenas para despertar y poner en movimiento su alma estúpida, sino la impresion inmediata de un bien ó de un mal presente. Para asegurarme de esta, que ellos calificaban de verdad inegable, me decían, que les había sucedído mil veces exórtar á sus índios á que detestasen sínceramente los pecados de que se confesaban: que para lograrlo se babían valido de todas aquellas razones que les parecieron mas proporcionadas á su corta capacidad; pero que no habían sin embargo recogído ningun provecho, por la increible indiferéncia de sus penitentes: los cuales cuando se les preguntaba, por ejémplo, si *volverían á embriagarse?* solian estar un rato suspensos y rompiendo luego el siléncio, *sí*, respondían resueltamente: *volveré:* = *¿por que he de enganar?* = *Pero como vuelvas no irás al Cielo* = *Es verdad, Padre* = *Pero hijo mio, al fin te llevará el demónio, y te sepultará en un horno inmenso de voraces llamas que te atormentarán sin consumirte por toda la eternidad.* = *Y si Dios lo quiere así, padresíto, que hemos de hacer?* Satisfechos, añadían

los penitentes con tan absurdo sofisma, se levantaban de nuestros pies, sin perder ni por un solo instante su ordinária tranquilidad, hubiesen ó no hubiesen recibído la absolucion.

Hay mucho que decir sobre estas relaciones. Yo me persuadí desde el principio, que los hechos eran ciertos: ¡tal concepto me han merecído siempre las personas que me los contaron! Pero acercándome cada dia mas y mas á los índios para observar mejor su carácter nacional, y formarme una idea clara de sus opiniones en órden á la religion: he venido á convencerme de que las consecuéncias que se pretendía deducir de los referídos acontecimientos, son por la mayor parte falsas, especialmente en lo que toca á no temer estos índios al demónio; pues es constante, que lejos de mirarle con absoluta indiferéncia, como se supone, le tienen al contrário un extremo terror, el cual influyendo á veces con demasiada fuerza en los humores del cuerpo, llega a debilitar considerablemente su salud. Y este ridículo terror, que heredan los hijos de los padres, y que la educacion doméstica y las infinítas supersticiones ya públicas ya privadas, aumentan y suben mucho de quilates; es mi concépto, conforme acabo de insinuar uno de los mas copiosos y perennes manantiales de dónde nace la funesta adhesion de estos índios á la idolatría. Voy á demostrarlo.

Los testigos que se exâminaron en la sumária de que tanto uso he hecho en mis últimas cartas, declaran á una voz que si ellos y los demas vecinos del pueblo habían ofrecído tantos sacrificios á los ídolos, ó *embuegues de las cuevas, esto había sido por que segun la persuasion general de todos sus paisanos, dichos embuegues podían mas que Dios; pues eran mas corajudos: y que esta persuasion sobre venirles ya de sus padres y abuelos, la confirmaban todos los dias sus sacerdotes ó adivínos, amenasándoles con la terrible venganza de aquellas deidades, si eran remisos y flojos en su culto.* No hay en el particular la mas leve sombra de oposicion entre las mencionadas declaraciones, aunque los testigos sean de diferente

sexô y edad. Hombres y mugeres, viejos y jóvenes dicen exâctamente una misma cosa. Todos ponderan el extraordinário y en su dictámen irresistible poder del demónio. Todos convienen en atribuir á su indomable rencor las enfermedades, las muertes desgraciadas, las malas cosechas, las inundaciones, las sequedades, la hambre, la peste, las viruelas desoladoras y otros semejantes acaecimientos. ¿Quién pues dudará, que esta funestísima preocupacion sea la que les hace tan tímidos y pusilánimes, obligándoles á recurrir cada instante á sus supersticiones y hechicerías?

El ejemplo de las demas naciones idólatras acaba de poner en claro este descubrimiento. Léase por no detenerme en citar á otros autores menos conocídos, léase, digo, lo que escribe Lafiteau en orden á la iniciacion de un *Piaya* ó adivíno Cáribe; y se verá que las teurgías verdaderas ó falsas de estos salvages, llevan consigo el mismo sello que los oráculos de los antiguos paganos, tales como nos los pintan no solo los poetas, sino tambien los historiadores. Estallídos horribles en los alrededores del templo o adoratório; el suelo temblando debajo de los pies; uracanes que parecen abatir los árboles del bosque sagrado; negras nubes acumuladas sobre la cabeza; espeso humo; ladridos de perros: y en médio de tanta confusion y desórden, los asistentes sobre cogídos y atónitos de terror, y la pithonisa ó el sacerdote agitados y casi despedazados por violentísimas convulsiones; erisados los cabellos; pálido y demudado el semblante; y temblando con todo el cuerpo. Este es, repito, el sello general con que se dan á conocer los vanos prestígios y visiones de los idólatras antiguos y modernos. ¡Qué diferéncia entre estas visiones y la que tuvo en el monte el Santo Profeta Elias, cuando Dios se le manifestó en seguida de un suave y fresco vientesillo, que alentaba el verdor y frescura de los árboles; aplacaba las olas del mar poniendo su superficie tersa como la de un cristal: llenaba el corazon de mil dulces sensaciones; y en una palabra, alegraba y daba nueva vida á toda la Naturaleza! *Non in commotione Dóminus; sed in spíritu aurœ lenis Dóminus.* Ni

la supersticion, ni la religion pueden jamas desmentirse. El carácter de la primera es el miedo y pavor; el de la segunda el amor y la esperanza.

Pero yo quiero ahora dejar este cotejo para volver á la uniforme declarcion de los mencionados testigos, pues me parece que podré sacar de ella algunas observaciones importantes. Sea la primera.

Los actuales idólatras mejicanos creen que el demónio egerce un poder tiránico sobre los hombres, sin ser capaces de señalar ninguna razon de un hecho tan estraño. Solo dicen, que el demónio *es muy corajudo*: que es lo mismo que en estremo cruel y vengatívo. En lengua del pais se da á este espíritu inmundo el nombre de *tlacatecolotl*, voz compuesta de dos palabras *tlaca* que equivale con corta diferéncia á *persona, y tecolotl* que significa *buho* ave aborrecída de casi todas las naciones y que pasa entre los idólatras mejicanos por símbolo ó ministro del demónio. Un eclesiástico criollo, á quíen yo aprécio mucho tanto por sus luces nada vulgares, como por su ardiente zelo y constante aplicacion en ilustrar las antiguedades de su pátria, me ha asegurado como cosa cierta, que cuando una de aquellas aves ó por casualidad, ó traida del olor cadavérico de un enferno se pone sobre el techo de alguna choza de índios, todos los que moran dentro se llenan de horror, y que al cabo de algunos dias se les suelen aparecer en el color y facciones del rostro todas las señales de la mas profunda tristeza.

Añadiré á esta relacion otro caso muy reciente. Unos índios Tlaxcaltecas querían casar su hija con un hombre de su nacion; pero de costumbres perversas, y de una figura sumamente desagradable. La niña que sobre ser bastante bien parecída, era de una conducta regular se resistía cuanto podía al proyectado enlace; y esta resisténcia hacía que sus padras desnaturalizados la tratásen con la mayor crueldad. Le daban diariamente muchos golpes; le escaseaban la comida; y la amenazaban con la cólera y venganza de los ídolos. La llevaron por fin al templo; y así que el

vicário mal informado, ó demasiado condecendiente se preparó para el desposório no falto nunca quien dijese pasito á la muchacha *mira lo que haces;* por que *el tlacaltecolotl te ha de matar*; sin cesar de importunarla, hasta que preguntándole, segun costumbre, el ministro, sí quería por esposo al índio que estaba presente? Sí quiero, respondió, con voz desmayada y médio muerta. ¡Tan cierto es el terror con que estos índios adoran al demónio!

Pero yo me inclino muchísimo á creer, que dicho terror no tiene por único objeto el librarse de los infortúnios que el demónio les puede causar en esta vida; sino que se extiende á los males todavía mayores con que les puede atormentar despues de la muerte. Me lleva á pensarlo ver que entre los dioses mejicanos había uno que se llamaba *Mictlanteuhtli* voz que significa literalmente el *Señor del infierno.* Ver que su templo era conocido con el nombre *Tlalxicco* que vale lo mismo, como si dijésemos, *en las entrañas ú ombligo de la tierra.* Ver la grande y clara analogía que hay entre éste ídolo y su muger *Mictecacíhuatl*, y el Pluton y Proserpina de los griegos y romanos. Ver por último (y esto es lo que me hace mas fuerza) que la imágen del mencionado ídolo, que se conserva muy bien grabada en el plano inferior de la célebre estátua de la diosa *Teoyaomiqui* existente en esta Real Universidad, tiene al rededor del vientre un gran círculo de llamas muy encendídas, como las tienen igualmente vários ídolos de los Calmukos zongoras, conforme se describen en la obra del Abate Chappe d'Auteroche á quien he citado ya otra vez. Y no deja de admirarme, que Don António de Leon y Gama escritor tan erudíto y puntual, no haya hecho alto en esta particularidad, en la que se descubre un resto tan apreciable de la antiquísima tradicion así de la inmortalidad del alma, como de la suerte infeliz de que cabe á los malos en el otro mundo.

Segunda Observacion. El culto de los idólatras mejicanos, á lo menos el de los modernos, no se dirigía al supremo Dios, sino á ciertos espíritus malignos y en alguna ma-

nera enemigos del hombre. Si analizamos la idea que se formaban de dichos espíritus ó semidioses, hallarémos en ella no poca semejanza con el concepto que nosotros tenemos del demónio. Decimos nosotros, que el Demónio es de una naturaleza superior á la nuestra: que es nuestro contrário: que nuestras desgrácias provienen en gran parte de su mala voluntad: que gusta de humillarnos y abatirnos: y que su desapiadada cólera y venganza no conoce límite alguno. Esto creemos nosotros fundados en las divinas letras, y señaladamente en los libros del Génesis y del Apocalipsis. Lo mismo poco mas ó menos pensaban los mejicanos de sus ídolos ó embuegues; sin duda por que en su absurdísima mitología se conservaban algunas huellas de la primitiva tradicion, comun á todo el género humano.

La diferéncia mas notable que yo encuentro en el particular entre ellos y nosotros es, que nosotros estamos firmemente persuadídos á que, si el demónio nos tiene tanta ojerísa, lo hace de puro envidioso y despechado; pues no puede sufrir que seamos dichosos y felices, estando él condenado para siempre á la mayor desgrácia é infelicidad. Mas los mejicanos no parece que tuviesen esta opinion de sus ídolos; y así nunca pudieron señalar ó imaginar el motivo por que aquellos espíritus se dejaban tan fácilmente llevar de sus funestas pasiones, encendiéndose con el menor pretesto en ira y rábia contra aquellos mismos que con tanta pusilanimidad se postraban al pie de sus altares, y estaban dia y noche temblando por las amenasas que les hacían los adivínos. Pero no debe parecer estraño, que se hallen estas y otras infinítas contradicciones en la mitología de los mejicanos y de los demas idólatras. Es prerogatíva própia de la sola verdad el permanecer siempre en un mismo estado, y el conservar sin la menor deterioracion todos sus naturales atractívos, que le dan una celestial hermosura. Al contrário, la mentira y el error cambian cada instante de aspecto, y se transforman y mudan en mil opuestas maneras, como el Proteo de los antiguos.

Sin querer pues entregarme por ahora á ulteriores in-

vestigaciones en órden al sistéma religioso de estos naturales; me contentaré con asegurar que el prototipo ó ejemplar de sus ídolos era el demónio y no Dios. Al Demónio dirigían sus votos y sacrificios, por ser, como ellos decían muy *corajudo*. Al Demónio levantaban templos, consagraban sacerdotes y dedicaban estátuas y pinturas en todas las ciudades. El rey del Cielo y de la Tierra; el padre de todos los dioses; el supremo *Teotl*, no recibía al contrário ningun género de homenage en la vasta extension del império mejicano; ni en lugar alguno se veía representada su imágen, ó por que estos índios habiendo llegado en este punto al extremo de depravacion posible no se curuban de implorar la proteccion de un Señor, que es de suyo sumamente bondadoso y compasívo: ó por que (y esto es lo mas verísimil) semejantes á los impíos del libro de Job, se daban á entender que Dios estando abismado y reconcentrado, digamos-lo así, en su própia felicidad, se había desprendído enteramente de las cosas de acá abajo á las que, paseandose él todo el dia por encima de los ejes y polos del Cielo no se dignaba de dar jamas una sola mirada. *Circa cardines cœli perambulat, nec nostra considerat.* El sofista Porfirio reducído y estrechado sobre manera por los invencibles argumentos de algunos santos Padres, hubó de hacer esta ingénua confesion (a) en órden á los gentiles de la erudíta antiguedad. Y yo me persuado, que tenemos harto fundamento para asegurar lo mismo de estos idólatras. Por lo que se vé con cuanta razon dijo Davíd (b) *Que todos los dioses de los gentiles son demónios, pero que el Señor hizo los cielos.*

Yo quisiera que aquellos ministros de nuestra sagrada Religion, que toman á su cargo instruir y convertir á estos pobres índios, tuviesen siempre muy presente lo que acabamos de explicar; por que en mi concepto les daría una clara luz para manejarse debidamente con sus feligreses y catecúmenos, y verían como para que las pláticas y ser-

(a) Porphirius II. de Abstinencia. (b) Ps. XC. cap. V 5.

mones que les dirigen hagan algun fruto es preciso arreglarlos á un plan bien diferente del que siguió el celebre Valverde en su razonamiento al Emperador Atahuallpa. Creanme: el verdadero resorte de un predicador evangélico, y especialmente de un misionero de selvages ha de ser el amor. ¿ Quién ignora que esta divina pasion se comunica fácilmente de un corazon á otro por una espécie de fuerza eléctrica, á la que nada casi puede resistir? Su tierno y sublime idioma lleva consigo un no sé cual encanto que penetra y ablanda hasta las almas mas duras; como que es aquella espada de dos filos de que habla el Apóstol. Creánme vuelvo á repetir. No hagan caso de las mácsimas y consejos que se hallan en el prólogo de cierta gramática mejicana, publicada por primera vez en 1717. El libro es bueno, como me lo aseguran sugetos muy inteligentes en esta lengua; pero su prólogo ó introduccion entre várias adverténcias útiles encierra otras que son en extremo perjudiciales. Oh! si yo pudiera borrar de todos los ejemplares aquellas cuatro ó cinco cláusulas, que mas de una vez he salpicado con mis lágrimas!

Tambien deseo que cuando á estos índios se les habla del demónio, no se les exprese redondamente y á secas, que no tiene ningun poder. Esta idea choca demasiado con todas sus opiniones y de algun modo no deja de ser falsa. Yo les propondría lo concerniente al insinuado artículo en esta sustáncia = Hijos mios, *les diría*, el demónio puede mucho. ¡Cuántas desgrácias, cuantas calamidades no ha ocasionado en el mundo! Es un cruel tirano que desea tener infinítos adoradores y vasallos para oprimirles, para beber su sangre y sepultarles en un dilúvio de males. Vuestros antepasados fueron sus víctimas y tuvieron mucha razon para temblar en su preséncia pues no llevaban señalada la frente con la Cruz de Jesucristo. Pero en cuanto á vosotros, hijos de mi alma, que habeis recibído ó deseais recibir el bautismo, nada, nada absolutamente puede, con tal que seais buenos cristíanos. Ya no sois sus súbditos, como lo fueron vuestros padres. Sois antes bien hijos y hijos muy amados de Jesucristo. Examináos á vosotros mismos. ¿No es

Saavedra del *Armanino Sculp*

EX MUSEO AUCTORIS

verdad que cuando os amenasa alguna grande, súbita y casi inevitable desgrácia, levantais á un tiempo los ojos y manos al Cielo? Pues tened por cierto que aquel Señor, aquel Dios del Cielo, á quien vosotros sin advertir invocais, ha vencido al demónio, y lo ha puesto preso y atado en médio de un inmenso y solitário páramo, para que no pueda jamas tocaros ni en un pelo de vuestras cabezas (a) = En esta ú otra semejante forma procuraría explicarles el dógma católico sobre este delicadísimo punto haciéndome cargo de que siendo estos índios, segun la opinion comun, una espécie de niños, por lo mismo el ministro Evangélico, débe conforme al consejo del Apostol alimentarlos con leche, y no con otros manjares mas sólidos que su espíritu no puede todavía digerir.

Amigo mio; me es preciso poner por ahora fin á nuestra correspondéncia, aunque me queda todavía tanto por decir. Esta carta será probablemente la última que le escriba á V. desde esta famosa ciudad, por que se espera por momentos en Acapulco la fragata mercante llamada *Nuestra Señora de Guadalupe*, que es la que me ha de llevar al Perú. Ya tengo encajonados mis libros y mi muséo, que forman en el dia todo mi tesoro: y solo aguardo el aviso de la llegada del mencionado buque para ponerme en camino. Le confieso á V. que al tiempo de partir no podré menos de dar con la imaginacion algunas tiernas miradas ácia esa mi querida pátria, de la que mi nuevo destino tanto me aleja. Pero este inevitable recuerdo no anublará jamas la alegría que siento de contínuo en mi interior, al considerar como voy á servir á un tiempó á Jesucristo que merece toda suerte de sacrificios y obséquios, y á nuestro amado Monarca, á quien debo siempre vivir extremamente reconocído, por los muchos y señalados favores que se ha dignado colmarme. Méjico 31 de Octubre de 1805.

(a) Véase el Apocalipsis, y la profecia de Daniel.

SUPLEMENTO

AÑADIDO A LAS CARTAS MEJICANAS

POR

DON BENITO MARIA DE MOXÓ.

Reflécsiones sobre un plan de estúdios formado en 1805 de órden superior para el real colégio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonzo de la ciudad de Méjico.

Devuelvo á VS. el nuevo plan de estúdios de este Colégio real y mas antiguo de san Pedro, san Pablo y san Ildefonzo, que VS. tuvo la bondad de remitirme con fecha de veinticuatro de Diciembre último. Mis contínuas ocupaciones, que se han aumentado desde entonces considerablemente con la prócsimidad de mi viage al Perú, y ademas algun quebranto que he esperimentado en la salud, no me han permitído contestar antes á VS. Lo hago hora con el mayor gusto, dándole á VS. las debídas grácias, por la singular confianza con que se ha dignado honrarme. Quisiera, á la verdad, tener mas luces y tiempo para llenar enteramente los deseos de VS. espresando muy por menor mi dictámen y juício sobre cada punto de los muchos y vários que encierra dicho plan. Sin embargo no dejaré de insinuar algunas reflécsiones que me han ocurrído, las que confieso, que podrán quizá parecer demasiado comunes y triviales; pero no por eso dejarán de presentar á VS. una prueba cierta de mi buena voluntad en servirle y complacerle.

GRAMATICA.

Digo pues, en primer lugar, que tengo por muy cierto, que la reforma ó mejora de los espresados estúdios, débe, como VS. dice, empezarse por la Gramática. La gramática es en efecto, la puerta por donde se éntra á todas las demas ciéncias. Es, segun escribe Quintiliano, el cimiento de toda literatúra, el cual sino estuviere firme y seguro, se desmoronará y caerá cuanto se pretendiére edificar encima. Es tambien la gramática una espécie de análisis del discurso, es la primera parte del arte de pensar; y es la que derrama en las almas todavía tiernas de los niños aquellas débiles luces, que son como la aurora de los grandes conocimientos, que con el tiempo los han de hacer unos ciudadanos útiles, no menos á la Religion que á la Pátria.

Pero yo quisiera, que para sacar de este estúdio todas las ventajas posibles, se empezáse por enseñar á los muchachos una como gramática general, esto es, los elementos y reglas comunes á todas las leguas del mundo. No es fácil ponderar la claridad, exactitud y precision de ideas, que semejante estúdio les iría proporcionando desde su mas temprana edad, y no sería menester gastar en él mucho tiempo. Bastarían ciertamente solos dos meses, con tal que se tuviese el cuidado de formar para el intento unas instituciones muy breves y sencillas, de las cuales se desterrásen todas las palabras técnicas, menos las que fuesen absolutamente necesárias. A este fin podrían valerse los profesores de la gramática del Abate Condillac, que se halla en el tomo primero de su curso de estúdios, y que presenta con un método escélente y original, cuanto han dicho de bueno sobre el particular los señores Marsais y Duclos.

Quisiera tambien, que despues de este ensayo sobre la gramática general, pasásen los niños á estudiar en particular y con el posible esméro, las reglas de la lengua española, que es la que han de hablar toda su vida, y el instrumento principal que tendrán para comunicar á los demas hombres

sus conocimientos, sus proyectos y sus deseos. Es increíble la confusion y desórden, que resulta de no ponerse el debído cuidado en este importantísimo punto. Pocos, poquísimos son entre nosotros (no podemos negarlo) los que se dedican, como corresponde, á tan precioso ramo de instruccion. No es suficiente para desengañarnos el ejémplo de griegos y romanos de los cuales sabemos que tenían gramáticas y escuelas para aprender metódicamente su própia lengua, aun en los brillantes siglos de Alejandro y Augusto. Tampoco basta para nuestro escarmiento el ver á cada paso, como los que no han hecho en su niñéz semejante estúdio, apénas logran nunca esplicarse correctamente de palabra ó por escrito.

En cuanto á la lengua latina, convengo con V S. en que la práctica ordinária de nuestras escuelas, es tal vez mas própia para hacer perder tiempo á los muchachos, que para acostumbrarles á la antigua cultura y elegáncia romana. Los artes vulgares son en mi concépto muy imperfectos. Esa multitud de reglas y escépciones que en ellos á cada página se encuentra, ademas de cortar el vuelo, digamoslo así, al entendimiento y á la imaginacion de los niños, y producir casi necesariamente el desaliento y desconfianza; es una señal evidente de que sus autores no se elevaron lo bastante para descubrir de un solo golpe de vista los verdaderos manantiales de aquel riquísimo idioma. Yo no me atreveré á escribir como el Brocense, que no he visto gramático en mas de ciento que he revuelto, que sepa gramática; por que esta proposicion tiene no sé que aire de osadía, y aun de amor propio: mayormente comprendiendo en la lista de los malos gramáticos, como comprendió nuestro autor, al mismo immortal Quintiliano. Pero no tendré reparo en asegurar, que el plan de su Minerva lleva una ventaja infiníta sobre todos los demas de esta espécie, y que con razon se ha mirado siempre al insinuado Sanchez, como padre de todos los gramáticos modernos, y aun en cierto modo de los antiguos. Sin embargo, el natural amor de paisano no debe impedirnos de publicar

en alta voz, que el Método conocído vulgarmente con el nombre de Porreal ha enriquecído muho la espresada Minerva, procurándole mayor claridad, órden y ecsáctitud; y que las recientes y sábias ilustraciones del seminário de Nápoles, han acabado de dar á esta obra clásica la mayor perfeccion, haciéndola muy dígna de que la consulten con especial respeto todos los profesores.

Conformándose pues el Colégio con este método, que es el que VS. prefiere, me parece, que con solos dos años se puede aprender bien en sus escuelas la lengua latina, y mucho mejor de lo que se consigue ahora con tres ó con cuatro. Pero juzgo, que para el lógro de un fin tan loable será siempre preciso no perder de vista las dos reflecsiones siguientes.

Primera. Que los maestros sean muy hábiles, por que este método es muy filosófico y ecsácto, y solo un filósofo es capaz de recoger de él las ventajas que se desean, adoptándolo á la corta capacidad y talento de los niños. De la gramatica enseñada por semejante sistéma, puede decirse con toda propiedad lo que escribe *Quintiliano*, que mas tiene de dificultad en el fondo de lo que promete por el frente ó perspectíva.

Segunda. Que para asegurar en los niños el beneficio de la traduccion literal, que es la primera basa de este sistéma, conviene muchísimo que se imprime una glosa interlineal del autor latino, que se escogiére ya Phedro, Cornelio Nepote ú otro. Pueden servir de modélo las que publicó al própio intento nuestro Arias Montano, y las que se hallan en las principales gramáticas griegas. Las traducciones ó listas manuscritas, que VS. aconseja, me parece, que no pueden bastar de ningun modo; pues sobre aumentar demasiado el trabajo de los niños, nunca por mas que se haga, tendrán aquella correccion, puntualidad y limpieza, que tanto se necesitan en este género de escritos.

FILOSOFIA.

No puede negarse en manera alguna, lo que VS. tan juiciosamente pondera, que conviene desterrar para siempre de todas nuestras escuelas la filosofia peripatética, la cual por tantos años egerció en éllas el mas tiránico império, y no solamente en las nuestras, sino tambien en las de toda Europa. Pero las demas naciones cultas del antiguo continente fueron en esta parte mucho mas felices que nosotros; pues apénas amanecieron en Inglaterra los primeros crepúsculos de la buena filosofía, para esplicarme de este modo, corrieron luego á contemplar su luz y no omitieron diligéncia ni cuidado, para descubrir con sus rayos cada dia mas puros y brillantes los profundos arcanos de la naturaleza: miéntras los españoles quedábamos todavía envueltos y como sepultados en las espesas tinieblas del peripatísmo.

En efecto, luego que el famoso Bacon de Verulamio publicó los dos tratados del *Aumento de las ciéncias y de su nuevo órgano*, la lectura de estos escritos originales, produjo una increible fermentacion en los espíritus, y en pocos años mudó el semblante de la literatúra, no solo en Inglaterra, sino igualmente en Italia, Francia, Alemania y hasta en los países mas helados del Norte. Aquel hombre fue quien aconsejó y persuadió á los sábios de su tiempo, que desechadas las sutilezas y cavilaciones de una mala metafisica, se dedicásen á la atenta observacion é indagacion de las inmutables y sencillas leyes ó resortes, que gobiernan de un modo tan uniforme y tan bien combinado toda esta gran máquina del mundo fisico. Decía, que precindiendo de las cosas reveladas, toda la ciéncia del hombre consistía en saber preguntar á la naturaleza; y su fuerza en saber aprovecharse, como conviene, de sus inmensos recursos. Para llegar pues á conseguir estos dos utilísimos fines, de que depende en gran parte la felicidad de los pueblos, el própio Bacon señaló, como con la mano, las sendas y

caminos que se debían preferir; y aún abrió por sí mismo algunos, que hasta entonces habían permanecído enteramente cegados, ó mejor diré, del todo desconocídos. Y así se puede asegurar muy bien, que en los doscientos años que se han pasado desde su muerte hasta ahora, apenas se ha hecho esperimento ó tentatíva alguna en las matérias fisicas, que no se halle indicada en los dos referídos libros. Por esto se ha repetído con mucha grácia que el nuevo órgano de Bacón, fue el andamio con que se fabricó la nueva filosofía: inútil, es verdad, concluído el edificio; pero siempre admirable, y no menos despues, que antes.

Las ventajas grandísimas que las naciones rivales de España han sacado de dicha filosofía, llamada comunmente fisica esperimental para diferenciarla de la aristotélica, y los inestimables bienes de que nos hemos privado nosotros por nuestra reprensible terquedad, en no abandonar las ráncias, misteriosas é inútiles mácsimas del perípato: no es necesário que aquí lo ponderémos; pues lo está publicando á voces nuestro actual atraso en los vários ramos de ciéncias naturales y artes, respecto de los rápidos progresos que hicieron luego en los mismos las espresadas naciones. El zelo ilustrado de nuestro gobierno ha remediado recientemente este mal, esforzándose a desarraigar y arrojar de nuestras escuelas la fisica antígua, é introducir en su lugar la nueva ó esperimental. Tan sábia providéncia va venciendo á grandes pasos los estorvos y dificultades que el depravado gusto y presuncion de algunos, pretende vanamente oponerle. Pero, no há muchos años, era tal en el partícular nuestra ignoráncia, que queriendo el Maestro Feijoó proponer algunas paradojas muy triviales de física y matemática, dice en el exôrdio, que dirigiéndose principalmente su escrito á sus paisanos, entra no sin alguna desconfianza á tratar de semejantes puntos, por que sospecha que sería entendído de muy pocos.

Los erudítos académicos que publicaron por espácio de algunos años el Mercurio peruano, escribían en el de 1791

con mucha grácia, que Aristóteles combatído y desterrado de la Europa, se juzgaba que imperaría tranquilo en el nuevo mundo, que lo adoraba como á un oráculo del cielo; pero que ni aun aquí le quedaba mas que una sombra de glória: por que los implacables sectários de Newton y Descartes habían atravesado ya el grande occéano, é introducído la discórdia y la guerra en las académias y colégios de estos remotos países, que le servían de último asílo. Que los cartesianos, habían á la verdad, conseguído muy poco en sus tentatívas, no habiendo levantado aquella polvareda que se esperaba de sus turbillones; pero que los newtonianos al contrário habían abanzado con ventaja; que se habían multiplicado con rapidéz; que habían desterrado el idioma de las cualidades y sustituído el de las atracciones; que los estantes de las bibliotecas yá públicas, yá privadas llenos en otro tiempo de mil ridículos y oscurísimos comentários sobre el ente de razon, apetítos de la matéria, &c., se veían ya ocupados por los Muschembroekes, por los Jacquieres y por los Phanjas; y que por último en los actos y conferéncias escolásticas, solo se repetía el nombre del Estagirita, cuando se le quería impugnar. Esto decían en 1791 aquellos sábios criollos mas pronto, segun me imagino, para animar y dirigir á sus paisanos por las sendas de la fina crítica y del buen gusto, que por que creyésen en realidad, que tanto en Europa como en América, estaba ya del todo derribado y destruído el antiquísimo sólio de Aristóteles y hecho pedazos su tiránico cetro.

Yo á lo menos soy de parecer, que en quanto á este tan importante ramo de pública instruccion á españoles y americanos, se nos podía aun aplicar entonces con demasiada propiedad aquel verso de Horacio. . . . . *manserunt hodieque manent vestígia ruris.* Por aquella misma época me hallaba yo en Roma procurando instruirme con la conversacion, con el ejémplo y consejos de vários italianos, que honraban la república de las letras. Uno de éstos era el célebre dominicano P. Maestro Masdea. Concurría muy á

menudo en su celda del convento de la Minerva, y me acuerdo que le hallaba casi siempre ocupado en corregir y enmendar ciertas fojas, que le enviaban incesantemente de la imprenta. Le pregunté pues un dia, ¿que libro era aquél? y me respondió que era la filosofía del P. Roselli: que la primera edicion de dicha obra no había tenido ningun despacho en Italia: que los editores destinaban la segunda toda entera para España y sus colonias, de donde se la pedían todos los dias con grandes instáncias; y que el motivo de dedicarse él con tanto esmero á su correccion, no era otro, sino haber sido el difunto ya P. Roselli su compañero y amigo, y el desear por lo mismo, que toda vez que el referído escrito habia de ver nuevamente la luz pública, saliése á ella lo mas aliñado y perfecto que fuese posible. ¡Tal era la opinion que los españoles mereciamos en el partícular á los cultos y sagaces romanos! Y no nos queda el consuelo de decir, que este mal concépto provenía únicamente de la rivalidad que siempre nos han tenido; pues los inumerables ejemplares de la referída obra fueron efectivamente recibidos entre nosotros con los brazos abiertos: fueron colmados de elógios y de los mas vivos aplausos: y fueron buscados con tal prisa y entusiásmo, que pronto se pidió otra tercera edición. ¿Y quién sabe á que grado hubiera podido llegar tan ridícula manía, si el gobierno no se hubiera dignado de aplicar su mano benéfica para calmar ó moderar ésa, digamoslo así, efervescéncia escolástica sumamente perjudicial á los buenos y útiles estúdios?

Mientras esto pasaba en España no le cabía en el particular mejor suerte á la famosa pátria de los mencionados editores del Mercurio peruano. El colégio ó convictório Carolino es sin duda uno de los establecimientos literários de que Lima con mas razon puede gloriarse. Sus constituciones estan estendídas sobre un plan ideado con bastante felicidad; y no son pocos los jóvenes peruanos que al salir de aquel respetable asílo, se han manifestado á la luz del mundo llenos de todos aquellos apreciables conocimientos,

que hacen al hombre verdaderamente sábio, tan útil á la sociedad. En este colégio pues, se había por los años de 1791 empezado á cultivar la buena filosofia. Los destellos luminosos de la moderna estática, de la hidráulica, de la mecánica, de la botánica, de la astronomía y de la química habían penetrado finalmente en sus escuelas, é iban ahuyentando poco á poco las negras sombras de los antiguos sueños y cavilaciones del perípato. Con todo eso la obra de los fisicos de Aristóteles continuaba á servir de testo á las lecciones, que segun estílo, se dicen en las oposiciones y grados de filosofia.

Era ciertamente una spécie de pantomína el que tantos newtonianos, cartesianos, ó eclécticos, despues de haber blasfemado de Aristóteles á todo su placer desde el banco, subiesen á elogiarlo y esponerlo con afectada adulacion en la cátedra. Pero por ridícula que fuese esta práctica no dejaba de sostenerse con el mayor tezon, logrando los manes del Príncipe del Licéo este deslucído y estériel triunfo entre las inumerables y trágicas derrotas que habían sufrido en Europa. Y era esto en tal manera, que dirigiendo el Doctor Don Toribio Rodriguez Rector del mencionado Colégio Carolino una representacion muy docta y juiciosa al superior gobierno, para indemnizar á sus alumnos de tomar papel en tan estravagantes esenas; despues de haber discurrído sobre este punto con suma claridad, solidéz y energía, confiesa ingénuamente, que el acatamiento y diferéncia que debía a *muchas canas respetables*, le hubieran obligado á abandonar su proyecto y dejar sepultado su escrito en el olvido y siléncio, si el ilustrado Señor Ministro protector del espresado convictório Don Ambrocio Cerdán no le hubiese reanimado y esforzado. ¡Tan cierto es que los hombres, sea cual fuere el clima donde viven, se manifiestan igualmente apasionados por sus prevenciones; y que la república de las letras posee muy pocos sugetos que esten dotados de la debída integridad y prudéncia! pues vemos que en las contiendas científicas, lo mismo que en las políticas y civíles, se adopta comunmente por mecanísmo, y se resiste por capricho.

He dejado correr con libertad la pluma en el presente párrafo; por que me ha parecído que la breve digresion que iba formando casi sin repararlo, no me desvíaba mucho de mi principal intento; y podría acaso no desagradar á VS. Volvamos ahora á tomar el hilo de nuestro discurso. Digo pues, que con mucha razon deseando VS. el mayor lustre y provecho del real colégio de san Pedro, san Pablo y san Ildefonzo, cuya visita le está confiada por la superioridad; quiere que en él se adopte únicamente la que se llama fisica moderna, y en la realidad es la mas antigua, siendo cierto, que sus primeros cimientos se abrieron por la escuela jónica y pitagórica muchos años ántes, que naciesen Platón y Aristóteles: quiere VS. con harto motivo, vuelvo a repetir, que solo se cultive en lo sucesívo esa fisica que tanto ha contribuído en Europa al progreso de los conocimientos humanos, y de las que los otros pueblos con mejor consejo que nosotros, han cogído unos frutos tan preciosos.

Tambien me parece muy acertado, que para la enseñanza de dicha ciéncia se prefieran por ahora las instituciones que compuso el P. Jacquier. Este ilustre religioso fué, como es bien notório, uno de los fisicos mas aventajados y de los matemáticos mas sublimes del siglo prócsimo pasado. La fama de su grande capacidad le mereció la distinguída confianza de que se le llamase á Parma, para que pusiese la última mano á la educacion de aquel real príncipe, que era hermano de nuestra amabilísima soberana. Yo conocí á este sábio en Roma, y puedo asegurar que en aquella Metrópoli no menos del buen gusto y de las ciéncias útiles, que de la Religion, era mirado y respetado universalmente, como un oráculo con especialidad en lo vário que corresponde á las matemáticas.

El defecto que puede notarse en sus instituciones es el mismo que tendrán perpétuamente todos los tratados de fisica esperimental, por buenos que sean; (a) este género

(a) Esto es, el no comprender los descubrimientos posteriores á su publicacion.

de escritos, por la sola calidad misma de los asuntos de que tratan, éntran en la clase de aquellas obras que estan siempre por acabar, y en las que es preciso muchas veces deshacer una parte de lo que se había creido inmutable. Añádese á esto, que los progresos estraordinários que ha hecho la química despues de la muerte de Jacquier, han introducído en la física unas variaciones, de que tal vez no se había tenido antecedentemente la menor sospecha. Pero sea como fuere este irreprensible defecto que se advierte en las mencionadas instituciones, podrá fácilmente enmendarse con solo que el profesor dícte á sus discípulos en el tiempo que juzgáre mas acomodado un competente compéndio, ó resumen de los espresados descubrimientos; distinguiendo y separando con la mas ecsácta crítica los que son del todo ciertos, de los que no han salido todavía de la clase de dudosos ó probables.

Podrían entrar en competéncia con las instituciones de Jacquier las de Don Andres de Guevara, ó las del Abate Phanjas, que han adquirído tanta celebridad. Pero estas últimas ademas de ser muy difusas, estan escritas por lo comun en tono sobradamente dogmático, cerrando casi siempre los raciocínios con estas tres letras enfáticas Q. E. D. *quod erat demonstrandum:* cosa por cierta muy agéna de la moderacion de un filósofo, quien segun advierte Ciceron, débe evitar como un peligroso escollo, *ne incógnita pro cógnitis habeat, hisque témerè assentiatur.* Y las últimas, aunque por otra parte muy buenas, me parecen por su estilo muy elevadas, para que puedan servir de libros elementales á unos muchachos, que no tienen de ordinário otros conocimientos científicos, que los que han recibído de la gramática. Y así es justo, que atendído todo, quede interinariamente la palma, como he dicho, por Jacquier, conforme lo tiene VS. sábiamente determinado.

Pero, en esta inteligéncia es preciso advertir una y muchas veces á los profesores, que instruyan con tiempo á sus jóvenes en el conocimiento de los princípios del cálculo. Platon escribió en la pared esterior de la Académia, que

el que no supiese de Geometría, escusase entrar dentro á oir las lecciones que él daba á sus dicípulos, por que no le servirían de ningun provecho. La misma inscripcion debería tambien colocarse sobre la puerta de las escuelas, donde se enseñasen las instituciones de física por el método de Jacquier.

DERECHO CIVIL.

No puede, dice VS., *separarse nuestro derecho civil del de los romanos, que es uno de sus principales fundamentos.* Esta proposicion me parece evidente, y digna así del fino discernimiento de VS., como de la aventajada esperiéncia adquírida en las cátedras y en los tribunales.

El derecho romano es, sin duda alguna, la fuente universal de donde manan las leyes civíles de todas las naciones cultas. Nuestro incomparable Don Jose Finestres no tiene reparo en asegurar que Papiniano, Ulpiano y los mas de los jurisconsultos antiguos, no tanto deben mirarse como autores del derecho peculiar de su nacion, cuanto como legisladores de toda la sociedad humana. El orbe entero, escribe Pothier, ha confesado y á mas de una vez, que Roma fue la pátria comun de las leyes.

En efecto los mismos pueblos que aruinaron aquel Império, sin embargo del irreconciliable ódio que profesaban á sus antiguos amos; conservaron siempre algun género de miramiento y respeto por su sábia legislacion. Y ademas los pueblos modernos, apénas hubieron salido dal profundo cáoz de la ignoráncia y barbárie de los siglos nueve, diez y once; apénas tuvíeron notícia del impensado y feliz hallazgo de las pandectas de Justiniano, cuando el amor de la verdad y de la justicia los impelió á que en muchos y distinguídos lugares abriésen académias y fundásen cátedras para la enseñanza del espresado derecho.

Ni las insultantes sátiras de los maquiavelistas, ni las pomposas declamaciones de los filósofos del dia, han podido jamas sofocar del todo un respeto tan antiguo, tan uni-

versal y apoyado en tan sólidas razones. Si algun monarca ó nacion se ha dejado deslumbrar por un instante, no ha tardado á desengañarle su própia esperiéncia. El grande Federico volvió pronto á reponer el Digesto y código de Justiniano en el mismo distinguído lugar, de donde poco ántes habia pretendido desterrarlos para siempre con la publicacion de su nueva constitucion de Prusia. Y los franceses, que empezaron su revolucion por verter inumerables injúrias y dictérios contra el derecho romano, la han acabado con colmarlo de elógios, é introducirlo otra vez en todos sus ateneos, conforme se puede ver en el reciente reglamento formado por el inmortal emperador Bonaparte.

En cuanto á las espresiones de algunos santos Prelados, y entre éllos san Bernardo, que parecen poco favorables al derecho romano, es cierto, que deben adoptarse con crítica y juício, ó *cum mica salis*, como advierten Mabilon y Horstio. Aquellos hombres llenos del espíritu de Dios no reprueban ciertamente el estúdio moderado de las leyes, sin las que la justícia y la inocéncia quedarían del todo desamparadas é indefensas; sino su frecuente abuso, nacido de la ambicion y del deseo de enriquncerse: aquel abuso tan detestable y tan contrário á las buenas costumbres, que fomenta los pleitos, debiendo apagarlos: hace eternas las disputas; oscurece la verdad con sofismas y cavilaciones; y arruina á un tiempo con ecsesivos gastos á las dos contrárias partes.

He dicho todo esto, por que soy de dictamen, que conviene mucho, que se inculquen á menudo éstas y otras semejantes ideas á los jóvenes que empiezan á dedicarse al estúdio de la jurisprudéncia: á fin de ponerles con tiempo á cubierto contra las mácsimas seductoras y perversas de esa erudicion superficial y éfimera, que tantos progresos hace en nuestro siglo.

Por lo que mira á las instituciones que deben preferirse para la enseñanza; soy tambien de una misma opinion con VS.; quiero decir, que no es fácil hallar otras que

aventajen á los comentários de Arnoldo Vinnio, especialmente añadiéndoseles las oportunas notas de Heineccio. Sé muy bien que muchos sábios, así nacionales como estrangeros, siguen el contrário dictámen. Sé que Leibnitz en su nuevo método de aprender y enseñar la jurisprudéncia, condena la obra de Vinnio por difusa, citando á Cujacio que escribe, que las instituciones de Justiniano apénas necesitan de intérprete; y que para su cabál inteligéncia bastan algunas cortas apuntaciones puestas en la márgen. Sé igualmente, que nuestros dos insígnes jurisconsultos Don Jose Finestres y Don Gregorio Mayans, anteponen á Vinnio, el Teófilo renovado de Galtier. Sé por último, que es comun la queja de que el referído comentário, tanto por su órden, ha tenido á seguir casi palabra por palabra el testo imperial, como por su estílo y erudicion; no es proporcionado al corto alcance de los principiantes.

Sin embargo de todo esto, vuelvo á repetir, que juzgo que ha obrado VS. con singular prudéncia, decidiéndose en su plan á favor de aquel autor, aunque tan criticado. Por que dígase lo que se quiera, el uso ha confirmado siempre, que en el particular no se podía hechar mano de otro libro de quien se recogiesen tantas y tan durables ventajas. Y tengo para mí, que si Vinnio, que tanto se aprovechó de las obras de Donelo, le hubiese imitado en la sencilléz y naturalidad de coordinar las várias matérias, principios y consecuéncias; poco ó nada habría que desear en su ecselente comentário. ¿Pero que obra podrá jamás enríquecer y honrar la república de las letras, en la que no se halle algun descúido ó defecto? Lo único que puede temerse en el particular es, que debiéndose estudiar la jurisprudéncia por Vinnio, habrá en adelante menor número de abogados. No obstante como no tiene duda, que serán mas doctos y hábiles; esta novedad deberá en todos tiempos mirarse, no como un inconveniente, sino como un verdadero y muy grande beneficio.

Se logrará este mas cierta y fácilmente, si los alumnos del colégio unen al estúdio de aquel clásico comentário la

frecuente lectura de algunas obras del citado Heineccio; las que corren ya con libertad, despues que se les ha quitado aquel veneno que su autor, como protestante, había derramado en vários lugares de sus escritos. Sus antiguedades romanas sobre todo, forman un libro utilísimo para los jóvenes. El compéndio de la instituta es muy á propósito para los repasos pue suelen hacerse en las vacaciones. Su história del derecho civíl, me parece mejor que la de Gravina, y contiene cuanto se ha de saber precisamente, para formarse una idea clara de las diferentes épocas de la jurisprudéncia romana y de las distintas, y aún encontradas sectas y opiniones de algunos jurisconsultos, cuyos fragmentos se hallan confusamente amontonados en el cuerpo del Derecho. Por último he oido asegurar á vários abogados muy hábiles, que en sus paratilas encuentran uno como manantial inagotable de principios prácticos, los cuales les dan abundante y clarísima luz para sus decisiones.

Tambien sería, en mi concepto, una cosa muy útil, que maestros y dicípulos hiciésen mucho uso de las pandectas de Roberto José Pothier, publicadas en Leon de Francia el año de 1782 en tres tomos de á fólio. Las tengo á la vista, mientras escribo esto; y me sirve de particular gusto el contemplar así la singular magnificéncia y hermosura de letra y papel, como lo correcto y ecsácto de la edicion. Pero no es este el mérito, que hace tan recomendables dichas pandectas, sino su método y órden verdaderamente original. Ellas han introducído en la jurisprudéncia romana aquella saludable reforma, por la cual los sábios clamaban tanto tiempo há, y que no obstante nádie ha emprendído, por que se juzgaba poco menos que imposible. Es verdad que Leibnitz tiró en el año de 1667 las primeras lineas y trazó el bosquejo de esta deseada reforma. Pero tambien lo es, que Pothier no solo la ejecutó y acabó, sino que se arregló á un plan mucho mas sencillo y perfecto, que el que había propuesto aquel clarísimo jurisconsulto y filósofo aleman. Finalente, solo despues de la publicacion de esta obra original podrá, si se quiere, fácilmente conseguirse

lo que con tanto encarecimiento recomienda Justiniano mismo; que los jóvenes legistas beban, digamoslo así, el espíritu de la legislacion romana en las própias fuentes y riquísimos manantiales del código y del digesto.

Si despues de todos estos estúdios que hemos dicho, hubiese yo de poner en sus manos un libro, que sobre proporcionarles agradable y honesto entretenimiento, les sirviése tambien de particular provecho, y acabase de formar su juício y rectificar sus ideas; los aconsejaría, que en el último año de su carrera leyésen la república de los jurisconsultos por Januario ó Genaro. Este escrito, que ecsede considerablemente en utilidad y perfeccion á la república literária de nuestro Saavedra; ademas de fijar la atencion y lizonjear el gusto con la novedad del pensamiento, y con las grácias y adorno del estílo, contiene una crítica por lo general muy ecsácta de las obras de todos los principales jurisconsultos antíguos y modernos.

El própio Januario publicó igualmente otro tratado sobre los conocimientos, que deben adornar á un abogado y sobre sus deberes. La lectura de esta obrita desplegaría á la vista de los jóvenes, que estuviesen ya para entrar en la práctica y uso de la jurisprudéncia el hermoso y respetable cuadro de las virtudes morales y civiles, que son própias de su noble profesion, y que les atracrían infaliblemente la benevoléncia y consideracion de sus conciudadanos, esta corte y províncias; á los cuales sería ciertamente una cosa muy ridícula y reprensible presentarse sin estar enterados de las leyes, usos y costumbres que nos rigen.

Permítame VS. que haga aquí honorífica mencion de mi apreciabilísimo amigo Don Antonio Dou y Basols, sugeto conocído mucho tiempo en el orbe literário por sus escritos llenos de erudicion, de elegáncia y de doctrina; y cuyo nombre debería anotarse con letras de óro en la lista de los pocos españoles que se han dedicado con esmero á ilustrar la jurisprudéncia de su pátria. Los ocho tomos que acaba de publicar sobre el derecho público de España, contienen un precioso y universal almacen de esquisitas

nociones é ideas acerca de un punto tan importante, y del que generalmente hablando, era muy poco lo que se trataba y sabía en nuestros colégios, en nuestras universidades y en los estúdios de nuestros abogados.

Esta ecselente obra que costó á su autor (lo digo como testigo de vista) tantos desvelos y sudores, estuvo, ¿quién lo creyera? muy á píque de naufragar y perecer ántes que disfrutase la aurora de la luz pública. Tuvo que luchar por mucho tiempo en las tinieblas contra los violentos ataques de una censura demasiadamente parcial, y que cerraba los oídos y los ojos para no dejarse persuadir. Finalmente la razon y el mérito triunfaron, como era debído, de todos esos ostáculos, aunque tan fuertes. La mencionada obra se ha presentado en el público con aquella nueva grácia, que los grandes y útiles proyectos recíben siempre del choque mismo de la oposicion y contradiccion. Los sábios jurisconsultos españoles la han recibído con distinguído aprécio, y la han recomendado encarecidamente á nuestra juventud, que entra con loable ardor en la carrera de la abogacia, y á la que dicha obra ofrece inmensas ventajas.

DERECHO CANONICO.

El derecho civíl ha sido en algun modo el modélo con que se ha formado y arreglado el derecho Canónico. El decreto de Graciano, aunque compuesto sin autoridad pública, puede muy bien compararse por vários respectos con el Digesto de Justiniano. Las decretales se parecen mucho al código: y las Novelas á las Estravagantes. En uno y otro derecho se fijan igualmente las tres famosas épocas de derecho *antiguo, nuevo y novísimo*: distincion oportuna que derrama tanta luz en las matérias mas oscuras; y que sirve tan á menúdo, á manera del hilo de Adriane, para salir con felicidad del intrincado laberinto, que presentan á veces las contrárias decisiones de los autores.

Hay tambien entre el derecho Canónico y civíl muchas otras semejanzas. Todo lo que éste deriva de la razon na-

tural, ó del derecho primário de gentes por una série de ilaciones ciertas y claras, lo aprueba aquél desde luego: lo toma como suyo; autorizándolo, por decirlo así, con su propio sello. De aquí proviene, que cuando legistas y canonistas hablan de contratos ó cási contratos; unos y otros establecen con corta diferéncia los mismos princípios, las mismas reglas, las mismas consecuéncias. En éstas y algunas otras matérias toman todos de comun acuerdo, el espediente de consultar á la recta razon que no puede nunca engañar á quien sabe preguntarla; y de arreglarse escrupulosamente á sus respuestas ó decisiones. Debe hacerse esta justícia á los antiguos jurisconsultos, que entre los muchos sábios que nos ofrece la história de la gentilidad ningunos profesaron una moral tan pura; y es preciso perdonarles, y en cierta manera aplaudirles, cuando se dan á sí mismos el glorioso nombre de verdaderos y no fingídos filósofos.

No debemos pues estrañar, que las dos facultades de leyes y cánones se consideren hoy como hermanas; y que en muchas académias de Europa formen una sola y misma facultad. No debemos tampoco estrañar, que tantos hombres sábios sean de dictámen, que el estúdio del derecho canónico se debe empezar por instruirse en el civíl; y que digan y repitan con tanto encarecimiento, que quien no se ha detenído algun tiempo en aprender las instituciones de Justiniano; quien no ha hojeado muchas veces el código y el Digesto, apenas llegará jamas á ser un mediano canonista.

Sin embargo de tantas semejanzas hay entre estos dos derechos una grande y notable diferéncia, que es preciso tengan muy presente los jóvenes. Nace esta del espíritu mismo del derecho Canónico arreglado en todo á las mácsimas de la Iglésia y del sacerdócio, así como el civíl á las del império. No habiendo nada tan contrário á los deseos de aquella tierna y comun madre de todos los hombres, como las disputas y enemistades; nada tan conforme como la caridad y la paz: se han valído los Papas y los concílios de cuantos médios les han sido posibles para evitar los

pleitos, reducirlos á menor número y abreviar su duracion. Aquel sábio y antiquísimo proverbio de *summum jus, summa injuria*, era el que si se me permite esplicarme así, dirigía la mano y la pluma, de los que escribieron los sagrados cánones.

Las fórmulas tan sutíles, tan várias y tan capciosas del foro romano les parecían indígnas de aquella noble franqueza y sencilléz, que debe reínar entre los cristíanos; esto es, entre los dicípulos del Evangélio. Por esto las proscribieron en todos sus tribunales, en los que la equídad se dejó ver desde entónces con todos sus naturales y poderosos atractívos. El órden judiciário tomó luego un semblante mas dulce; el magistrado un tono mas afable, y los hombres temieron menos ser engañados y sorprendídos por otros hombres.

Esta es pues, como decía, la principal diferéncia, que distingue el derecho Canónico del Civíl. En este se dictan leyes para contener á los esclavos, y á los ciudadanos; en aquél se dan consejos y se imaginan órdenes para que la discórdia, la venganza y el rencor, no se atrevan á perturbar jamas las tranquilidad y quietud de los que se miran entre sí, no solo como miembros de una misma sociedad, sino tambien como verdaderos hermanos. Las naciones modernas no deberán nunca olvidar este gran beneficio, que deben únicamente á los maternales desvelos de la Iglésia Católica.

Pasémos ahora á considerar, por que libros será mejor, que se enseñen en el Colégio los Cánones. Propone VS. á Berardi y Devoti. Uno y otro me parecen muy buenos. Las elocuentes y sábias demostraciones del primero han ecsitado ya el aplauso universal, al mismo tiempo que su ecsámen crítico de los cánones del decreto ha proporcionado las luces necesárias para separar las autoridades apócrifas y dudosas de las originales y ciertas; lo que no había podido hacer Graciano, mas pronto por la suma escasés de libros y notícias; que por falta de aplicacion ó talento.

No obstante, juzgo, que el Devoti debe preferirse, tratán-

de enseñanza. Su estílo es mas proporcionado para los jóvenes. Su narracion se contiene entre los justos límites que siempre deben guardar los libros elementales, no siendo ni diminuta ni demasiado difusa. Digo ingénuamente, que no hé visto otras instituciones canónicas que encierren una erudicion tan universal, tan uniforme y tan adaptada á las matérias y fines de que se trata. Pero lo que debe grangear á este libro el voto y aprobacion de los verdaderos sábios, es la moderacion que se repara en todas sus opiniones. Reprende, como se debe, el fanático rigorísmo de Van-Espen, y las ridículas y afectadas ponderaciones de Cavalari; pero profesando siempre el mayor respeto á la diciplína antigua; y no dando nunca entrada á la moral laesa de los modernos casuistas.

Devoti presenta ademas otra ventaja. Las notas que pone al pie de casi todos los párrafos ofrecen en estrácto un inmenso cúmulo de erudicion eclesiástica. Los jóvenes canonistas no tienen todavía tiempo ni talento para seguir y registrar uno por uno los vários y dilatadísimos campos de dicha erudicion. Por esto deben interinamente contentarse con el mencionado estrácto, ó compéndio, que basta para ponerles delante de los ojos una perspectiva igualmente agradable y magnífica, que no puede menos de interesar ya desde entónces su atencion y curiosidad. Pero cuando concluídos los estúdios académicos se retiren del polvo y ruido de las aulas á la sombra y quietud de su gabinete; las copiosas y ecsáctas citas de autores clásicos que se hallan en el mismo compéndio, les señalarán como con la mano las fuentes perennes é inagotables del derecho canónico, dónde sin miedo de tropiezo, ó de otro mal alguno, puedan beber con abundáncia las verdades sólidas y saludables que rigen tantos siglos há la Iglesia Católica, y las mácsimas de consumada y celestial prudéncia con que la navesílla de san Pedro, con admiracion y espanto de todo el mundo, se sostiene firme en médio de contínuas crueles y deshechas borrascas.

En resolucion, juzgo, que puede VS. lizonjearse con la

dulce esperanza, de que los alumnos de san Ildefonzo saldrán en adelante muy buenos canonistas, si tienen, como tendrán seguramente, la docilidad de buscar las nociones de dicha ciéncia, en los ecselentes libros que VS. les presenta.

Pero así como en el derecho civil, deben unir al comentário de Vinnio las antiguedades romanas de Heineccio, asi tambien es muy conveniente, que en el canónico junten á las instituciones de Berardi, ó Devoti las antiguedades cristianas de algun autor de conocído mérito. Las que á este fin compuso Selvagio, se han mantenído pacíficamente largo tiempo en las mejores académias de Europa; pero hace pocos años, que la *Policía de la Iglésia*, publicada por Peliccia en Nápoles, y reimpresa luego despues en Madrid, y en várias otras partes, oscureció en gran manera la glória de aquel libro, y lo quitó de las manos de casi todos los jóvenes canonistas. Sin embargo á mi me parece que éstos pueden libremente elegir entre los dos el que mas se conforme á su inclinacion, ó gusto. Por que cada uno de ambos tiene respecto del otro sus ventajas. Peliccia es algo mas crítico; pero Selvagio dá á las matérias que trata una justa estension, que se hecha menos en su rival.

TEOLOGIA.

La Teología escolástica no debe jamas separarse de la dogmática y positiva. Estas dos teologías son en el fondo una misma ciéncia, y puesto que difiéran algo en el modo no por eso la autoridad déja de lograr en ambas igual prerogativa sobre la razon. He leído con el mayor gusto estas proposiciones en el plan de estúdios, que VS. ha tenido la bondad de remitir á mí censura. Estoy tan intimamente convencído de su utilidad y verdad, que quisiera escribirlas por mi mano con grandes caractéres sobre todas las cátedras de Teología; y aún grabarlas profundamente, si me fuera posible, en el corazon de todos los que aprenden ó enseñan aquella sagrada y divina facultad.

La Teología, en efecto, no se funda en los raciocínios inciertos de la humana razon, que despues del pecado está rodeada de tinieblas, y que oprimída con el peso de la carne, se arrastra casi de contínuo sobre la tierra; sino en la veracidad de Dios mismo y en su providéncia, que no ha permitído ni permitirá nunca, que el engaño y la mentira atraviesen por los umbrales de la Iglésia. Tratar la teología ni mas ni menos, que se suele hacer con las cuestiones de física ó metafísica, es sin duda un abuso intolerable y una escandalosa temeridad, como dice el P. Lami. Es oponerse abiertamente á la manera con que Jesucristo y sus discípulos publicaron las verdades evangélicas, y al modo con que los santos Padres nos las conservaron, despues de haberlas defendído contra los herges, que pretendían corromperlas con su vana filosofía.

Sin embargo, como la razon y la revelacion no se oponen entre sí, antes bien reconocen un mismo orígen y un mismo manantial, que es la infinita y eterna sabiduría del supremo Sér, la teología puede y aun debe servirse de la filosofía y demas ciéncias humanas, pero con la magestad y gravedad con que una señora manda á sus esclavas. Santo Tomas aplica á la teología, respecto de las otras ciéncias, lo que en los Provérbios se lee de la sabiduría: *envió*, dice, *sus criadas á fin que llamásen para el alcazar y los adarves de la ciudad.*

Un buen teólogo hace constantemente un uso moderado y prudente de la filosofía. Esta conducta merece alabanzas, y es ciertamente muy útil á la Iglésia, digan lo que quieran sus contrários. Un teólogo sábio, un teólogo amante de su religion, un teólogo digno de tan ilustre nombre hecha mano con frecuéncia de la dialéctica, de la metafísica y de la crítica solo para buscar y descubrir las pruebas de la fé entre los inmensos volúmenes de aquellos hombres venerables, que han sido por tantos siglos los fieles depositários de la tradicion. Cree que éste es su principal deber. Está firmemente persuadído que su misma profesion le obliga á tener siempre prontas las armas espirituales é invencíbles

para defender la sana doctrina contra nuestros enemigos, que son los infieles é impíos, y contra nuestros hermanos rebeldes, que son los hereges; mientras que el pueblo reposa con confianza bajo la autoridad de su Madre la Iglésia, saboreándose sin ninguna inquietud con la dulzura de sus frutos: así como un niño con los del jardin de su padre, sin saber bien cuáles son los títulos, que le aseguran su posesion.

Es pues una cosa del todo indispensable, conforme lo advierte una y dos veces VS. que la razon y la autoridad conserven escrupulosamente en todas las matérias teológicas aquel preciso lugar que les corresponde por su misma naturaleza, y que con tanta sabiduría les señalaron nuestros mayores. Ocupe enhorabuena la razon el primer asiento en las cátedras, donde solo se trata de ciéncias naturales, pero en las de teología éntre siempre con el mas profundo y humilde respeto: no pretenda por ningun caso correr la cortina que oculta á los mortales los inefables mistérios de la Divinidad; ántes bien consienta y sufra de buena gana, que se dome y cautive su natural orgullo en obséquio de Jesucristo.

Y sí esto fue necesário en todos tiempos, mucho mas lo ha sido, sin comparacion alguna, despues de la época funestísima del siglo décimo sesto; época que produjo tantos males y escándalos; época en que el císma y la heregía arrebataron á la Iglésia, quizá para siempre, tan gran número de hijos; época en que por el reprensible descúido de los teólogos, la luz brillante de la fé pareció oscurecerse y eclipsarse con aquel espeso humo que san Juan vió salir del pozo del abismo; época por último, que preparó y engendró en cierto modo la filosofía de nuestros dias: pero que segun escribe Bossuet, es muy cierto, que el mismo princípio, que vuelve al hombre de católico en protestante, lo hace de protestante sociniano, y de sociniano atéo ó materialísta.

Todas estas desgrácias han sucedido por el deplorable estado en que se hallaban entonces en toda Europa las

escuelas de teología. Con la larga y profunda paz se había olvidado el arte de combatir á los hereges, y se habían arrimado y abandonado las únicas armas, que podian servir con provecho en aquella espécie de guerras civíles. Mucho tiempo había, que en díchas escuelas se había soltado, digamoslo así, el hilo de la tradicion: que nádie apenas se tomaba el trabajo de consultar esa preciosa história de lo que Dios ha revelado á los hombres, y de lo que la Iglésia ha creido en todos los siglos. Todo se reducía á disputas, confusion y gritería, buscándose, como dice Melchor Cano, no tanto lo que había escrito S. Pablo y habían defendído san Augustin y san Juan Crisóstomo, cuanto lo que habían querido decir Aristóteles y sus intérpretes Averroez ó Avicena.

A este trastorno y envilecimiento habían llegado nuestras escuelas teológicas á princípios del siglo décimo sesto. Y así no debe parecer estraño, que aunque Lutero no era mas que un mediano teólogo, y un razonable grecista, aunque la disolucion de sus costumbres era no solo estrema sino tambien pública; y aunque la mayor parte de sus escritos solo respiraban venganza y furor, y estaban bien desnudos de la modéstia y sencilléz de un misionero y apostol de la religion evangélica: sin embargo triunfase con tanta facilidad de todos sus contrários, alucinase los pueblos, y estableciese en tantos países su perversa reforma sobre la ruina de los antíguos altares: dejando abierta la puerta, para que hiciese poco despues otro tanto Calvino, quien en la realidad no tenía mas mérito literário, que el de ser un buen humanísta.

Me he dilatado algo en este punto, por que es dificil imaginar otro, que sea de tanto provecho: por que nos recuerda unos sucesos y memórias que pueden causar el mas útil desengaño y escarmiento á aquellos teólogos que no hacen el debído aprécio de la teología dogmática, ó que no la tratan como corresponde: en fin, por que nos prueba incontestablemente, que las investigaciones y disputas de los teólogos, solo pueden ofrecer alguna verdadera ventaja

y servício de la Iglésia y á los fieles, cuando su principal norte y blanco es no la razon, sino la autoridad.

Con tal pues que en el colégio se observe ecsactísimamente esta mácsima fundamental, importára poco, que sus alumnos estudien la teología por uno, ó por otro autor entre los vários que han escrito con la solidéz y pureza que era de desear. Yo no he visto jamas el épitome teológico de Fr. Vicente Ferrer que VS. propone; pero he leído su compéndio ó suma de moral, que me ha dado muy buena idea de la sabiduría y probidad de aquel ilustre Valenciano; y ademas lo he hallado muy particularmente elogiado en una de las cartas pastorales del Ylustrísimo Señor Don Josef Climent, que se gloría de haber sido su dicípulo.

En cuanto á la teología del Cardenal Goti, nada se me ofrece que decir. Su reputacion está universalmente acreditada. Quizá le falta un poco de buen gusto: quizá tambien la coleccion que publicó el P. Tomasini es mas própia para enterarse completamente de los principales puntos del dogma. Pero esto no quita que la obra de aquel purpurado no sea muy buena; y aun tal vez preferible á las demas, por lo que mira á la enseñanza. Solo quisiera, que aunque se estudiasen los lugares teológicos por este autor, no se olvidasen enteramente los de Melchor Cano. Son buenos, sin duda, los que han dado á luz otros vários escritores: me gustan los de Carlos Denina: me instruyen y deléitan los del Cardenal Gerdíl; pero los de Cano me admiran, me suspenden y arrebatan. Yo no hallo ciertamente, quien como él presente una idea, ó imágen tan magnífica y sublime de la ciéncia de la Religion que es la Teología. Yo no hallo otro tampoco que ofrezca á sus lectores tantos y tan poderosos motivos para respetarla y para desear instruirse en sus arcanos. Celebraré pues, que en las escuelas de Teología de san Ildefonzo se lean de cuando en cuando algunos de los mas escogídos capítulos de aquel elocuentísimo y doctísimo autor; á fin de que sus alumnos tengan con tiempo noticia de él; y en las vacaciones, ó á lo menos

luego de concluído el curso, procuren con su lectura formarse consumados teólogos; tomando del mismo libro las reglas y consejos necesários para consultar las obras de los Padres y estudiar la história eclesiástica; sin cuya noticia no podrían, conforme queda insinuado, sostener el decoro de un título tan respetable, como es el de defensor de la divina doctrina, ni cumplir con las sagradas obligaciones de su profesion.

CONCLUSION.

Con lo que he dicho hasta aquí quedan insinuadas las principales reflécsiones, que me ocurrieron al tiempo de leer el plan, que VS. me hizo el honor de remitirme. Solo he dejado para este lugar una que me parece la mas importante de todas. Quiere VS. que el Rector, el vice rector y catedráticos del colégio de san Ildefonzo, se informen muy á menudo y muy por menor, de los progresos literários de todos los jóvenes ya sean colegiales ó capistas, cuya educacion les está confiada; y que si halláren algunos, que por su corto alcance ó por su mucha distraccion ó pereza, ó finalmente por inclinacion y génio no parezcan própios para el cultivo de las letras, den luego los correspondientes avisos al superior gobierno; á fin de que dichos jóvenes vuelvan prontamente á sus casas, dónde se les dedíque á otros ramos de instruccion, en que puedan ser útiles á la sociedad, y no continuen malogrando en las escuelas el tiempo mas precioso de la vida.

Si esta prudente y sábia providéncia se obsera y cumple en adelante con la puntualidad y ecsactitud que se merece; cuente VS. con que ella sola bastará por abrir paso á todas las saludables reformas, que VS. desea introducir en un ateneo tan ilustre, no solo por su antiguedad, sino tambien por haber sido el taller, como dice VS., dónde se han formado muchos sábios, cuyo nombre se pronuncia aun con elógio no menos en Europa, que en América su pátria. Vuelvo á repetir que esta sola providéncia bien ob-

servada dará llanas todas las dificultades é inconvenientes, que podrían tal vez oponerse á las espresadas reformas.

El colégio tendrá, es verdad, mucho menor número de alumnos; pero estos pocos le proporcionarán unas satisfacciones mas contínuas y sólidas, y una fama y buen nombre que le merecerá el constante aprécio y respeto de todos los ciudadanos. Verá san Ildefonzo desterrada de sus escuelas aquella inquieta ociosidad, que es la polilla y peste mas temible de los colégios y seminários; peste que se comunica de unos á otros jóvenes, como un funesto contágio, y que tanto contribuye á corromper sus costumbres. No teniendo ya aquellos alumnos, quien con su mal ejémplo y con sus pésimas é incesantes sugestiones, distraiga su atencion, y procure fijarla dia y noche en los objetos que alhagan las pasiones y los vícios, se dedicarán todos con esmero al estúdio de las ciéncias, y serán dóciles y agradecídos á las insinuaciones y consejos de sus maestros, profesándoles una veneracion síncera y filial, y amándoles casi con afecto de amigos.

Los maestros por su parte disfrutarán el gusto y satisfaccion de ver, cómo aquellas tiernas plantas que la Religion y la sociedad han puesto á su cuidado, van creciendo felizmente, adelantándose cada dia con nuevos y mas útiles progresos, y dando á todos momentos muy fundadas esperanzas, de que con el tiempo estarán cargadas de abundantes y preciosísimos frutos. Los mismos maestros tendrán tambien el grande consuelo de ver realizadas estas esperanzas, y presentarán por su própia mano á la Pátria unos filósofos que derramen muchas luces sobre los vários objetos de política, de comércio, de administracion y sobre todos los de las artes útiles, pero unas luces puras y benéficas, y no manchadas con los malignos celages de la filosofía impía y seductora de nuestros dias. La presentarán unos juristas ilustrados que sean el honor de los tribunales, y que sepan defender los derechos sagrados de la inocéncia y de la justícia, sin permitir jamas que el poder, la intriga ó la calúmnia opríman al huérfano, al pobre ó á la viuda.

La presentaran por último, unos teólogos respetables de quienes la Iglésia pueda con confianza servirse para el cabál desempeño de sus ministérios mas divinos; y que por su doctrina, por su moderacion, por su zelo y caridad merezcan ser señalados con el dedo por sus paisanos, á quienes edifiquen á un tiémpo y consuelen.

Todos estos y otros muchos beneficios resultarán de la referida providéncia, quando debidamente se ejecute. Será ésta la mas saludable de todas las reformas. La han deseado y propuesto unánimemente Platon, Aristóteles, Locke, Codillac, Fleuri, Lami, en una palabra cuantos sábios antiguos y modernos han escrito sobre la enseñanza y educacion de la juventud. El egoísmo, la ambicion ó la avarícia se han esforzado á levantarle en todos los países y en todos tiempos, unos diques ó barreras que han parecído insuperables. Pero el notório zelo de VS.; su grande autoridad; el eminente lugar, que ocupa tan dignamente en la República; y sobre todo, su amor por los buenos estúdios y la distinguída proteccion, que tantos años há concéde á este real y mas antiguo colégio de san Pedro, san Pablo y san Ildefonzo, podrá lograr que dicho utilísimo proyecto, tenga en la espresada real casa el puntual y durable cumplimiento que por desgrácia no ha conseguído hasta ahora en las demas académias, é institutos literários. Méjico y Febrero 16 de 1806.

Benito Maria Moxó.

Muy Ilustre Señor Don Còsme de Mier Regente de la real Audiéncia de Méjico.

DESERTACION

SOBRE UNA ANTIGUA PINTURA DE LOS INDIOS TARASCOS.

Don Juan Josef Pastor domiciliário en esta corte, eclesiástico muy recomendable por sus bellas calidades y muy aficionado á las antiguedades de su pátria Mechoacan, me presentó pocos dias há una pintura original trabajada en otro tiempo por aquellos índios, la que le sirve de título para poseer una rica y grande hacienda en dicha província.

Aunque la fecha de la referída pintura es algo incierta; consta no obstante, que no precedió mucho á la llegada de Hernan Cortés á esta América; pues el Emperador Tsintsicha, ó Calzontzi, como le llaman equivocadamente la mayor parte de los historiadores, fué el último que gobernó en Mechoacan, antes que el famoso Cristóbal de Olid se apoderase de aquellos opulentísimos países; y este mismo Tsintsicha se vé claramente espresado en la mencionada pintura, como se dirá luego.

El lienzo tiene dos palmos de largo y tres de ancho, componiéndose todo su tegido de pita finísima de maguey. Esta espécie de papel era entonces muy comun en toda la América septentrional y servía á los índios para escríbir, ó mejor diré, para pintar todos los hechos, ó incidentes, cuya memória les parecía digna de ser conservada yá en los anales públicos ó reservados del Estado, yá en los archivos particulares de cada família.

Los españoles mismos lo usaron no pocas veces en los primeros años despues de la conquista, hechando mano en lugar de tinta del precioso zumo de añil, como lo he visto en algunos documentos originales que ecsisten en el archivo que tienen en esta Metrópoli los decendientes de Cortés ó Marqueses del valle.

El papel de maguey tanto por su solidéz y consisténcia, como por no estar tan espuesto á apolillarse, lleva muchísima ventaja sobre el célebre *papyrus* de los egípcios de que se conservan algunos manuscritos en vários archivos y museos de Europa, especialmente en la sala de la biblioteca vaticana, que por esto se llama de los *papyros*, adornada por nuestro insigne Mengs con ecselentes pinturas alusivas á aquellas raras preciosidades.

El objeto que espresa nuestro lienzo se reduce en sustáncia á lo siguiente. A un lado se vé al índio Tzecanda conquistador de la província de los Tecos en ademan de dar cuenta de este distinguído y util triunfo á Tsintsicha, que era su amo y emperador. El general índio está en pié apoyándose en un desmesurado arco, que tiene en la mano izquierda, mientras por lo alto de la espalda derecha deja asomar el carcax cargado de flechas. Su cuerpo está desnudo, cubriendo solo la cintura hasta médio muzlo un lienzo pintado de azul y rojo. Su calzado se reduce á una espécie de calígas, no desemejantes á las que usaban los primitívos romanos, segun es de ver en diferentes monumentos de la antiguedad, esplicada pon Montfaucon. Tzecanda tiene delante de sí un pájaro, que es símbolo de la província recien conquistada; y ademas presenta al emperador un cautivo atado de manos y casi postrado. No deja de reconocerse en esto mucha analogía con los estílos militares así de los romanos como de los griegos: solo que estas dos naciones acostumbraban representar sus cautivos no puestos de rodillas, como en nuestro lienzo, sino en pie, aunque igualmente maniatados, y dejando ver en el semblante aquella profunda tristeza y abatimiento que era própio de su infeliz situacion.

El emperador Tsintsicha está enfrente de Tzecanda, sentado en una silla, que es con corta diferéncia, como la que usaban los griegos del tiempo heróico. Lleva el cuerpo cubierto de una túnica de color de púrpura algo oscuro, de cuyo color son tambien sus calígas. Carga con un arco y carcax de las mismas dimensiones y hechura, que el de

Tzecanda y adorna su cabeza con un diadéma verde, de cuyo centro se levantan tres vistosas plumas la de en médio encarnada, y las otras dos azules. El emperador oye á Tzecanda con apacible y benigna gravedad, y estiende el dedo índice de la mano derecha ácia ocho pueblos ó ranchos de que le hace donacion.

Al otro estremo del lienzo se reconoce de nuevo al general índio. Su trage es el mismo que acabamos de describir, solo con la diferéncia de que en esta segunda esena no comparece apoyado sobre su terrible arco; ántes bien lo lleva en la mano con una grande flecha, adelantando estas armas en señal de posesion y domínio sobre ocho cabezas de hombres, que tienen delante de sus pies; y que significan los otros tantos pueblos con que le ha premiado su soberano, y los vasallos y tributários que le ha señalado. El entierro de Tzecanda se pinta muy al vivo en el centro del mencionado lienzo al pie de un cerro, cuyas faldas baña un rio bastante caudaloso. Por en médio de dicho cerro estan esparcídas á trechos siete casas: las seis del todo iguales, y la otra al doble mayor que las demas. A lo lejos descuella otro edificio muy grande con sus torres y chapiteles á manera de los viejos castillos de nuestros barones: no cabiendo duda, en que estas ocho casas dan igualmente á entender los ocho pueblos de que era dueño este general, conforme se ha dicho.

Su cadáver esta tendido de largo á largo en la parte baja del referído cerro, y casi junto á la orilla del rio. A una corta distáncia de las plantas del difunto hay una figuríta de hombre sentado, que representa su yerno, y á su derecha otra figurita que espresa su hija ó su muger, y está así mismo sentada; pero no en el suelo como la primera, sino encima de una piedra.

Hay ademas repartídas por el lienzo algunas otras imágenes, que no esplico, por que me parece que son de fecha mucho mas reciente, y que despues de la conquista de Cortés las añadieron los índios á este precioso documento en continuacion de la história que en él se espresa.

Muéveme á creerlo, ver en lo alto de nuestra escritúra ó pintura una India que está en pie delante de un magistrado á quien comunica al parecer algun asunto de importáncia. El vestido talar de este personage; la figura y altura de la silla en que esta sentado; su larga barba; el sombrero; y sobre todo los buelos de los brazos no permiten dudar de que es español y no índio.

Muéveme tambien el reparar igualmente en dicho lienzo otra muger vestida de todo en todo á la antigua española y acompañada de un índio, que con la mano le señala aquella casa grande ó castillo del general Tzecanda, de que ya hemos hablado. Esta muger se llama Doña Catalína. Fue europea, ó como dicen aquí *gachopina*. Los sucesores de Tzecanda le vendieron aquellos ocho pueblos ó ranchos que poseían por donacion del emperador Tsintsicha; los cuales al presente estan demolídos, habiéndose formado en su território una opulenta hacienda, á la que con razan se ha dado el nombre de *bellas fuentes*, pues brotan de diferentes puntos de ella hasta treinta y seis manantíales, todos abundantes y perennes, y algunos de ellos de rarás y esquisitas propiedades. Es tambien aquí lugar de advertir, que se conservan aun al presente várias memórias de la nombrada provincia de los Tecos, y que sobre las ruinas de su antigua capital está edificada la villa de Zamora, una de las mejores de todo el obispado de Mechoacan.

En una escavacion que se hizo en el mes de Enero del año prócsimo pasado de 1804 en el mismo cerro, y en el própio lugar en que había sido enterrado Tzecanda se encontraron várias armas, de que usaban en otro tiempo los índios tarascos: las que probablemente habían metido allí junto con el cadaver de aquel ilustre guerrero; conforme al estílo inmemorial no solo de los índios de nueva España y del Perú, sino tambien de casi todas las naciones del antiguo y nuevo continente, como lo vemos verificado todos los dias en los sepulcros que se van abriendo de los griegos, de los romanos, de los árabes, de los españoles, de los galos, germanos, tártaros y otros.

De las espresadas armas poseo yo una, que miro, segun se merece, como un monumento sumamente apreciable. Es una macana de cobre muy fino y terso, que suspendída de una hebra dá un sonido delicioso al choque de algun cuerpo duro. Parece á primera vista cobre virgen y así lo creía yo, hasta que el apartador general de este reino, despues de haberla detenidamente reconocído, me aseguró, que el metal había sido fundido; aunque no dejaba de admirarse mucho, y apenas alcanzaba, como unos hombres tan faltos de instruccion y de conocimientos en el arte de la mineralogía, hubiesen podido ejecutar con tanto primor y acierto una operacion tan en estremo delicada.

No puedo omitir aquí una reflecsion, que me parece muy oportuna. El eruditísimo P. Pichardo indivíduo de la respetable Congregacion del Oratório de esta ciudad, y uno de los sugetos mas beneméritos de las antigüedades mejicanas, era de dictámen, que estos índios habían llegado á descubrir el arte de dar al cobre un temple y punto semejante al del acero. La inspeccion y prolijo ecsámen que los dos hemos hecho de la mencionada macana en compañía del sábio botánico y naturalista Don Vicente Cervantes, puede haberle desengañado. Su cobre es ductíl y no tiene la fineza, no digo de nuestras armas cortantes, pero ni aun la de las que se hallan diariamente en el Perú en las principales huacas de los Incas. Sin embargo, esta macana pertenecía á un gran general, quiero decir, á Tzecanda, y es en sumo grado verisimil, que le servía privativamente en los duros lances de las batallas. ¿Pregunto pues, si los índios tarascos hubiesen sabido, como suponía el P. Pichardo, templar debidamente los metales hubieran dejado de usar de este precioso conocimiento en la fábrica de las armas, en las que era tan necesário para darles mayor dureza, y mejor filo y corte? ¿Sobre todo, su famoso é intrépido general, esto es, Tzecanda, héroe nacido para la guerra y animado del noble fuego y entusiasmo de las conquistas, en una palabra, el Aquiles de los índios tarascos, hubiera omitido servirse de una ventaja tan apreciable, y que por

sí sola bastaba para decidir á su favor la suerte dudosa de los combates? Cosa es esta, que no parece en manera alguna creíble.

Añadiendo ahora dos cláusulas en general sobre al mencionado lienzo, digo:

Primero. Que el modo con que aquellos índios procuraban conservar la memória de los hechos y acontecimientos notables, me ha parecído digno de la mayor atencion. Nada hay tan sencillo, como sus imágenes. No son estas, hablando con propiedad, geroglíficas, como lo son las de los obeliscos, pirámides y otros monumentos egipcíacos. Lo pintan todo casi al natural; pero con tal órden y ecsactitud que poco tiempo, y una ligera reflecsion bastan para enterarse en su sentido. No es menester ciertamente ser un Kirker para interpretar estas alegorías tan óvias y tan poco misteriosas.

Segundo. Es admirable sobre todo el laconismo de esta espécie de escritura. Ocho, ó diez figuras sembradas por la limitada superficie del lienzo son suficientes para darnos una idea muy clara de todos los hechos siguientes. La conquista de la província de los Tecos por Tzecanda: la merced que el emperador Tsintsicha hizo á dicho general de ocho pueblos, á cuya cabecera estaba Huecaro: la muerte y entierro del propio Tzecanda: la continuacion de sus decendientes en la pacífica y no interrumpída posesion de la referída grácia imperial: la enagenacion de dichos bienes á favor de la mencionada Doña Catalína; y por último la topografia ecsácta de todo el espresado território.

Tercero. Debe advertirse tambien como aquellos índios, muchos, ántes de la conquista, habían hecho considerables progresos en la pintura. Sus imágenes no se ciñen únicamente á las lineas, ó al claro oscuro de que se usó tanto tiempo en Europa, cuando las bellas artes estaban, digamoslo así, en su cuna. Representan al contrário todo el sugeto, unas veces de lado; otras de frente; ya en pie, ya de rodillas, ya sentado, segun lo escige el caso; haciendo uso al intento de vários colores, como el rojo, el

verde, pagiso, negro, &c. El diseño aunque tropieza á menudo en grandes descúidos, no deja de guardar de cuando en cuando bastante correccion. En nuestro lienzo está bien representado así el cerro del entierro, como el rio que le baña por el pie: no es despreciable ni la figura, ni el ademan del emperador Tsintsicha; pero sobresale y campea con particularidad el retrato del General Tzecanda que es el verdadero héroe de toda la pintura, y se representa por dos veces de cuerpo entero. Digo ingénuamente, que he hallado en dicha imágen, bien que tosca y grosera como lo son todas las de aquellos índios, mucha mas inteligéncia y tino de lo que á primera vista había sospechado.

Cuarto. Puede igualmente inferirse de todo lo que llevamos espuesto, que la nacion Tarasca, cuando pisaron por la primera vez sus tierras los soldados de Olid, formaba ya una sociedad médio civilisada y no de la rudeza que algunos se dan á imaginar, ó por ligereza ó por no haber ecsaminado como correspondía, ninguno de sus antiguos monumentos. Un pueblo enteramente salvage ningunas ó muy cortas nociones tiene del derecho de propiedad territorial. Cultiva muy poco y no se fija en ninguna parte. Ya se mete en el fondo de los bosques mas ásperos; ya se estiende por las desiertas llamuras; ya finalmente sigue por muchos centenares de leguas las frondosas orillas de los rios y lagunas, á fin de que las frutas de los árboles, la caza y la pesca le sirvan de alimento, que unas veces logra muy abundante y otras sumamente escaso.

La agricultúra es la que obliga verdaderamente á los pueblos que acaban de salir de las manos de la naturaleza, para decirlo de este modo, á que hechen profundas raíces en un mismo lugar, y que miren como su pátria aquel suelo en que han nacido, y que acude con mano liberal todos los años al remédio de sus necesidades.

De este mismo origen van despuntando poco á poco todas las virtudes sociales. Los hombres se ilustran entre sí al mismo paso, que las artes se van produciendo y perfeccionando mútuamente. Al princípio solo se consulta á

la necesidad: despues á la ulilidad; y últimamente al lujo y al regalo. Los instrumentos para labrar la tierra, que de nada servirían á una tribu de salvages ó de pastores, y de que al contrário no puede absolutamete carecer un pueblo agricultor, le dan ocasion y matéria de discurrir sobre el modo como podrá beneficiar los metales, que se hallan con abundáncia en las entrañas de la tierra, y no pocas veces rebozan en su superficie. Oro, plata, cobre todo lo toma indiferentemente, conforme le viene mas á mano. Lo que busca solo es un cuerpo duro y permanente, que pueda servir para la labranza con mas ventaja y comodidad, que el leño y pedernal. Bien sabido es, que los primeros fenícios que desembarcaron en Cadiz, hallaron con grande asombro empleada la plata en los usos mas ordinários y comunes del campo. A tan débiles princípios como éstos, debe su nacimiento la metalurgía; cuya práctica nunca empieza en ninguna tribu, sino precedída de algunas débiles luces de civilisacion.

Lo mismo con corta diferéncia puede decirse de las leyes y costumbres, que miran al derecho de propiedad territorial. Un pueblo agricultor ha menester muchas precauciones y desvelos para ponerla y mantenerla á cubierto: y tanto mas, cuanto mas se va civilisando. El Derecho de propiedad territorial lléva como de la mano el de sucesion de padres á hijos, de abuelos á nietos, que es uno de los principales fundamentos de la pública felicidad, y que una nacion agricultora no tarda en reconocer. Por último establecídos ya estos dos derechos, imagina várias formalidades y consagra ciertas señales y espresiones ya para dar una mayor consisténcia á las donaciones, ventas, permutas ó trueques, &c; ya tambien para cerrar la puerta á las disputas y riñas, estableciendo la buena fé en todo género de contratos. Y entonces es cuando la nacion puede y debe llamarse verdaderamente civilisada.

Volviendo pues ó nuestro intento, repito de nuevo, que el documento que hemos espuesto, basta por sí solo para deponer á favor de la antigua y temprana civilisacion de

la nacion Tarasca. En efecto nuestro lienzo manifiesta con toda evidéncia, que aquellos índios no solo eran agricultores, sino que habían establecído en su república una espécie de domínio feudal: manifiesta que las habitaciones de la gente distinguída no eran unas chozas ó barracas informes, como las que halló Cook en la parte llana del estrecho de Magallanes; y la Peyrousse en el puerto de los franceses; sino unas casas construídas con mas regularidad, que las que se ven en las aldeas de algunas províncias de España: manifiesta finalmente que en aquella remota época habían admitído ya algunas artes de ostentacion y de lujo. En cuanto á la metalurgía y mineralogía, aunque nada dice con claridad nuestro lienzo, sin embargo las armas, que como hemos referído se sacaron el año prócsimo pasado del cerro del entierro de Tzecanda, singularmente la hermosa macana de cobre que yo poseo demuestran lo mucho que habían adelantado tambien en este punto.

No tenía pues motivo el Señor Ulloa para representarnos en general á los índios de una y otra América, aún á los súbditos de los Incas y Motezumas, como unos salvages del todo estúpidos y poco diferentes de las béstias: dando á entender que las histórias que se estienden en alabanzas del valor é indústria de los vasallos de aquellos dos ilustres impérios, hablan en esta parte en sentído metafórico ó figurado. En cuanto á mí, soy de tan contrário dictamen, que reservo para matéria de otro escrito el volver por el honor de aquellos naturales, y disipar con la solidéz que conviene, esta tan infundada é inverisimil sospecha.

DISERTACION

Sobre el bárbaro uso de sacrificar víctimas humanas establecido entre algunas Naciones cultas del antiguo continente. Defensa de los indios.

El mas bello tratado de paz, escribe Montesqueu, *de que nos habla la história, es á lo que creo el que Gelon hizo con los cartagineses. Quiso que aboliésen la costumbre de sacrificar á sus hijos. ¡Cosa admirable! Despues de haber hecho huír con el mayor desórden a trescientos mil cartagineses, escigía una condicion que solo era util à ellos; ó para decirlo mejor estipulaba por el género humano* (a).

El padre de la história Herodoto cuenta (b) en pocas palabras y muy por encima esta estraordinária y raras veces vista derrota que sufrieron aquellos opulentos y ambiciosos africanos. Diódoro Sículo la pinta al contrário con todas sus circunstáncias, se detiene en cada uno de sus principales lances y espresa en esta sustáncia el tratado lleno de moderacion y equidad, que el Rey de Sicília acordó con los vencidos. Gelon, dice, recibió con mucha humanidad á los embajadores de Cartago, les concedió la paz que le pedían con lágrimas, y se contentó con escigir que la república le pagase dos mil talentos de plata, y que erigiese en su capital dos nuevos templos en los cuales se colocasen y pusiesen á vista del público otros tantos ejemplares del referído convénio. Añade que los mencionados embajadores no solo aceptaron con gusto estas condiciones, sino que presentaron ademas una corona de oro de cien talentos á la muger de Gelon, llamada Damareta, cuyos

(a) Esprit des lois l. 10 c. V.

(b) En el libro VI.

buenos oficios les habían sido en estremo útiles, y habían contribuído eficazmente á que lograsen un despacho tan favorable.

Me maravillo de que Diódoro historiador grave y diligente no diga aquí ni siquiera una palabra de que Gelon obligase á los cartagineses a abolir la costumbre de sacrificar sus hijos. Mas no por eso pretendo censurar la proposicion de Montesquieu, pues sé que la apoya Plutarco en dos distintos lugares (a).

Mr. Barbeyrac dá á entender, que en fuerza de este tratado dejaron realmente los cartagineses, ó mas bien suspendieron por algun tiempo aquella atroz costumbre; pero que volvieron á ella en menos de un siglo; pues escribe espresamente que habiendo sido deshechos de nuevo por Agatocles otro tirano de Sicília, miraron esta desgrácia como un castigo del cielo á causa de la interrupcion de sus antiguos sacrificios de víctimas humanas, cuyo uso renovaron entonces con tal fuerza, que subsistió despues tanto como su ciudad (b).

Yo no suscribo á semejante opinion; antes bien creo, que sea lo que fuere de lo estipulado por Gelon á favor de la humanidad; este pacto que hace tanto honor á su corazon ó no tuvo nunca efecto alguno que es lo mas probable, ó lo tuvo solo por muy pocos años.

Es cierto que viéndose los cartagineses estrechados sobre manera por Agatocles y creyendo que el vencedor vendría sin tardanza á poner sítio á la ciudad, su bárbara superstícion acalorada con unos sucesos tan funestos é inopinados, y con el comun sobresalto y temor de su total ruina, les sugirió la idea de que semejante desastre podía muy bien ser producído por la implacable cólera de Saturno, su Dios tutelar, no ciertamente por haber interrumpído la inmemorial costumbre de sacrificarle víctimas humanas, sino por no haberlo hecho en el modo que convenía, y como lo habían practicado siempre sus mayores.

(a) Apóphthegm. De his qui sere á Numine puniuntur.
(b) Recueil des traites art. 113

Decían éllos que antiguamente los principales ciudadanos de la república ofrecían á aquella divinidad sus hijos mas queridos; pero que en los últimos tiempos se habían hecho y seguian haciéndose en esto muchos fraudes. Por que bien sabido era que vários particulares compraban clandestinamente algunos niños, los criaban en su casa como si fuesen hijos própios, y en calidad de tales los enviaban despues al solemne sacrificio.

Esto repetían aquellos sacerdotes y esto publicaban con frenético entusiásmo por toda la ciudad, en la que por cólmo de desgrácia había entonces un gran número de tiernas é inocentes víctimas destinadas, segun el infame ritual á ser pasto de las voraces llamas en una fiesta popular que no estaba léjos. Determinó pues el Senado, que se recibiese una rigorosa y ecsactísima informacion acerca de la verdadera causa de aquellos niños, y se halló que algunos de ellos no eran en efecto hijos de los que los habían entegrado como suyos. Esto bastó para armar al fanatismo con el mas horrible furor. Se escogieron desde luego de entre la principal noblesa hasta doscientos muchachos. Otros trescientos, en los cuales recaía quizá la sospecha del fraude insinuado, se presentaron espontaneamente conducídos: ¿quien lo creyera? por sus própios padres. ¡Y estas quinientas infelices víctimas fueron despedazadas y hechas ceniza en un mismo dia y debajo de una misma ara!

Esta sencilla relacion que he entresacado del libro veinte de las histórias de Diódoro, no me permite, segun he dicho arriba, adherir al dictamen del Sr. Barbeyrac. Pero ya que se ha tocado este punto, que es uno de los que mas pueden interesar á una alma sensible, me permitirá el lector, que me detenga todavía otro poco para hacer algunas reflecsiones sobre la inaudíta barbárie é inhumanidad de algunas naciones antiguas, especialmente de aquellas, que se cree fueron mas civilisadas, y que sin duda en otras matérias manifestaban tener mácsimas muy suaves y humanas.

El horrible cuadro que la imparcial história despliega en el particular á nuestros ojos, puede bien observado, con-

tribuir no poco para conocer á fondo el corazon del hombre y para causarnos una dulce complacéncia, viendo cuanto por lo que toca á este punto, hemos mejorado de costumbres y estilos. El viagero que sentado en un alto y solitário peñasco contempla desde su cima, como una deshecha borrasca agita y enfurece sobre manere las ólas del mar, y cubre el pie del monte de destrozos, se alegra, sin duda interiormente, no por que no le interesen las desgrácias agenas, sino por que se considera libre y seguro de tan temible peligro.

Si es verdadera la persuasion comun de que la feroz práctica de ofrecer á los dioses víctimas humanas tuvo su origen en la Siria, y que desde alli se comunicó, á manera de un contágio, al Africa y á la Europa; no podrá negarse que los Fenícios hicieron con solo esto mas daño á todas las naciones donde alcanzó su comércio, que no les acarrearon de beneficio y provecho con su pretendída civilisacion y cultura.

Lo que parece inegable es, que siendo Cartago la principal colónia del Tiro, debió á su Metrópoli el uso de aque detestable rito. Pero tambien es cierto, que fue Cartago mucho mas tenaz que Tiro en conservarlo, y que en crueldad y barbárie hizo mucha ventaja á sus mismos maestros. Hallo en Q. Curcio una prueba evidente de esta verdad. El grande Alejandro dice, amenasaba con su ejército victorioso á la ciudad de Tiro, á la que ya quedaban pocas, ó ningunas esperanzas de defenderse, de modo que había enviado á Cartágo todas las mugeres, y todos los muchachos de poca edad para librarlos del furor y venganza del enemigo. En tan estremo conflicto, hubo algunos que propusieron sériamente al consejo, que se renovase el rito antiquísimo y olvidado por muchos siglos, sacrificando á Saturno un niño que fuese hijo de padres libres. Pero los ancianos por cuya prudéncia se gobernaba entónces la república se opusieron fuertemente á este proyecto, y lograron que por aquella vez la horrible y desnaturalizada supersticion no sofocase los tiernos sentimientos de compasion y hu-

manidad, que todos los hombres tenemos indeleblemente grabados en nuestro interior (a).

Por el contrário los cartagineses no olvidaron jamas, ni dejaron de practicar dicha costnmbre. Curcio escribe, que duró hasta la entera destruccion de Cartago. Tertuliano asegura, que no cesó hasta los tiempos de Tiberio. (b) Y algunos otros autores añaden, que cuanto hizo aquel Emperador no bastó aún para impedir que no volviesen á usarla, siempre que pudiéron hacerlo á hurto de los magistrados. Tan profundas raíces había hechado en aquel pueblo la mas impía de todas las prácticas falsamente llamadas religiosas.

Pero si ella sola basta para probar la basbárie é inhumanidad de los cartagineses; el modo y aparato, con que ejecutaban dicho sacrificio les daba la preeminéncia entre los pueblos mas crueles y feroces de todo el Mundo.

La estátua de su dios Saturno, que era de bronce, alargaba y estendía una y otra mano, inclinándolas de modo, que todo lo que se ponía sobre ellas iba á rodar en un instante al suelo. Al pie de esta estátua habían cabado un hoyo muy ancho y profundo en el cual encendían una grande hoguera al tiempo de celebrarse el detestable sacrificio. Iban pues los sacerdotes á tomar las tiernas víctimas de los brazos mismos de sus madres, las cuales (me horrorisa el referirlo) con los mas lizonjeros y fementidos alhagos procuraban en lo posible acallar su interesante llanto, que hubiera conmovído hasta las fieras indómitas de aquellos inmensos y abrazados arenales. Los sacerdotes hacían inmediatamente la vana ceremónia de poner aquellas desgraciadas víctimas en manos de Saturno, de donde, como hemos insinuado, iban á parar en un abrir y cerrar de ojos al centro de la grande hoguera, cuyas llamas las reducían luego á cenizas, mientras todo el pueblo renovaba en alta voz sus votos y oraciones por la felicidad de sus armas y comércio. ¿Qué idea se había formado de la divinidad este

(a) Q. Curtius lib. IV.
(b) Apolog. c. 9.

pueblo feroz, pregunta Plutarco, pues le suponía capaz de escigir y apreciar tales víctimas? Los tifones y los gigantes, que fueron enemigos declarados de los dioses, cuando hubiesen triunfado del cielo, ¿hubieran acaso establecído en la tierra unos sacrificios mas abominables?

Yo no hallo ciertamente en toda la história antigua ningun hecho que pueda compararse con esta inhumanidad de los cartagineses, sino es el estilo de los druidas, de quienes, se sabe, que por pública ley tenían ordenado sacrificios de esta misma espécie, persuadídos como dice César, á que no se puede aplacar á la ira de los dioses immortales en orden á la conservacion de la vida de un hombre, sino se les hace ofrenda de la vida de otro hombre; y que formaban á veces de mimbres entrejidos ídolos colosales, cuyos huecos llenaban de hombres vivos, y pegando fuego á los mimbres rodeaban de llamas á aquellos infelices, obligándoles á rendir el alma entre los mas atroces tormentos (a).

No solo Mr. Chevrean, sino tambien vários otros modernos han querido contarnos mil maravíllas de la pretendída sabiduría de los tales druidas. Mas cuando yo considero, diré con Leibnitz (b) que éllos quemaban y hacían morir á los hombres solo para honrar á su dios *Hesus*, y que costó no poco trabajo y tiempo á los romanos el abolir dicha costumbre; creo muy desmedídos semejantes elógios. Pero déjense aparte los druidas cuyos anales estan cubiertos á nuestra curiosidad con el velo impenetrable de tantas fábulas. ¿Quién no se admirará en estremo al ver que los mismos tan celebrados romanos; los mismos romanos, digo, que se esforzaron con tanto esmero á desterrar del Africa y de las Galias aquella detestable supersticion, no repararon en sacrificar várias veces víctimas humanas? ¿Quién no se llenará de asombro al leer en Tito Livio (c), que en la plaza mayor de Roma había un lugar destinado para estos sacrificios? ¿Y qué se pensará de la humanidad de aquella

(a) Cæsar de bello gallico I. VI.
(b) Remarques sur les Cheurecana (c) Lib. XXII.

famosa Nacion; qué concépto se tendrá de la magestad y equidad de su Senado y de sus padres conscriptos cuando se reflecsione que hasta el año de seiscientos cincuenta y siete de la fundacion de Roma, en que fueron cónsules Cajo Cornelio Lentulo, y Publio Lucinio Crasso, no se prohibió que se manchasen con sangre humana los sacrificios que se ofrecíam á nombre de la república á los dioses inmortales? (a)

Y aun despues de este Senatusconsulto, Julio Cesar el Dictador; Julio César, que tantos progresos había hecho en la filosofía y en las bellas letras; Julio César que tanto se gloriaba de su cleméncia y de su amor al género humano mandó, sin embargo, á lo que cuenta Dion, degollar y sacrificar á dos hombres en el campo Marcio, valiéndose del ministério de los Pontífices y del salio. Pero ya es tiempo de que apartemos los ojos de una pintura que nos presenta tantos horrores y que tanto degrada á la humanidad.

No puedo disimular aquí dos cosas que me causan muy grande satisfaccion. Es la primera el haber registrado los puntos de este diforme cuadro sin haber hallado representados en ninguna parte de él á nuestros antiguos españoles. Yo no me atreveré por cierto á asegurar, que en el contínuo y familiar trato que tuvieron por largos años con fenícios y cartagineses no se les pegó ni en la vida pública y sociable, ni en la doméstica y privada, ningun estílo que oliese á tan mostruosa barbárie. Sin embargo, escige no solo la equidad, sino la rigurosa justícia, que cuando no se produzcan otros monumentos que prueben lo contrário, continuemos siempre en honrarlos con este distinguido elógio.

Me complâce sobre manera en segundo lugar el poder en cierto modo defender á mis pobres índios de una sangrienta acusacion, que les hacen tres siglos há vários escritores europeos poco críticos, ó lo que es peor, poco compasívos. Refieren éstos con escrupulosa y ridícula ecsáctitud

(a) Plinius Lib. 30.

el número de víctimas humanas, que los Motezumas sacrificaban todos los años en su Corte de Méjico. Añaden que en la del Cuzco, que lo era de los Incas, no obstante de su ponderada humanidad, se veía de cuando en cuando representada igual y en fondo no menos trágica esena. Y sobre estos dos solos datos, de los cuales el último es bastante incierto y dudoso, levantan un proceso interminable de calúmnias contra los primitívos habitantes de una y otra América, pintando su carácter moral con los mas feos colores y esforzándose en demostrar, que su estupidéz, ferocidad y desnaturalizada supersticion, les hacen dignos del desprécio universal de todos los hombres.

La bréve disertacion que vamos á terminar es su mejor apología. ¿Por qué, cómo, pregunto, podrá ningun filósofo maravillarse de que unos pobres salvages colocados en los últimos ángulos del mundo, se dejasen seducir por los aparentes sofismas del fanatísmo, cuando tantas otras naciones, que se reputan por muy cultas y civilisadas hicieron los mismo? Fenícios, cartagineses, griegos y romanos, mancharon no pocas veces las áras de sus dioses con arroyos de sangre humana. ¿Quién pues estrañará que lo própio practicasen nuestros americanos? Las ciéncias, las bellas artes, el comércio, la marina, y las tres nobles artes formaron en Tiro, en Cartágo, en Roma y en Aténas otros tantos emporios de sabiduría y de buen gusto; con todo eso no pudieron desterrar enteramente de su recinto aquel abominable rito. ¿Y habrá quien pretenda, que las débiles luces, que brillaron por intervalos en Méjico y en el Cuzco debieron haber logrado este dificilísimo triunfo; y que el no haberlo conseguído es la prueba mas convincente de la estrema corrupcion y barbárie de sus naturales? ¿Pero para que es cansarme? Un modo de discurrir tan desatinado y tan contrário á las reglas de la buena lógica, no merece que nos detengamos seriamente en impugnarlo.

Lo que yo pues en vista de todo lo espuesto aseguro es, (y sea ésta mi última reflecsion) que todo el género humano entre otros infinitos beneficios, que ha recibído de la

divina y suavísima Religion de Jesucristo, le debe un eterno reconocimiento por este solo motivo. Por que el Evangélio, y no la filosofía es quíen ha desterrado finalmente de toda la Europa y de gran parte del mundo la ciega y funestísima barbárie. El Evangélio es quien ha enseñado á los hombres, que todos son hijos de un mismo Padre, y que este hace campear la clemencia y bondad sobre todos sus demas atributos: y en poco tiempo ha cesado de correr sangre humana sobre las áras de los templos: ha desaparecído la esclavitud, y los hombres, aunque de vários clímas y naciones han empezado á mirarse entre sí como verdaderos hermanos, estrechándose cada vez mas con los vínculos de la mútua compasion, y de una tierna y síncera caridad.

DISERTACION

Sobre el Suicídio. Diferéncias de los suicídas de Europa á los de América.

No vemos nunca en las histórias (escribe un célebre filósofo del siglo prócsimo pasado) que los romanos se matásen sin motivo; pero los ingleses se matan sin que se pueda imaginar alguna razon que á ello les determine: se matan en el seno mismo de la felicidad. Este acto era entre los romanos efecto de la educacion: entre los ingleses lo es de una enfermedad (a). Participa del estado fisico de la máquina, y es independiente de toda otra causa.

Hay apariéncias de que dicha enfermedad es un defecto de filtracion del jugo nerveo. La máquina cuyas fuerzas motrices se hallan á cada momento sin accion está cansada de sí misma; el alma no siente ningun dolor; pero sí una cierta dificultad en la ecsisténcia. El dolor es un mal local, que nos lleva al deseo de ver cesar este dolor; el peso de la vida es un mal, que no reside en ningun lugar particular, y que nos lleva al deseo de ver fenecer esta vida.

Es claro que las leyes civíles de algunos países han tenido razon para deshonrar al homicída de sí mismo; pero en Inglaterra no hay mas motivo para infamarle que para castigar los efectos de la deméncia.

Me pareee que Muntesquieu dá aquí muy lejos del blanco de la verdad. No puedo resolverme á creer, que la accion con que un hombre se quita violentamente la vida, accion tenida por tan infame en todos los países civilísados; en

(a) Esprit des loix lib. XIV. cap. 12.

Inglaterra sea solo efecto de una enfermedad, ó del estado físico de la máquina del cuerpo. Entre las naciones modernas no se hallará quizá ninguna en la que haya habido tantos suicídas. Asentar pues como mácsima incontestable, que en aquella populosa isla el mencionado crimen no depende de ninguna causa moral, y sí de várias causas físicas que no estan sujetas á nuestra voluntad; es en mi juício disminuir considerablemente el horror que inspira á calquier hombre sensato una accion detestada como de una voz por todos los pueblos, aun por los mas bárbaros y salvages como proscríta igualmente por la Religion revelada y natural.

Las pasiones humanas, no menos que las virtudes estan enlazadas entre sí, y se dan mutuamente la mano. No podemos ser indulgentes con ninguna en particular; sin añadir por lo mismo casi igual grado de fuerza á las demas. Desengañemonos: la puerta que abramos para favorecer á una determinada pasion, no podrémos cerrarla cuando queramos antes bien se quedará abierta mas que nos pese, para el ejercício y provecho de todas las otras pasiones.

Este es pues un nuevo motivo para que yo desapruebe sériamente aquella proposicion. Sé muy bien, que en todos los países del mundo ha habido algunos infelices, que oprimídos por el peso del dolor, de la infamia y de la indigéncia, y creyendo su pena incapaz de alívio y remédio han perdido poco á poco el uso de la voluntad y del juício; han cesado de ser hombres antes de morir é impelídos por la intensa y loca imaginacion de sus males y desgrácias han llegado al estremo de quitarse con sus própias manos la vida. Confieso que estas miserables víctimas de una profundísima melancolía merecen mas presto lástima que castigo, y que sin faltar al amor debido á la humanidad, puede todavía un filósofo regar con lágrimas sus sepulcros, y esparcir sobre ellos, cuando no guirnaldas de flores, á lo menos algunas ramas de verde mirto y de triste y solitário ciprés. Pero trazar con Montesquieu la apología de todos los suicídas de una grande nacion, en donde

por desgrácia nunca ha sido raro este atrocísimo crimen: decir á secas que en Inglaterra no hay mas razon para reprimir tan enorme ecseso, que para castigar los efectos de la deméncia: hablar de este modo, repito, viene á ser lo mismo que soltar la rienda á las pasiones; derribar uno de los diques mas fuertes que las detienen, y dejar que corran desapoderadamente por donde quieran; é inunden en poco tiempo toda la sociedad. En efecto, si nos esforzamos á escusar á tantos suicídas con solo dar á entender, que lo han sido únicamente, por que la máquina de su cuerpo estaba cansada de sí misma y sufría un cierto peso de la vida que los llevaba al deseo de verla fenecer, y que por lo tanto no merecen que se les castigue; ¡que armas tan fuertes ofrecemos á todos los malvados! No habrá ya delitos, no abrá ya crímenes, que no parezcan inocentes.

La tentacion, el estímulo, el deseo violento bastará para justificar cualquier esceso por grande que sea. El Filósofo Egesias habrá tenido mucha razon para asegurar, (a) que ningun delito debía castigarse, pues segun él, nádie lo comete libremente, sino instigado de una perturbada imaginacion. Robeck compuso un libro bastante voluminoso para probar que le era permitído quitarse la vida; y luego que le pareció haber establecído este pretendído derecho, se dió la muerte á sangre fria y con la misma tranquilidad con que había deliberado por tanto tiempo sobre esta horrible empresa. La buena filosofia declarará siempre, es verdad, que su atentado fue ecsecrable, y que su nombre no debe manchar mas tiempo sus fastos. ¿Pero que importa? el princípio sentado por el metafisico francés lo defenderá y pondrá á cubierto. ¿Por qué quien nós estorbará de decir, que el peso de la vida y el deseo de verla fenecer fue el que puso en las manos de Robeck el agudo puñal con que finalmente se la quitó?

Yo discurro sobre este punto de una manera muy opuesta. La naturaleza, segun mi modo de pensar, ha inspirado

---

(a) Laertius L. 2. cap. 8 n.° 9.

al hombre un tan grande horror de la muerte y un deseo tan vehemente de la conservacion de su ser: y por otra parte la accion de quitarse con violéncia la vida es á los ojos de la razon tan bárbara y abominable, y es al mismo tiempo tan repugnante á los sentimientos íntimos de justícia, que el Criador fijó con caractéres eternos en nuestros corazones, que no puedo absolutamente imaginar, como nádie, á no habérsele vuelto del todo el juício, sea capaz de matarse con sus própias manos, cuando no le arrastre ácia tan espantoso abismo, ó bien el poder casi irresistible de alguna estremada pasion ya manifiesta, ya oculta, ó bien un nécio é indómito capricho, sostenído por los vanos sofismas del ateísmo. Mucho tiempo há que creo, que si ecsaminásemos á la luz de una buena crítica las verdaderas causas, por que tantos hombres de diferentes naciones se han dado la muerte, las hallaríamos, sin duda, en la corrupcion del corazon, y en los desvaríos del entendimiento: cosas que no bastan en ninguna manera para borrar la fealdad de semejante delito. Esta opinion mia sobre un asunto tan grave y de tanta consecuéncia pide que la apoye y sostenga, como voy á hacerlo al instante con bréves y sólidas reflecsiones.

Admirase nuestro filósofo de que los ingleses, segun el dice, se maten en el seno de la felicidad. ?Pero crée, pregunto, cree por ventura que al tiempo de ejecutar éllos una accion que no es menos estraña que ecsecrable estuviesen disfrutando realmente de las ilusiones de su pretendída dicha? Yo no puedo pensarlo. Me persuado al contrário, que la violéncia de alguna pasion que abrigaban ocultamente en su seno, les traía de antemano inquietos noche y dia, y sin que nádie lo reparase, envenenaba sus mas dulces y sabrosos deleites; y apenas les dejaba sosegar interiormente por un solo instante. ¿Quién ignora en efecto, que muchos aun en médio de los bienes de que les han colmado con mano liberal naturaleza y fortuna viven los mas despechados, y los mas desabrídos hombres de todo el universo?

Oh! si arrimásemos á estos hombres la brillante antorcha de la filosofia, qué compasion nos causarian! veriamos como dice elegantemente el Poeta

Che i lor nemici,
Anno in seno é si riduce
Nel parer á noi felici
Ogni lor felicità.

¡Tan grande, tan estremado, tan funesto y despótico es el poder de las pasiones! Su cruel império empieza por la alhagueña apariéncia de un suave sueño, que adormece poco á poco todas las poténcias de nuestra alma; de un fresco y apacible zéfiro, que nos lleva navegando por entre unas riberas deliciosísimas en las cuales todos los objetos, todas las circunstáncias se reunen para lizonjearnos. Pero apenas las mencionadas pasiones han tomado asiento en nuestro corazon, cuando á esta agradable perspectíva, á este breve y engañoso descanso se ven suceder terribles, contínuas é internas luchas, que nos ponen en contradiccion con nosotros mismos, trastornan y destruyen del todo la armonía que reinaba antes entre las dos sustáncias distintas del alma y cuerpo; nos vuelven duros caprichosos, estravagantes; arruinan nuestra salud; abrevian nuestros dias; y tal vez tanto nos fatigan y aprietan, que no pudiéndonos ya sufrir, llegamos en el ecseso de nuestro furor á destruir y despedazar con nuestras própias manos la débil y hermosa máquina de nuestro cuerpo. Este es el natural progreso de las pasiones, cuando no permitímos que la Religion y la razon las contengan y repriman con el debido freno. Tengo para mí, que estos mismos son los pasos que ordinariamente siguen todos aquellos que al cabo se precipitan á ser suicídas, y que en efécto dieron muchos de los que, segun Montesquieu se vieron en Inglaterra matarse á sí própios en el séno de la felicidad. Se dirá quizá, que estas reflecsiones son muy generales: lo confieso; pero son verdaderas y las sirve de arrimo la constante esperiéncia de todos los siglos y de todas las naciones. A mas de que una propos-

icion tan vaga, como lo es esta de Montesquieu, no sufre ser rebatída sino por otras de la misma aspécie.

Pero pasemos adelante. Creo tambien que el ateísmo es el hediondo charco de cuyas aguas impuras bebieron casi todos los modernos suicídas. El ateísmo es efectivamente la doctrina mas á propósito para inspirar mácsimas crueles y atroces, y despojar al hombre hasta del mas mínimo sentimiento de humanidad. El ateísmo es el que quita toda la fuerza á las leyes primitivas y eternas, y las borra enteramente del corazon. El es el que sacude todo freno, desata todas las pasiones, y produce aquella absoluta igualdad y libertad que se considera no menos funesta para toda la sociedad en general, que perniciosa para el bien particular de cada indivíduo. Por último, él es el que rompe todos los lazos que unen al hombre con sus semejantes y desecha así mismo toda relacion de aquel con el Ser supremo.

No debe pues de estrañarse, que el hombre que ha adoptado esta fátal doctrina, el hombre que se mira ya á sí própio como único centro y fin de todas sus acciones, y que no pone ningun término ó límite á los soñados derechos de su alvedrío, se deje llevar sin resisténcia por las pásiones, y que cuando se canse de vivir heche mano tranquilamente de una pistola ó de un puñal y se traspase el corazon ó se haga saltar el casco. Todos los sofismas del Sr. Preux Rousseau, aunque tan artificiosos y sutíles, no hubieran bastado por sí solos para hacerle caer en este desatinado acuerdo. Refiere Ciceron, que el filósofo Hegesías, de quien hemos hablado arriba se puso muy de intento á persuadir en la corte de Egipto lo mismo que despues de muchos siglos procuró hacer Robeck en la de Inglaterra; quiero decir, que cada uno tiene derecho de matarse, cuando le parezca que la vida es un peso insoportable: y añade que las mácsimas del filósofo griego cundieron tanto en breve tiempo, que fue menester que el rey Ptolomeo le prohibiese absolutamente enseñar semejante doctrina, á lo menos en la escuela; por que eran muchos los que despues de haberle oido se daban la muerte. Este hecho confirma mi

última observacion. Hegesías era Cyrenaico y por lo mismo lo eran tambien sus discípulos. La moral que profesaba esta sécta era tal, que llevaba con pocos rodéos al ateísmo; por que no solo colocaba la felicidad en el deleite, como Epicuro, sino que confesaba sin reboso, que por deleites entendía los mas groseros y torpes. Descuidaba tambien enteramente de la perfeccion del alma, y ponía todas sus miras en que el cuerpo estuviese nadando siempre en un mar de placeres. Por último, establecía como sello de su impiedad la asercion de que lo justo y bueno no se distingue por naturaleza de lo malo é injusto, sino solo por ley y por costumbre: mácsima evidentemente falsa, y en sumo grado perniciosa; pero que no por eso ha dejado de hallar en nuestros dias en Europa muchos y muy distinguídos partidários.

¿Quién pues en vista de esto no reconocerá, que una moral en todo conforme á la del griego Hegesías, una moral nacida del ateísmo, como de una amarga y venenosa raíz, pudo muy bien haber dado el principal impulso á muchos de aquellos suicídas de que habla Montesquieu? Esta moral basta así mismo para multiplicar iguales atentados, siempre que en una nacion se hace de moda entre alguna clase de gentes el cometerlos. Por que entonces, como advierte sabiamente un famoso escritor moderno, ya no se necesíta de los ecsesos violentos del despecho, de la rábia y del furor; y muchas veces el solo capricho, la vanidad y el orgullo, son suficientes para que los espíritus de un cierto temple se determinen á sangre fría á cometer tan horrible ecseso.

La história romana corrobora la verdad de este pensamiento. Ella nos hace ver como en los dias felices de la república apénas se halló en Roma un ciudadano que se diese la muerte, aun que estuviese acosado por los mayores desastres é infortúnios. Regulo volvió á Cartago: Postumio pasó por debajo de las horcas caudinas: Varron recibió los obséquios del Senado, despues de haber perdido por su temeridad cincuenta mil hombres: Hostilio finalmente, consintió sin murmurar á ser entregado por los Feciales á

la discrecion de nuestros numantinos. Nádie podrá decir con fundamento, que estos grandes hombres amaban demasiado la vida, o no hacían caso de la infámia. Lo que sí debe decirse es, que cuando ellos florecieron, ó no había llegado todavía el tiempo, en que el lujo asiático corrompió las costumbres y opipiones de la capital del mundo, y dejó entrar en élla la moral epicurea, ó mas bien la cyrenaica que introdujo consigo, como siempre, todos los vicios, é hizo que muchos ciudadanos, sin tener ya ningun miramiento por las venerables leyes de sus mayores por su própio honor, ó por la utilidad de la pátria, no reparasen en ser viles homicidas de sí mismos.

Habrá alguno tal vez que nos oponga aquí el ejémplo de Bruto y de Catón. Es fácil dar salida á este reparo. Catón y Bruto, dirémos, no eran epicureos ni atéos; pero eran estoycos, y quitándose la vida no en el seno de la felicidad sino en médio de la ruina de su idolatrada republica, no hacian mas que poner por obra los dógmas de su secta. Catón en el trastorno de aquella última noche, mientras hacia embarcar en el puerto á los Senadores y á vários de los principales vecinos, sin embargo de la cruda borrasca que traía muy alboratado el mar, mienras daba las órdenes y providéncias que escigía el caso; mientras recomendaba su hijo á los amigos; y mientras veía que Cesar con su ejército victorioso se acercaba á marchas forzadas á las puertas de Utica, se puso á leer por dos veces con semblante al parecer tranquilo el profundo y elegante diálogo de Phedon. ¿ Mas quién no repara, que concurriendo entónces tantos incidentes á perturbar interiormente su alma no pudo entender con claridad los ecselentes precéptos, que para casos semejantes dá Sócrates en aquel sublime escrito ? Si se ecsaminan á mas de esto las conversaciones que aquel general romano tuvo en los últimos momentos con sus familiares y con los filósofos Apolonio y Demetrio no podrá menos de hecharse de ver que su principal movil era á la sazon un secreto orgullo y vanidad tan conforme á las mácsimas, que había seguído toda su vida. Es muy

conocída la reflécsion que hizo César sobre el particular; pues apénas hubo entendído el fin trágico que acababa de tener su rival cuando esclamó con mucha enteresa: *te envidio, ó Catón, la muerte ya que tu me envidiaste la glória de conservarte la vida.* Pero en cuanto á Bruto, puede asegurarse que sus pocos años y el ejemplo reciente de su suegro, le perdieron; de modo que sin tener ánimo para esperar á que se acabase de decidir del todo la batalla, se mató á sí própio y dió castigo al travez en los últimos recursos y postreras esperanzas de la pátria. (a)

Lo que llevo dicho basta en mi juício para que imaginemos cuáles habrán sido las verdaderas razones, por que muchos ingleses se quitaron la vida en el seno mismo de la felicidad, sin que recurramos solo como Montesquieu á las causas fisicas. Puede que me engañe el amor própio, y que las reflecsiones que he insinuado no sean del todo ecsáctas; pero nádie negará á lo menos, que tengo de mi parte á los sábios legisladores de Inglaterra, los cuales siguiendo el ejemplo de griegos y romanos, notaron de infames á los suicídas, y les impusieron una pena muy semejante á la que les señala Sócrates en el libro cuarto de las leyes de Platon. ¿Y cómo, pregunto, lo hubieran así establecído, sí hubiesen pensado, que ninguna causa moral sería jamas parte para determinar á sus paisanos á cometer un crimen tan horrible?

Podría aquí poner fin al presente discurso, si solo tra-

(a) Uno y otro ejémplo, esto es el de Caton y Bruto, fueron causa igualmente de que Porcia hija de aquél y muger de éste; la amable Porcia, que era por otra parte un dechado de su sécso se diese á sí misma un fin tan desastrado y violento. El lector me permitirá, creo, con gusto, que ponga aquí unos versos de Tomas Musconi célebre poeta, en los cuales se compara á Porcia muger de Bruto con Victoria Colona esposa del famoso Fernando Dávalos. Los versos son estos:

Non vivam sine Te, mi Brute, exterrita dixit
Porcia, et ardentes sorbuit ore faces.
Te, Dávale, extincto: dixit Victoria vivam
Perpetuo maestos sic dolitura dies.
Utraque romana est; sed in hoc Victoria victrix:
Perpetuo hæc luctus sustinet; illa semel.

tase de impugnar el dictámen de Montesquieu; ¿pero cómo será dáble que yo arrime la pluma, sin decir antes dos palabras de mis índios, esto es, de la nacion singular que me rodea mientras escribo estas reflecsiones; de la nacion menos conocída de los filósofos de Europa y mas digna de serlo; por último de la nacion cuya suerte interesa vivamente por vários motivos toda la sensibilidad y ternura de mi alma? Seré muy breve.

La virtud y el vício son, sin duda de todos los climas y países; pero una constante y nunca desmentída experiéncia ha acreditado demasiadamente, que el vício que es el que degrada la dignidad nativa de nuestra alma, y oscurece y empaña su divino esplendor, se estiende sin embarazo alguno por donde quiere, hecha en cualquier terreno profundas raíces y sin necesitar el menor cultivo ó beneficio crece y se propaga con un vigor y rapidéz increible, cubriendo con su tétrica y venenosa sombra inmensos países. La virtud al contrário, sin embargo de ser tan conforme á nuestro divino origen y nobleza se mantiene casi siempre en un contínuo desaliento y desmayo. Semejante á ciertas flores de unos estambres en estremo delicados; el mas leve soplo basta para machitarla y hacerle perder el esquisíto y finísimo matíz de su natural colorído. Parecída tambien por otro respecto á una lámpara, que alumbra en médio de las tinieblas de la noche y se apaga muy pronto sino se tiene cuidado de suministrarle de contínuo el debido pábulo; y aun así se la vé á ratos lucir con languidéz, disminuir el volumen de la hermosa pirámide en que se estiende naturalmente su llama, bajar y redondear su cúspide hasta formar un cono médio truncado permanecer por algunos instantes sin algun movimiento sensible, y luego chispear con la posible violéncia, haciendo vanamente los últimos esfuerzos á fin de disipar los húmedos vapores y negras sombras que por todos lados la circundan.

Nádie pues debe estrañar, que en los ángulos mas retirados del mundo se encuentren los mismos vícios que infestan los lungares mas conocídos y frecuentados; y que

en el particular las naciones mas montaraces y salvages poco ó nada se distingan de las que son mas cultas y civilisadas. No hablemos ahora sino del suicídio. Este horrible crimen, como hemos visto, sigue ordinariamente á la desoladora corrupcion del lujo, al desmedído y ciego orgullo de la ambicion y á los locos desvaríos y sofismas de una metafisica impía y desnaturalizada. Sin embargo el suicídio¿ quién lo hubiera imaginado? se halla de tiempo inmemorial establecído entre los índios de Méjico y del Perú, los cuales aunque tienen algunos débiles impulsos de ambicion, no saben absolutamente lo que es lujo y estan muy léjos de entregarse á los estériles y vanos teoremas de nuestra moderna metafisica.

Pero hay dos muy notables diferéncias entre los suicídas de Europa y los de América. Primera. En Europa son harto frecuentes los suicídios en las grandes poblaciones, especialmente en las cortes mas opulentas y civilisadas; y rara vez acontecen en las aldeas y lugares pequeños, donde se disfruta la tranquíla y agradable soledad de los campos. Al contrário en la América son rarísimos en las ciudades y no dejan de verse de cuando en cuando en los yermos y en los páramos.

Segunda. En Europa se matan los ambiciosos cortesanos, los ciudadanos cultos y los metafisicos que presumen de mas sagaces é ilustrados. En América se matan solo los sencillos pastores de los Andes, los groseros labradores de las pampas, y los toscos peones de las minas.

¿Y cuál será, pregunto, la causa de tan grande variedad? A mi me parece que debe colocarse en el carácter melancólico de los índios, que tanto los distingue de las demas naciones del orbe. La melancolía es en efecto la pasion dominante de estos naturales. Cuerpo débil, aire trieste, modales tímidas, pasos lentos, génio indolente y perezoso, propósitos caprichosos é inconstantes, y sobre todo una estraña apatía que apenas céde á ningun estímulo, forman la imágen moral y fisica del índio ya sea mejicano ó peruano. Se puede decir en general que todas sus accio-

nes, todas sus palabras, sus proyectos y empresas, están siempre marcadas con el sello de la melancolía. ¿Que cosa mas triste, por ejemplo, que la mayor parte de sus danzas nacionales? Hace no mas quince dias que asistí á las que los moradores del pequeño y antiquísimo pueblo de Pachacamác dieron, segun costumbre, á este Señor Virey para festejarle y felicitárle su próspera llegada á esta Corte. Las estuve observando con la mayor atencion y curiosidad, y me acuerdo que me enternecí á poco rato, derramé algunas lágrimas y me retiré del concurso llena la cabeza de no sé que ideas lúgubres, que se presentaban confusamente y de tropel á mi imaginacion. Lo mismo me ha sucedído en otros lugares y ocasiones.

¡Que diferéncia entre estas patéticas danzas y los bulliciosos bayles y cantares de los aldeanos de mi pátria Cataluña, ó de Valéncia y Vizcaya en los que presiden en las tardes de los dias festivos la amable risa, la alhagueña alegría, el placer, el contento y la lizongera y dulce esperanza! Al contrário ¿quién oye aqui jamas solo média hora con ojos enjutos el patético yarabí que es la cancion favoríta de los peruanos? Los infortúnios del amor ó de la suerte sugiéren la matéria de la composicion: el luto y el llanto inspiran los modos y tonos de la música: la flauta y el harpa los egecutan interrumpiendo por intervalos su tierna armonía las agudas interjecciones, los irresistibles ayes del dolor; y la esena es ordinariamente el campo raso cubierto de infiníta arena: la hora la alta y silenciosa noche, y la decoracion única del teatro la bóveda inmensa del Cielo, y la luz pálida de la Luna y de las estrellas. Pero dejemos estas consideraciones para otro lugar mas oportuno en que podamos proponerlas y analisarlas con la debida estension; y volvamos en tanto á añudar el hilo de nuestro discurso.

La profundísima y penetrante tristeza que, conforme va inferído, caracteriza á estos índios es la funesta y escondída raíz de donde brotan los pocos suicídios que aquí se cometen. En Europa este crímen mana las mas veces,

como de una fuente cenagosa é inmunda del orgullo, de la ambicion y de los sofismas de la impiedad. Allí se vé nacer el suicídio en el seno del fausto y opuléncia: aquí en el centro de la miséria y mendiguéz.

Es fácil pues inferir de lo dicho, por que en América al revez de la Europa se cometen los suicídios en los yermos y despoblados. El índio que vive en las ciudades se agita y mueve casi de contínuo, quiera ó no quiera. Los objetos se cambian cada instante á su vista y envían al alma mil distintas impresiones, que llaman su atencion, y la tienen mal de su grado como embelesada. Y sí alguna vez la tristeza, resistiendo poderosamente á todos estos estímulos tiende su fúnebre manto sobre la imaginacion y el espíritu cerrando el paso á la reflecsion y al discurso; la Religion repara y previene todos estos daños, acudiendo prontamente con sus risueñas promezas y con sus celestiales y dulcísimos consuelos.

Todo sucede de un modo muy diverso al pobre salvage que apacienta su miserable ganado en médio de los espantosos desiertos de una y otra América. Por que en tan silenciosas soledades apenas una que otra vez se oye el éco de la voz apostólica y paternal de los misioneros: apenas se pronuncia jamas el nombre dulce y tierno de nuestro Redentor, tan própio para llenar el corazon de júbilo y dar energía al alma abatída por las pasiones: apénas la voz pura y benéfica de la Religion puede ahuyentrar las espesísimas sombras de la antigua idolatría.

Se vé pues el morador de aquellos montes abandonado á sí mismo, sin que le sostenga ninguno de los muchos y poderosos ausílios que la sociedad ofrece á los demas hombres. El grito agudo de los ligerísimos huanacos y vicuñas, el silvido de las venenosas culebras y buyos y el bramído horrible de los tígres y leopardos, rompiendo por intervalos el aire, le llenan de un melancólico pavor. Los corpulentos y ancianos árboles y los humildes y secos arbustos agitados por el viento causan un triste murmullo, y forman no sé que patético contraste con el grave estruendo

de los presurosos torrentes, que se precipitan á lo lejos de la cima de un peñasco y el de un caudaloso rio que atraviesa la llanura y pugna incesantemente por romper sus márgenes demasiado estrechas. A este lúgubre cuadro añaden las últimas pinceladas los riscos, los derrumbaderos, los montes movedisos de arena que el aire trasporta de una á otra parte, las masas mostruosas de granito, sobre las cuales la vegetacion de los trópicos, aunque tan robusta, nunca alcanza á tender la verde al fombra de la menuda yerba, y finalmente los altísimos picos tan antiguos como el mundo, que se empinan en distintos puntos de la gran cordillera y van á perderse entre las nubes mas elevadas.

Herida por el cúmulo de todos estos objetos la delicada imaginacion del índio salvage, se acalora sobre manera y se sustenta de estraños y perniciosos fantasmas, no cesando de levantarse del fondo de aquella melancólica esena unos vapores tétricos que en todo tiempo eclipsan la escasa claridad de su razon. Los dias de la vida se le hacen pesados: la brillante luz del sol le causa tédio: busca y desea con ánsia envolverse en las frias sombras de la noche, y cede y se rinde de buena gana á las soñadas amenasas de la muerte, que le vá tirando cada vez mas del funesto dogal.

« Cuando en los lugares yérmos (dice el cultísimo y sábio arequipeño Dr. Unanue) se repara que algun pastor se aparta á menudo de sus compañeros, que ama el retiro y la soledad de la noche, interrumpiendo su siléncio con los aires tristes de la flauta y sus ayes, esta conducta indica que aquel solitário vá á espatriarse para siempre de sus hogares ó á suspenderse de un lazo. El remédio de este mal es la flagelacion, por que la irritacion de los latigazos causan sobre la cutis, renueva la accion de la vida y césa la debilidad, y sus efectos perniciosos. Acuérdome (contínua) haber leido que para impedir en las islas de Barlovento los frecuentes suicídios, que ejecutan los negros africanos, volviendo la punta de la lengua y tapando la respiracion; proyectó un francés hacerlos pedazos á azotes, luego que aparecían al-

gunos indícios de este intento. Los negros cuando se ahogan, creen van á parar á su suelo pátrio, y los azotes eran para que teniendo verguenza de aparecer maltratados delante de sus paisanos, no pensásen en visitarlos. Con los índios no se necesitan estos castigos: son de fibra delicada é irritable y con algunos latigazos se animan y llenan de alegría, olvidando las ideas funestas. »

Hasta aquí el mencionado filósofo, cuyas observaciones sobre el clíma de este país y sus influéncias en los seres organizados, acaban de ver aquí la luz pública con singular complacéncia de cuantos aman la amena y útil literatúra, y ecsitarán luego que lleguen á Europa el aplauso de los inteligentes.

DESERTACION

Sobre la música. Entre los griegos era una parte muy considerable de la educacion. Dos observaciones, acerca de la música de los índios.

Apenas hay un hombre medianamente erudíto, que no sepa que atenienses y lacedemónios, y en general todos los antiguos y mas famosos pueblos de la culta Grécia, hicieron en sus instituciones políticas muy honorífica mencion y muy singular aprécio de la *Música*. Pero pocos son los que dan en el blanco de ésta, que á muchos parece estraña paradoja. Los mas se dejan ir con la corriente del vulgo, no deteniéndose á analisar las ideas que en otro tiempo se solía comprender bajo la sencilla denominacion de *Música*. Yo, para quitar en adelante toda duda, procuraré esplicarlo aquí no con largo razonamiento sino con breves palabras y despues propondré algunas observaciones en órden á la música de estos índios, quiero decir, los de Méjico y del Perú.

Digo pues que esta voz *Música* tenía en el diccionário de los filósofos y legisladores griegos un sentido mucho mas universal del que se le dá ordinariamente entre nosotros; pues segun ellos, significaba no solo la ciéncia que enseña las propiedades de los sonidos, sino tambien la educacion moral y literária. En efecto, la educacion literária y moral es un arte que se parece no poco á lo que en idioma vulgar entendemos por música. Por que sirviéndose con primoroso y utilísimo artificio de los afectos y pasiones naturales del alma y reduciéndolas todas en comun, y cada una en particular á su debido tono y proporcion, produce al fin la mas suave, la mas noble y divina armonía.

Así á lo menos pensaban, así se esplicaban los antiguos griegos, especialmente cuando escribían sobre la política.

Sería cosa ciertamente muy fácil apoyar esta verdad con el testimónio uniforme de vários sábios de aquella doctísima nacion; pero bastará citar aquí uno, quiero decir el inmortal Sócrates, á quien no solo el oráculo de Delfos, sino tambien el universal sufrágio de mas de veinte siglos, ha elevado á la glória de ser respetado como el primer ciudadano y el primer filósofo de toda la Grécia.

Tomemos pues en las manos el célebre y elocuentísimo diálogo llamado Phedon, y oigamos atentamente lo que maestro y dicípulo Cebes y Sócrates van á conferir entre sí en órden á la *Música* = Muchos son, dice el primero, los que me preguntan ¡ó Sócrates! acerca de las fábulas de Esopo, que tu has puesto en verso y del hymno que has trabajado en honor de Apolo; y entre ellos Eveno se manifestaba ayer muy deseoso de saber ¿á que fin, desde que has venido á la cárcel, te has dado á versificar, no habiéndolo hecho antes nunca? Si Eveno pues vuelve á preguntarme sobre lo mismo, que si preguntára; quisiera me dijeses, que es lo que deberé responderle? = Respóndele ó Cebes la verdad: que no lo hago, por que le tenga envídia, ó para igualarle en su arte, lo que aun cuando yo lo pretendiera, no me sería facil; sino para procurar por distintos médios y caminos, dar cumplimiento á ciertos sueños, que tuve en tiempos pasados. La cosa sucedió de este modo: Me acontecía muchas veces representárseme no sé que vision, que bien que se me ofreciése en distintas formas y figuras, me repetía siempre las mismas palabras. *Sócrates,* decia, *aplícate á la música y trabja en ella.* Yo entonces me daba á entender, que lo que se me aconsejaba y mandaba, no era otro que lo que ya me hacía, y que el repetirme con tanto ahinco que trabajase en la música, era solo para que lo ejecutase con mas brio, así como los espectadores dan voces que se apresuren á correr á los que ven que de suyo lo hacen con la mejor gana y ligereza. Se me representaba pues, que la filosofia, á quien daba yo entónces todo mi tiempo, era en realidad la mas perfecta música. Mas ahora que he sido sentenciado, y que solo la

presente solemnidad de Apolo impide que muera, he juzgado que debía dedicarme tambien á esta otra espécie de música que es la popular; por si acaso era esto lo que en efecto me mandaba el referído sueño. Por que me ha parecído, que en este caso sería mas seguro no irme de acá, sin haber hecho algunos versos siquiera para dar cumplimiento á la obligacion, que el sueño me imponía. Y esto es, ó Cebes, lo que podrás contestar á Eveno. =

Hasta aquí el mencionado diálogo, cuyas espresiones no dejan la mas ligera sombra de duda sobre lo que propuse al princípio, esto es, que en el diccionário de los filósofos y legisladores griegos la voz *Música* tenía las mas veces un sentido metafórico y significaba todo el hermoso cúmulo de nociones é ideas, que comprende en sí la perfecta y cabal educacion de un ciudadano.

Hablemos ahora, aunque muy sucintamente de la otra espécie de *música*, á la que Sócrates llamaba *popular*, pues tambien de ella hacían mucho caso, como es notório, los políticos mas graves, y los filósofos mas sublimes de la Grécia.

Un escritor moderno, cuyos frecuentes descúidos nos ponen en la precision de citarle muy á menudo, asegura con su acostumbrada confianza, *que no se debe decir, que la música inspirase la virtud; pues sería proponer una intrincada paradoja que nádie es capaz de decifrar.* Yo á la verdad aunque infinítas veces me he trasladado con la imaginacion y el pensamiento, ya al encantador teatro de Atenas, ya á las llanuras de la pequeña villa de Olimpo, para asistir á las representaciones y juegos, que se daban en uno y otro lugar; no he podido sin embargo formarme una idea clara de la perfeccion á que los griegos condujeron su música. Pero no por eso dejo de persuadirme que era muy grande, y que en lo patético llevaba mucha ventaja á la moderna música italiana. No quiero estenderme aquí en especulaciones vanas que de nada servirían. Se trata de un hecho público en otro tiempo, aunque al presente oscurecído y casi olvidado por la enorme

diferéncia de nuestros actuales usos y costumbres. Y así no debemos en manera alguna valernos de raciocínios metafísicos y abstractos, sino producir testimónios abonados que nos dén la debída luz y disipen los vanos sofismas que podría sugerírnos nuestra profunda ignorancia en el particular.

Me contentaré pues con nombrar á Platon y Aristóteles cuyas obras andan en manos de todos. Estos dos grandes hombres que conocían tan perfectamente el espíritu de su siglo, la cultura de su nacion, y los resortes que la buena filosofía emplea para introducir en el espíritu humano las verdades mas útiles, eran de dictamen, que la música, de que vamos hablando, esto es, la que Sócrates llama *popular*, debía formar una parte muy considerable de la educacion moral. Por que pertenece, dicen, á la imitacion de las costumbres, y una imitacion tal, que no hay arte, que pueda representarlas tan al vivo. La pintura misma comparada con ella, es un arte mudo y sin vida; pues solo alcanza á desplegar delante de nuestros ojos las señales de nuestras pasiones, delineadas groseramente sobre el lienzo por médio de los colores y de las sombras: cuando la música al contrário se vale de imitaciones tan perfectas que nos hace ver y tocar, por decirlo así, las pasiones mismas. ¿Y quién puede disputar á la música semejante palma, pregunta Aristóteles? ¿No es acaso evidente, que la ira, la moderacion, la fortaleza, la templanza con los vícios opuestos, y en una palabra, cuanto pertenece á las pasiones y costumbres todo lo imita ella, todo lo espresa de una manera sumamente conforme al natural?

Es inútil producir aquí mas autoridades. Todos los autores antiguos son en este punto de un mismo parecer. Todos levantan á lo sumo la fuerza increible de la música en remedar las costumbres buenas ó malas, y en mover ó calmar las posiones. No solo los amables atenienses, no solo los risueños moradores de los amenos prados de Caico y de las fértiles y hermosas riberas de Meandro, sino tambien los austéros y durísimos esparciatas, hubieron de ce-

der como los demas á la divina é inesplicable magia de la música. Bien lo conoció Licurgo, quando con tanto esmero y proligidad arregló todo lo que pertenecía al ejercicio de esta arte verdaderamente encantadora. Bien lo conocieron así mismo los otros reyes sus sucesores, los cuales nunca dieron batalla alguna, sin que primero mandasen entonar la celebrada cancion del combate, cuyos acentos encendían en el pecho de aquellos bravos guerreros el amor de la pátria, el deseo de dejarla completamentoe vengada de sus enemigos y la resolucion de derramar, si fuese necesário, toda la sangre de las venas, antes que arrojar cobardemente las armas, que élla les había entregado para su glória y defensa. Bien lo conoció por último, aquel famoso general, que viendo que sus batallones perseguían con brutal encarnizamiento á las huestes enemigas ya derrotadas y fugitívas, mandó á sus músicos, que mudasen de repente el primer modo en otro mas alhagueño y suave: y con solo esto, sin dar ninguna otra órden, ni desplegar los lábios, logró en pocos instantes infundir en el ánimo de los acalorados vencedores, á manera de un precioso bálsamo, los sentimientos de clemência y humanidad hacer que espontáneamente envaynasen sus sangrientas espadas; y salvar la vida de muchos millares de hombres. Triunfo por cierto gloriosísimo para la antigua música, y solamente comparable con otros de la misma espécie, que sabemos consiguió en distintas ocasiones la antigua elocuéncia! Pero dejemos ya este punto; pues solo podríamos aquí hablar de paso en argumento tan grave, sin apurar el fondo á este mistério.

Yo estoy muy persuadído que quien meditáre atentamente sobre las autoridades, sucesos y reflecsiones que llevamos insinuadas, no graduará en manera alguna de ecsesívos y desmesurados los elógios que se daban en otro tiempo á la música: no juzgará por frívolas y de poca importáncia las várias constituciones y decretos, que los legisladores griegos de mas fama dejaron establecidos para su arreglo y uso: no estrañará que Platon diga clara-

mente (a) que la prefectúra de la música es uno de los empleos mas considerables en cualquiera bien ordenada república. Con todo, á fin de dejarle mas y mas convencído haré que oiga de nuevo a Aristóteles.

El que se deleita ó entristece (dice este profundo político) (b) con la representacion fingida de alguna cosa, está ciertamente muy cerca de concebir iguales afectos por la cosa misma. No debe pues dudarse, que la música en la cual campea una mutacion tan perfecta de las costumbres ó buenas ó malas, es poderosa para inspirarnos poco á poco y como insensiblemente todos los vícios y todas las virtudes. No puede asegurarse tanto ni con mucho de la pintura y escultúra. Sin embargo, quisiera yo, (añade) que nuestros jóvenes se acostumbrasen á contemplar y ecsaminar, con preferéncia á todas las demas, las obras de Polygnoto, ú otros autores semejantes. Y así en cuanto á la música, concluye, deberían éllos con mayor razon dedicarse únicamente á la que es capaz de hacerlos mejores.

PRIMERA OBSERVACION.

No solo las naciones cultas y civilisadas, sino tambíen los pueblos salvages, han sido en todos tiempos sumamente aficionados á la música. Cuando la Grécia era todavía una region bárbara, sin artes, sin comércio, sin leyes y sin costumbres; cuando no se habían aun dejado ver en su hermoso orizonte los primores albores de la filosofía y demas ciéncias, que despues tanto la ilustraron; ya la música estendía por en médio de aquellas selvas y valles el éco de sus melodiosos acentos. Sus groseros moradores la escuchaban con gusto: hallaban en ella la espresion natural de sus pasiones; y seducídos poco á poco por las amables insinuaciones de tan dulce sirena, se iban dispo-

(a) De Legibus Lib. IV.

(b) Lib. VIII. De Republica.

niendo á la feliz revolucion de su cultura. Salían pues mas á menudo de la oscuridad de sus cavernas, no ya para disputar á las fieras el alimento escaso que ofrecían los árboles, ó para encarnizarse con el mas ligero pretesto contra sus vecinos, sino para disfrutar de la brillante luz del sol; para respirar el aire embalsamado de la mañana; para contemplar el vário y delicioso cuadro que la primavera despliega en los montes, en los prados y en las selvas; para oir el incesante y blando gorgeo de los pintados pajarillos, y sobre todo para buscar la compañía y conversacion de otros hombres, con cuyo poderoso lenitívo sentían menos los males y trabajos á que estaban de contínuo espuestos y las privaciones á que los sujetaba su própia situacion.

Tal y tan grande como este es el prodígio que los antiguos filósofos y poetas atribuyeron á la música, á fin de espresarnos que ella ha nacido para suavizar y templar las costumbres demasiado violentas de los hombres, y que sus atractívos llegan á domar el corazon y el alma de los mismos salvages. No quisieron ciertamente darnos á entender otra cosa los primeros que pintaron á Anfion y Orfeo con una lira en la mano: este rodeado de tigres y leones que estaban pendientes de su voz; y aquél arrastrando sin mas fuerza que la de su dulce consonáncia y armonía los peñascos con que pretendía edificar las murallas de Tebas. Y que mucho dice Metastasio (a) que la música ejersa su poder hasta en las naciones salvages, cuando no le desconocen ni los tiernos niños, los cuales aunque no han llegado todavía al perfecto uso de los sentidos, sin embargo al suave encanto de la música suspenden el llanto, olvidan sus temerários caprichos y se quedan blandamente adormecidos en el suave seno de sus madres ¿Qué mas? el reo tendido en el lobrego calaboso, el esclavo afanado noche y dia en las penosas tareas que le ha impuesto su amo cruel, buscan en vano un alívio y solo lo hallan en la

(a) Estracto della poetica d'Aristotile cap. IV.

música. Ella hace que uno y otro pierdan de vista sus grillos y cadenas y la horrible perspectíva de su desgrácia.

Sente fra i pie sonarsi i ferre, é canta!

He apuntado estas reflécsiones, para que el europeo, que leyére el presente papel no dificulte en creer lo que voy á decirle, acerca dela estraordinária aficion que estos índios tienen á la música. Yo no creo, en efecto, que ninguna otra nacion ya sea antigua ó moderna le haya sido tan apasionada. En esta parte poco ó nada se distinguen los mejicanos de los peruanos. Ambos pueblos impelídos por el irresistible impulso de su génio, recurren incesantemente á la música, para darle lugar en casi todos los actos públicos y privados de sus pequeñas repúblicas, y en los acontecimientos prósperos ó adversos de la fortuna. Funciones de los sagrados templos; cultos sacrílegos y clandestinos de los ídolos; alegres concurréncias y juntas en los dias festivos; pompas fúnebres; movimientos sediciosos; gritos de alarma; saqueos de haciendas y ranchos; violentos y furiosos ataques de batallas; en una palabra, todos los negócios importantes de paz y guerra se celebran entre éllos al son ya armonioso, ya terrible de sus voces é instrumentos.

En la América septentrional he visitado una por una todas las tríbus que habitan la parte mas ancha del Istmo, desde el puerto de Vera-Cruz situado en la costa occidental del seno mejicano hasta el de Acapulco, colocado en la oriental del grande occéano pacífico. En la América meridional, despues de haber saltado en tierra en la ensenada de Tumbez, tan famosa en todo el mundo por el desembarco de Pizarro y sus compañeros; he seguido por espácio de casi trescientas leguas el camino de Lima, apartándome unas veces mas y otras menos de las riberas del mar, atravesando en distintos lugares la suntuosísima calzada de los antiguos Incas y viendo infinítos escombros de grandes palácios de inmensas ciudades, de empinadas y muy capaces fortalezas y de infinítas acequias que serpenteaban al

travez de unos campos antes en estremo fecundos con el riego continuo del agua y ahora cubiertos enteramente de estériles arenas. He tenido ademas la proporcion de comparar la corte de Méjico con la de Lima y las ciudades de Vera Cruz y Puebla con las de Huayaquil, Piura y Trujillo. En todas partes he notado usos, trages y costumbres muy diversas; pero en ninguna he hallado la menor diferéncia en lo que respécta á la genial inclinacion de los índios por la música.

El índio, como todas las demas naciones salvages es en estremo indolente y perezoso. Ninguna cosa fija su atencion, ninguna le interesa. Es verdad que sus sentidos se afectan quizá con mas viveza que los nuestros; pero tambien lo es, que estas violentas impresiones son de muy poca duracion, y apenas llegan al alma cuando se confunden, se borran y destruyen unas á otras, como las ólas en la orilla del mar. Un gran naturalísta ha dicho que la muger comparada con el hombre parecerá, generalmente hablando, un niño por razon de su natural inconstáncia y ligereza. Yo creo que lo mismo y con igual propiedad puede afirmarse de todos los índios americanos en comun respecto de los otros pueblos del mundo antiguo, especialmente de los que habitan en Europa. El índio ama y aborrece con singular vehemencia. Engañado por las apariéncias esteriores corre en pos del mas frívolo objeto: lo busca, lo pide y solicíta con ánsia; pero en el primer instante de la posesion lo abandona y olvida, arrojándolo de sí con el mayor desprécio. Esta misma imagen de estrema volubilidad se vé así mismo impresa en todas las acciones de su vida. Y á esto debe atribuirse y nó á falta de capacidad el que hayan sido tan lentos sus progresos en las artes mas útiles como la agricultúra, la metalurgía, escultúra y otras semejantes. La ventaja que podría resultarle de su esmero en cultivar dichas artes no le compensaría la pena y disgusto que habría de sufrir, aplicándose por mucho tiempo á un solo objeto.

Estas reflecsiones parece, lo conozco, que me desvian

insensiblemente de mi intento; pero no es así. Yo deseo antes bien que mi lector tienda por otro momento la vista ácia este pequeño retrato del carácter moral de los indios, para que conozca mejor, conforme lo insinuaba arriba, cuán grande y poderosa es su inclinacion á la música, pues rompe y destruye un dique al parecer insuperable, quiero decir, la asombrosa y estúpida inconstáncia de su génio, que triunfa de todas las otras pasiones, obligándolas á detenerse, ó mudar de direccion en mitad de su carrera.

El índio se dejará morir de hambre, si para recoger su maíz hubiese de afanarse por espácio de muchas semanas. Iria enteramente desnudo, si las palmas de los montes y las totóras de las lagunas no le ofreciesen una matéria tan flexible y tersa con que teger en un abrir y cerrar de ojos sus esteras; ó bien las fieras de los bosques no le dejasen en la mano el precioso despojo de sus tupidas pieles. Por último, viviría contínuamente al cielo razo y descubierto si las inumerables cañas de los pantanos, y las ramas y cortezas de los árboles no le proporcionasen el construir en un solo dia la miserable choza que lo ha de defender de los ardientes rayos del sol y de la húmeda y helada sombra de la noche.

Es pues evidente, que el índio quiere permanecer á toda costa desocupado, y que el ócio forma su suprema felicidad. Solo la música, segun decíamos, es la ocupacion favoríta que lejos de incomodar su profunda indoléncia y pereza la lizonjea y alhaga. Los índios, que cultivan en Méjico las haciendas de los españoles, solicitan á cada paso licéncia para celebrar en sus rancherías los bailes y danzas própias de su nacion. No suelen atreverse los amos á negársela, por que este desaire produciría infaliblemente el desaliento y desmayo de los gañanes y pastores; ó lo que sería mucho peor, su terrible cólera y despecho. Los índios que se alquilan en la ciudad para ocuparse en diferentes labores y ejercícios en llegando al sábado escigen la paga de sus servícios mucho antes que se ponga el sol, y así que la han recibído, se juntan con sus compañeros,

van por algunos frascos de su idolatrado pulque y chinguiríto, y animados con los ardóres de uno y otro licor, pasan cantando y bailando toda la noche, el siguiente domingo y aun á veces la mayor parte del lunes, volviendo solo á sus antiguas tareas, cuando han consumído enteramente su corto caudal, y la hambre y la sed empiezan otra vez á estimularlos y poner en movimiento los resortes de su alma médio aletargada. Finalmente los índios que colocados á muy grandes distáncias de las ciudades mas opulentas viven con mayor libertad y anchura, se entregan sin miramiento alguno á su loca pasion por el baile y la música. Citaré un solo ejemplo.

Habrá como dos años que viajando por la nueva España hube de hacer alto en un pueblo de índios bastantemente considerable. Le atraviesa un rio caudaloso, cuyas márgenes estaban cubiertas de árboles frondosísimos y siempre verdes. Los campos y montes vecinos, participando igualmente de su benéfica humedad, producían infiníta yerba, y la tierra volvía con usuras de dos y trescientos por uno el poco maíz que se le confiaba. Sin embargo, apenas había quien pensase en la agricultúra, que les hubiera tan fácilmente procurado toda suerte de abundáncia. El único cuidado que se tomaban aquellos moradores era envíar al monte algunos muchachos que les trajesen plátanos, huayabas y otras frutas de esta espécie, ó hechar al rio dos ó tres anzuelos de caña para coger otros tantos pequeños, pero sabrosos bagres de que abunda; y hecho esto se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas; cogían una flauta ya de barro, ya de madera, se ponian á tocar, y embelesados con su tosca armonía, permanecían inmobles en esta postura seis, ocho y mas horas. Vários misioneros del Marañon y del Orinoco me han referído lo mismo en órden á las tribus que habian recorrído en sus viages, y en cuya compañía habian vivido largos años. Y por lo que mira á los del Paraguáy de cuya policía tanto se ha hablado y escrito, bien sabido es cuán amigos hayan sido siempre del canto y armonía, y como los coros de músicos que servían

á sus iglésias sobresallan entre todos los de una y otra América y merecian entrar en competéncia con los de la misma Europa.

Finalmente, por comprender en una sola palabra lo poco que me queda por decir; ¿quíen habiendo observado con reflécsion las costumbres y usos de estos países dejará de reparar, que el índio se vale de cualquier pretesto ó causa para entregarse á los dulces atractívos de la música que tanto recrean su corazon? Los obséquios que dirigen á los grandes personages y los cultos que tributan á los santos de su particular devocion, les parecerían unas ceremónias frias y de ningun mérito, si la música (síame licito esplicarme de este modo) no les diese vida y aliento. ¿Que objeto de mayor ternura para los índios mejicanos que su celebrada Virgen Guadalupana? En todas las estaciones del año salen de distintos lugares del reino numerosas bandadas de índios hombres y mugeres, que emprenden penosos viages con el único fin de visitarla personalmente. Entran estos peregrinos en el respetable y augusto santuário, y despues de haber permanecído por algunos instantes puestos de rodillas delante de la amada imágen, toman asiento en los bancos que estan de uno y otro lado de la riquísima crujia (a), empiezan á tañer vários instrumentos músicos a cuyo compas y són patético y tierno mueven las índias sus pies y manos, ejecutanto várias danzas, que se conoce son de un carácter absolutamente original.

No me pareció esto un ecseso de condecendéncia ácia los índios en los que cuidan allí del decoro y magestad del culto divino, como es probable, que lo parecerá á muchos de mis lectores. Al contrário, habiendo antrado várias veces en la mencionada Basílica poco despues de vísperas, y soprendído á los índios en esta espécie de acto religioso, advertí á los ministros del templo que me acompañaban que no los molestasen por mi causa; pues yo tenía la mas viva complacéncia en observar aquellos alegres

(a) La crujia es toda de plata.

é inocéntes transportes de su piedad. Seamos mejores críticos y dejemos de pretender medirlo todo segun nuestras ideas y costumbres. No queramos ciegamente juzgar de los movimientos é impulsos interiores que conmueven el alma de un salvage por los que agitan la nuestra en iguales circunstáncias.

SEGUNDA OBSERVACION.

La imaginacion pronta y fuerte, el corazon sensible y tímido, y en una palabra un sistéma nervioso sumamente fino, y que se ecsita con la mayor facilidad, es el origen de esa asombrosa inclinacion, que conforme hemos visto, tienen estos índios á la mùsica. Estas mismas causas hacen tambien que la música afecte con suma energía sus ánimos, y sea uno de los mas poderosos resortes para encender ó calmar sus pasiones. Tiempo há que vários filósofos han observado, que las naciones salvages poséen un grado mucho mayor de sensibilidad, que los pueblos civilisados. Yo tengo por muy ecsácta esta observacion, y me parece cierto que la cultura de nuestras ciéncias y artes, al paso que nos han sacado de la primitíva barbárie y ferocidad, ha entorpecído en algunos puntos la vivacidad natural de nuestro espíritu, y ha secado, digamoslo así, la preciosa y divina fuente de donde manaban las dulces emociones de la amistad, de la franqueza, de la mútua confianza é ingennidad que tanto admiramos en los personages ya sagrados, ya profanos de los tiempos heróicos. Nosotros verdaderamente tenemos mas delicadeza y finura en la espresion; pero ellos tenian mas fuerza y actividad en el sentimiento. Nosotros iluminamos nuestras ideas y pensamientos con los brillantes colores de la elocuéncia ó los envolvemos con los sutíles teoremas de la metafisica: éllos al contrário se contentaban de manifestarlos sin el menor artificio y estúdio con las efusiones espontáneas y patéticas del corazon. No quiero apurar mas la comparacion y vuelvo á mis índios.

Repito, que nada hay tan capaz de dar impulso á sus pasiones como la música: nada tan activo para ecsitar en su alma toda suerte de movimientos, óra sean las tiernas y suaves sensaciones de la tristeza, del respeto y del agradecimiento; óra los accesos violentos de la ira y de la venganza. He dicho en otro lugar, que los lacedemónios sentían encenderse en su pecho el furor marcial al entonar la cancion del combate, quando teniendo ya las armas en las manos iban á embestir los escuadrones enemigos. Lo mismo puntualmente sucedía á nuestros índios con la sola diferéncia que la llama producída en éllos erra infinitamente mas activa y se parecía á la de un volcan, que arroja de su cima rios de fuego; se hecha sobre los campos vecinos, y arroja, arrebata y destruye cuanto se opone á su precipitado curso. Hernan Cortés será siempre un buen garante de esta verdad. ¡Cuántas veces se vió á pique de perecer él y su ejército dentro de las murallas del palácio de Motezuma, donde los mejicanos lo tenían estrechamente sitiado! ¡y cuán cerca estuvo de verse sumergído con sus soldados por la aguas de aquella gran laguna en la noche aciaga de su retirada! El mismo confiesa en una carta escrita al emperador Carlos V, que en aquel conflicto le pareció que todos sus esfuerzos eran inútiles; y que los prodígios del valor y prudéncia apenas bastaban para contener el ciego entusiasmo de los índios acalorados con el ronco estruendo de los caracoles, de los tambores y otros instrumentos sagrados y militares que resonaban incesantemente en médio de la oscuridad y las tinieblas!

La visible proteccion del Cielo y la fuerza de nuestras armas, ha obligado al fin á los índios á que recibiesen con docilidad el suave yugo de la dominacion española; pero no por eso dejan de repetirse de cuando en cuando esenas semejantes en distintos puntos de una y otra América. En las llanuras del nuevo Méjico, en las pampas del Sacramento y de Buenos Aires y en las riberas del Marañon y Rio norte se oye á veces repentinamente la cancion del combate y nuestras centinelas se replegan á toda prisa, sabiendo que

dentro de un momento los temibles Puelches y Apalaches se les hecharán encima con la ferocidad y presteza de tigres ó leones.

La música ecsita así mismo en estos naturales otra clase de sentimientos muy distintos; pero no menos análogos á su génio y costumbres. Bien sé que se cree comunmente que el alma de los índios rara vez se deja ablandar por los suaves afectos, de la ternura, de la devocion y del agradecimiento. En una de mis cartas mejicanas rebatí esta opinion con razones evidentes, haciendo ver que semejante paradoja no tenía mas fundamento que el orgullo y la ignoráncia. Dije entonces que engreídos nosotros con la aparente riquesa de nuestro saber é ilustracion, mirábamos á los salvages como indivíduos de otra espécie, desdeñandonos de acercarnos á ellos para ecsaminarlos con la debída atencion; pero que con todo eso teníamos la ridícula vanidad de hablar en tono magistral y decisívo de sus costumbres, de su carácter, de sus leyes y de sus estílos; y que de estas dos fuentes salian los infinítos errores, que se habían esparcído en Europa sobre el particular. Repito ahora lo mismo, por que no hay dia que no me ofrezca una nueva prueba de esta verdad. ¡ Quiera Dios, que aquellos filósofos lleguen finalmete á desengañarse y dejen en paz á estos sencillos moradores á quienes no han visto ni hablado nunca, y cuyo retrato pretenden sin embargo formar!

Antes de salir de mi pátria solo conocía á los índios por las infieles pinturas que había hallado en vários libros de los mencionados metafísicos y de algunos viageros modernos. Ahora los conozco, por que en mis prolijas peregrinaciones de un trópico á otro, los he visitado en sus própias chozas, he asistido á sus juntas, he tomado parte en sus negócios é intereses y les he ecsaminado y preguntado con el persuasívo y penetrante idioma del cariño y de la amistad. A la luz de esta esperiéncia se han ido mudando poco á poco los colores de la insinuada pintura, que conservaba en mi imaginacion, y todo el retrato ha cambiado enteramente de aspecto. Los índios me han parecído unos

hombres verdaderamente racionales, y he descubierto en el fondo de su alma la raíz de todos los bellos sentimientos que adornan la nuestra. Uno de éstos, como insinuábamos arriba, es la espresíva ternura, la respetuosa piedad y el síncero agradecimiento. Palafox, que había pasado tantos años en compañía de los índios, no tuvo reparo de escribir, que en este punto igualaban y aun quizá aventajaban á los europeos. Yo he observado lo mismo; pero aquí solo hablaré de los efectos que en el paricular hace en ellos la música.

El lector tiene sin duda presente lo que he dicho poco há de las danzas con que los índios mejicanos y otomites obsequian incesantemente á su amada patroua la Virgen de Guadalupe, danzas de que yo he sido várias veces espectador y testigo, no escandalizándome de verlas ejecutadas en el recinto sagrado del templo. ¿Pero como podrá pintar mi pluma todo lo que yo observé en semejantes ocasiones? Vi á unos hombres sencillos y devotos sin artificio y sin afectacion, rendir á su génio tutelar, a su querida Madre los honores y homenages que creían mas conformes a su gusto. Les ví derramar su corazon en preséncia de la imágen que adoraban con toda el alma. Vi que al melodioso aunque tosco sonido de los instrumentos, que no se cansaban de tocar en el mejor modo que sabían, su espíritu se llenaba de un fuego celestial, cuyo ardor se manifestaba cada vez mas en el color rosado de sus rostros. Víles repetir nuevamente el religioso baile, y al mismo paso correr por sus mejillas el precioso rocío de algunas lágrimas con que el amor desahogaba su ternura. Ví finalmente como vários de los circunstantes conmovídos y embelesados en estremo por el dulce encanto de su música, doblaban ambas rodillas en señal de estrema sumision y reverénci a, y oí los suaves ayes y suspiros con que invocaban una y dos veces el maternal patrocínio y amparo de su dulcísima Reyna y Señora. Este es el ligero bosquejo del agradable espectáculo que disfruté tan a menudo estando en Méjico, y que he delineado aquí, sin permitirme, lo aseguro, la menor ponderacion.

Algunos sugetos graves que se han hallado en el Santuário de Chalma en tiempo de Pascuas, me han asegurado que allí habían visto renovarse con corta diferéncia las mismas escenas de Guadalupe. El concurso de índios, me decían, era innumerable: la música y el baile llenaban todos los momentos despues de la celebracion de los divinos mistérios: y cuando por la tarde los ministros del templo se presentaban á la puerta con las llaves en la mano para avisar que ya era tiempo de recogerse, los índios les rogaban con el mayor encarecimiento que aguardásen otro poco deteniéndose así lo mas que podían, y no saliendo fuera hasta que los cerros vecinos habían tendido su opaca sombra sobre las bóvedas del templo, y hasta que los referídos ministros les habían asegurado, que á los primeros albores de la venidera aurora volverían á introducirles dentro de los amados umbrales.

Voy á terminar ya esta disertacion con otro hecho muy insígne y que acabará de poner en claro cuán grande fuerza tiene la música pasa ecsitar en las almas de los índios las mas dulces sensaciones. Es bien notório que las primeras tentatívas, que se hicieron para convertir á los naturales del Paraguay fueron del todo infructuosas. Los zelosos misioneros que descubrieron aquellas grandes províncias no lograron otro consuelo que el de regarlas con la preciosa sangre de su martírio. Vários quedaron muertos en médio del desierto: otros se retiraron ácia la antigua ciudad de la Asuncion; y el padre que había sido Gefe de todos, fue hallado, pasados algunos meses puesto de rodillas encima de un peñasco, teniendo á sus pies abierto el breviário, las manos cruzadas, el pecho atravesado con una aguda lanza, y lo restante del cuerpo médio comido por los gallinazos. Sus hijos y compañeros se animaron con la vista de tan sagrados despojos: su muda elocuéncia les habló al corazon y determinaron conquistar por Jesucristo todo aquel pais, aunque fuese á costa de sus própias vidas.

A dicho fin pues, ya mejor instruídos del génio de sus bárbaros moradores, idearon el siguiente plan inspirado á

un tiempo por la caridad y la filosofia, y que tuvo un écsito aun mas favorable de lo que se atrevían á prometerse. Los misioneros sentándose á los dos lados de las canoas y piraguas, cantaban alternativamente los himnos y salmos de la Iglésia mezclando por intervalos á sus voces la armonía de algunos instrumentos que traían á propósito. Los remos herian en tanto blandamente las tranquílas aguas: los pequeños barcos se abrían con suavidad un camino por en médio de la corriente, y el éco repetía en las vecinas riberas los dulcísimos acentos de la música sagrada. Los salvages salian del centro de sus bosques para oirlo, y se dejaban ver por las cimas de los montes. Sus pasos eran al princípio tímidos y lentos; pero poco á poco atraídos por el nuevo encanto de nuestra música, dejaban ya entrar en sus corazones una espécie de confianza, bajaban á la orilla, y se acercaban mas y mas á sus afables huéspedes. La noche sola daba fin á la tierna esena, que se renovaba sin falta á la mañana siguiente, y siempre con mejores esperanzas de parte de los misioneros, y de parte de los índios con señales mas claras de una inquieta curiosidad, que se parecía mucho á la benevoléncia y al afecto. El número de estos se aumentaba por momentos, llenaban la costa, seguían á pie por espácio de muchas millas el curso de nuestras embarcaciones y daban á los santos cantores unos aplausos cada vez mas vivos y repetídos.

Finalmente los intrépidos misioneros saltaron en tierra sin esperimentar ninguna oposicion: plantaron luego una alta Cruz y despues de haber permanecído por breve rato en respetuoso siléncio, rompieron otra vez el aire con los tonos alegres y patéticos de su música: tomaron al mismo tiempo en la mano un verde ramo: lo estendieron ácia los índios como en muestra y prenda de los sentimientos pacíficos con que iban á visitarlos: llamáron á parte á los casiques: los regalaron y acariciaron con aquel irresistible cariño, que acompaña siempre á la verdadera caridad: manifestaron en seguida las mismas amorosas disposiciones á todo el pueblo, y lograron dentro de poco, que éllos

mismos les convidásen de comun acuerdo á dejar para siempre los barcos, á ser los padres y oráculos de la tribu salvage y establecerse en médio de sus ranchos.

¡Qué orígen tan glorioso para la famosa mision del Paraguay, de cuyos progresos, y vária fortuna habria infiníto que decir, si este fuese lugar conveniente!

Visto, y permitida la imprenta
Genova Septiembre 16 de 1837,
El Sen. **PICCONE** *por la Gran Chancill.ª*

TABLA

DE LAS CARTAS MEJICANAS

CARTA I.

Es muy poco lo que en Europa se sabe de los antiguos Mejicanos. No poseémos história alguna de este Império, en que no haya mucho que desear. Pagina. 1.

II.

Lo que los primeros Cronistas europeos escribiéron de la história natural de este país, es muy diminuto é imperfecto. No estaba en su mano, ni en la de los misioneros de aquel siglo, darnos sobre el particular notícias mas circunstanciadas. . . . » 6.

III.

Los antíguos cronistas no pudieron dejarnos un retrato puntual de la religion, usos y costumbres de los índios mejicanos. Elógio de los primeros misioneros españoles que vinieron á estas províncias » 14.

IV.

Parcialidad con que algunos autores extrangeros hablan de nuestras cosas de América. Repáros sobre las investigaciones filosóficas de Mr. Paw. . . . » 23.

V.

Prosigue el mismo asunto. Célebre Bula de Paulo III. » 34.

VI.

Reparos sobre la história del Dr. Robertson. Que los índios mejicanos tienen suficiente capacidad para formar ideas abstractas y generales. Sus conocimientos geométricos y astronómicos. . . . . . » 39.

VII.

Reflexiones sobre la aritmética de los antiguos mejicanos . . . . . Pagina. » 45.

VIII.

Los antiguos mejicanos usaron no solo de la escritura geroglífica sino tambien de la simbólica, y de caractéres arbitrários ó de pura convencion. » 56.

IX.

Reflexiones sobre la escritúra geroglífica y simbólica en general, y sobre el modo con que usaron de ella los antiguos mejicanos . . . . . » 63.

X.

Antigua y moderna antropofagía de várias naciones americanas. Descripcion de los sacrificios y banquetes sagrados de los mejicanos. Número escandaloso de víctimas humanas que se degollaban anualmente en la corte y provincias de Motezuma . . » 76.

XI.

Comer carne humana no es una accion de suyo indiferente como lo han pretendído algunos filosofos, sino un atentado horrible y opuesto á las máximas mas sencillas de la razon. . . . . . » 89.

XII.

Cuatro clases en que pueden cómodamente dividirse los antropófagos ó cannibales antiguos y modernos. » 103.

XIII.

Mr. Forster el hijo, calumnia de un modo extravagante á los españoles, para defender á los antropófagos zelandeses. Ridículas exâgeraciones de Fr. Bartolomé de las Casas. . . . . . » 112.

XIV.

Prudente recuerdo que dirige Leibnitz á los literatos españoles. Odio de ciertos filósofos contra España.

Nueva Enciclopédia. Groseras equivocaciones y errores de la nueva geografia universal de Mr. William Guthrie reimpresa en Paris en el año de 1802.» Pagina. 128.

XV.

Reflexiones sobre un hecho particular de Colón, que no deja de ser reprensible. Conducta de las naciones Europeas en Asia. Cotejo de la muerte del Lord. . . . . con la de Hernan-Cortés. . . . . . » 138.

XVI.

Indecentes y pueriles cargos que el autor del Espíritu de las Leyes *hace á España. Especial cariño que los Reyes Católicos mostraron tener á esto índios, yá desde el principio de la conquista. En qué sentido decia el fomoso Ginés de Sepúlveda, que los indios eran naturalmente esclavos. Insigne ejémplo de humanidad que dió Hernan Cortés en su último testamento. . . . . .* » 153.

XVII.

Estraña y violenta propension, que muchos índios mejicanos y Otomites tienen aun á la idolatria. Esta inclinacion no es efecto de la decantada incapacidad de dichas naciones. Los Senores Zumárraga y Garcés hablan con elógio del ingénio de estos naturales. Descúbrese en el ano de 1790 *una estátua colosal de la diosa Teayaomiqui, y se manda sepultar otra vez debajo de la tierra. Curiosa história de un pueblo Otomi, que permaneció idólatra hasta el año de* 1803.. . . . . » 174.

XVIII.

Prosigue el asunto de la carta antecedente. Dificultad de conocer el verdadero sistéma religioso de los idólatras antiguos y modernos. Várias observaciones muy importantes. Descripcion de las solemnidades y procesiones, que los vecinos del insinuado

pueblo consagraban á sus ídolos. Los sacerdotes de dicho pueblo eran á un tiempo curanderos y adivinos. Bréve cotejo de la superstición de los modernos idólatras mejicanos con la de los antiguos romanos y griegos. Idea de una obra que sería muy útil. . . . . . » 196.

Pagina.

XIX.

La violenta propension de estos índios á la idolatría, debe atribuirse no á una sola causa, sino á muchas. Las primeras tentativas de los españoles para desterar del império mejicano el culto de los ídolos fueron de muy corto provecho. Rápidos progresos que hizo aquí la Religion Católica en tiempo de los dos insignes Obispos Zumárraga y Garcés. La república de Tlascala se hace no menos benemérita de la Religion que de la Pátria. Lastimosa decadéncia de dicho pueblo. Breve elógio del Venerable Senor Don Vasco de Quiroga primer Obispo de Mechoacan. Extraordinário reconocimiento y cariño que le conservan todavía aquellos naturales. Pintúra moral de estos índios. Modo con que los deben tratar los españoles. Fuerza asombrosa del amor.» 221.

XX.

La dificultad de convertir á los idólatras mejicanos no proviene principalmente de que nosotros creemos la unidad de la naturaleza divina, y ellos la pluralidad de los dioses. Verdaderà y principal causa de la mencionada dificultad. Otra causa no menos poderosa . . . . . » 237.

SUPLEMENTO

AÑADIDO A LAS CARTAS MEJICANAS

POR

DON BENITO MARIA DE MOXÓ.

Reflécsiones sobre un plan de estudios formado en 1805 *de orden superior para el real colégio de san Pedro, san Pablo y san Ildefonzo de la ciudad de Méjico..* . . . . . » 254.

Disertacion sobre una antigua pintura de los índios tarascos.. . . . . . » 282.

Disertacion sobre el bárbaro uso de sacrificar víctimas humanas establecído entre algunas naciones cultas del antiguo continente. Defensa de los índios.. » 291.

Disertacion sobre el suicídio. Diferéncias de los suicídas de Europa á los de América.. . . . . . » 300.

Disertacion sobre la música. Entre los griegos era una parte muy considerable de la educacion. Dos observaciones acerca de la música de los índios. » 315.

Special 89-B
20133

THE GETTY CENTER
LIBRARY